

Delta de Venus

Anaís Nin

Bruguera Libro Amigo 643

Título original: Delta of Venus

Traducción: Víctor Vega

© 1969 by Anaís Nin

© 1977 by The Anaís Nin Trust by arrangement with Gunther Stuhlmann, author's representative

© 1978 by Editorial Bruguera S. A.

7ª edición: Agosto de 1983

Diseño de cubierta: Mario Eskenazi

Edición digital de Elena Laura y Urijenny

Índice



Prólogo 4

El aventurero húngaro 11

Mathilde 17

El internado 27

El anillo 30

Mallorca 33

Artistas y modelos 36

Lilith 55

Marianne 60

La mujer del velo 68

Elena 74

El vasco y Bijou 128

Pierre 161

Manuel 180

Linda 183

Marcel 198

Contraportada 213

Anais Nin

Nació en París en 1903, hija del compositor Joaquín Nin. Residió en Barcelona hasta 1914, fecha en que se trasladó, junto con su madre, a New York. De regreso a París, trabó amistad con Henry Miller y con Antonin Artaud. Fue discípula del psicólogo Otto Rank y se dedicó también a la danza. Falleció en Los Angeles en 1977.

Otras obras de la autora:

D. H. Lawrence: An unprofessional study

Ladders to fire

House of Incest

A spy in the house of love

Cities of the interior

Seduction of the minotaur

Collages

The novel of the future

Prólogo (1)

(1) Adaptado del Diario de Anaïs Nin, volumen III.

(Abril de 1940)

Un coleccionista de libros ofreció a Henry Miller cien dólares mensuales para que escribiera cuentos eróticos. Era como un castigo dantesco condenar a Henry a escribir cuentos eróticos a dólar la página. Henry se negó, porque en aquel momento su humor era totalmente opuesto al rabelaisiano, porque escribir por encargo constituía una ocupación castradora, y porque escribir con alguien mirando por el ojo de la cerradura arrebatava toda espontaneidad y todo el placer a sus aventuras, plenas de imaginación.

(Diciembre de 1940)

Henry me habló del coleccionista. A veces almorzaban juntos. Le compró un original y luego le sugirió que escribiera algo para uno de sus viejos y ricos clientes. No podía decir mucho acerca de él, salvo que estaba interesado en los relatos eróticos.

Henry empezó alegremente, en broma. Inventó historias salvajes de las que nos reímos juntos. Se entregó a ello como si fuera un experimento; al principio le resultaba fácil, pero al cabo de poco se hartó. No quería usar el material que había planeado incluir en el libro en el que estaba trabajando, por lo que se vio condenado a forzar su inventiva y su talante.

Nunca recibió una palabra de agradecimiento de su extraño patrón. Podía ser natural que no quisiera revelar su identidad, pero Henry empezó a atosigar al coleccionista. ¿Existía realmente aquel patrón? ¿No irían destinadas aquellas páginas al propio coleccionista, para alegrarle su melancólica existencia? ¿Eran uno y otro una misma persona? Henry y yo discutimos este extremo largamente, hicimos conjeturas y nos divertimos.

En este punto, el coleccionista anunció que su cliente estaba a punto de llegar a Nueva York, y que Henry se reuniría con él. Pero la reunión nunca llegó a celebrarse. El coleccionista se mostraba pródigo en sus descripciones de cómo enviaba los originales por correo aéreo y de lo mucho que costaban, pequeños detalles para añadir realismo a sus proclamas en favor de la existencia de su cliente.

Un día quiso un ejemplar dedicado de *Black Spring*.

Creí haberle entendido que él tenía ya todos mis libros firmados –objetó Henry.

Es que ha perdido su ejemplar de *Black Spring*.

¿A quién debo dedicarlo? –preguntó Henry, inocentemente.

A un buen amigo; con eso bastará. Y firme con su nombre.

Pocas semanas más tarde, Henry necesitaba un ejemplar de Black Spring y no encontraba ninguno. Decidió pedir prestado el del coleccionista. Fue a su oficina, y la secretaria le rogó que esperase. Empezó a mirar los volúmenes de la librería y descubrió un ejemplar de Black Spring. Lo sacó y resultó ser el dedicado al “buen amigo”.

Cuando llegó el coleccionista, Henry le habló del asunto, riendo. Con el mismo buen humor, el coleccionista explicó:

¡Oh, sí! El viejo se impacientó tanto que le envié mi propio ejemplar mientras esperaba que usted me entregara el firmado, con el propósito de cambiárselo cuando él vuelva a Nueva York.

Al encontrarnos, Henry me dijo:

Esto me huele peor que nunca.

Cuando preguntó qué opinaba el patrón de sus escritos, el coleccionista comentó:

Oh, le gustan todos; todos son una maravilla. Pero prefiere la narración, o sea las historias, más que el análisis, que la filosofía.

Cuando Henry necesitó dinero para sus gastos de viaje, me sugirió que escribiera algo. Yo no deseaba vender nada genuino, y decidí crear una mezcla de relatos que había oído y de invenciones, haciéndola pasar por el diario de una mujer. Nunca me entrevisté con el coleccionista. El leería mis páginas y me daría a conocer su opinión. Hoy he recibido una llamada telefónica. Una voz ha dicho:

Es bonito, pero déjese de poesía y de descripciones no relacionadas con el sexo. Concéntrese en el sexo.

Así que empecé a escribir, cayendo en demasías y excesos de inventiva; exageré de tal manera, que pensé iba a darse cuenta de que estaba caricaturizando la sexualidad. Pero no hubo protesta. Pasé unos días en la biblioteca estudiando el Kama Sutra y oyendo de mis amigos las más osadas aventuras.

Menos poesía –dijo la voz al teléfono–. Sea concreta.

Pero ¿fue para alguien una experiencia placentera leer una descripción clínica? ¿Acaso no sabía el anciano hasta qué punto las palabras aportan colores y sonidos a la carne?

Todas las mañanas, después del desayuno, me sentaba a escribir mi dosis de erotismo. Una mañana escribí: “Hubo una vez un aventurero húngaro...” Le atribuí muchas cualidades: apostura, elegancia, gracia, encanto, talento de actor, conocimiento de muchas lenguas, genio para la intriga, habilidad para salir con éxito de las dificultades y para rehuir la estabilidad y la

responsabilidad.

Otra llamada telefónica:

El viejo está complacido. Concéntrese en el sexo. Déjese de poesía.

Este fue el inicio de una epidemia de “diarios” eróticos. Todo el mundo se dedicaba a escribir sus experiencias sexuales, inventadas, oídas, tomadas de Krafft-Ebing y de libros de medicina. Manteníamos conversaciones cómicas. Uno contaba una historia, y los demás teníamos que decidir si era verdadera o falsa. O verosímil. ¿Lo era? Robert Duncan se ofreció a experimentar, a poner a prueba nuestras invenciones, a confirmar o negar nuestras fantasías. Todos necesitábamos dinero, así que explotamos en común nuestras historias.

Yo estaba segura de que el anciano lo desconocía todo acerca de las beatitudes, éxtasis y deslumbradoras reverberaciones de los encuentros sexuales. Su mensaje fue suprimir la poesía. El sexo clínico, desprovisto de todo el calor del amor –la orquestación de los sentidos: tacto, oído, vista, gusto, y todos los acompañamientos eufóricos, la música de fondo, los humores, la atmósfera, las variaciones–, le obligaba a recurrir a los afrodisíacos literarios.

Podíamos haber recogido los mejores secretos y contárselos, pero hubiera permanecido sordo a ellos. El día que alcanzara la saturación, le diría que casi nos había hecho perder el interés por la pasión, a causa de su manía por los gestos desprovistos de emociones, y hasta qué extremo abominábamos de él, pues a punto estuvo de hacernos formular voto de castidad al pretender arrebatarnos nuestro único afrodisíaco: la poesía.

Recibí cien dólares por mis relatos eróticos. Gonzalo tenía que ir al dentista, Helba necesitaba un espejo para su ballet, y Henry dinero para su viaje. Gonzalo me contó la historia del vasco y Bijou, y la escribí para el coleccionista.

(Febrero de 1941)

No he pagado la factura del teléfono. La red de dificultades económicas ha ido cerrándose sobre mí. A mi alrededor no hay nadie responsable, consciente de este naufragio. He escrito treinta páginas de relatos eróticos.

He recordado que no tengo un céntimo, y he telefoneado al coleccionista. ¿Ha tenido noticias de su rico cliente acerca del último original que le mandé? No, no las ha tenido, pero estaría dispuesto a quedarse con el último cuento que he escrito y a pagármelo. Henry tiene que ir al médico. Gonzalo necesita unas gafas. Robert vino con B. y me pidió dinero para ir al cine. El hollín acumulado en el travesaño de la ventana cayó sobre mis folios y sobre mi trabajo. Robert vino y se llevó mi caja de papel de escribir.

¿Estaba cansado el viejo de pornografía? ¿Iba a producirse un milagro? Empecé a imaginarle

diciendo: “Déme todo lo que ella escriba; lo quiero todo, me gusta todo. Le enviaré un gran regalo, un cheque por todo lo que ha escrito.”

Se me rompió la máquina de escribir. Con cien dólares en el bolsillo, recobré el optimismo.

El coleccionista dice que desea mujeres simples, no intelectuales –le dije a Henry–, pero me invita a cenar.

Sentí que la caja de Pandora contenía los misterios de la sensualidad femenina, tan distinta de la masculina que el lenguaje de los hombres no resultaba adecuado para describirla. El lenguaje del sexo aún está por inventarse. El lenguaje de los sentidos tiene que explorarse. D. H. Lawrence empezó a dotar de instinto al lenguaje, trató de escapar de lo clínico, de lo científico, que sólo capta lo que siente el cuerpo.

(Octubre de 1941)

Cuándo Henry llegó, hizo varias observaciones contradictorias. Que podía vivir sin nada, que se sentiría muy bien si pudiera conseguir un empleo, que su integridad le impedía escribir guiones en Hollywood. Al final dije:

¿Y qué hay de la integridad cuando se escriben relatos eróticos por dinero?

Henry se echó a reír, admitió la paradoja y las contradicciones, volvió a reírse y zanjó el tema. Francia posee una elegante tradición en materia de literatura erótica. Cuando empecé a escribir para el coleccionista, pensé que aquí existía una tradición similar, pero no encontré nada en absoluto. Todo cuanto había visto era de pésima calidad, debido a escritores de segunda fila. Ninguno de categoría probó, al parecer, en el género erótico.

Le conté a George Barker cómo escribían Caresse Crosby, Robert, Virginia Admiral y otros. Hizo gala de su sentido del humor, aludiendo a la idea de que yo me convirtiera en la madame de aquella casa de prostitución literaria, de la que estaba excluida la vulgaridad.

Yo pongo los folios y el papel carbón –expliqué, riendo–, entrego el original anónimamente y protejo el anonimato de todos.

George Barker consideró esto mucho más divertido e inspirador que pedir limosna, vivir de prestado o hacer de parásito de los amigos.

Reuní a varios poetas conmigo y escribimos hermosos relatos eróticos. Como se nos condenaba a centrarnos exclusivamente en la sensualidad, tuvimos violentas explosiones de poesía. Escribir relatos eróticos se convirtió en un camino hacia la santidad antes que hacia el libertinaje.

Harvey Breit, Robert Duncan, George Barker y Caresse Crosby, concentrando todos nuestro talento en un tour de force, suministrábamos al anciano tal cantidad de satisfacciones

perversas, que nos mendigaba más.

Los homosexuales escribían como si fueran mujeres, los tímidos hablaban de orgías, y las frías de frenéticas hazañas. Los más poéticos se permitían tratar de auténtica bestialidad, y los más puros, de perversiones. Estábamos obsesionados por los maravillosos relatos que no podíamos contar. Nos sentábamos en círculo, imaginábamos al viejo, y hablábamos de lo mucho que lo odiábamos porque no nos permitía una fusión de sexualidad y sentimiento, de sensualidad y emoción.

(Diciembre de 1941)

George Barker era terriblemente pobre. Quería escribir más relatos eróticos, y escribió ochenta y cinco páginas. El coleccionista consideró que los cuentos eran demasiado surrealistas. A mí me gustaron. Sus escenas de amor resultaban desmesuradas y fantásticas: amor entre trapeacios.

Se bebió el primer dinero, y yo no le pude prestar nada, salvo más folios y más papel carbón. George Barker, el excelente poeta inglés, escribía erotismo para beber, como Utrillo pintaba cuadros a cambio de una botella de vino. Empecé a pensar en el viejo al que todos odiábamos. Decidí escribirle, dirigirme a él directamente, explicarle cuáles eran nuestros sentimientos “Querido coleccionista: le odiamos. El sexo pierde todo su poder y su magia cuando se hace explícito, mecánico, exagerado; cuando se convierte en una obsesión maquinal. Se vuelve aburrido. Usted nos ha enseñado, mejor que nadie que yo conozca, cuan equivocado resulta no mezclarlo con la emoción, la ansiedad, el deseo, la concupiscencia, las fantasías, los caprichos, los lazos personales y las relaciones más profundas, que cambian su color, sabor, ritmos e intensidades.

Usted no sabe lo que se está perdiendo a causa de su examen microscópico de la actividad sexual, que excluye los aspectos que constituyen el carburante que la inflama. Aspectos intelectuales, imaginativos, románticos y emocionales. Eso es lo que confiere al sexo sus sorprendentes texturas, sus sutiles transformaciones, sus elementos afrodisíacos. Usted está dejando que se marchite el mundo de sus sensaciones; está dejando que se seque, que se muera de inanición, que se desangre.

Si alimentara usted su vida sexual con todas las excitaciones y aventuras que el amor inyecta en la sensualidad, se convertiría en el hombre más potente del mundo. La fuente del poder sexual es la curiosidad, la pasión. Está usted contemplando cómo su llama se extingue por asfixia. El sexo no prospera en medio de la monotonía. Sin sentimiento, sin invenciones, sin el estado de ánimo apropiado, no hay sorpresas en la cama. El sexo debe mezclarse con

lágrimas, risas, palabras, promesas, escenas, celos, envidia, todas las variedades del miedo, viajes al extranjero, caras nuevas, novelas, relatos, sueños, fantasías, música, danza, opio y vino.

¿Cuánto pierde usted a través de ese periscopio que tiene en el extremo del sexo, cuando puede usted gozar de un harén de maravillas distintas y nunca repetidas? No existen dos cabellos iguales, pero usted no nos permite gastar palabras en la descripción del cabello. No hay tampoco dos olores iguales, pero si nos extendemos sobre eso, usted exclama: “Supriman la poesía.” No hay dos cutis con la misma textura, y jamás la misma luz, o temperatura o sombra ni el mismo gesto, pues un amante, cuando es movido por el verdadero amor, puede recorrer siglos y siglos de tradición amorosa. ¡Qué posibilidades, qué cambios de edad, qué variaciones de madurez e inocencia, perversidad y arte...!

Hemos estado hablando de usted durante horas, y nos hemos preguntado cómo es usted. Si ha cerrado sus sentidos a la seda, a la luz, el color, el olor, el carácter y el temperamento, debe usted estar ya completamente marchito. Existen multitud de sentidos menores, que discurren como afluentes de la corriente principal que es el sexo, y que la nutren. Sólo el palpito al unísono del sexo y el corazón puede producir el éxtasis.”

Post Scriptum

En la época en que nos dedicábamos a escribir relatos eróticos a dólar la página, me di cuenta de que durante siglos habíamos tenido un solo modelo para este género literario: los textos de autores masculinos. Yo era ya consciente de que existía una diferencia entre el tratamiento dado a la experiencia sexual por los hombres y por las mujeres. Me constaba la gran disparidad existente entre lo explícito de Henry Miller y mis ambigüedades, entre su visión humorística rabelaisiana del sexo y mis poéticas descripciones de relaciones sexuales contenidas en los fragmentos no publicados de mi Diario. Como escribí en el volumen tercero de aquél, experimentaba el sentimiento de que la caja de Pandora contenía los misterios de la sensualidad femenina, tan distinta de la masculina, que el lenguaje del hombre no resultaba adecuado para describirla.

Creía que las mujeres eran más aptas para fundir el sexo con la emoción y con el amor, y para escoger a un hombre antes que caer en la promiscuidad. Me di cuenta cuando escribí mis novelas y el Diario, y aún lo vi más claro cuando empecé a dar clases. Pero aunque la actitud de las mujeres hacia el sexo fuera por completo distinta de la masculina, aún no hemos aprendido a escribir sobre el tema.

Estos relatos eróticos los escribí para entretener, bajo la presión de un cliente que me pedía

que “me dejara de poesía”. Creí que mi estilo derivaba de una lectura de obras debidas a hombres, y por esta razón sentí durante mucho tiempo que había comprometido mi yo femenino. Olvidé estos relatos. Releyéndolos muchos años más tarde, me doy cuenta de que mi propia voz no quedó ahogada por completo. En numerosos pasajes estaba utilizando intuitivamente un lenguaje de mujer, viendo la experiencia sexual desde la perspectiva femenina. Al final, decidí autorizar la publicación de mis relatos eróticos porque muestran los esfuerzos iniciales de una mujer en un mundo que había sido dominio exclusivo de los hombres.

Si la versión sin expurgar del Diario se publica alguna vez, este punto de vista femenino quedará más claramente establecido. Mostrará que las mujeres (y yo en el Diario) nunca hemos separado el sexo del sentimiento, del amor al hombre como un todo.

Anaïs Nin

Los Angeles, septiembre de 1976

El aventurero húngaro

Hubo una vez un aventurero húngaro de sorprendente apostura, infalible encanto y gracia, dotes de consumado actor, culto, conocedor de muchos idiomas y aristocrático de aspecto. En realidad, era un genio de la intriga, del arte de librarse de las dificultades, de la ciencia de entrar y salir discretamente de todos los países.

Viajaba como un gran señor, con quince baúles que contenían la ropa más distinguida, y con dos grandes perros daneses. La autoridad que de él irradiaba le había valido el sobrenombre del Barón. Al Barón se le veía en los hoteles más lujosos, en los balnearios y en las carreras de caballos, en viajes alrededor del mundo, en excursiones a Egipto y en expediciones al desierto y Africa.

En todas partes se convertía en el centro de atracción de las mujeres. Al igual que los actores más versátiles, pasaba de un papel a otro a fin de complacer el gusto de cada una de aquéllas. Era el bailarín más elegante, el compañero de mesa más vivaz y el más decadente de los conversadores en los tété-á-tétes; sabía tripular una embarcación, montar a caballo y conducir automóviles. Conocía todas las ciudades como si hubiera vivido en ellas toda su vida. Conocía también a todo el mundo en sociedad. Era indispensable.

Cuando necesitaba dinero, se casaba con una mujer rica, la saqueaba y se marchaba a otro país. Las más de las veces, las mujeres no se rebelaban ni daban parte a la policía. Las pocas semanas o meses que habían gozado de él como marido les dejaban una sensación que pesaba más en su ánimo que el golpe de la pérdida de su dinero. Por un momento, habían sabido lo que era vivir por todo lo alto, lo que era volar por encima de las cabezas de los mediocres.

Las levantaba tan alto, las sumía de tal manera en el vertiginoso torbellino de sus encantos, que su partida tenía algo de vuelo. Parecía casi natural: ninguna compañera podía seguir su elevado vuelo de águila.

El libre e inasible aventurero, brincando así de rama en rama dorada, a punto estuvo de caer en una trampa, una trampa de amor humano, cuando, una noche, conoció a la danzarina brasileña Anita en un teatro peruano. Sus ojos rasgados no se cerraban como los ojos de otras mujeres, sino que, al igual que en los de los tigres, pumas y leopardos, los párpados se encontraban perezosa y lentamente. Parecían cosidos ligeramente el uno al otro por la parte de la nariz, porque eran estrechos y dejaban caer una mirada lasciva y oblicua, de mujer que no quiere ver lo que le hacen a su cuerpo. Todo esto le confería un aspecto de estar hecha para el amor que excitó al Barón en cuanto la conoció.

Cuando se metió entre bastidores para verla, ella estaba vistiéndose, rodeada de gran profusión de flores, y, para deleite de sus admiradores, que se sentaban a su alrededor, se daba carmín en el sexo con su lápiz labial, sin permitir que ningún hombre hiciera el menor gesto en dirección a ella.

Cuando el Barón entró, la bailarina se limitó a levantar la cabeza y sonreírle. Tenía un pie sobre una mesita, su complicado vestido brasileño estaba subido, y con sus enjoyadas manos se dedicaba de nuevo a aplicar carmín a su sexo, riéndose a carcajadas de la excitación de los hombres en su derredor.

Su sexo era como una gigantesca flor de invernadero, más ancho que ninguno de cuantos había visto el Barón; con el vello abundante y rizado, negro y lustroso. Estaba pintándose aquellos labios como si fueran los de una boca, tan minuciosamente que acabaron pareciendo camelias de color rojo sangre, abiertas a la fuerza y mostrando el cerrado capullo interior, el núcleo más pálido y de piel más suave de la flor.

El Barón no logró convencerla para que cenaran juntos. La aparición de la bailarina en el escenario no era más que el prelude de su actuación en el teatro. Seguía luego la representación que le había valido fama en toda Sudamérica: los palcos, profundos, oscuros y con la cortina medio corrida se llenaban de hombres de la alta sociedad de todo el mundo. A las mujeres no se las llevaba a presenciar aquel espectáculo

Se había vestido de nuevo, con el traje de complicado can-can que llevaba en escena para sus canciones brasileñas, pero sin chal. El traje carecía de tirantes, y sus turgentes y abundantes senos, comprimidos por la estrechez del entallado, emergían ofreciéndose a la vista casi por entero.

Así ataviada, mientras el resto de la representación continuaba, hacía su ronda por los palcos. Allí, a petición, se arrodillaba ante un hombre, le desabrochaba los pantalones, tomaba su pene entre sus enjoyadas manos y, con una limpieza en el tacto, una pericia y una sutileza que pocas mujeres habían conseguido desarrollar, succionaba hasta que el hombre quedaba satisfecho. Sus dos manos se mostraban tan activas como su boca.

La excitación casi privaba de sentido a los hombres. La elasticidad de sus manos; la variedad de ritmos; del cambio de presión sobre el pene en toda su longitud, al contacto más ligero en el extremo; de las más firmes caricias en todas sus partes al más sutil enmarañamiento del vello, y todo ello a cargo de una mujer excepcionalmente bella y voluptuosa, mientras la atención del público se dirigía al escenario. La visión del miembro introduciéndose en su magnífica boca, entre sus dientes relampagueantes, mientras sus senos se levantaban,

proporcionaba a los hombres un placer por el que pagaban con generosidad.

La presencia de Anita en el escenario les preparaba para su aparición en los palcos. Les provocaba con la boca, los ojos y los pechos. Y para satisfacerlos junto a la música, las luces y el canto en la obscuridad, en el palco de cortina semicorrida por encima del público, se daba esta forma de entretenimiento excepcional.

El Barón estuvo a punto de enamorarse de Anita, y permaneció junto a ella más tiempo que con ninguna otra mujer. Ella se enamoró de él y le dio dos hijos.

Pero a los pocos años él se marchó. La costumbre estaba demasiado arraigada; la costumbre de la libertad y del cambio.

Viajó a Roma y tomó una suite en el Grand Hotel. Resultó que esa suite era contigua a la del embajador español, que se alojaba allí con su esposa y sus dos hijas. El Barón les encantó. La embajadora lo admiraba. Se hicieron tan amigos y se mostraba tan cariñoso con las niñas, que no sabían cómo entretenerse en aquel hotel, que pronto las dos adquirieron la costumbre de acudir, en cuanto se levantaban por la mañana, a visitar al Barón y despertarlo entre risas y bromas que no les estaban permitidas con sus padres, más severos.

Una de las niñas tenía alrededor de diez años, y la otra doce. Ambas eran hermosas, con grandes ojos negros aterciopelados, largas cabelleras sedosas y piel dorada. Llevaban vestidos cortos y calcetines blancos también cortos. Profiriendo chillidos, corrían al dormitorio del Barón y se echaban en la gran cama. El quería jugar con ellas, acariciarlas.

Como muchos hombres, el Barón se despertaba siempre con el pene particularmente sensible. En efecto, se hallaba muy vulnerable. No tuvo tiempo de levantarse y calmar su estado orinando. Antes de que pudiera hacerlo, las dos niñas echaron a correr por el brillante pavimento y se le lanzaron encima, encima de su prominente pene, oculto en cierta medida por la gran colcha azul.

Las chiquillas no se dieron cuenta de que se les habían subido las faldas, ni de que sus delgadas piernas de bailarinas se habían enredado entre sí y habían caído sobre el miembro del Barón, tieso bajo la colcha. Riéndose, se le subieron encima, se sentaron a horcajadas como si fuera un caballo, presionando hacia abajo, urgiéndole, con sus cuerpos, a que imprimiera movimientos a la cama. En medio de todo ello, quisieron besarle, tirarle del pelo y mantener con él conversaciones infantiles. La delicia del Barón al ser tratado así creció hasta convertirse en un agudísimo suspense.

Una de las chicas yacía boca abajo, y todo lo que el Barón tenía que hacer para procurarse placer era moverse un poco contra ella. Lo hizo como jugando, como si pretendiera empujarla

fuera de la cama.

Seguro que te caes si te empujo así. –No me caeré –replicó la niña, agarrándose a él a través de las cobijas, mientras él se movía como si fuera a hacerla rodar.

Riendo, la impulsó hacia arriba, pero ella permanecía apretada, frotando contra él sus piernecitas, sus braguitas y todo lo demás, en su esfuerzo por no deslizarse fuera. El seguía con sus movimientos mientras se reían. Entonces, la segunda niña, deseando culminar el juego, se sentó a horcajadas frente a su hermana, y el Barón pudo moverse con más fuerza, pretextando que tenía que soportar el peso de ambas. Su miembro, oculto bajo la gruesa colcha, se levantó más y más entre las piernecitas, y así fue como alcanzó el orgasmo, de una intensidad que raras veces había conocido, rindiéndose en la batalla que las chicas acababan de ganar de una forma que jamás sospecharían.

En otra ocasión, cuando acudieron a jugar con él, ocultó las manos bajo la colcha. Después, levantó la ropa con el dedo índice y las desafió a que se lo agarraran. Con gran entusiasmo, empezaron la caza del dedo, que desaparecía y reaparecía en distintas partes de la cama, cogiéndolo firmemente. Al cabo de un momento, no era el dedo, sino el pene lo que tomaban una y otra vez; tratando de liberarlo, el Barón lograba que lo agarraran cada vez con más fuerza. Desaparecía por entero bajo las cobijas, lo cogía con la mano y lo impulsaba hacia arriba para que se lo volvieran a coger.

Fingió ser un animal que pretendía agarrarlas y morderlas, y en ocasiones lo lograba muy cerca de donde se proponía hacerlo, con gran placer por parte de las chicas. También jugaron al escondite. El “animal” tenía que saltar sobre ellas desde algún rincón oculto. Se escondió en el armario y se cubrió con ropa. Una de las niñas abrió, y él pudo mirarla por debajo de su vestido. La agarró y la mordió, jugueteando, en los muslos.

Tan acalorados eran los juegos, tanta la confusión de la batalla y el abandono de las chiquillas, que muy a menudo la mano del Barón iba a parar a los lugares que él quería.

Con el tiempo, el Barón se mudó, una vez más, pero sus elevados saltos de trapecio de fortuna en fortuna se deterioraron cuando sus demandas sexuales se hicieron más poderosas que las de dinero y poder. Parecía como si la fuerza de su deseo de mujeres ya no estuviera bajo su control. Estaba ansioso por desembarazarse de sus esposas, a fin de proseguir su búsqueda de sensaciones a través del mundo.

Un día se enteró de que la bailarina brasileña a la que amó había muerto a causa de una sobredosis de opio. Sus dos hijas, que tenían quince y dieciséis años respectivamente, deseaban que su padre se hiciera cargo de ellas. El Barón envió en su busca. Por entonces

vivía en Nueva York, con una esposa de la que había tenido un hijo. La mujer no era feliz ante la idea de la llegada de las hijas de su rival. Sentía celos por su hijo, que sólo contaba catorce años. Después de todas sus expediciones, el Barón aspiraba ahora a un hogar y a un descanso de sus apuros y de sus ostentaciones. Tenía una mujer que más bien le gustaba y tres hijos. La idea de reunirse con sus niñas le seducía. Las recibió con grandes demostraciones de afecto. Una era hermosa; la otra menos, pero también atractiva. Habían sido testigos de la vida de su madre, y no tenían nada de reprimidas ni de mojigatas.

La apostura de su padre las impresionó. El, por su parte, recordó sus juegos con las dos chiquillas en Roma; sólo que sus hijas eran un poco mayores, lo que añadía gran atractivo a la situación.

Les asignaron una ancha cama, y más tarde, cuando aún estaban hablando del viaje y del reencuentro con su padre, él entró en la habitación para darles las buenas noches. Se tendió a su lado y las besó. Ellas le devolvieron sus besos. Pero cuando volvió a besarlas, deslizó las manos a lo largo de sus cuerpos, que pudo sentir a través de los camisones.

Las caricias les gustaron.

Qué guapas sois las dos –dijo–. Estoy muy orgulloso de vosotras. No puedo dejaros dormir solas; ¡hacía tanto tiempo que no os veía!

Sujetándolas paternalmente, con sus cabezas sobre el pecho, acariciándolas con gesto protector, dejó que se durmieran, una a cada lado. Sus jóvenes cuerpos, con sus pechitos apenas formados, le turbaron tanto que no pudo conciliar el sueño. Las acarició alternativamente, con movimientos gatunos para no molestarlas, pero al cabo de un momento su deseo se hizo tan violento, que despertó a una y empezó a forcejear con ella. La otra tampoco escapó. Resistieron y se lamentaron un poco, pero habían visto muchas cosas a lo largo de su vida junto a su madre, así que no se rebelaron.

Ahora bien, aquél no fue un caso vulgar de incesto, pues la furia sexual del Barón aumentó paulatinamente hasta convertirse en una obsesión. La satisfacción no le liberaba ni le calmaba. Era como un prurito. Después de acostarse con sus hijas poseía a su mujer.

Temía que las niñas le abandonaran y huyeran, de modo que las espiaba y, prácticamente, las tenía presas.

Su esposa lo descubrió y organizó violentas escenas, pero el Barón estaba como loco. Ya no cuidaba su forma de vestir, su elegancia, sus aventuras ni su fortuna. Permanecía en casa y sólo pensaba en el momento en que podría tomar juntas a sus hijas. Les había enseñado todas las caricias imaginables. Aprendieron a besarse en presencia de su padre, hasta que se

excitaba lo bastante y las poseía.

Pero su obsesión y sus excesos empezaron a pesar sobre él, y su esposa le abandonó.

Una noche, después de haberse despedido de sus hijas, erraba por el apartamento, presa aún del deseo, de fiebres eróticas y de fantasías. Había dejado a las chicas exhaustas, por lo que cayeron dormidas. Y ahora el deseo lo atormentaba de nuevo.

Cegado por él, abrió la puerta de la habitación de su hijo, que dormía tranquilamente boca arriba, con los labios entreabiertos. El Barón lo miró, fascinado. Su endurecido miembro continuaba atormentándolo. Tomó un taburete y lo colocó cerca del lecho. Se arrodilló en él e introdujo el pene en la boca de su hijo. Este despertó, sofocado, y golpeó al Barón. También las muchachas despertaron.

La rebelión contra la insensatez paterna estalló, y abandonaron al ahora frenético y envejecido Barón.

Mathilde

Mathilde era sombrerera en París, y contaba apenas veinte años cuando la sedujo el Barón. Aunque la aventura no había durado más que dos semanas, en ese breve espacio de tiempo quedó imbuida, por contagio, de la filosofía de la vida y de la manera expeditiva de resolver los problemas propios del Barón. Algo que éste le dijo casualmente una noche la intrigaba: que las mujeres parisienses gozaban de la más elevada cotización en Sudamérica debido a su pericia en materia amorosa, a su vivacidad y a su talento, que las hacían contrastar acusadamente con muchas esposas de aquellos países. Estas aún cultivaban la tradición de mantenerse en un plano borroso y de obediencia, que diluía sus personalidades y que, posiblemente, se debía a la resistencia de los hombres a hacer de ellas unas amantes.

Al igual que el Barón, Mathilde desarrolló una fórmula para actuar en la vida como en una serie de papeles; o sea, diciéndose todas las mañanas, mientras se cepillaba su rubio pelo: “Hoy quiero ser tal o cual persona”, y procediendo en consecuencia.

Un día decidió que deseaba ser una distinguida representante de un conocido modista parisiense e irse al Perú. Todo cuanto tenía que hacer era interpretar el papel. Así pues, se vistió con cuidado y se presentó con extraordinaria seguridad en casa del modista. El puesto de representante le fue concedido y se le entregó un pasaje de barco para Lima.

A bordo, se comportó como una embajadora francesa de la elegancia. Su innato talento para apreciar los buenos vinos, los buenos perfumes y los buenos vestidos la señalaron como una dama refinada. Su paladar era el de un gourmet.

Mathilde poseía sobrados encantos para realzar ese papel. Reía de continuo, le sucediera lo que le sucediera. Cuando se extraviaba una maleta, reía. Cuando la pisaban, reía.

Fue su risa lo que atrajo al representante de la naviera española, Dalvedo, quien la invitó a sentarse a la mesa del capitán. Dalvedo iba elegantemente vestido de esmoquin, se comportaba como si él mismo fuera el capitán y contaba anécdotas. La noche siguiente la sacó a bailar. Se daba perfecta cuenta de que el viaje no era lo bastante largo como para cortejar a la joven de forma usual, de modo que inmediatamente empezó a alabar el pequeño lunar de la mejilla de Mathilde. A medianoche le preguntó si le gustaban los higos chumbos. Ella nunca los había probado. Dalvedo le dijo que tenía algunos en su camarote.

Pero Mathilde quería realzar su valor mediante la resistencia, y se mantuvo en guardia cuando penetraron en él. Había rechazado con facilidad las manos audaces de los hombres con las que se rozaba mientras vendía las insidiosas caricias de los maridos de sus clientes, y los pellizcos

en los pezones a cargo de los amigos que la invitaban al cine. Nada de eso le había causado ninguna sensación. Tenía una vaga pero tenaz idea de lo que la podía agitar. Deseaba ser cortejada con un lenguaje misterioso. Era su condición desde su primera aventura, ocurrida cuando sólo tenía dieciséis años.

Un escritor célebre había entrado un día en su tienda. No buscaba un sombrero, sino que preguntó si vendía unas flores luminosas de las que había oído hablar; unas flores que brillaban en la oscuridad. Las deseaba, explicó, para una mujer que brillaba en la oscuridad. Podía jurar que cuando la llevó al teatro y se sentó en la parte trasera del palco, sin luz, con su traje de noche, su piel era tan luminosa como la más fina de las conchas marinas, de un fulgor rosa pálido. Y él quería esas flores para que las llevara en el pelo.

Mathilde no las tenía. Pero en cuanto el hombre se hubo marchado, fue a mirarse al espejo. Esa era la clase de sentimiento que deseaba inspirar. ¿Podría? La tonalidad de su cutis no era de aquella clase; tenía más fuego que luz. Sus ojos eran ardientes, de color violeta. Llevaba el cabello teñido de rubio, pero proyectaba a su alrededor una sombra cobriza. Su piel era asimismo de color de cobre, firme y en absoluto transparente. Su cuerpo llenaba sus vestidos, ciñendoselos plenamente. No llevaba corsé, pero su figura tenía la misma forma que si lo utilizara. Se arqueaba para sacar el pecho y elevar las nalgas.

El hombre volvió, pero esta vez no pretendió comprar nada. Permaneció de pie mirándola, sonriendo con su rostro alargado y finamente tallado, y entregándose, con sus gestos elegantes, al ritual de encender un cigarrillo.

Esta vez he venido sólo para verla –dijo. El corazón de Mathilde latió tan aprisa, que sintió como si hubiera llegado el momento que esperaba desde hacía años. A punto estuvo de ponerse de puntillas para escuchar el resto de sus palabras. Sintió como si fuera la luminosa mujer que se sentaba atrás, en el palco oscuro, recibiendo las exóticas flores. Pero lo que el cortés escritor de pelo gris dijo con su aristocrática voz fue: –En cuanto la vi, se me levantó.

La crudeza de aquellas palabras fue como un insulto. Se ruborizó y lo abofeteó.

Esta escena se repitió en varias ocasiones. Mathilde advirtió que en su presencia los hombres solían enmudecer, privados de toda inclinación romántica a hacer la corte. Palabras como aquéllas salían de sus bocas sólo con que la vieran. Su efecto era tan directo que todo cuanto podían expresar era su turbación física. En lugar de aceptar eso como un tributo, Mathilde se ofendía.

Ahora se hallaba en el camarote de Dalvedo, el afable español, que estaba pelando unos higos chumbos para ella y charlando. Mathilde fue recuperando la confianza. Se sentó en el brazo

de una silla, vestida con su traje de noche de terciopelo rojo.

Pero el acto de pelar los higos quedó interrumpido. Dalvedo se levantó y dijo:

Tiene usted en su mejilla el más seductor de los lunares.

Ella pensó que trataría de besárselo, pero no lo hizo. Se desabrochó rápidamente, se sacó el miembro y, con el gesto que un apache dirigiría a una mujer de la calle, le ordenó:

Arrodíllate.

Mathilde lo abofeteó y se dirigió a la puerta.

No te vayas –imploró él–. Me has vuelto loco; mira en qué estado me has puesto. Ya estaba así toda la noche, mientras bailábamos. No puedes dejarme ahora.

Trató de abrazarla. Mientras luchaba por librarse de él, Dalvedo eyaculó sobre su vestido. Tuvo que cubrirse con su capa para regresar a su camarote.

En cuanto Mathilde llegó a Lima, sin embargo, vio realizado su sueño. Los hombres se le acercaban con palabras floridas, disfrazando sus intenciones con gran encanto y ornamentos retóricos. Este prelude al acto sexual la satisfizo; le agradaba un poco de incienso. En Lima recibió mucho, pues formaba parte del ritual. Había sido elevada a un pedestal de poesía, de modo que su caída hacia el abrazo final podía parecer más que un milagro. Vendió muchas más noches que sombreros.

En esa época, Lima sufría la fuerte influencia de su numerosa población china. Fumar opio estaba a la orden del día. Jóvenes ricos iban en pandilla de burdel en burdel, pasaban las noches en los fumaderos, donde había prostitutas disponibles, o alquilaban habitaciones completamente vacías en los barrios bajos, donde podían tomar drogas en grupo y ser visitados por las ramera.

A los jóvenes les gustaba ir a ver a Mathilde. Había transformado su tienda en un budoir, lleno de chaises longues, encajes y raso, cortinas y cojines. Martínez, un aristócrata peruano, la inició en el opio. Llevaba a sus amigos a fumar, y a veces pasaban dos o tres días perdidos para el mundo y para sus familias. Las cortinas permanecían cerradas. La atmósfera era oscura e invitaba a dormir. Compartían a Mathilde. El opio los volvía más voluptuosos que sensuales. Podían pasarse horas acariciándole las piernas. Uno de ellos le tomaba un seno, mientras que otro enterraba sus besos en la delicada carne del cuello, limitándose a presionar con los labios, porque el opio ampliaba todas las sensaciones. Un beso podía hacer temblar todo el cuerpo.

Mathilde yacía desnuda en el suelo. Todos los movimientos eran lentos. Tres de los cuatro jóvenes estaban echados entre los almohadones. Perezosamente, un dedo buscaba el sexo de

la muchacha, penetraba en él y allí permanecía, entre los labios de la vulva, sin moverse. Otra mano lo pretendía también, se contentaba con describir círculos en torno suyo, y al cabo iba en busca de otro orificio.

Un hombre ofrecía su miembro a la boca de Mathilde. Ella lo succionaba lentamente; todo contacto era magnificado por la droga.

Luego, durante horas, podían yacer tranquilos, soñando.

Las imágenes eróticas se formaban de nuevo. Martínez comenzó a ver el cuerpo de una mujer, hinchado, sin cabeza; una mujer con los pechos de una balinesa, el vientre de una africana y las altas nalgas de una negra, todo confundido con una imagen de carne móvil; una carne que parecía hecha de materia elástica. Los erguidos senos se hinchaban en dirección a su boca, y su mano se extendía hacia ellos, pero entonces las demás partes del cuerpo se ensanchaban, se volvían prominentes y colgaban sobre el propio cuerpo de Martínez. Las piernas se separaban de una forma inhumana e imposible, como si las cercenaran de la mujer, a fin de dejar el sexo expuesto, abierto; como si alguien hubiera tomado un tulipán en la mano y lo abriera por completo, forzándolo.

Este sexo era móvil también y cambiaba como si fuera de goma, como si lo ensancharan unas manos invisibles, unas manos curiosas que pretendieran desmembrar el cuerpo para acceder a su interior. Entonces, el trasero se volvía completamente hacia él y empezaba a perder su forma, como si lo hubieran arrancado. A cada momento parecía que el cuerpo iba a abrirse del todo, hasta rasgarse. A Martínez le acometió la furia porque otras manos sujetaban ese cuerpo. Trató de incorporarse y buscar el seno de Mathilde, y si encontraba allí otra mano o una boca chupándolo, buscaría el vientre, como si aún se tratara de la imagen que obsesionó su sueño causado por el opio, y entonces caería sobre la parte inferior de aquel cuerpo, de manera que pudiera besarlo entre las piernas abiertas.

El placer que experimentaba Mathilde acariciando a los hombres era inmenso, y las manos de éstos se deslizaban sobre su cuerpo y lo arrullaban de tal manera, tan regularmente, que raras veces la acometía un orgasmo. Sólo adquiriría conciencia de ello una vez se habían marchado los hombres. Despertaba de sus sueños causados por el opio, con el cuerpo aún no descansado.

Permanecía acostada limándose las uñas y aplicándose laca en ellas, haciendo su refinada toilette para futuras ocasiones y cepillándose el rubio cabello. Sentada al sol, y utilizando algodón empapado en peróxido, se teñía el vello púbico del mismo color que el cabello.

Abandonada a sí misma, la obsesionaban los recuerdos de las manos sobre su cuerpo. Ahora,

bajo su brazo, sentía una que se deslizaba hacia su cintura. Se acordó de Martínez, de su manera de abrirle el sexo como si fuera un capullo, de cómo los aleteos de su rápida lengua cubrían la distancia que mediaba entre el vello púbico y las nalgas, terminando en el hoyuelo al final de la espalda. ¡Cuánto amaba él ese hoyuelo que le impulsaba a seguir con sus dedos y su lengua la curva que se iniciaba más abajo y se desvanecía entre las dos turgentes montañas de carne!

Pensando en Martínez, Mathilde se sintió invadida por la pasión. Y no podía aguantar su regreso. Se miró las piernas. Por haber permanecido demasiado tiempo sin salir, se habían blanqueado de manera muy sugestiva, adquiriendo el tono blanco yeso del cutis de las mujeres chinas, esa mórbida palidez de invernadero que gustaba a los hombres de piel oscura, y en particular a los peruanos. Se miró el vientre, impecable, sin una sola línea fuera de lugar. El vello púbico relucía ahora al sol con reflejos rojos y dorados.

“¿Cómo me ve él?”, se preguntó. Se levantó y colocó un largo espejo junto a la ventana. Lo puso de pie, apoyándolo en una silla. Luego, mirándolo, se sentó frente a él, sobre la alfombra, y abrió lentamente las piernas. La vista resultaba encantadora. El cutis era perfecto, y la vulva rosada y plana. Mathilde pensó que era como la hoja del árbol de la goma, con la secreta leche que la presión del dedo podía hacer brotar y la fragante humedad que evocaba la de las conchas marinas. Así nació Venus del mar, con aquella pizca de miel salada en ella, que sólo las caricias pueden hacer manar de los escondidos recovecos de su cuerpo.

Mathilde se preguntaba si podría hacer salir aquello de su misterioso centro. Se abrió con los dedos los dos pequeños labios de la vulva y empezaba a acariciarla con suavidad felina. Atrás y adelante, como hacía Martínez con sus morenos y más nerviosos dedos. Rememoró esos dedos sobre su piel, en contraste con ella, y cuya reciedumbre parecía que iba a lastimar el cutis antes que arrancar placer con su contacto. ¡Qué delicadamente la tocaba –pensó–, cómo sujetaba la vulva entre sus dedos, como si tocara terciopelo! Se la sujetó como Martínez lo hacía, con el índice y el pulgar. Con la mano que le quedaba libre continuó las caricias. Experimentó la misma sensación, como de derretirse, que le procuraban los dedos de Martínez. De alguna parte, empezaba a fluir un líquido salado que cubría las aletas del sexo, que ahora relucía entre ellas.

Mathilde quiso entonces conocer su aspecto cuando Martínez le pedía que se diera la vuelta. Se tendió sobre el costado izquierdo y expuso el trasero al espejo. Ahora podía ver su sexo desde otro lado. Se movió como se movía para Martínez. Vio cómo su propia mano aparecía sobre la pequeña colina formada por las nalgas, y empezaba a acariciarlas. Su otra mano se

colocó entre las piernas y se mostró en el espejo por detrás. Esta mano acariciaba el sexo de atrás adelante. Se introdujo el índice y empezó a frotarse contra él. Entonces la invadió el deseo de tomar por los dos lados, por lo que insertó el otro índice en el orificio trasero. Ahora, cuando se movía hacia adelante, se encontraba con un dedo, y cuando el vaivén la empujaba atrás, hallaba el otro dedo, como le ocurría cuando Martínez y un amigo suyo la acariciaban a la vez. La proximidad del orgasmo la excitó, y la recorrieron las convulsiones, como si sacudiera el último fruto de una rama, sacudiendo, sacudiendo la rama para que cayera todo en un orgasmo salvaje, que se consumó mientras se miraba en el espejo, contemplando sus manos que se movían, la miel que brillaba y el sexo y el ano que resplandecían, húmedos, entre sus piernas.

Después de ver sus movimientos en el espejo, comprendió la historia que le relatara un marinero: los marineros de su barco habían hecho una mujer de goma para pasar el rato y satisfacer los deseos que sentían durante los seis o siete meses que permanecían en el mar. La mujer había sido hecha a conciencia, y les producía una ilusión perfecta. Los marineros la amaban y se la llevaban a la cama. Estaba construida de tal manera, que todas sus aberturas podían satisfacerles. Poseía la cualidad que una vez atribuyó a su joven esposa un anciano indio: al poco de su matrimonio, la mujer era la amante de todos los jóvenes de la hacienda. El amo llamó al viejo indio para informarle de la escandalosa conducta de su joven esposa, y le aconsejó que la vigilara mejor. El indio meneó escépticamente la cabeza y repuso:

Bueno; no veo por qué tendría que preocuparme. Mi mujer no está hecha de jabón, así que no va a desgastarse.

Eso es lo que sucedía con la mujer de goma. Los marineros la encontraban incansable y diferente; en verdad, una maravillosa compañera. No había celos, no se peleaban entre ellos, no existía la posesión. La mujer de goma fue muy amada, pero pese a su inocencia, su naturaleza flexible y buena, su generosidad y su silencio, pese a su fidelidad hacia los marineros, les contagió a todos de sífilis.

Mathilde se rió al recordar al joven marinero peruano y su descripción, de cómo se acostaba sobre la muñeca, como si se tratara de un colchón de aire, y cómo, a veces, la muñeca le hacía botar sobre ella por su misma elasticidad. Mathilde se sentía exactamente como esa mujer de goma cuando tomaba opio. ¡Cuan placentera era la sensación de total abandono! Su única ocupación era contar el dinero que sus amigos le dejaban.

Uno de ellos, Antonio, no parecía contento con el lujo de la habitación. Siempre estaba rogando a Mathilde que fuera a visitarlo. Regateaba mucho y tenía el aspecto del hombre que

sabe hacer trabajar a las mujeres para él. Poseía, ante todo, la elegancia necesaria para que éstas se sintieran orgullosas de él; un cuidado aspecto de hombre acomodado y de suaves maneras que –se notaba– en el momento necesario podía llegar a la violencia. Sus ojos tenían la mirada del gato que hace desear acariciarlo, pero que no quiere a nadie, que nunca considera que deba responder a los impulsos que despierta.

Tenía una amante con la que se complementaba bien, pues le igualaba en fuerza y vigor, y era capaz de resistir todos los golpes; una mujer que llevaba su feminidad con honor y que no pedía compasión de los hombres; una mujer de verdad que sabía que una lucha vigorosa era un maravilloso estimulante para la sangre (la compasión sólo la diluye), y que las mejores reconciliaciones sólo pueden producirse después del combate. Sabía que cuando Antonio no estaba con ella se encontraba en casa de la francesa tomando opio, pero eso la preocupaba menos que no saber dónde estaba.

Aquel día acababa de cepillarse el bigote con satisfacción, y se preparaba para una fiesta de opio. Con objeto de aplacar a su amante, empezó a pellizcarle y acariciarle las nalgas. Se trataba de una mujer de aspecto poco habitual, con algo de sangre africana. Sus senos eran los más enhiestos que jamás hubiera visto, colocados casi paralelamente a la línea del hombro, de forma por completo redonda y de gran tamaño. Fueron esos pechos lo primero que le atrajo. Estaban dispuestos de manera tan provocativa, tan cerca de la boca, apuntando hacia arriba, que despertaban en él una respuesta directa. Era como si su sexo tuviera una peculiar afinidad con aquellos senos; en cuanto se mostraron en el burdel donde halló a la mujer, el sexo de Antonio se alzó para desafiarlos en términos de igualdad. Cada vez que fue al prostíbulo, experimentó el mismo fenómeno. Por fin sacó a la mujer de aquella casa y se fue a vivir con ella. Al principio, sólo podía hacer el amor a sus pechos. Le tenían embrujado, obsesionado. Cuando introducía el pene en su boca, los senos parecían apuntar hambrientos hacia aquel sexo, lo dejaba así, entre los pechos, sujetándolos con las manos contra el miembro. Los pezones eran anchos, y se endurecían en su boca como un hueso de fruta.

Excitada por las caricias de Antonio, se quedaba con la parte inferior del cuerpo completamente desatendida. Sus piernas se zarandeaban, pidiendo violencia, y el sexo se abría, pero él no le prestaba atención. Los senos llenaban su boca y entre ellos colocaba el pene; le gustaba ver el esperma rodándolos. El resto del cuerpo de la mujer se retorció en el vacío, con las piernas y el sexo caracoleando como una hoja a cada caricia, batiendo el aire, hasta que ella misma llevaba allí sus manos y se masturbaba.

Aquella mañana, cuando estaba a punto de irse, repitió sus caricias. La mordió en los pechos.

Ella le ofreció su sexo, pero no lo aceptó. La obligó a arrodillarse frente a él y a tomar el pene en su boca. Frotó los senos contra sí, lo cual, en ocasiones, provocaba el orgasmo en la mujer. Acto seguido, Antonio se marchó, caminando despreocupadamente en dirección a la casa de Mathilde. Halló la puerta entreabierta y penetró con pasos felinos, sin hacer el menor ruido sobre la alfombra. Halló a Mathilde a gatas en el suelo, frente a un espejo, mirándose la entrepierna.

No te muevas, Mathilde –le dijo–. Me gusta esa postura.

Se agachó sobre ella como un gato gigantesco, y la penetró. Dio a Mathilde lo que no diera a su querida. El peso de Antonio la hizo al fin derrumbarse y tumbarse en la alfombra. Este levantó el trasero de Mathilde agarrándolo con ambas manos, y la poseyó una y otra vez. Su miembro parecía estar hecho de hierro candente; era largo y estrecho, se movía en todas direcciones y brincaba dentro de ella con una agilidad que la muchacha nunca había conocido. Antonio, cuyos gestos eran cada vez más rápidos, decía con voz ronca:

¡Córrete ya, córrete ya, córrete te digo! Dámelo todo, ahora. Dámelo todo. Como nunca has hecho. ¡Entrégate!

Con estas palabras, ella empezó a brincar contra él furiosamente, y el orgasmo se consumó, llegó como un rayo que alcanzara a los dos al mismo tiempo.

Los otros les hallaron todavía abrazados sobre la alfombra. Se echaron a reír al ver el espejo, que había reflejado el encuentro. Comenzaron a preparar las pipas de opio. Mathilde estaba lánguida. Martínez comenzó su sueño de mujeres hinchadas y con el sexo abierto. Antonio conservaba la erección y pidió a Mathilde que se le sentara encima; ella lo hizo.

Cuando la fiesta del opio hubo terminado, y todos excepto Antonio se hubieron marchado, éste repitió la proposición de que le acompañara a su antro particular. Las entrañas de Mathilde abrasaban todavía a causa de la penetración, y consintió, pues deseaba estar con él y repetir aquel abrazo.

Caminaron en silencio por las callejuelas del barrio chino. Mujeres de todas partes del Mundo les sonreían desde las ventanas abiertas y les invitaban, de pie en los umbrales. Algunas habitaciones estaban expuestas a la calle. Sólo una cortina ocultaba las camas, por lo que podían verse parejas abrazándose. Había mujeres sirias con su atavío nativo, árabes cubriendo con joyas sus cuerpos semidesnudos, japonesas y chinas haciendo señas picaras, y corpulentas africanas acuclilladas en círculo, charlando entre ellas. Había una casa llena de prostitutas francesas cubiertas con cortas camisas rosadas, tejiendo y cosiendo como si estuvieran en el hogar. Llamaban a los peatones prometiéndoles siempre especialidades.

Las casas eran pequeñas, pero iluminadas, polvorientas, llenas de humo y repletas de voces apagadas: murmullos de borrachos y de parejas haciendo el amor. Las chinas adornaban el escenario y lo hacían confuso, aún más con biombos y cortinas, linternas, incienso ardiendo y Budas de oro. Era un laberinto de joyas, flores de papel, colgaduras de seda y alfombras, con mujeres tan variadas como los diseños y los colores que invitaban a los hombres que pasaban a acostarse con ellas.

Antonio tenía una habitación en ese barrio. Condujo a Mathilde por la arruinada escalera, abrió una puerta casi inservible por el uso, y la empujó dentro. No había muebles. Sobre el suelo se extendía una estera china, en la que estaba acostado un hombre envuelto en harapos; un hombre tan flaco y de aspecto tan enfermizo, que Mathilde retrocedió.

Ah, estás aquí –dijo Antonio en tono más bien irritado.

No tenía donde ir.

Pues aquí no puedes quedarte, ¿sabes? La policía anda tras de ti.

Sí, ya lo sé.

Supongo que fuiste tú el que robó la cocaína el otro día. Sabía que eras tú.

Sí –confirmó el hombre, amodorrado e indiferente.

Entonces Mathilde vio que su cuerpo estaba cubierto de arañazos y pequeñas heridas. El hombre hizo un esfuerzo por sentarse. Sostenía una ampolla en una mano, y en la otra una pluma estilográfica y una navajita.

Mathilde lo miró con horror.

Rompió el extremo de la ampolla con el dedo, sacudiendo los fragmentos. Luego, en lugar de introducir una jeringa hipodérmica, metió la estilográfica y extrajo el líquido. Con la navajita se practicó un corte en el brazo, ya cubierto de heridas antiguas y de otras más recientes, se insertó la pluma en el corte e introdujo la cocaína en su carne.

Es demasiado pobre para comprarse una aguja –comentó Antonio–. No le di dinero porque pensé que así evitaría que robara, pero mira lo que ha encontrado.

Mathilde quiso irse, pero Antonio se lo impidió. Quería que tomaran cocaína juntos. El hombre yacía boca arriba con los ojos cerrados. Antonio sacó una aguja y puso a Mathilde una inyección.

Se acostaron en el suelo, y ella fue presa de un extraordinario entumecimiento.

Te sientes como muerta, ¿verdad? –le preguntó Antonio.

Era como si le hubieran dado éter. La voz de Antonio parecía llegar de muy lejos. Se movió hacia él y sintió como un desmayo.

Se te pasará –dijo él.

Comenzó una pesadilla. Muy lejos, estaba la figura del hombre postrado, echado de espaldas en la estera, y más cerca el cuerpo de Antonio, muy ancho y negro. Antonio tomó el cortaplumas y se echó sobre Mathilde. Ella sintió el miembro en su interior, suave y placentero, y se entregó a un movimiento lento, relajado, en oleadas. El pene se escabulló, y Mathilde lo sintió mecerse sobre la sedosa humedad de su entrepierna, pero no había quedado satisfecha, e hizo un gesto para recuperarlo. Luego en la pesadilla, Antonio abrió el cortaplumas y se lanzó sobre las piernas abiertas de Mathilde, la tocó con la punta de la navaja y la empujó suavemente. Mathilde no experimentó dolor alguno. Le faltó energía para moverse; estaba hipnotizada por aquel cuchillo abierto. De pronto cobró conciencia de lo que sucedía: no se trataba de una pesadilla. Antonio estaba mirando cómo la punta del cortaplumas tocaba la entrada de su sexo. Chilló y se abrió la puerta. Era la policía, que buscaba al ladrón de cocaína. Mathilde fue rescatada del hombre que tan a menudo acuchillaba la vulva de las prostitutas, razón por la que nunca tocaba a su amante en esa parte. Mientras vivió con ella, sólo había estado a salvo cuando lo provocativo de sus senos mantuvo su atención apartada del sexo, de la morbosa atracción hacia la que llamaba “la heridita de la mujer”, que tan violentamente se sentía tentado de ensanchar.

El internado

La historia ocurrió realmente en Brasil hace muchos años, lejos de las ciudades, donde prevalecían las costumbres dictadas por un estricto catolicismo. A los muchachos de buena familia se les enviaba a internados regidos por los jesuitas, quienes hacían perdurar los severos hábitos de la Edad Media. Los chicos dormían en camas de madera, se levantaban al amanecer, iban a misa sin haber desayunado, se confesaban todos los días, y eran vigilados y espiados constantemente. La atmósfera era austera e inhibidora. Los sacerdotes comían aparte y creaban en torno a sí mismos un aura de santidad en torno. Se mostraban parcios en gestos y palabras.

Entre ellos había un jesuita muy moreno, con algo de sangre india. Su rostro era el de un sátiro, con anchas orejas pegadas a la cabeza, ojos penetrantes, una boca de labios relajados que siempre babeaban, cabello espeso y olor animal. Bajo su larga sotana oscura, los muchachos habían advertido a menudo un bulto que los más jóvenes no podían explicar, y del que los mayores se reían a espaldas del interesado. Ese bulto aparecía inesperadamente, a cualquier hora, mientras leían en clase el Quijote o a Rabelais y, a veces, cuando miraba a los chicos, y en especial a uno, el único rubio de toda la escuela, cuyos ojos y cutis eran los de una muchacha.

Le gustaba llevarse a ese alumno consigo y mostrarle libros de su colección privada. Contenían reproducciones de cerámica inca en la que, a menudo, se representaban hombres en pie apretados uno contra otro. El muchacho hacía preguntas que el anciano sacerdote solía contestar con evasivas. Otras veces, los grabados eran muy claros: un largo miembro surgía de un hombre y penetraba al otro por detrás.

En la confesión, el sacerdote importunaba a los chicos con sus preguntas. Cuanto más inocentes parecían ser, más de cerca les interrogaba en la oscuridad del reducido confesionario. Los penitentes, arrodillados, no podían ver al presbítero, sentado en el interior. Su voz, baja, les llegaba a través de una celosía:

¿Has tenido alguna vez fantasías sensuales? ¿Has pensado en mujeres? ¿Has tratado de imaginar a una mujer desnuda? ¿Cómo te comportas por la noche en la cama? ¿Te has tocado? ¿Te has acariciado tú mismo? ¿Qué haces por la mañana cuando despiertas? ¿Estás en erección? ¿Has tratado de mirar a otros chicos mientras se visten? ¿O en el baño?

El chico que no sabía nada, pronto aprendía qué se esperaba de él, y esas preguntas le instruían. El que sabía, experimentaba placer confesando detalladamente sus emociones y

sueños. Un muchacho soñaba todas las noches. Ignoraba qué aspecto tendría una mujer, cómo estaba hecha, pero había visto a los indios hacer el amor a las vicuñas, que se parecían a delicados ciervos. Soñaba que hacía el amor con una vicuña y despertaba todas las mañanas húmedo. El anciano sacerdote estimulaba estas confesiones. Las escuchaba con una paciencia infinita e imponía extrañas penitencias. A un chico que se masturbaba continuamente le ordenó que fuera con él a la capilla cuando no hubiera nadie en ella, y que metiera el pene en agua bendita, a fin de purificarse. Esta ceremonia se desarrolló con gran secreto en plena noche.

Había un chico muy salvaje, con aspecto de príncipe moro, de rostro moreno, aspecto noble, porte regio y un hermoso cuerpo, tan delicado que nunca se le marcaban los huesos, suave y pulido como una estatua. Se rebelaba contra la costumbre de usar camisón para dormir. Estaba acostumbrado a dormir desnudo, y el camisón le desagradaba, le sofocaba. Así pues, todas las noches se lo ponía, como los demás, luego se lo quitaba en secreto, bajo las cobijas, y se dormía sin él.

Todas las noches, el anciano jesuita hacía sus rondas, vigilando que nadie visitara la cama de otro, se masturbara o hablara en la obscuridad a su vecino. Cuando llegaba a la cama del indisciplinado levantaba la ropa con cautela y miraba su cuerpo desnudo. Si el chico despertaba, le regañaba: “¡He venido a ver si estabas durmiendo otra vez sin camisa!” Si no despertaba, se contentaba con una mirada que recorría el joven cuerpo dormido.

Una vez, durante la clase de anatomía, hallándose el jesuita en la tarima del profesor y el muchacho con aspecto de chica sentado mirándole con fijeza, la prominencia bajo la sotana se manifestó claramente a todos.

¿De cuántos huesos consta el cuerpo humano? –preguntó al chico rubio.

De doscientos ocho –repuso mansamente el interrogado.

La voz de otro alumno llegó desde el fondo de la clase:

¡Pero el padre Dobo tiene doscientos nueve!

Poco después de este incidente, los muchachos fueron a una excursión botánica. Se perdieron diez de ellos, entre los cuales se hallaba el delicado joven rubio. Se encontraron en el bosque, lejos de los profesores y del resto de la escuela. Se sentaron para descansar, y decidir qué hacer. Empezaron a comer bayas. Nadie supo cómo ocurrió, pero al cabo de un rato el rubio se hallaba tendido boca abajo en la hierba, desnudo. Los otros nueve pasaron por encima de él, tomándolo brutalmente, como si fuera una prostituta. Los más experimentados penetraron su ano para satisfacer su deseo, mientras que los menos expertos recurrían a la fricción entre

las piernas del muchacho, cuyo cutis era tierno como el de una mujer. Escupieron sobre sus manos y ensalibaron sus penes. El rubio chillaba, pataleaba y se lamentaba, pero lo agarraron entre todos y se sirvieron de él hasta quedar saciados.

El anillo

Es costumbre entre los indios del Perú intercambiar anillos al prometerse en matrimonio, anillos que hayan sido de su propiedad durante mucho tiempo y que, a veces, tienen forma de cadena.

Un indio muy apuesto se enamoró de una peruana de ascendencia española, pero chocó con la violenta oposición de la familia de la muchacha. Los indios tenían fama de perezosos y degenerados, y se decía que producían hijos débiles e inestables, sobre todo si se casaban con personas de sangre española.

A pesar de la oposición, los jóvenes celebraron con sus amigos la ceremonia de compromiso. El padre de la chica se presentó durante la fiesta y amenazó con que si alguna vez encontraba al indio llevando el anillo en forma de cadena que la muchacha le había dado, se lo arrancaría del dedo de la manera más sangrienta, y que si era necesario le cortaría el dedo. Este incidente estropeó la fiesta. Todo el mundo se fue a casa, y la joven pareja se separó prometiéndose encontrarse en secreto.

Se encontraron una noche después de muchas dificultades, y se besaron con fervor, largamente. La mujer, exaltada por los besos, estaba dispuesta a entregarse, sintiendo que aquél podría ser su último momento de intimidad, ya que la ira de su padre iba día a día en aumento. Pero el indio estaba decidido a casarse y no quería poseerla en secreto. Entonces ella se dio cuenta de que no llevaba el anillo en el dedo. Le interrogó con los ojos. El le dijo al oído:

Lo llevo donde no puede ser visto, en un lugar en que me impedirá tomarte a ti o a cualquier otra mujer antes de que nos casemos.

No comprendo. ¿Dónde está el anillo?

El indio tomó su mano y la condujo a cierto lugar entre sus piernas. Los dedos de la mujer dieron primero con el pene, y luego los guió hasta encontrar el anillo, en la base del miembro. Pero al sentir la mano de la muchacha, el pene se endureció y él lanzó un grito, pues el anillo le presionaba y le producía un dolor muy agudo.

La mujer estuvo a punto de desmayarse de horror. Era como si quisiera matar y mutilar el deseo en sí mismo. Al propio tiempo, pensar en ese pene sujeto y rodeado por su anillo la excitaba sexualmente, y su cuerpo se tornó cálido y sensible a toda clase de fantasías eróticas. Continuó besándole, mas le rogó que se detuviera, pues le causaba un daño cada vez mayor.

Pocos días más tarde, el indio sufría de nuevo terriblemente, pero no podía quitarse el anillo.

Tuvo que venir el médico y extraérselo.

La mujer fue a verlo y se declaró dispuesta a huir con él. Aceptó. Montaron a caballo y viajaron toda una noche, hasta llegar a un pueblo suficientemente lejano. Allí ocultó a su amada en una habitación y salió a buscar trabajo en una hacienda. La joven no debía abandonar su encierro hasta que su padre se cansara de buscarla. El único que sabía de su presencia era el vigilante nocturno del pueblo, un joven que había ayudado a esconderla. Desde la ventana, ella lo veía caminar arriba y abajo con un manojito de llaves, gritando:

¡La noche es clara y no hay novedad en el pueblo!

Cuando alguien regresaba tarde a casa, batía palmas para llamar al vigilante. Este le abría la puerta. Mientras el indio estaba fuera, trabajando, el vigilante y la mujer charlaban inocentemente.

Cierta vez le habló del crimen cometido en el pueblo poco tiempo antes. Los indios que abandonaban la montaña y, dejando su trabajo en las haciendas, se iban a la selva se volvían salvajes, como bestias. Sus rostros cambiaban, y sus figuras gentiles y nobles degeneraban en una tosquedad bestial.

Semejante transformación se produjo precisamente en un indio que había sido el hombre más apuesto del pueblo: gracioso, discreto, con un extraño sentido del humor y una sensualidad reservada. Se fue a la selva y ganó dinero cazando. Pero sentía nostalgia. Volvió pobre y erraba sin domicilio. Nadie le reconoció ni se acordaba de él.

Un día agarró a una muchachita en el camino y rasgó sus partes sexuales con el cuchillo de desollar animales. No la violó, pero tomó el cuchillo, se lo introdujo en el sexo y apretó. El pueblo entero andaba revuelto. No decidían cómo castigarle. Finalmente, se optó por exhumar una antigua práctica india. Le abrieron heridas en todo el cuerpo y luego se las cerraron con cera, mezclada con un ácido que los indios conocían y que, en contacto con heridas, duplicaba el dolor. Después fue apaleado hasta la muerte.

Mientras el vigilante narraba esta historia a la mujer, su amante regresó del trabajo. La vio asomada a la ventana y mirando a aquel hombre. Subió precipitadamente a la habitación, y se presentó a la joven con el negro cabello sobre el rostro y los ojos relampagueantes de ira y celos. Empezó a vituperarla y a torturarla con preguntas y dudas.

Desde el accidente con el anillo, su pene había quedado resentido. El acto sexual le producía dolor, por lo que no podía entregarse a la mujer con la frecuencia con que hubiera deseado. El miembro se le hinchaba y le dolía durante días. Tenía miedo de no dejar satisfecha a su amante, y de que ésta pudiera preferir a otro. Cuando vio al fornido vigilante hablar con la

muchacha estuvo seguro de que tramaban algo a su espalda. Quiso lastimarla, pues deseaba hacerla sufrir de alguna forma, ya que él había sufrido por ella. La obligó a bajar a la bodega, donde bajo un techo de vigas los vinos se almacenaban en tinajas.

Ató una soga a una de las vigas. La mujer creyó que iba a flagelarla. No entendía para qué preparaba una polea. Le ató las manos con la soga y empezó a tirar de ella hasta que el cuerpo de la mujer se izó en el aire y todo su peso colgó de sus muñecas, con gran dolor para la joven.

Juró entre lágrimas que le había sido fiel, pero él estaba fuera de sí. Tiró de nuevo de la soga, y la muchacha se desmayó. Su amante recuperó el sentido. La cogió y comenzó a abrazarla y a acariciarla. Ella abrió los ojos y le sonrió.

Había sido vencido por el deseo y se lanzó a satisfacerlo. Pensó que se resistiría, que después del dolor soportado estaría airada, pero no opuso resistencia. Continuó sonriéndole, y cuando él tocó su sexo lo encontró húmedo. La tomó con furia, y ella respondió con la misma exaltación. Fue la mejor noche que pasaron juntos, tendidos en el frío pavimento de la bodega, a oscuras.

Mallorca

Veraneaba yo en Mallorca, en Deyá, cerca de la cartuja donde se hospedaron George Sand y Chopin. A primera hora de la mañana, a lomo de asno, recorríamos el duro y difícil camino hasta el mar, montaña abajo. Nos llevaba alrededor de una hora de lento esfuerzo por senderos de tierra roja, pisando rocas y traicioneros guijarros, por entre olivos plateados, hacia las aldeas de pescadores, simples barracas apoyadas en la ladera de la montaña.

Todos los días bajaba a la cala, donde el mar penetraba en una pequeña bahía redonda, de tal transparencia, que podía sumergirme hasta el fondo y ver bancos de coral e insólitas plantas acuáticas.

Los pescadores me contaron una extraña historia. Las mujeres mallorquinas eran muy inaccesibles, puritanas y religiosas. Cuando se bañaban, llevaban anticuados trajes de largas faldas y medias negras. La mayor parte de ellas no creía en absoluto en las virtudes del baño y lo dejaban para las desvergonzadas veraneantes extranjeras. También los pescadores condenaban los modernos bañadores y la conducta obscena de las europeas. Decían de ellas que eran nudistas, que esperaban la menor oportunidad para desvestirse por completo y echarse al sol desnudas como paganas. También miraban con desaprobación los baños de medianoche introducidos por los americanos.

Una noche, hace varios años, la hija de un pescador, de dieciocho años, caminaba a la orilla del mar, brincando de roca en roca, con su vestido blanco ceñido al cuerpo. Paseando así, soñando y contemplando los efectos de la luna sobre el mar, con el suave chapaleo de las olas a sus pies, llegó a una recoleta cala donde se dio cuenta de que alguien estaba bañándose. Sólo podía ver una cabeza que se movía y, de vez en cuando, un brazo. El bañista se encontraba muy alejado. La joven oyó entonces una voz alegre que la llamaba:

Ven y báñate. Es maravilloso. –Estas palabras fueron pronunciadas en español, con acento extranjero. La voz la llamó–: ¡Eh, María! –Era alguien que la conocía. Debía de tratarse de una de las jóvenes americanas que se bañaban allí durante el día.

¿Quién eres? –preguntó María.

Soy Evelyn. ¡Ven y báñate conmigo!

Era una tentación. Podía despojarse fácilmente de su vestido blanco, y quedarse en camisa. Miró a su alrededor. No había nadie. El mar estaba en calma, manchado de luz de luna. Por primera vez, María compartió la afición de las extranjeras por el baño de medianoche. Se quitó el vestido. Tenía el cabello largo y negro, cara pálida y ojos rasgados y verdes, más

verdes que el mar. Estaba bien formada, de pechos erguidos, largas piernas y cuerpo estilizado. Sabía nadar mejor que cualquier otra mujer de la isla. Se deslizó en el agua e inició sus largas y ágiles brazadas en dirección a Evelyn.

Evelyn buceó, salió a flote y la agarró por las piernas. Estuvieron jugando dentro del agua. La semiobscuridad y el gorro de baño de Evelyn hacían difícil ver su cara. Las mujeres americanas tenían voces como de hombre.

Evelyn forcejeó con María y la abrazó bajo el agua. Ascendieron para respirar riendo, y nadaron indolentemente, separándose y volviéndose a reunir. La camisa de María flotaba en torno a sus hombros y estorbaba sus movimientos, hasta que se desprendió y María quedó desnuda. Evelyn se sumergió y la tocó jugando, forcejeando con ella y buceando por debajo y por entre sus piernas.

También Evelyn separó sus piernas para que su amiga pudiera bucear entre ellas y reaparecer por el otro lado. Flotando, dejó que María pasara bajo su arqueado trasero.

María advirtió que también Evelyn estaba desnuda. De pronto, sintió que ésta la abrazaba por detrás, cubriendo todo su cuerpo con el suyo propio. El agua estaba tibia, como un lujuriente almohadón, tan salada que las llevaba, ayudándolas a flotar y a nadar sin esfuerzo.

Eres hermosa, María –dijo la profunda voz, y Evelyn mantuvo sus brazos en torno a la muchacha.

María quiso alejarse flotando, pero la retenían la calidez del agua y el roce constante con el cuerpo de su amiga. Se relajó, aceptando el abrazo. No sintió los pechos de Evelyn, pero recordó que había visto mujeres americanas que no los tenían. El cuerpo de María languidecía y quiso cerrar los ojos.

De pronto, lo que sintió entre las piernas no era una mano, sino otra cosa, algo tan inesperado y turbador que gritó. No era Evelyn, era un hombre, el hermano menor de Evelyn, que acababa de deslizar su pene erecto entre las piernas de María. Esta chillaba, pero nadie la oyó, y su grito fue sólo una reacción que le habían enseñado a esperar de sí misma. En realidad, el abrazo le pareció tan arrullador, cálido y placentero como la misma agua. El mar, el miembro y las manos conspiraron para despertar su cuerpo. Trató de alejarse nadando, pero el muchacho nadó bajo ella, la acarició, le agarró las piernas y la atrapó de nuevo por detrás.

Forcejearon en el agua pero cada movimiento la afectaba más, hacía que notara más el otro cuerpo contra el suyo y las manos sobre ella. El agua hacía que sus senos se balancearan adelante y atrás, como nenúfares flotando. El se los besó. Con el constante movimiento, no podía tomarla, pero su miembro tocaba una y otra vez el punto más vulnerable de su sexo, y

María sentía cómo se desvanecían sus fuerzas. Nadó hacia la orilla, y él la siguió. Cayeron sobre la arena. Las olas seguían lamiéndoles mientras jadeaban, desnudos. Entonces, el hombre tomó a la mujer, y el mar llegó hasta ellos y lavó la sangre virginal.

A partir de aquella noche se encontraron a la misma hora. La poseyó en el agua, bamboleándose y flotando. Los movimientos de sus cuerpos gozosos al compás del oleaje parecían formar parte del mar. Encontraron un repecho en una roca, y allí permanecieron juntos, acariciados por las olas y estremeciéndose en el orgasmo.

Cuando iba a la playa de noche me parecía verlos, nadando juntos, haciendo el amor.

Artistas y modelos

Una mañana me llamaron de un estudio de Greenwich Village, donde un escultor daba comienzo a una estatuilla. Se llamaba Millard. Tenía ya un boceto de la figura que se proponía moldear, y para la fase siguiente necesitaba una modelo.

La estatuilla llevaba un vestido ajustado que dejaba ver cada línea y cada curva del cuerpo. El escultor me pidió que me desnudara completamente, pues su trabajo así lo requería. Parecía tan absorto por la estatuilla y me miraba con expresión tan ausente que fui capaz de desvestirme y posar sin dudar. Aunque por entonces yo era bastante inocente, me hizo sentir como si mi cuerpo no fuera distinto de mi rostro, como si yo fuera igual que la estatuilla.

Mientras Millard trabajaba, hablaba de su vida anterior en Montparnasse, y el tiempo transcurría con rapidez. No sé si con sus historias pretendía excitar mi imaginación, pero no dio señales de interesarse por mí. Gozaba recreando la atmósfera de Montparnasse para sí mismo. He aquí una de las historias que me contó.

“La esposa de un pintor moderno era ninfómana. Creo que estaba tuberculosa. Tenía una cara blanca como el yeso, ardientes ojos negros profundamente hundidos en su rostro, párpados pintados de verde. Poseía una voluptuosa figura, que cubría sugestivamente de raso negro. Su cintura era estrecha en relación al resto de su cuerpo. La rodeaba un cinturón griego de plata, de unos quince centímetros de anchura, con piedras incrustadas. Este cinturón era fascinante. Era como el cinturón de un esclavo. Uno sentía que, en lo profundo de su ser, ella era una esclava, una esclava de su apetito sexual, que abrir el cinturón era todo cuanto había que hacer para que se dejara caer en los brazos de cualquiera. Se parecía mucho al cinturón de castidad que, según se decía, los cruzados ponían a sus esposas. Había uno en el Musée Cluny: un cinturón de plata muy ancho con un accesorio colgante que cubría el sexo y lo dejaba cerrado mientras durasen las cruzadas. Alguien me contó la deliciosa historia del cruzado que colocó un cinturón de castidad a su esposa y dejó la llave al cuidado de su mejor amigo, por si él moría. Apenas había cabalgado unas millas, cuando vio a su amigo galopando furiosamente tras él y gritándole: “¡Me has dado una llave equivocada!”

Tales eran los sentimientos que despertaba el cinturón de Louise en todos los hombres. Al verla entrar en el café, con sus ojos que nos miraban, hambrientos, buscando una respuesta, una invitación para sentarse, sabíamos que había salido en busca de la caza del día. También su marido lo sabía. Hacía un papel lamentable, siempre buscándola, y sus amigos le decían que estaba en otro y luego en otro café lo que le daba tiempo para encerrarse en una

habitación de hotel con alguien. Entonces todo el mundo trataba de comunicarle que su marido estaba buscándola. Al fin, desesperado, empezó a pedir a sus mejores amigos que se acostaran con ella, para que al menos no cayera en manos extrañas.

Los extranjeros le inspiraban temor, sobre todo los sudamericanos, los negros y los cubanos. Había oído comentarios acerca de la extraordinaria capacidad sexual de estos hombres, y presentía que si su mujer caía en manos de uno de ellos nunca volvería a él. De todas formas, después de haberse acostado con todos sus amigos, Louise conoció a un extranjero.

Era un cubano, un hombretón moreno, extraordinariamente atractivo, con el pelo largo y lacio, a la manera de un hindú y con un rostro hermoso, pleno y noble. Vivía en el Dome hasta que encontraba a una mujer a la que deseaba. Entonces desaparecía durante dos o tres días, se encerraba en la habitación de un hotel y no volvía a aparecer hasta que ambos estaban saciados. Hacía de la mujer una fiesta tan completa que no quería volverla a ver. Cuando todo había concluido, volvía a vérselo sentado en el café, conversando brillantemente. Además, era un notable pintor de frescos.

Cuando se encontraron Louise y él, Antonio quedó poderosamente fascinado por la blancura de aquella piel, la turgencia de los senos, el gentil talle y el largo, lacio y denso cabello rubio. Ella, por su parte, quedó prendada de su cabeza y su cuerpo vigoroso, de su lentitud y su soltura. Antonio se reía por cualquier cosa. Daba la sensación de que prescindía del mundo entero y que sólo existía el goce sensual; que no habría un mañana ni más encuentros con nadie; que sólo contaba aquella habitación, aquella tarde, aquel lecho.

Ella permanecía de pie junto a la gran cama de hierro, aguardando. Antonio le dijo:

Déjate puesto el cinturón.

Y empezó a arrancarle lentamente la ropa. Con calma, sin esfuerzo, la hizo jirones como si fuera de papel. Louise temblaba ante la fuerza de sus manos. Se quedó de pie, desnuda, pero con el pesado cinturón de plata. Antonio le soltó el cabello, que se derramó sobre sus hombros. Y sólo entonces le dobló la espalda sobre la cama y la besó interminablemente, con las manos sobre sus pechos. Ella sintió el doloroso peso del cinturón de plata y de las manos del hombre que apretaban con tanta fuerza su carne desnuda. Su hambre de sexo crecía como una locura hacia su cabeza, cegándola. Era tan urgente que no podía esperar. No podía esperar a que él se desvistiera. Pero Antonio ignoraba sus movimientos de impaciencia. No sólo continuó besándola como si se le estuviera bebiendo la boca, la lengua y la respiración, con su boca grande y negra, sino que sus manos la maltrataban, apretaban profundamente su carne, dejando marcas dolorosas en todas partes. Ella, húmeda y temblorosa, abría las piernas e

intentaba montar sobre él y desabrocharle los pantalones.

Hay tiempo –dijo Antonio–. Tenemos mucho tiempo. Vamos a quedarnos en esta habitación días enteros. Hay tiempo de sobra para los dos.

Se apartó y se desnudó. Tenía un cuerpo moreno dorado, y un pene tan suave como el resto de su persona; grande y firme como un bastón de madera pulida. Ella se lanzó sobre el miembro y lo tomó en la boca. Los dedos de Antonio llegaban a todas partes, al ano y al sexo; su lengua, al interior de su boca y a sus orejas. Le mordió los pezones, le besó y le mordió el vientre. Ella trataba de satisfacer su apetito restregándose contra la pierna del hombre, pero él no se lo permitía. La doblaba como si fuera de goma, la forzaba a todas las posturas. Con sus dos fuertes manos tomaba de ella las partes que más le apetecían, y las acercaba a su boca como si se tratara de comida, sin tener en cuenta la posición del resto del cuerpo. De este modo tomó las nalgas entre sus manos, las levantó a la altura de su boca, las mordió y le besó el sexo.

¡Tómame, Antonio –imploró ella–, no puedo esperar!

Pero él no la tomaba.

Para entonces, la ansiedad de sus entrañas era como un fuego rabioso. Pensó que iba a volverse loca. Fracasaba en todos sus intentos de provocarse el orgasmo. Si le besaba demasiado tiempo, él la rechazaba. Conforme se movía, el gran cinturón producía un sonido metálico, igual que la cadena de un esclavo. Y, en efecto era la esclava de aquel enorme hombre moreno. El mandaba, era el rey. El placer de la mujer estaba subordinado al suyo, y Louise comprendió que no podría hacer nada en contra de su fuerza y de su voluntad. Pedía sumisión. El deseo de Louise murió de puro agotamiento. Su cuerpo se liberó de toda tensión, y se volvió como de algodón. Cada vez más exultante, él gozaba de ello. Su esclava, su posesión, un cuerpo roto, jadeante, maleable, cada vez más suave bajo sus dedos. Sus manos perseguían todas las líneas de su cuerpo, sin dejar ningún rincón intacto, amasando, amasando según su fantasía, doblándolo para satisfacer su boca, apretándolo contra sus grandes dientes blancos y relucientes, marcándola.

Por vez primera, la ansiedad que había sido como una irritación en la superficie de su piel se replegó a una parte más profunda de su cuerpo. Se replegó, se acumuló y se transformó en un centro ígneo que aguardaba a que lo hicieran explotar el tiempo y el ritmo de él. Sus caricias eran como una danza en la que ambos cuerpos giraban y se deformaban adquiriendo nuevas formas, nuevas disposiciones, nuevos rasgos. Estaban acoplados como gemelos, él con su miembro contra el trasero de ella, ella con los senos como olas bajo las manos de él,

dolorosamente despiertos, conscientes y sensibles. Luego él montaba a horcajadas, como un gran león, sobre el cuerpo de la mujer, que colocaba sus puños bajo sus nalgas para izarse hacia el pene. La penetró por primera vez y la llenó como ningún otro lo había conseguido, alcanzando las últimas profundidades de sus entrañas.

Ella vertía su miel. El miembro producía, al empujar, ruiditos de succión. Ya no quedaba aire en el sexo de ella; el miembro lo llenaba por completo y se agitaba interminablemente, dentro y fuera de la miel, hasta llegar a su fondo; pero en cuanto el jadeo de Louise se aceleraba, él retiraba su pene brillante de humedad y se dedicaba a otra forma de caricia. Echado boca arriba en la cama, con las piernas separadas y el miembro erecto, hizo que ella se sentara sobre él y se lo introdujo hasta la raíz, hasta que sus vellos se confundieron. Sosteniéndola, le hizo describir círculos en torno al pene. Ella cayó sobre él, apretó los senos contra su pecho y buscó su boca; luego se enderezó de nuevo y reanudó sus movimientos. A veces se erguía un poco, hasta que dentro de su sexo sólo quedaba la cabeza del miembro, y entonces se movía ligeramente, muy ligeramente, lo justo para mantenerlo dentro, rozando los labios de su vulva; que eran rojos y abultados y lo ceñían como una boca. Moviéndose de pronto hacia abajo, engullendo todo el pene y suspirando de gozo, cayó sobre el cuerpo de Antonio y buscó de nuevo su boca. Las manos del hombre permanecieron sobre las nalgas de Louise controlando sus movimientos para que no los acelerara súbitamente y alcanzara el orgasmo.

La arrojó de la cama, la puso a cuatro patas en el suelo y le dijo:

Muévete.

Ella comenzó a gatear por la habitación, cubierta a medias por su largo cabello rubio, con su cinturón gravitando sobre su cintura. Antonio se arrodilló a su espalda y aplastó su miembro y todo su cuerpo contra el de ella, sin dejar de mover sus rodillas de hierro y sus largos brazos. Una vez la hubo gozado por detrás, deslizó la cabeza bajo la mujer para poder succionar sus senos lujuriantes, como si fuera un animal, sujetándola con las manos y la boca. Jadeaban y se agitaban; al cabo de un rato Antonio levantó a Louise, la transportó a la cama y colocó las piernas de ella en torno a sus hombros. La tomó con violencia, y entre convulsiones y temblores alcanzaron juntos el orgasmo. Louise se desplomó, sollozando histéricamente. El orgasmo había sido tan fuerte que estuvo a punto de volverse loca de frenesí y de gozo. El sonreía y jadeaba; se echaron y se durmieron.”

Al día siguiente, Millard me habló del artista Mafouka, el hombre-mujer de Montparnasse.

Nadie sabía exactamente qué era. Vestía como un hombre. Era pequeña, delgada, sin pecho. Su pelo era corto y lacio, y tenía cara de muchacho. Jugaba al billar como un hombre y bebía

como un hombre, con un pie en la barra del bar. Contaba historias obscenas como un hombre. Su dibujo poseía un vigor insólito en la obra de una mujer. Pero su nombre sonaba a femenino, sus andares eran femeninos y se decía que no tenía pene. Los hombres no tenían ni idea de cómo tratarla. A veces les daba palmadas en la espalda, fraternalmente.

“Compartía su estudio con dos muchachas. Una de ellas era modelo, y la otra cantante en un club nocturno. Pero nadie sabía qué relaciones existían entre las tres. Las dos muchachas parecían comportarse como marido y mujer. Si así era, ¿qué significaba Mafouka para ellas? Jamás respondieron a ninguna pregunta. En Montparnasse siempre gustó saber esas cosas, y con detalle. Algunos homosexuales se sintieron atraídos por Mafouka, y le hicieron insinuaciones, pero los rechazó. Se peleó con ellos, los abofeteó con toda su fuerza.

Un día que estaba medio borracho me dejé caer por el estudio de Mafouka. La puerta estaba abierta. Al entrar, oí risitas. Evidentemente, las dos muchachas estaban haciendo el amor. Sus voces, suaves y tiernas al principio, se volvieron violentas e ininteligibles hasta convertirse en gemidos y suspiros. Luego, silencio.

Cuando llegó Mafouka me encontró escuchando.

Me gustaría verlas –le dije.

Está bien –dijo Mafouka–. Sigúeme, despacio. Si creen que soy yo no se detendrán. Les gusta que las mire.

Subimos por la estrecha escalera.

Soy yo –anunció Mafouka.

Los ruidos no se interrumpieron. Al llegar arriba me agaché para que no pudieran verme. Mafouka se dirigió a la cama, donde las dos chicas, desnudas, se abrazaban, restregándose la una contra la otra. La fricción les procuraba placer. Mafouka se inclinó sobre ellas y las acarició.

Ven, Mafouka –la invitaron–, acuéstate con nosotras.

Pero ella las dejó y me condujo de nuevo escaleras abajo.

¿Qué eres, Mafouka? –le pregunté–. ¿Hombre o mujer? ¿Por qué vives con dos mujeres? Si eres un hombre, ¿por qué no tienes una mujer para ti solo? Y si eres una mujer, ¿por qué, de vez en cuando, no tienes relación con un hombre?

Mafouka me sonrió.

Todo el mundo quiere saberlo, todo el mundo piensa que no soy un hombre. Las mujeres lo sienten; los hombres no están seguros. Yo soy un artista.

¿Qué quieres decir, Mafouka?

Quiero decir que, como muchos artistas, soy bisexual.

Sí, pero la bisexualidad de los artistas radica en su naturaleza. Hay hombres con naturaleza de mujer, pero no con un físico equívoco, como tú.

Tengo cuerpo de hermafrodita.

¡Oh, Mafouka, déjame verlo!

¿No me harás el amor?

Te prometo que no.

Se despojó en primer lugar de la camisa y mostró un torso de adolescente. No tenía pechos, y sus tetillas eran las de un muchacho. Luego se bajó los pantalones y dejó ver unas bragas de color carne, con encajes. Tenía piernas y muslos de mujer, redondeados y plenos. Llevaba medias y ligas.

Déjame que te quite las ligas –le pedí–. Me gustan las ligas.

Me alargó la pierna con elegancia, con gesto de bailarina. Le bajé lentamente la liga. Sostuve en mi mano su delicado pie. Miré sus piernas, que eran perfectas. Le enrollé la media y descubrí un cutis femenino, hermoso, suave. Sus pies eran elegantes; sus uñas estaban cubiertas de laca roja. Cada vez me sentía más intrigado. Acaricié su pierna.

Me prometiste que no me harías el amor –advirtió.

Me puse en pie. Ella se bajó las bragas. Y vi que bajo el delicado y rizado vello púbico, de forma femenina, poseía un pequeño pene atrofiado, como el de un niño. Me permitió que la mirase –o que lo mirase, como me parecía ahora que debía decir.

¿Por qué utilizas un nombre de mujer, Mafouka? En realidad eres como un niño, salvo por la forma de tus piernas y tus brazos.

Mafouka se echó a reír, esta vez con una risa femenina, agradable y ligera.

Ven y mira –me dijo.

Se tendió en el diván, abrió las piernas y me mostró la boca perfecta de una vulva, rosada y tierna, detrás del pene.

¡Mafouka!

Se despertó mi deseo. El más extraño de los deseos. La sensación de querer poseer a un hombre y a una mujer en una misma persona. Advirtió mi agitación y se sentó. Traté de vencerla con una caricia, pero me esquivó.

¿No te gustan los hombres? –le pregunté–. ¿Nunca has estado con un hombre?

Soy virgen. No me gustan los hombres. Sólo me inspiran deseo las mujeres, pero no puedo tomarlas como un hombre. Mi pene es como el de un niño; no consigo una erección.

Eres un hermafrodita de verdad, Mafouka –reconocí-. Esto es lo que ha producido nuestra época, porque la tensión entre lo masculino y lo femenino se ha roto. La mayor parte de la gente es mitad y mitad. Pero yo nunca lo había visto así, quiero decir físicamente. Debe hacerte muy desdichada. ¿Eres feliz con las mujeres?

Deseo a las mujeres, pero sufro, porque no puedo tomarlas como un hombre, y también porque si me toman como lo hacen las lesbianas, no quedo satisfecha. Los hombres no me atraen. Me enamoré de Matilda, la modelo, pero no la pude conservar. Encontré a una lesbiana de verdad, una a la que puede satisfacer. Este pene mío siempre le produce la sensación de que no soy una auténtica lesbiana. Y ella sabe que no tiene poder sobre mí, pese a que me atrae. Así que ya ves, las dos chicas se han unido. Yo permanezco entre ellas, perpetuamente insatisfecha. Además no me gusta la compañía de mujeres. Son mezquinas y egoístas, se agarran a sus misterios y secretos, actúan y fingen. Prefiero el carácter de los hombres.

Pobre Mafouka.

Pobre Mafouka. Cuando nací, no supieron cómo llamarme. Vine al mundo en una aldea de Rusia. Creyeron que era un monstruo y que, tal vez, sería mejor destruirme, por mi propio bien. Cuando llegué a París sufrí menos, pues resultó que era un buen artista.”

Siempre que abandonaba el taller del escultor, me detenía en un café cercano y pensaba en todo lo que me había dicho Millard. Me preguntaba si algo así ocurría a mi alrededor, en Greenwich Village, por ejemplo. Comenzó a gustarme posar, por el aspecto aventurero de la profesión. Decidí acudir a una fiesta, un sábado por la noche, a la que un pintor llamado Brown me había invitado. Me sentía ansiosa y llena de curiosidad.

En el departamento de vestuario del Art Model Club, alquilé un traje de noche, una capa y unos zapatos apropiados. Dos modelos me acompañaron, una pelirroja llamada Mollie y Ethel, una mujer escultural, la favorita de los escultores.

Mi cabeza estaba llena de las historias de la vida en Montparnasse que me había contado el escultor, y ahora sentía que estaba penetrando en su reino. Mi primera decepción fue comprobar que el taller era muy pobre y desangelado: dos catres sin almohadones, iluminación cruda y ninguno de los adornos que yo imaginaba necesarios para una fiesta.

Las botellas estaban en el suelo, junto con vasos y copas desportillados. Una escalera de mano llevaba a la galería donde Brown tenía sus pinturas. Una delgada cortina ocultaba el lavabo y un pequeño hornillo de gas. De una pared colgaba una pintura erótica que representaba a una mujer poseída por dos hombres. Se la veía presa de convulsiones, con el cuerpo arqueado y

los ojos en blanco. Los hombres la cubrían, uno con el pene dentro de ella y el otro con el miembro en su boca. Era una pintura de tamaño natural y muy primaria. Todo el mundo la miraba y la admiraba. Yo estaba fascinada. Era la primera pintura de ese tipo que veía, y me produjo un tremendo choque de sentimientos confusos.

Al lado había otra de más impacto aún. Mostraba una habitación pobremente amueblada, ocupada por una gran cama de hierro. Sentado en ella había un hombre de unos cuarenta años, vestido con ropa vieja, el rostro sin afeitar, una boca babeante, pupilas extraviadas, mandíbula caída y expresión completamente degenerada. Tenía los pantalones medio bajados, y sobre sus desnudas rodillas estaba sentada una niña con una falda muy corta.

El hombre le estaba dando un dulce. Las desnudas piernecitas de la niña descansaban sobre las piernas desnudas y vellosas del individuo.

Lo que sentí al ver aquellas dos pinturas fue lo que se experimenta cuando se bebe: aturdimiento súbito, calor por todo el cuerpo, confusión de los sentidos. Algo nebuloso y obscuro se despierta en el cuerpo, una nueva sensación, una nueva clase de ansiedad y de inquietud.

Miré a las demás personas que había en la habitación, pero habían visto tantas cosas parecidas que no le daban ninguna importancia. Se reían y charlaban.

Una modelo hablaba de sus experiencias en una tienda de ropa interior:

“Contesté a un anuncio que solicitaba una modelo para posar en ropa interior para figurines. Anteriormente lo había hecho muchas veces, y se pagaba el precio normal de un dólar por hora. Por lo general varios artistas trabajaban al mismo tiempo, y había mucha gente alrededor: secretarias, taquígrafas, botones. Aquella vez el lugar estaba vacío. No era más que una oficina con una mesa, archivadores y material de dibujo. Un hombre me esperaba sentado frente a la mesa. Me entregó un montón de prendas interiores y me señaló un biombo tras el cual podía cambiarme. Empecé llevando una combinación. Posé quince minutos, y en ese tiempo el hombre hizo sus dibujos.

Trabajábamos tranquilos. Cuando él hacía una señal, yo me iba tras el biombo y me cambiaba. Se trataba de prendas de raso de diseño encantador, con puntillas y finos bordados. Me puse un sostén y unas bragas. El hombre fumaba y dibujaba. En el fondo del montón había unas bragas y un sostén hechos enteramente de encaje negro. Había posado muchas veces desnuda, y no me importó ponérmelos. Eran preciosos.

La mayor parte del tiempo miraba por la ventana, no al hombre que dibujaba. Al cabo de un rato dejé de oír el ruido del lápiz y me volví ligeramente hacia él, sin perder la pose. El

hombre seguía sentado tras la mesa mirándome fijamente. Entonces me di cuenta de que se había sacado el pene y se hallaba en una especie de trance.

Pensé que las cosas podían complicarse, puesto que estábamos solos en la oficina, y me dirigí hacia el biombo para vestirme.

No se vaya –me dijo–. No la tocaré. Es que me gusta ver a las mujeres en ropa interior. No me moveré de aquí. Y si quiere usted que le pague más, todo lo que tiene que hacer es vestir mis prendas favoritas y posar durante quince minutos. Le daré cinco dólares más. Puede cogerlas usted misma; están a la derecha, encima de su cabeza, en el estante.

Bueno, pues alcancé el paquete. Era la ropa interior más bonita que he visto en mi vida, hecha de encaje negro finísimo, como una tela de araña. Las bragas estaban caladas por detrás y por delante, ribeteadas por una delicada puntilla. El sostén estaba cortado de tal manera que dejaba ver los pezones a través de unos triángulos. Me preguntaba si aquello no excitaría demasiado al hombre, y si no me atacaría.

No se inquiete –me tranquilizó–. En realidad, no me gustan las mujeres. Nunca las toco. Me gusta sólo la ropa interior. Me gusta ver a las mujeres en ropa interior. Si la tocara a usted me volvería impotente en seguida. No me moveré de aquí.

Apartó la mesa y se sentó con el pene fuera. De vez en cuando se estremecía. Pero no se movió de la silla.

Decidí ponerme aquellas prendas. Los cinco dólares me tentaban. El no era muy fuerte, y llegado el caso, podría defenderme de él. Así que me puse las bragas caladas y di vueltas para que pudiera verme por todos los lados.

Ya basta –decidió de pronto.

Parecía turbado, y su rostro estaba congestionado. Me pidió que me vistiera rápidamente y me fuera. Me entregó el dinero a toda prisa y me marché. Tuve la sensación de que esperaba que me marchara para masturbarse.

He conocido a hombres así, que roban un zapato a alguien, a una mujer atractiva, y se masturban mirándolo.”

Todo el mundo rió con esta historia.

Creo –dijo Brown– que de niños estamos mucho más inclinados a ser fetichistas de una forma o de otra. Recuerdo que me escondí en el guardarropa de mi madre y me extasiaba oliendo y tocando sus vestidos. Aún hoy no puedo resistir a una mujer que lleve un velo, un tul o unos adornos de plumas, porque despierta en mí las extrañas sensaciones que experimentaba en el guardarropa.

Mientras contaba aquello recordé que también yo, cuando contaba trece años, me escondí en el guardarropa de un joven, y por la misma razón. El tenía veinticinco años y me trataba como a una chiquilla, pero yo estaba enamorada de él. Sentada a su lado en el coche en el que nos llevaba a dar largos paseos, el simple contacto de su pierna con la mía me producía el éxtasis. Por la noche, me metía en la cama, apagaba la luz y sacaba una lata de leche condensada en la que había practicado un orificio. Me sentaba a oscuras chupando la leche dulce con una inexplicable sensación voluptuosa en todo el cuerpo. Pensé entonces que estar enamorada y sorber la leche dulce guardaban relación. Lo recordé mucho tiempo después cuando probé el esperma por primera vez.

Mollie contó que a la misma edad le gustaba comer jengibre mientras olía bolas de alcanfor. El jengibre le ponía el cuerpo cálido y lánguido, y las bolas de alcanfor la mareaban un poco. Se sumía de este modo en una especie de estado de embriaguez por drogas y permanecía echada durante horas.

Ethel se volvió hacia mí y me dijo:

Espero que nunca te cases con un hombre al que no desees sexualmente. Eso es lo que yo he hecho. De él me gusta todo: cómo se comporta, su rostro, su cuerpo, su forma de trabajar, cómo me trata, sus pensamientos, su forma de reír y de hablar, todo excepto el hombre sexual que hay en él. Antes de casarnos pensaba que me gustaba. No es que tenga nada malo, al contrario. Es un amante perfecto. Es emotivo y romántico, y demuestra que tiene sentimientos y experimenta placer. Es sensible y me adora. La otra noche, mientras yo dormía, vino a mi cama. Me despertó a medias y no pude controlarme; suelo hacerlo porque no quiero herir sus sentimientos. Se echó a mi lado y me penetró, lentamente, con parsimonia. Por regla general todo termina en seguida, y por eso se puede aguantar. Si puedo ni siquiera le permito que me bese, porque odio su boca sobre la mía. Suelo volver la cara, y eso hice esa noche. Bueno, pues allí estaba él, ¿y qué crees que hice? De pronto, empecé a golpearle en el hombro con los puños cerrados, mientras él gozaba; le clavé las uñas y él lo interpretó como signo de que yo estaba disfrutando, de que me estaba volviendo salvaje a causa del placer. Entonces murmuré lo más bajo que pude: «Te odio.» Me pregunté si me habría oído. ¿Qué pensaría? ¿Se sentiría herido? Como él también estaba medio dormido, se limitó a darme un beso de buenas noches al terminar y se volvió a su cama. A la mañana siguiente esperé a ver qué decía. Aún creía que me había oído decirle: «Te odio.» Pero no; sin duda no llegué a pronunciar esas palabras. Se limitó a decirme: «Estabas muy salvaje anoche, ¿sabes?», y sonrió, como si le hubiese gustado.

Brown puso en marcha el fonógrafo y empezamos a bailar. El poco alcohol que había tomado se me había subido a la cabeza. Sentí que todo el universo se dilataba. Todo parecía muy suave y sencillo. Todo, en efecto, se precipitaba; era como si pudiera deslizarme sin esfuerzo por una colina nevada. Sentía gran amistad por toda la gente que iba conociendo. Pero escogí como pareja al más tímido de los pintores. Advertí que su pretendida familiaridad con todo aquello era, como la mía, completamente fingida. Comprendí que, en el fondo, se sentía algo incómodo. Los otros pintores acariciaban a Ethel y Mollie mientras bailaban. Este no se atrevía. Yo reía para mis adentros por haberlo descubierto. Brown vio que mi pintor no hacía ninguna insinuación, y vino a bailar conmigo. Se dedicó a hacer observaciones maliciosas sobre las vírgenes. Me pregunté si estaba aludiendo a mí. ¿Cómo podía saberlo? Se apretaba contra mi cuerpo; por fin me alejé y volví al pintor joven y tímido. Una ilustradora estaba flirteando con él, atormentándolo. Se alegró tanto como yo de que volviéramos a estar juntos. Y bailamos, recludos en nuestra propia timidez. A nuestro alrededor la gente se besaba y se abrazaba.

La ilustradora se había quitado la blusa y bailaba en combinación.

Si nos quedamos –dijo el pintor tímido–, pronto tendremos que tendernos en el suelo y hacer el amor. ¿Quieres que nos vayamos?

Sí, vamos.

Salimos. En vez de hacerme el amor hablaba y hablaba. Yo le escuchaba aturdida. Tenía la idea de cómo me iba a hacer un retrato. Me pintaría como una mujer de las profundidades del mar, nebulosa, transparente, verde, acuosa a excepción de la boca, muy roja, y de la flor que llevaría en el pelo, muy roja también. Me preguntó si quería posar para él. No le contesté al instante por los efectos del licor y dijo en tono de disculpa:

¿Te sabe mal que no haya sido más brusco?

No; no me sabe mal. Te escogí porque sabía que no ibas a serlo.

Es la primera fiesta a la que asisto –confesó con humildad–, y tú no eres mujer a la que se pueda tratar de esa manera. ¿Cómo llegaste a ser modelo? ¿Qué hacías antes? Una modelo no tiene por qué ser una prostituta, ya lo sé, pero tiene que soportar gran cantidad de manoseos e intentos.

Me las arreglo muy bien.

Aquella conversación no me gustaba en absoluto.

Me ocuparé de ti. Sé que algunos artistas son objetivos mientras trabajan; lo sé bien. Creo que yo soy así. Pero siempre hay un momento, antes y después, cuando la modelo se desnuda y se

viste, en que me siento turbado. Es la primera sorpresa al ver un cuerpo. ¿Qué sentiste la primera vez?

Nada en absoluto. Me sentí como si fuera ya una pintura. O una estatua. Miré mi cuerpo como si se tratase de un objeto, un objeto impersonal.

Me estaba entristeciendo, entristeciendo de inquietud y de ansiedad. Pensé que nunca me sucedería nada. Experimenté con desesperación el deseo de ser una mujer, de zambullirme en la vida. ¿Por qué me esclavizaba aquella necesidad de enamorarme primero? ¿Dónde iba a empezar mi vida? En cada estudio en que entraba esperaba el milagro que no se producía. Me parecía que en torno a mí fluía una gran corriente, de la que yo estaba al margen. Tenía que encontrar a alguien que sintiera lo mismo que yo. Pero ¿dónde? ¿Dónde?

La esposa del escultor le vigilaba, era evidente. Entraba con frecuencia en el taller, siempre inesperadamente. El se sobresaltaba. Yo no sabía qué era lo que le asustaba. Una vez me invitaron a pasar dos semanas en su casa de campo, donde continuaría posando. En realidad, fue ella quien me invitó; me dijo que a su marido no le gustaba interrumpir el trabajo durante las vacaciones. Pero tan pronto se hubo marchado, el escultor me dijo:

Busca una excusa para no ir. Te hará la vida imposible. Está enferma; tiene obsesiones. Cree que todas las mujeres que posan para mí son mis amantes.

Eran días frenéticos: corría de un taller a otro, con muy poco tiempo para comer, posando para cubiertas de revistas, para ilustraciones de relatos y para anuncios. Podía ver mi rostro en todas partes, incluso en el Metro. Me preguntaba si la gente me reconocía.

El escultor se había convertido en mi mejor amigo. Yo tenía ganas de ver terminada la estatuilla. Una mañana, al llegar, vi que la había estropeado. Dijo que era porque había intentado terminarla en mi ausencia. Pero no parecía desdichado ni inquieto. Yo, en cambio, estaba muy triste, y me parecía un sabotaje, pues la estatuilla tenía aspecto de haber sido dañada torpemente. Me di cuenta, sin embargo de que él se sentía feliz de poder empezar de nuevo desde el principio.

Cuando conocí a John en el teatro, descubrí el poder de la voz. Me llegaba como los tonos de un órgano, haciéndome vibrar. Cuando repitió mi nombre y lo pronunció mal, me sonó como una caricia. Era la voz más profunda y rica que había oído. Apenas podía mirarlo. Sabía que sus ojos eran grandes, de un azul intenso y magnético, y que él era ancho y más bien inquieto. Movía el pie nerviosamente, como un caballo de carreras. Yo sentía que su presencia desdibujaba todo lo demás: el teatro, la amiga sentada a mi derecha. Y él se comportaba como si yo le hubiera hechizado, como si le hubiera hipnotizado. Seguía hablando y me miraba,

pero yo no le escuchaba. En un momento había dejado de ser una chiquilla; cada vez que hablaba, me sentía caer en una especie de vertiginoso torbellino, caer en las mallas de una voz hermosa. Era una verdadera droga. Cuando finalmente me hubo «robado», como él dijo, llamó un taxi.

No pronunciamos palabra hasta que llegamos a su apartamento. No me había tocado. No necesitó hacerlo. Su presencia me había afectado de tal manera, que me sentía como si me hubiera acariciado durante mucho tiempo.

Se limitó a pronunciar dos veces mi nombre, como si lo encontrara tan hermoso como para repetirlo. Era alto y resplandeciente. Sus ojos eran de un azul tan intenso que cuando parpadeaban era como si, por un segundo, se descargara un minúsculo relámpago, que me daba miedo; miedo de una tempestad que se me tragara completamente.

Me besó. Su lengua se enroscó en la mía, dando vueltas y vueltas, y luego se detuvo para tocar sólo el extremo. Mientras me besaba, me levantó lentamente la falda. Me bajó las ligas y las medias, luego me tomó en brazos y me condujo a la cama. Me hallaba tan derretida, que creí que ya me había penetrado. Me pareció que su voz me había abierto; que todo mi cuerpo se había abierto para él. Lo había advertido, y le sorprendió que su miembro encontrara tanta resistencia.

Se detuvo y me miró a la cara. Vio la gran receptividad emocional que reflejaba y acentuó su presión. Sentí la rasgadura y el dolor, pero la calidez lo desvaneció todo; la calidez de su voz que me decía al oído:

¿Me deseas como yo te deseo?

El placer le hizo gemir. Con todo su peso sobre mí, apretándose contra mi cuerpo, hizo que se desvaneciera la punzada de dolor. Experimenté el placer de sentirme abierta. Me recosté, casi soñando.

Te he lastimado –dijo John–. No has sentido placer.

Yo no podía ni decirle: «Lo quiero otra vez.» Mi mano tocó su miembro. Lo acaricié. Se irguió, muy endurecido. John me besó hasta que me invadió una nueva oleada de deseo, de deseo de responder completamente. Pero dijo:

Ahora te haría daño. Espera un poco. ¿Puedes quedarte conmigo toda la noche...? ¿Quieres quedarte...?

Vi sangre en mi pierna y fui a lavármela. Me pareció que aún no había sido poseída, que aquello había sido sólo una parte de la penetración. Quería que me tocara, quería conocer placeres enceguedores. Caminé con pasos torpes y me dejé caer de nuevo en la cama.

John dormía, con su gran cuerpo aún curvado como cuando yacía apretado contra mí, y con el brazo extendido hacia donde había descansado mi cabeza. Me deslicé a su lado y me adormecí. Quería tocarle de nuevo el miembro. Lo hice muy despacio, para no despertarlo. Luego me dormí; me despertaron sus besos. Flotábamos en un mundo oscuro de carne sintiendo vibrar sólo esa carne suave, y cada contacto era un placer. Me asió de las caderas y me atrajo hacia sí. Temía lastimarme. Separé las piernas. Cuando introdujo el pene me dolió, pero el placer era mayor. Había como una zona exterior dolorida y, en lo profundo, placer por la presencia de su miembro moviéndose allí. Empujé hasta encontrarlo.

Esta vez se mostró pasivo.

Muévete y disfruta tú ahora –me dijo.

Para que no me doliera, me moví con suavidad alrededor de su pene. Coloqué los puños cerrados bajo mi espalda para elevarme hacia él. Hizo que mis piernas rodearan sus hombros. Luego el dolor aumentó, y se retiró.

Le dejé por la mañana, aturdida, pero con la alegría de sentir que me iba aproximando a la pasión. Me fui a casa y dormí hasta que me telefoneó.

¿Cuándo vienes? –me preguntó–. Tengo que verte otra vez. Pronto. ¿Vas a posar hoy?

Sí, he de hacerlo. Iré después de la sesión.

Por favor, no poses; por favor, no poses. Me desespera pensarlo. Ven a verme primero. Quiero hablarte. Por favor, ven a verme primero.

Y fui.

Oh –exclamó, quemándome el rostro con el aliento de su deseo–, no puedo soportar la idea de que vayas a posar, a exhibirte. No puedes hacerlo más. Deja que me haga cargo de ti. No puedo casarme contigo porque tengo esposa e hijos. Déjame que te proteja hasta que veamos cómo podemos escapar. Buscaré algún lugar donde podamos vernos. No poses más. Me perteneces.

Inicié así una vida secreta, y cuando se suponía que estaba posando para alguien, en realidad estaba aguardando a John en una hermosa habitación. Cada vez que nos encontrábamos me traía un regalo, un libro, o papel de escribir de colores. Yo le esperaba con impaciencia.

La única persona a quien confié mi secreto fue al escultor, había adivinado lo que estaba sucediendo. No quería que dejara de posar, y me interrogó. Me predijo cómo iba a ser mi vida.

La primera vez que experimenté un orgasmo con John, lloré, porque fue tan fuerte y tan maravilloso que no creí que pudiera repetirse una y otra vez. Los únicos momentos dolorosos

fueron los de la espera. Me bañaba, me pintaba las uñas, me perfumaba, me coloreaba los pezones con carmín, me cepillaba el pelo y me ponía un négligé; todos estos preparativos dirigían mi imaginación a las escenas que iban a desarrollarse.

Quería que me encontrara en el baño. Me decía que estaba en camino. Pero no llegaba. A menudo se retrasaba. Y cuando llegaba yo estaba fría y resentida. La espera desgastaba mis sentimientos. Me rebelé. Una vez me propuse no abrirle la puerta.

Pero llamó con golpes suaves y humildes, me conmovió, y le dejé entrar. Sin embargo, seguía airada y quería herirle. No respondí a sus besos. Se sintió herido, hasta que su mano se deslizó bajo mi négligé y pese a que yo mantenía las piernas bien apretadas me encontró húmeda. De nuevo se puso contento y se abrió paso a la fuerza.

Después le castigué no respondiendo sexualmente, y eso le hirió de nuevo, porque gozaba con mi placer. El sabía muy bien lo que yo sentía, por los violentos latidos de mi corazón, por las inflexiones de mi voz, por las contracciones de mis piernas. Pero esa vez me mantuve inerte como una prostituta, lo cual le dolía profundamente.

Nunca podíamos salir juntos. Tanto él como su mujer eran demasiado conocidos. El era productor, ella escribía teatro.

Pese a que John descubrió lo mucho que me molestaba tener que esperarle, no trató de poner remedio a la situación. Cada vez llegaba más tarde. Decía que vendría a las diez y se presentaba a medianoche. Hasta que un día, cuando llegó, yo ya no estaba. Eso le puso frenético. Pensó que no iba a volver. Por mi parte, estaba convencida de que él actuaba de aquella forma a propósito, de que le gustaba hacerme enfadar. Al cabo de dos días, enternecida por sus súplicas, regresé. Ambos teníamos los nervios de punta y estábamos airados. Has vuelto a posar –me dijo–. Te gusta. Te gusta exhibirte.

¿Por qué me haces esperar tanto tiempo? Sabes que eso mata mi deseo por ti. Me siento fría cuando vienes tarde.

No tan fría.

Cerré las piernas con firmeza contra él para que no pudiera tocarme. Pero se introdujo con rapidez por detrás y me acarició.

No tan fría –repitió.

En la cama, empujó con la rodilla entre mis piernas y me obligó a separarlas.

Cuando estás enfadada es como si te estuviera violando. Siento que me quieres tanto que no puedes oponer resistencia, veo que estás húmeda, y me gustan tu resistencia y tu derrota.

John, me harás enfadar tanto que te dejaré.

Eso le asustó. Me besó. Me juró que aquello no se repetiría.

Lo que yo no podía comprender era que, a pesar de nuestras peleas, hacer el amor con John me iba volviendo cada vez más sensible. El había despertado mi cuerpo, y ahora yo tenía un deseo mayor de abandonarme a todos los caprichos. Debió darse cuenta, pues cuanto más me acariciaba, cuanto más despertaba mi cuerpo, más temía que volviera a posar. Poco a poco, en efecto, volví a hacerlo. Tenía demasiado tiempo, pensaba demasiado en John.

Millard fue el que más se alegró de verme. Había deshecho de nuevo la estatuilla, y esta vez seguro que a propósito, para que yo permaneciera en la postura que le gustaba.

La noche anterior había fumado marihuana con unos amigos.

¿Sabes que muy a menudo da la sensación de que te has transformado en animal? –preguntó–. Anoche le ocurrió a una mujer. Se puso a caminar como un perro a cuatro patas. Nos quitamos la ropa. Quería que fuéramos sus cachorros, que nos echáramos al suelo y le chupáramos los pechos. Se mantenía a gatas y nos ofrecía sus senos. Quería que también nosotros camináramos como perros, que la siguiéramos. Insistió en que la tomáramos en esa postura, por detrás, y yo lo hice, pero al montarla sentí una terrible tentación de pegarle un mordisco. La mordí en el hombro, más fuerte de lo que nunca había mordido a nadie. La mujer no se asustó, pero yo sí. Eso me despejó. Me puse de pie y entonces vi que un amigo mío la seguía a cuatro patas, pero no la acariciaba ni la montaba, sino que se limitaba a olisquearla igual que lo hubiera hecho un perro, y eso me recordó tanto mi primera impresión sexual, que tuve una dolorosa erección.

De niños, en el campo, teníamos una criada muy corpulenta que procedía de la Martinica. Llevaba faldas muy anchas y un pañuelo de colores en la cabeza. Era una mulata más bien pálida, muy hermosa. Nos hacía jugar al escondite. Cuando me tocaba esconderme, me ocultaba bajo su falda, sentado. Y allí me quedaba, medio sofocado, escondido entre sus piernas. Recuerdo el olor sexual que emanaba de ella y que ya de niño me excitaba. Una vez intenté tocarla, pero me pegó en la mano.

Yo permanecía inmóvil en mi pose, y se me acercó para medirme con un instrumento. Sentí sus manos en mis muslos, acariciándome con mucha suavidad. Le sonreí. Permanecí en mi pose, pero seguía acariciándome las piernas, como si me estuviera moldeando con barro. Me besó los pies mientras sus manos recorrían una y otra vez mis nalgas. Luego se recostó contra mis piernas y me besó. Me levantó y me tendió en el pavimento. Me apretaba contra sí, me acariciaba la espalda, los hombros y el cuello. Yo temblaba un poco. Sus manos eran suaves y flexibles. Me tocaba como tocaba la estatuilla, con largas caricias, de arriba abajo.

Nos dirigimos al diván y allí me tendió boca abajo. Se despojó de su ropa y cayó sobre mí. Sentí su pene contra mis nalgas. Deslizó las manos en torno a mi cintura, y me levantó un poco para poder penetrarme. Me atraía hacia sí rítmicamente. Cerré los ojos para sentirlo mejor y para escuchar el sonido del miembro que se deslizaba en la humedad. Empujaba con tal violencia que produjo unos ruiditos que me llenaron de gozo.

Sus dedos se clavaban en mi carne. Sus afiladas uñas me hacían daño. Me excitó tanto con sus arremetidas, que se me abrió la boca y me encontré mordiendo la tapicería del sofá. De pronto oímos un ruido. Millard se levantó apresuradamente, recogió su ropa y subió por la escalerilla a la galería donde se hallaba la escultura. Yo me deslicé tras el biombo.

Se oyó un segundo golpe en la puerta del taller y entró la esposa del escultor. Yo estaba temblando, no de miedo, sino de decepción porque nuestro goce había sido interrumpido. La mujer de Millard vio el taller vacío y se marchó. Millard volvió ya vestido.

Espérame un minuto –le dije, y empecé también a vestirme.

El momento había sido destruido. Aún me encontraba húmeda y temblorosa. Cuando me puse las bragas, el contacto con la seda me hizo el efecto de una mano. No podía soportar por más tiempo la tensión y el deseo. Me coloqué las manos sobre el sexo, como había hecho Millard, y lo oprimí, cerrando los ojos e imaginando que era él quien me acariciaba. Alcancé el orgasmo, temblando de pies a cabeza.

Millard quería estar conmigo otra vez, pero no en su taller, donde podía sorprendernos su mujer, así que tuvimos que esperar a que encontrara otro lugar. Un amigo le prestó su casa. Sobre la cama, situada en una profunda alcoba, había un espejo y varias lámparas. Millard las apagó, porque quería estar conmigo a oscuras.

He visto tu cuerpo y lo conozco a la perfección; ahora, con los ojos cerrados, quiero sentir tu piel y la suavidad de tu carne. ¡Tus piernas son firmes y fuertes, pero tan delicadas al tacto! Me gustan tus pies, tus dedos libres y sueltos como los dedos de la mano, tus uñas tan bien pintadas, tus tobillos y tus rodillas.

Su mano recorría lentamente todo mi cuerpo, presionando la carne, deteniéndose en cada curva.

Si pongo la mano aquí, entre tus piernas –me dijo–, ¿lo notas, te gusta, la quieres más cerca?

Sí, más cerca, más cerca.

Voy a enseñarte algo –prosiguió Millard–. ¿Me dejas que lo haga?

Introdujo un dedo en mi sexo.

Ahora quiero que te contraigas alrededor de mi dedo. Hay ahí un músculo que puede

contraerse y dilatarse en torno al pene. Prueba.

Probé. Su dedo era tentador. Como no lo movía, intenté mover yo el interior del sexo, y sentí, al principio sólo débilmente, cómo se abría y cerraba alrededor de su dedo el músculo que él había mencionado.

Así –aprobó Millard–. Hazlo más fuerte, más fuerte.

Y lo hice: abrir, cerrar, abrir, cerrar. Era como si tuviera dentro una boquita que apretaba el dedo. Quería agarrarlo y aspirarlo, y continué probando.

Millard dijo entonces que iba a introducir el pene, que permanecería quieto y que continuara moviéndome por dentro. Traté, cada vez con más fuerza, de agarrarle el miembro, y ese movimiento me fue excitando hasta que sentí que en cualquier momento alcanzaría el orgasmo. Después de haber atrapado y aspirado el pene varias veces, mi compañero gimió de placer y comenzó a empujar aprisa, como si él mismo no pudiera ya reprimir el suyo. Me limité a proseguir mi movimiento interno, y alcancé el orgasmo, de la manera más maravillosa y profunda, en el fondo de mis entrañas.

¿No te había enseñado esto John?

No.

¿Qué te enseñaba?

Esto. Arrodíllate sobre mí y empuja.

Millard obedeció. Su pene no tenía mucha fuerza, porque el primer orgasmo era demasiado reciente, pero lo introdujo ayudándose con la mano. Yo adelanté las mías, le acaricié los testículos, le puse dos dedos en la base del miembro y seguí acariciándole al tiempo que se movía. Se excitó al instante, el pene se le endureció y empezó a moverse de nuevo adentro y afuera. Pero pronto se detuvo.

No debo ser tan exigente –dijo en un tono extraño–. Luego estarás cansada para John.

Nos echamos y descansamos mientras fumábamos. Me preguntaba si Millard había experimentado algo más que deseo sensual, si mi amor por John no le habría trabado. Pero aunque siempre había un tono apesadumbrado en sus palabras, continuó haciéndome preguntas:

¿Te ha poseído hoy John? ¿Más de una vez? ¿Cómo lo ha hecho?

En las semanas que siguieron, Millard me enseñó muchas cosas que yo desconocía, y en cuanto las hube aprendido las probé con John. Sabía que no había hecho nunca el amor antes de hacerlo con él. La primera vez que apreté los músculos para agarrarle el pene se quedó estupefacto.

Ambas relaciones secretas se me hicieron difíciles, pero yo disfrutaba del peligro y de la intensidad.

Lilith

Lilith era sexualmente fría y pese a sus fingimientos su marido lo sospechaba. Tal situación dio lugar al siguiente incidente.

Lilith nunca tomaba azúcar, por no engordar, y empleaba un sucedáneo: unas minúsculas pildoras blancas que siempre llevaba en el bolso. Un día se quedó sin ellas y pidió a su marido que se las comprara de regreso a casa. Le compró un tubito como el que le había pedido, y se echó dos pildoras en el café después de cenar.

Estaban sentados juntos, y él la miraba con una expresión de madura tolerancia, que a menudo adoptaba frente a sus explosiones nerviosas, a sus crisis de egoísmo, de autorreproches o de pánico. A todo su dramático comportamiento, el marido respondía con inalterable buen humor y con paciencia. Ella rabiaba sola, se enfadaba sola y sola soportaba grandes trastornos emocionales en los que su esposo no tomaba parte.

Posiblemente, ésas eran otras tantas manifestaciones de la tensión que faltaba entre ellos en el ámbito sexual. El marido rechazaba todos los primarios y violentos desafíos y hostilidades de Lilith; se negaba a entrar en su terreno emocional y a responder a su necesidad de celos, temores y batallas.

Tal vez si hubiera aceptado sus desafíos y jugado los juegos que a ella le agradaban, Lilith hubiera acusado con mayor impacto físico la presencia de su marido. Pero éste no conocía los preludios del deseo sensual ni los estimulantes que ciertas naturalezas salvajes precisan, y así, en lugar de responderle en cuanto veía que se le ponían los pelos de punta, el rostro más vivido, los ojos relampagueantes y el cuerpo electrizado, inquieto como el de un caballo de carreras, se replegaba tras aquel muro de comprensión objetiva, tras aquella amable burla y aceptación, como quien observa un animal en el zoo y sonrío a sus cabriolas, pero no se siente afectado por su estado de ánimo. Era esto lo que dejaba a Lilith completamente aislada, igual que un animal salvaje en un desierto inhóspito.

Cuando le daba un acceso de furia y su temperatura aumentaba, el marido se esfumaba. Era como una especie de cielo suave que la mirase desde la altura, esperando que la tormenta pasara por sí sola. Si él hubiera aparecido al otro extremo de aquel desierto, como si fuera otro animal salvaje, y se hubiera enfrentado a ella con la misma tensión electrificante de pelo, piel y ojos, si hubiera aparecido con el mismo cuerpo salvaje, pisando fuerte y esperando el menor pretexto para saltar, abrazarla con furia, sentir la calidez y la fuerza de su oponente, ambos hubieran podido rodar juntos, y las mordeduras habrían podido ser otras, el ataque se habría

transformado en abrazo y los tirones de pelo habrían acabado por unir sus bocas, sus dientes, sus lenguas. Llevados por la furia, sus genitales habrían entrado en contacto, encendiendo chispas, y ambos cuerpos se hubieran penetrado mutuamente como final de tan formidable tensión.

Aquella noche, él se sentó con su expresión habitual en los ojos; ella, sentada bajo la lámpara, pintaba algún objeto con furia como si una vez pintado fuera a devorarlo.

¿Sabes? No era azúcar lo que te compré y tomaste después de cenar –dijo el marido–. Era yohimbina, un producto que le vuelve a uno apasionado.

Lilith se quedó pasmada.

¿Y me has dado eso?

Sí. Quería ver cómo te ponía. Pensé que podría resultar muy agradable para los dos.

¡Oh, Billy, vaya truco que me has gastado! ¡Y yo que prometí a Mabel que iríamos al cine juntas! No puedo defraudarla; ha estado encerrada en casa una semana. Imagina que eso empieza a hacerme efecto en el cine.

Está bien; si se lo prometiste debes ir, pero te estaré esperando.

Así, en un estado febril y de alta tensión, Lilith fue a buscar a Mabel. No se atrevió a confesarle lo que le había hecho su marido. Recordaba todas las historias que había oído acerca de la yohimbina. En el siglo XVIII, en Francia, los hombres hacían uso abundante de ella. Rememoró la anécdota de cierto aristócrata que, a la edad de cuarenta años, cansado ya de su asiduidad en hacer el amor a todas las mujeres atractivas de su tiempo, se enamoró tan violentamente de una joven bailarina de veinte años, que se pasó tres días enteros con sus noches copulando, con la ayuda de la yohimbina. Lilith trató de imaginar qué clase de experiencia sería ésa, cómo se sentiría cuando tuviera que correr a casa y confesarle su deseo a su marido.

Sentada en la obscuridad del cine, no podía mirar la pantalla. En su cabeza había un caos. Se sentó envarada, en el borde de la butaca, tratando de sentir los efectos de la droga. De repente, al percatarse de que estaba sentada con las piernas muy separadas y la falda por encima de las rodillas se puso rígida.

Pensó que ésa era una manifestación de su fiebre sexual ya creciente. Trató de recordar si alguna vez se había sentado en semejante postura en el cine. Le pareció que estar con las piernas abiertas era la postura más obscena jamás imaginada, y se dio cuenta de que la persona que ocupaba la butaca de delante, situada a un nivel mucho más bajo, habría podido mirar bajo su falda y regalarse con el espectáculo de sus bragas recién estrenadas y sus ligas

también nuevas, compradas aquel mismo día. Todo parecía conspirar para aquella noche de orgía. Su intuición debía haberlo previsto todo: se había comprado unas bragas con finas puntillas y unas ligas de color coral oscuro, que quedaban muy bien en sus finas piernas de bailarina.

Molesta, juntó las piernas. Pensó que si aquel salvaje deseo sexual la invadía en ese preciso momento, no sabría qué hacer. ¿Se levantaría bruscamente, pretextaría una jaqueca y se marcharía? ¿O se volvería hacia Mabel? Mabel siempre la había adorado. ¿Se atrevería a volverse hacia Mabel y acariciarla? Había oído hablar de mujeres que se acariciaban en el cine. Una amiga suya estaba sentada así en la oscuridad de una sala, y su compañera le había desabrochado la falda, había deslizado una mano hacia su sexo y la había acariciado largo tiempo, hasta provocarle el orgasmo. ¡Cuan a menudo esa amiga había repetido el placer de permanecer sentada con tranquilidad, controlando la parte superior del cuerpo, tiesa y quieta, mientras una mano la acariciaba en la oscuridad, secreta, lenta y misteriosamente! ¿Era eso lo que le iba a suceder a Lilith ahora? Nunca había acariciado a una mujer. A veces había pensado lo maravilloso que sería –la redondez del trasero, la suavidad del vientre, esa piel particularmente fina entre las piernas–, y probó a acariciarse ella misma, en la cama, a oscuras, imaginando qué sensación produciría tocar a una mujer. A menudo se había acariciado los pechos imaginando que eran los de otra.

En ese momento cerró los ojos y rememoró el cuerpo de Mabel en traje de baño; Mabel, sus senos redondos, a punto de escapar del bañador, sus labios gruesos, su boca sonriente. ¡Qué hermoso sería! Pero sus piernas no guardaban todavía el calor capaz de hacerle perder el control y tender su mano hacia Mabel. Las píldoras no habían hecho aún su efecto. Estaba fría, incluso incómoda, entre las piernas; había allí tirantez y tensión. No podía relajarse. Si tocaba ahora a Mabel, no podría ejecutar seguidamente un gesto atrevido. ¿Llevaba Mabel la falda abrochada a un lado? ¿Le gustaría ser acariciada? Lilith se sentía cada vez más inquieta. Cada vez que se olvidaba de sí misma, sus piernas se abrían de nuevo, adoptando aquella posición que le parecía tan obscena y tan provocativa como los gestos de las bailarinas balinesas, que separaban una y otra vez los muslos del sexo, dejándolo desprotegido.

La película terminó. Lilith condujo su coche en silencio por las calles oscuras. Los faros iluminaron otro automóvil aparcado a un lado y proyectaron su luz sobre una pareja que se estaba acariciando, pero no de la manera sentimental acostumbrada. La mujer estaba sentada sobre las rodillas del hombre, dándole la espalda, y él se mantenía rígido, con todo el cuerpo en la postura de quien persigue el climax sexual. Se hallaba en un estado tal que no pudo

detenerse cuando las luces cayeron sobre él. Se mantuvo tieso, para percibir mejor a la mujer, que se movía como una persona medio desvanecida de placer.

Lilith suspiró ante aquella visión, y Mabel dijo:

Desde luego les hemos pillado en el mejor momento.

Y se echó a reír. Así que Mabel conocía ese climax del que Lilith nada sabía. Lilith quiso preguntarle: «¿Cómo es?» Pero pronto lo sabría. Pronto podría satisfacer todos esos deseos habitualmente experimentados sólo en sus fantasías, en las largas ensoñaciones que llenaban sus horas cuando estaba sola en casa. Se sentaba a pintar y pensaba: «Ahora entra un hombre del que estoy muy enamorada. Entra en la habitación y dice: “Déjame que te desnude.” Mi marido nunca me desnuda. Se desnuda él, se mete en la cama, y si me desea me pide que apague la luz. Pero este hombre vendrá y me desnudará despacio, prenda por prenda. Eso me dará mucho tiempo para sentirlo, para notar sus manos sobre mí. Antes que nada, desatará mi cinturón y me acariciará la cintura con las dos manos. “¡Qué hermosa cintura tienes –me dirá–, qué flexible, qué gentil!” Luego me desabotonará la blusa con mucha lentitud, y yo sentiré sus manos desabrochando cada botón y tocándome poco a poco los pechos, hasta que salgan fuera de la blusa, y él se quede prendado de ellos y me succione los pezones como un niño, haciéndome un poco de daño con los dientes, y yo sentiré que todo mi cuerpo se estremece, que mis nervios se relajan, que me derrito. El se impacientará con la falda, y la rasgará un poco, de tanto que me deseará. No apagará la luz. Permanecerá mirándome con deseo, admirándome, adorándome, calentándome el cuerpo con las manos, esperando a que esté completamente excitada, en todos los rincones de mi piel.»

¿La estaba afectando la yohimbina? No, estaba lánguida, y su fantasía empezaba a actuar de nuevo, una y otra vez, pero eso era todo. Sin embargo, la visión de la pareja en el automóvil y su estado de éxtasis era algo que deseaba conocer.

Cuando llegó a casa, su marido estaba leyendo. La miró y le sonrió maliciosamente. Ella no quería confesar que no se sentía excitada en absoluto. Estaba muy decepcionada de sí misma. ¿Qué clase de mujer fría era, que nada podía afectarla, ni tan siquiera lo que había dado fuerzas a un caballero del siglo XVIII para hacer el amor tres días y tres noches sin parar? ¡Qué monstruo era! Nadie debía saberlo, ni su marido. Se reiría de ella y acabaría buscándose otra mujer más sensible.

Así que empezó a quitarse la ropa ante él, yendo de un lado a otro medio desnuda y cepillándose el cabello frente al espejo. Normalmente, nunca hacía eso. No quería que él la deseara; eso no la complacía. El amor era una cosa que había que hacer con rapidez, para que

él gozara. Para ella era un sacrificio. No participaba de la excitación ni del goce de él, que le resultaban repulsivos. Se sentía como una furcia sin sentimiento que a cambio del amor y la devoción de su marido le arrojaba su cuerpo vacío e insensible. La abrumaba estar tan muerta dentro de su cuerpo.

Pero cuando al cabo se deslizó en la cama, su marido le dijo:

Me parece que la yohimbina no te ha afectado mucho. Tengo sueño. Despiértame si...

Lilith trató de dormir, pero seguía esperando que la invadiera un deseo salvaje. Al cabo de una hora, se levantó y fue al cuarto de baño. Tomó el tubito y se tragó unas diez pildoras, pensando: «Ahora funcionará.» Y aguardó. Durante la noche, el marido pasó a su cama, pero ella tenía el sexo tan poco dispuesto que no se le humedecía lo más mínimo y tuvo que lubricarle el pene con saliva.

A la mañana siguiente se levantó llorando. Su marido la interrogó, y ella le confesó la verdad. El se echó a reír.

¡Pero Lilith! Era una broma. No era yohimbina. Te gasté una broma.

Desde aquel momento, sin embargo Lilith se obsesionó con la idea de que debía haber formas de excitarse artificialmente. Probó todos los métodos de que oyó hablar. Se bebió tazones de chocolate con gran cantidad de vainilla. Comió cebollas. El alcohol no la afectó en la misma medida que a otras personas, porque se mantenía siempre en guardia. No podía olvidarse de sí misma.

Oyó hablar de unas bolitas que se usaban como afrodisíaco en la India. Pero ¿cómo conseguirlas?

¿Dónde pedir las? Las hindúes se las insertaban en la vagina. Estaban hechas de algún tipo de goma suave, con una superficie fina, semejante a la piel. Al ser introducidas en el sexo, se amoldaban a la forma de éste y se movían a la vez que la mujer, adaptándose sensiblemente a todos los movimientos de los músculos y provocando una excitación mucho más intensa que la del pene o del dedo. A Lilith le hubiera gustado encontrar una bola de éstas y llevarla dentro
día y noche.

Marianne

Yo era la madame de una casa de prostitución literaria; la madame de un grupo de escritores hambrientos que producían relatos eróticos para vendérselos a un «coleccionista». Fui la primera en escribir, y todos los días entregaba mi trabajo a una joven para que lo mecanografiara en limpio.

Esta joven, Marianne, era pintora, y por las noches escribía a máquina para ganarse la vida. Su cabello era un halo dorado, tenía ojos azules, cara redonda y senos firmes y turgentes, pero acostumbraba a disimular la opulencia de su cuerpo, en vez de ponerla de manifiesto, a disfrazarse con deformados atuendos bohemios, chaquetas anchas, faldas de colegiala e impermeables. Procedía de una pequeña ciudad. Había leído a Proust, Krafft-Ebing, Marx y Freud.

Y, claro está, había tenido muchas aventuras sexuales, pero existen aventuras en las que el cuerpo no participa en realidad. Se estaba decepcionando a sí misma. Creía que, como se había acostado con hombres, los había acariciado y había hecho todos los gestos prescritos, poseía experiencia de la vida sexual.

Pero todo eso era externo. En efecto, su cuerpo había sido insensibilizado, deformado, se le había impedido madurar. Nada la había afectado profundamente. Era todavía virgen. Lo noté apenas entré en la habitación. De la misma forma que un soldado se niega a admitir que tiene miedo, Marianne no quería admitir que era fría, frígida. Pero se estaba psicoanalizando.

No podía dejar de preguntarme en qué medida la afectarían los relatos eróticos que le entregaba para mecanografiar. Junto con la intrepidez intelectual y la curiosidad, había en ella un pudor físico que luchaba por no revelar, pero que descubrí accidentalmente al enterarme de que nunca había tomado desnuda un baño de sol, y que la simple idea de hacerlo la intimidaba.

Lo que recordaba de manera más obsesiva era una noche con un hombre al que ella no había respondido, pero que en el momento de abandonar el estudio, la había apretado contra la pared, le había levantado una pierna y la había penetrado. Lo extraño del caso es que en aquel momento, no había sentido nada, pero cada vez que recordaba la escena, se ponía ardiente e inquieta. Se le aflojaban las piernas y lo hubiera dado todo por volver a sentir aquel cuerpo pesado presionando contra el suyo, ciñéndola contra la pared, impidiéndole escapar y, por último, tomándola.

Un día se retrasó en la entrega del trabajo. Fui a su estudio y llamé a la puerta. No respondió

nadie. Empujé la puerta y se abrió. Marianne debía haber salido a algún recado.

Me dirigí a la máquina de escribir para comprobar cómo iba el trabajo y vi un texto que no reconocí. Pensé que tal vez estaba empezando a olvidarme de lo que escribía. Pero eso era imposible. No era un escrito mío. Empecé a leer, y entonces comprendí.

Mediado su trabajo, Marianne se había sentido poseída por el deseo de relatar sus propias experiencias. Y esto es lo que escribió:

“Hay cosas que, cuando las lees, te hacen comprender que no has vivido en absoluto, que no has sentido ni experimentado nada hasta el momento. Ahora veo que la mayor parte de las cosas que me han sucedido eran de carácter clínico, anatómico. Había unos sexos que se tocaban, se confundían, pero sin chispa, sin furia sin sensaciones. ¿Cómo puedo alcanzar el placer? ¿Cómo puedo empezar a sentir, a sentir? Quiero enamorarme de tal forma, que la mera visión de un hombre, incluso a una manzana de distancia, me conmueva y me penetre, me debilite y me haga temblar, aflojarme y derretirme entre las piernas. Así es como quiero yo enamorarme; tan fuerte que el simple hecho de pensar en el amado me produzca un orgasmo.

Esta mañana, mientras estaba pintando, llamaron muy suavemente a la puerta. Fui a abrir, era un joven más bien apuesto, pero tímido y azorado, que al momento me gustó.

Se deslizó en el taller y no miró en torno, sino que mantuvo sus ojos clavados en mí, como suplicantes, y dijo:

Me envía un amigo suyo. Usted es pintora y quisiera encargarle un trabajo. Me pregunto si usted... ¿Querría usted?

Sus palabras quedaron ahogadas y se ruborizó. Era como una mujer.

Pase y siéntese –le invité, pensando que eso le haría sentirse cómodo.

Entonces vio mis pinturas, que son abstractas.

Pero usted puede pintar una figura realista, ¿no? –preguntó.

Desde luego que puedo.

Le mostré mis dibujos.

Son muy vigorosos –observó, cayendo en un trance de admiración por uno que representaba a un musculoso atleta.

¿Quiere usted un retrato suyo?

Bueno, sí; sí y no. Quiero un retrato. Pero se trata de un tipo de retrato poco usual. Yo no sé si usted accederá...

Acceder ¿a qué?

Bueno –balbució por fin–. ¿Querría usted hacerme un retrato de este tipo? –y señaló al atleta desnudo.

Esperó alguna reacción por mi parte. Me había acostumbrado tanto a la desnudez masculina en la escuela de arte, que me sonreí ante su timidez. Aunque no fuera lo mismo tener un modelo desnudo que pagaba al artista por dibujarlo, yo no creía que hubiera nada de extravagante en su petición. Esta era mi opinión, y así se lo dije. Mientras tanto, con el derecho de observación que se reconoce a los pintores, estudié sus ojos violeta, el suave y dorado vello de sus manos y el fino cabello sobre sus orejas. Tenía un aspecto de fauno y un carácter femeninamente evasivo que me atrajeron.

A pesar de su timidez, parecía sano y más bien aristocrático. Sus manos eran suaves y flexibles y sabía comportarse. Mostré un cierto entusiasmo profesional que pareció deleitarle y animarle.

¿Quiere usted que empecemos ya? –preguntó–. Llevo algo de dinero. Puedo traer el resto mañana.

Le señalé el rincón de la habitación donde estaba el biombo que ocultaba mi ropa y el lavabo. Pero volvió hacia mí sus ojos y dijo inocentemente:

¿Puedo desnudarme aquí?

Me sentí ligeramente incómoda, pero accedí. Me ocupé buscando papel de dibujo, moviendo una silla y sacando punta al carboncillo. Me pareció que se desnudaba con una lentitud fuera de lo normal, como si esperara que le prestase atención. Le miré atrevidamente, como si estuviera empezando a estudiarlo, carboncillo en mano.

Se desvestía con sorprendente premeditación, como si se tratara de una tarea especial, un ritual. En un momento dado, me miró a los ojos y sonrió, mostrando sus dientes finos y regulares. Su cutis era tan delicado que recibió la luz que penetraba por el gran ventanal y la retuvo como si fuera un tejido de raso.

En ese momento, el carboncillo cobró vida en mi mano, y pensé que sería un placer dibujar a aquel joven, casi tanto como acariciarlo. Se había quitado la chaqueta, la camisa, los zapatos y los calcetines; le quedaban sólo los pantalones. Se los sostenía como si estuviera haciendo strip-tease, mirándome todavía. Yo no lograba interpretar el fulgor de placer que animaba su cara.

Entonces se inclinó se desabrochó el cinturón, y los pantalones se le deslizaron. Permaneció completamente desnudo ante mí y en el más obvio estado de excitación sexual. Cuando me hube percatado de ello hubo un momento de suspense. Si protestaba, perdería mis honorarios,

que tanto precisaba.

Traté de leer en sus ojos. Parecía decir: “No te enfades. Perdóname.”

Así pues, opté por dibujarlo. Era una extraña experiencia. Mientras dibujaba la cabeza, el cuello y los brazos, todo iba bien. Pero en cuanto mis ojos se pasearon por el resto de su cuerpo, pude advertir el efecto que eso le producía. Su sexo temblaba imperceptiblemente. Quise dibujar esa protuberancia con la misma calma con la que había dibujado la rodilla. Pero la virgen que llevo en mí estaba turbada. Pensé: “Tengo que dibujar lentamente, con atención, hasta que pase la crisis, pues de lo contrario, podría descargar su excitación en mí.” Pero no; el joven no hizo ningún movimiento. Estaba absorto y satisfecho. Yo era la única turbada y no sabía por qué.

Cuando terminé, se vistió de nuevo, con calma, completamente seguro de sí mismo. Avanzó hacia mí, me dio la mano cortésmente y preguntó:

¿Puedo venir mañana a esta misma hora?”

Aquí concluía el relato, y en aquel momento entró Marianne en el estudio, sonriendo.

¿Verdad que es una aventura extraña? –me dijo.

Sí, y me gustaría saber qué sentiste cuando se hubo marchado.

Después –confesó– fui yo la que estuve excitada todo el día, recordando su cuerpo y su hermosísimo sexo rígido. Miré mis dibujos, y a uno de ellos le añadí la imagen completa del incidente. Estaba atormentada por el deseo. Pero a un hombre así sólo le interesa que le miren. Aquello hubiera podido quedar en una simple aventura, pero para Marianne se convirtió en algo más importante. Advertí cómo crecía su obsesión por el joven. Evidentemente, la segunda sesión fue igual que la primera. No se dijo nada. Marianne no exteriorizó emoción alguna. El, por su parte, no confesó el placer que le causaba el escrutinio de que era objeto su cuerpo. Todos los días, Marianne descubría nuevas maravillas. Todos los detalles de su cuerpo eran perfectos. ¡Si tan sólo hubiera mostrado un mínimo interés por el cuerpo de ella! Pero no lo hizo, y Marianne adelgazaba y se consumía de deseo insatisfecho.

También la afectaba el hecho de copiar continuamente aventuras ajenas, pues ahora todos los escritores del grupo le entregaban su original, pues se podía confiar en ella. Por las noches, la pequeña Marianne, de senos abundantes y maduros, se inclinaba sobre la máquina de escribir y tecleaba febriles palabras acerca de violentos encuentros físicos. Unos hechos la afectaban más que otros.

Le gustaba la violencia. Por ello, esa situación con el joven era para ella la más insostenible de las situaciones. No podía creer que sintiera tanta excitación física y un placer tan evidente

por el mero hecho de que ella fijara sus ojos en él, como si lo estuviera acariciando.

Cuanto más pasivo e inexpresivo se mostraba, más deseaba hacerlo objeto de su violencia. Soñaba con forzar su voluntad, pero ¿cómo podía forzar la voluntad de un hombre? Puesto que no podía tentarlo con su presencia, ¿cómo lograría hacerse desear?

Anhelaba que se durmiera, lo que le brindaría una oportunidad de acariciarlo, y que él la tomara. O que entrara en el taller mientras ella se vestía y que la visión de su cuerpo le excitara.

En una de las ocasiones en que le esperaba, probó a dejar la puerta abierta de par en par mientras se vestía, pero él miró a otra parte y tomó un libro.

Era imposible excitarlo, excepto mirándolo, y Marianne se hallaba ahora poseída de un frenético deseo. El dibujo estaba terminándose. Conocía todos los rincones de su cuerpo, el color de su piel, tan dorada y clara, cada una de las formas de sus músculos y, por encima de todo, el sexo en constante erección, suave, pulido, firme, tentador.

Se aproximó a su cliente para colocar a su lado una cartulina blanca que proyectara un reflejo más blanco o bien más sombras sobre su cuerpo. Y entonces perdió el control de sí misma y cayó de rodillas ante el sexo erecto. No lo tocó; se limitó a mirarlo y murmuró:

¡Qué hermoso es!

Aquello le afectó visiblemente. Todo su sexo se tornó más rígido a causa del placer. Ella estaba arrodillada muy cerca, lo tenía casi al alcance de la boca, pero sólo pudo repetir:

¡Qué hermoso es!

Como él no se movía, Marianne se acercó aún más, sus labios se abrieron un poco y su lengua tocó con delicadeza, con mucha delicadeza, la punta del sexo. El no se apartó: continuaba mirando el rostro de la artista, y la forma en que su lengua acariciaba su sexo.

Lo lamió con suavidad, con la delicadeza de un gato, y a continuación se introdujo una parte en la boca y cerró los labios alrededor. El miembro se estremecía.

Se contuvo, por miedo a encontrar resistencia, y él no la animó a continuar. Parecía contento. Marianne sintió que eso sería todo cuanto podría pedirle. Se puso en pie y volvió a su trabajo. Estaba sumida en la confusión. Ante sus ojos pasaban violentas imágenes. Recordaba unas películas que había visto en París, con figuras revolcándose en la hierba, pantalones blancos abiertos por diligentes manos, caricias, más caricias y el placer que hacía que los cuerpos se retorcieran y ondularan; el placer que recorría la piel como si fuera agua y provocaba estremecimientos cuando la oleada se apoderaba de los vientres o las caderas de los personajes, o cuando ascendía por sus espaldas o descendía por sus piernas.

Pero se controló, con el conocimiento intuitivo que una mujer posee de los gustos del hombre a quien desea. En cuanto a él, permaneció extasiado, con el sexo en erección y el cuerpo estremeciéndose débilmente, como si lo recorriera el placer al recordar la boca de Marianne abriéndose para entrar en contacto con el suave miembro.

Al día siguiente de este episodio, Marianne repitió su actitud de exaltada adoración, su éxtasis ante la belleza de aquel sexo. De nuevo se arrodilló y oró ante el extraño falo que sólo reclamaba admiración. Lo lamió otra vez, provocando desde el sexo estremecimientos de placer; volvió a besarlo, encerrándolo entre sus labios como un maravilloso fruto, y de nuevo él tembló. Entonces, para sorpresa de Marianne, una minúscula gota de una sustancia blanca, lechosa y salada, la precursora del deseo, se disolvió en su boca, por lo que acrecentó la presión y aceleró los movimientos de la lengua.

Cuando vio que se derretía de placer, se detuvo, intuyendo que, tal vez, si se apartaba entonces, él haría algún gesto para consumir el acto. Al principio, no hizo ningún movimiento. Su sexo se estremecía, y se le veía atormentado por el deseo. Pero luego, para sorpresa de Marianne, se llevó la mano al miembro, como si fuera a satisfacerse a sí mismo.

Marianne cayó en la desesperación. Apartó la mano del hombre, tomó su sexo en la boca de nuevo, rodeó sus órganos con sus dos manos, y le acarició y succionó hasta provocarle el orgasmo.

El se inclinó, agradecido y tierno, y murmuró:

Eres la primera mujer, la primera mujer, la primera mujer...

Fred se mudó al taller. Pero, como Marianne explicó, no pasó de aceptar sus caricias. Yacían en la cama, desnudos, y Fred se comportaba como si ella careciera por completo de sexo. Recibía los tributos de Marianne frenéticamente, pero el deseo de la muchacha quedaba sin respuesta. Lo máximo que hacía era ponerle las manos entre las piernas. Mientras ella le acariciaba con la boca, las manos de Fred le abrían el sexo como si fuera una flor y anduviera buscando el pistilo. Cuando Fred sentía las contracciones de la vulva, de buena gana acariciaba la palpitante abertura. Marianne era capaz de responder, pero eso no satisfacía la ansiedad que le inspiraban el cuerpo y el sexo de su amante, y anhelaba que él la poseyera de una manera más completa, que la penetrara.

Se le ocurrió mostrarle los manuscritos que estaba mecanografiando. Pensó que eso podría incitarle. Se tendían en la cama y leían juntos. El leía en voz alta, complacido. Se detenía en las descripciones. Leía y releía, y de nuevo se quitaba la ropa y se exhibía, pero por más intensidad que alcanzara su excitación, no pasaba de ahí.

Marianne le pidió que se psicoanalizara, aduciendo lo mucho que a ella la había liberado ese tratamiento. La escuchó con interés, pero se resistió a la idea. Le animó a que escribiera también sus experiencias.

Al principio se mostró tímido e incluso avergonzado, pero luego, casi subrepticamente, comenzó a escribir, escondiendo las páginas cuando Marianne entraba en la habitación. Usaba un lápiz gastado, y escribía como si se tratara de la confesión de un criminal. Por una casualidad, ella pudo leer lo que había escrito. Fred tenía necesidad urgente de dinero. Había empeñado su máquina de escribir, su abrigo y su reloj, y ya no le quedaba nada por empeñar.

No podía permitir que Marianne se hiciera cargo de él. Tal como estaban las cosas, ella se cansaba los ojos tecleando, trabajaba por la noche hasta tarde y nunca obtenía más que lo necesario para el alquiler y para un poco de comida. Así que acudió al coleccionista a quien Marianne entregaba los originales y le ofreció en venta el suyo propio, excusándose de que estuviera escrito a mano. El coleccionista tuvo dificultades para leerlo e, inocentemente, se lo dio a Marianne para que lo mecanografiara.

De este modo, Marianne se encontró con el manuscrito de su amante en las manos. Lo leyó con avidez antes de pasarlo a máquina, incapaz de controlar su curiosidad, en busca del secreto de la pasividad de Fred. He aquí lo que leyó:

“Las más de las veces, la vida sexual es un secreto. Todo el mundo conspira para que lo sea. Ni los mejores amigos se cuentan los detalles de sus vidas sexuales. Aquí, con Marianne, vivo en una extraña atmósfera. Hablamos, leemos y escribimos únicamente de la vida sexual.

Recuerdo un incidente que ya había olvidado por completo. Ocurrió cuando tenía unos quince años y era aún sexualmente inexperto. Mi familia había alquilado en París un apartamento con muchos balcones. En verano me gustaba pasear desnudo por mi habitación. Una vez se abrieron los batientes y me di cuenta de que una mujer me estaba observando desde el otro lado de la calle.

Estaba sentada en su balcón mirándome con el mayor descaro y algo me impulsó a simular que no me daba cuenta en absoluto. Temía que si se percataba de que la había descubierto se iría.

El hecho de ser observado me produjo un placer extraordinario. Yo caminaba por la habitación o me tendía en la cama. Ella no se movió en ningún momento. Repetimos esta escena todos los días durante una semana, pero al tercer día tuve una erección.

¿Se dio cuenta ella, desde el otro lado de la calle? ¿Me veía? Comencé a tocarme, sintiendo todo el tiempo cuan atenta estaba a cada uno de mis gestos. Me bañaba en una deliciosa

excitación. Desde donde estaba echado podía ver la forma lujuriosa de la mujer. Mirándola ahora directamente, jugué con mi sexo y, al final, me excité hasta tal punto que llegué al orgasmo.

La mujer no cesaba de mirarme. ¿Haría alguna señal? ¿La excitaba observarme? Seguro. Al día siguiente, aguardé su aparición con ansiedad. Salió a la misma hora, se sentó en su balcón y dirigió la mirada hacia mí. Desde aquella distancia yo no podía precisar si sonreía o no. Volví a tenderme en la cama.

Aunque éramos vecinos, no tratamos de encontrarnos en la calle. Todo cuanto recuerdo es el placer que yo obtenía así y que ningún otro placer ha igualado nunca. La mera evocación de estos episodios me produce excitación. Marianne me da, hasta cierto punto, ese mismo placer. Me gusta la expresión hambrienta con que me mira, admirándome y adorándome.”

Cuando Marianne leyó aquello sintió que nunca vencería su pasividad y se consideraba traicionada como mujer. Lloró un poco. A pesar de todo, seguía amándolo. Era delicado, cariñoso y tierno. Nunca hería sus sentimientos. No era exactamente protector, pero sí fraternal y sensible a sus cambios de humor. La trataba como a la artista de la familia, respetaba su pintura, le transportaba las telas y procuraba serle útil.

Marianne era profesora en una clase de pintura. A Fred le agradaba acompañarla por la mañana con el pretexto de transportarle los útiles. Pero pronto se dio cuenta de que le animaban otros propósitos: le apasionaban los modelos. No como personas, sino por su experiencia de posar. Quería ser modelo.

Ante esto, Marianne se rebeló. Si no obtuviera placer sexual al ser observado quizá no se hubiera opuesto. Pero con esa particularidad era como si se entregara a toda la clase. Marianne no podía soportar la idea, riñó con él.

Sin embargo, él estaba entusiasmado, y acabó siendo aceptado como modelo. Aquel día Marianne se negó a ir a clase; permaneció en casa y lloró como una mujer celosa que sabe que su amante está con otra mujer.

Se encolerizó. Hizo pedazos sus retratos de él, como para arrancar su imagen de sus ojos; la imagen de su cuerpo dorado, suave y perfecto. Aunque los estudiantes fueran indiferentes a los modelos, él reaccionaba a sus ojos, y Marianne no podía tolerarlo.

Este incidente comenzó a separarlos. Parecía como si cuanto más placer le daba ella, más sucumbiera él a su vicio, cuya satisfacción buscaba sin cesar.

No tardaron en hallarse completamente distanciados. Y Marianne se quedó de nuevo sola para mecanografiar nuestros relatos eróticos.

La mujer del velo

Cierta vez, George fue a un bar sueco que le agradaba, y se sentó en una mesa, dispuesto a pasar una velada de ocio. En la mesa inmediata descubrió una pareja muy elegante y distinguida, el hombre vestido con exquisita corrección y la mujer toda de negro, con un velo que cubría su espléndido rostro y sus alhajas de colores brillantes. Ambos le sonrieron. Apenas se hablaban, como si se conocieran tanto que no tuvieran necesidad de palabras.

Los tres contemplaban la actividad del bar –parejas bebiendo juntas, una mujer bebiendo sola, un hombre en busca de aventuras– y los tres parecían estar pensando en lo mismo.

Al cabo de un rato, el hombre atildado inició una conversación con George, que no desperdició la oportunidad de poder observar a la mujer a sus anchas. La encontró aún más bella de lo que le había parecido. Pero en el momento en que esperaba que ella se sumara a la conversación, dijo a su compañero unas pocas palabras, que George no pudo captar, sonrió y se marchó. George se quedó alicaído: se había esfumado el placer de aquella noche. Por añadidura sólo tenía unos pocos dólares y no podía invitar al hombre a beber con él, para descubrir, quizá, algo más acerca de la mujer. Para su sorpresa, fue el hombre quien se volvió hacia él y dijo:

¿Le importaría tomarse una copa conmigo?

George aceptó. Su conversación pasó de sus experiencias en materia de hoteles en el sur de Francia al reconocimiento por parte de George de que andaba muy mal de fondos. La respuesta del hombre dio a entender que resultaba sumamente fácil conseguir dinero. No aclaró cómo e hizo que George confesara un poco más.

George tenía en común con muchos hombres un defecto: cuando estaba de buen humor le gustaba contar sus hazañas. Y así lo hizo, empleando un lenguaje enrevesado. Insinuó que tan pronto ponía un pie en la calle se le presentaba alguna aventura, y afirmó que nunca andaba escaso de mujeres ni de noches interesantes.

Su compañero sonreía y escuchaba.

Cuando George hubo terminado de hablar, el hombre dijo:

Eso era lo que yo esperaba de usted desde el momento en que lo vi. Es usted el hombre que estoy buscando. Me encuentro con un problema tremendamente delicado. Algo único. Ignoro si ha tratado mucho con mujeres difíciles y neuróticas. Pero a juzgar por lo que me ha contado diría que no. Yo sí que he tenido relaciones con esa clase de mujeres. Tal vez las atraigo. En este momento me encuentro en una situación complicada y no sé cómo salir de ella. Necesito

su ayuda. Dice usted que le hace falta dinero. Bien, pues yo puedo sugerirle una manera más bien agradable de conseguirlo. Escúcheme con atención: hay una mujer rica y bellísima; en realidad, perfecta. Podría ser amada con devoción por quien ella quisiera y podría casarse con quien se le antojara. Pero por cierto perverso accidente de su naturaleza, sólo gusta de lo desconocido.

¡A todo el mundo le gusta lo desconocido! –objetó George, pensando inmediatamente en viajes, en encuentros inesperados, en situaciones nuevas.

No, no en ese sentido. Ella siente interés sólo por hombres a los que nunca haya visto y a los que nunca vuelva a ver. Por un hombre así hace cualquier cosa.

George rabiaba por preguntar si aquella mujer era la que había estado sentada a la mesa con ellos. Pero no se atrevía. El hombre parecía más bien molesto por tener que contar aquella historia pero, al mismo tiempo, parecía sentir un extraño impulso a hacerlo.

Debo velar por la felicidad de esa mujer –continuó–. Lo daría todo por ella. He dedicado mi vida a satisfacer sus caprichos.

Comprendo –dijo George–. Yo sería capaz de sentir lo mismo.

Ahora –concluyó el elegante desconocido–, si usted quiere venir conmigo, quizá pueda resolver sus dificultades financieras por una semana y, de paso, satisfacer su deseo de aventuras.

George se ruborizó de placer. Abandonaron juntos el bar. El hombre llamó un taxi y dio a George cincuenta dólares. Dijo que tenía que vendarle los ojos para que no viera la casa ni la calle a la que iban, puesto que nunca debía repetirse aquella experiencia.

George se hallaba presa de la mayor curiosidad, con visiones obsesivas de la mujer que había conocido en el bar, evocando a cada momento su espléndida boca y sus ojos brillantes tras el velo. Lo que le había gustado en particular era el cabello; le agradaba el cabello espeso que gravitaba sobre el rostro como una graciosa carga, olorosa y rica. Era una de sus pasiones.

El trayecto no fue muy largo. Se sometió de buen grado a todo el misterio. Para no llamar la atención del conductor ni del portero, la venda le fue retirada de los ojos antes de apearse del taxi, pero el desconocido había previsto astutamente que el fulgor de las luces de la entrada cegaría a George por completo. No pudo ver nada, salvo luces brillantes y espejos.

Fue conducido a uno de los interiores más suntuosos que había visto en su vida, todo blanco y con espejos, plantas exóticas, exquisito mobiliario tapizado de damasco, y una alfombra tan blanda que no se oían sus pisadas. Se le condujo por una habitación tras otra, todas de tonos distintos, con espejos, de tal modo que perdió por completo el sentido de la perspectiva. Por

fin llegaron al último cuarto, George enmudeció por la sorpresa.

Estaba en un dormitorio con una cama con dosel, puesta sobre un estrado. Había pieles por el suelo, vaporosas y blancas cortinas en las ventanas, y espejos, más espejos. Le satisfacía poder producir tantas repeticiones de sí mismo, infinitas reproducciones de un hombre apuesto a quien el misterio de la situación había conferido un fulgor de expectación y viveza que nunca había conocido. ¿Qué significaba aquello? No tuvo tiempo de preguntárselo.

La mujer del bar entró en la habitación, y nada más aparecer, el hombre que había conducido a George a aquel lugar se desvaneció.

Se había cambiado de vestido. Llevaba una llamativa túnica de raso que dejaba al descubierto sus hombros y quedaba sostenida por un volante fruncido. George experimentó el deseo de que, a un gesto suyo, el vestido cayera, se deslizara como una reluciente vaina y dejara aparecer su piel brillante, luminosa y tan suave al tacto como el raso.

Tuvo que contenerse. Aún no podía creer que aquella hermosa mujer estuviera ofreciéndose a él, un completo extraño.

Llegó a sentirse tímido. ¿Qué esperaba de él? ¿Cuál era su propósito? ¿Acaso tenía un deseo insatisfecho?

Disponía de una sola noche para ofrecerle todos sus dones de amante. Nunca volvería a verla. ¿Daría tal vez con el secreto de su naturaleza y la poseería en más de una ocasión? Se preguntaba cuántos habrían ido a aquella habitación.

Era extraordinariamente hermosa, con algo de raso y terciopelo en su persona. Sus ojos eran oscuros y húmedos, su boca refulgía, su piel reflejaba la luz. Su cuerpo, perfectamente proporcionado, combinaba las líneas incisivas de una mujer delgada y una provocativa madurez.

Tenía cintura estrecha, lo que realzaba la prominencia de sus senos. Su espalda era la de una bailarina, y cada ondulación ponía de manifiesto la opulencia de sus caderas. Sonreía. Su boca, entreabierta, era delicada y plena. George se le acercó y apoyó sus labios en aquellos hombros desnudos. Nada podía ser más suave que su piel. ¡Qué tentación de tirar del frágil vestido desde esos hombros y dejar al descubierto los pechos, tensos bajo el raso! ¡Qué tentación de desnudarla inmediatamente!

Pero George sintió que aquella mujer no podía ser tratada de manera tan sumaria, que requería sutileza y habilidad. Nunca había meditado tanto cada uno de sus gestos, nunca les había conferido tanto sentido artístico. Parecía decidido a un largo asedio, y como ella no daba señales de urgencia, se demoró sobre los hombros desnudos, inhalando el tenue y maravilloso

olor que desprendía aquel cuerpo.

Hubiera podido tomarla allí y en aquel momento, tan poderoso era el encanto que exhalaba, pero primero quería que ella hiciera una señal, que se mostrara activa, y no blanda y flexible como la cera bajo sus dedos.

La mujer parecía sorprendentemente fría y dócil, como si no sintiera nada. No había un solo estremecimiento en su piel; su boca se había abierto, dispuesta a besar, pero no respondía.

Permanecieron de pie junto a la cama, sin hablar. George recorrió con sus manos las satinadas curvas de aquel cuerpo, como para familiarizarse con él. Ella se mantuvo inmóvil. A medida que la besaba y la acariciaba, George se dejó caer lentamente de rodillas. Sus dedos advirtieron la desnudez bajo el vestido. La condujo a la cama; ella se sentó. George le quitó las zapatillas y le sostuvo los pies entre sus manos.

Le sonrió, cariñosa e invitadora. El le besó los pies, y sus manos se introdujeron bajo los pliegues del largo vestido y remontaron las suaves piernas hasta los muslos.

Abandonó sus pies a las manos de George, que ahora los mantenía apretados contra su pecho, mientras sus manos acariciaban las piernas. Si la piel era fina en ellas, ¿qué no sería cerca del sexo, donde siempre es más suave? Pero ella tenía los muslos apretados, y George no pudo continuar su exploración. Se puso en pie y se inclinó para besarla. Ella se recostó y, al echarse hacia atrás, sus piernas se abrieron ligeramente.

George le paseó las manos por todo el cuerpo, como para inflamar hasta el último rincón con su contacto, acariciándola de nuevo desde los hombros hasta los pies antes de intentar deslizar la mano entre sus piernas, que se abrieron un poco más, hasta permitirle llegar muy cerca del sexo.

Los besos de George revolviéron el cabello de la mujer; su vestido había resbalado de los hombros y descubría en parte los senos. Se lo acabó de bajar con la boca, revelando los pechos que esperaba: tentadores, turgentes y de la mas fina piel, con pezones rosados como los de una adolescente.

Su complacencia le incitó casi a hacerle daño para excitarla de alguna forma. Las caricias le afectaban a él, pero no a ella. El dedo de George halló un sexo frío y suave, obediente, pero sin vibraciones.

George empezó a creer que el misterio de aquella mujer radicaba en su incapacidad para ser excitada. Pero no era posible. Su cuerpo prometía tanta sensualidad; la piel era tan sensible, tan plena su boca. Era imposible que no pudiera gozar. Ahora la acariciaba sin pausa, como en sueños, como si no tuviera prisa, aguardando a que la llama prendiera en ella.

Los espejos que los rodeaban repetían la imagen de la mujer yacente, con el vestido caído de sus pechos, sus hermosos pies descalzos colgando de la cama y sus piernas ligeramente separadas bajo la ropa.

Tenía que arrancarle el vestido del todo, acostarse en la cama con ella y sentir su cuerpo entero contra el suyo. Empezó a tirar del vestido y ella le ayudó. Su cuerpo emergió como el de Venus surgiendo del mar. La levantó para que pudiera tenderse por completo en el lecho y no dejó de besar todos los rincones de su piel.

Entonces sucedió algo extraño. Cuando se inclinó para regalar sus ojos con la belleza de aquel sexo y su color sonrosado, ella se estremeció, y George casi gritó de alegría.

Quítate la ropa –murmuró ella.

Se desvistió. Desnudo, sabía cuál era su poder. Se sentía mejor desnudo que vestido, pues había sido atleta, nadador, excursionista y escalador. Supo que podía gustarle.

Ella le miró.

¿Se sentía complacida? Cuando se inclinó sobre ella, ¿se mostró más receptiva? No podía afirmarlo. Ahora la deseaba tanto que no podía aguardar más, quería tocarla con el extremo de su sexo, pero ella le detuvo. Antes quería besar y acariciar aquel miembro. Se entregó a la tarea con tal entusiasmo, que George se encontró con sus nalgas junto a la cara y en condiciones de besarla y acariciarla a placer.

George fue presa del deseo de explorar y tocar todos los rincones de aquel cuerpo. Separó la abertura del sexo con dos dedos y regaló sus ojos con el fulgor de la piel, el delicado fluir de la miel y el vello rizándose en torno a sus dedos. Su boca se tornó cada vez más ávida, como si se hubiera convertido en un órgano sexual autónomo capaz de gozar tanto de la mujer que si hubiera continuado lamiendo su carne hubiera alcanzado un placer absolutamente desconocido. Cuando la mordió, experimentando una sensación deliciosa, notó de nuevo que a ella la recorría un estremecimiento de placer. La apartó de su miembro a la fuerza por miedo a que pudiera obtener todo el placer limitándose a besarlo y a quedarse sin penetrarla. Era como si el gusto de la carne los volviera a ambos hambrientos. Y ahora sus bocas se mezclaban, buscándose las inquietas lenguas.

La sangre de la mujer ardía. Por fin, la lentitud de George parecía haber conseguido algo. Sus ojos brillaban intensamente y su boca no podía abandonar el cuerpo de su compañero. Entonces la tomó, pues se le ofrecía abriéndose la vulva con sus adorables dedos, como si ya no pudiera esperar más. Aun entonces suspendieron su placer, y ella sintió a George con absoluta calma.

Pero al momento señaló el espejo y dijo riendo:

Mira, parece como si no estuviéramos haciendo el amor; como si yo estuviera sentada en tus rodillas, y tú, bribón, has estado todo el tiempo dentro de mí, e incluso te estremeces. ¡Ah, no puedo soportar más esta ficción de que no tengo nada dentro! Me está ardiendo. ¡Muévete ya, muévete!

Se arrojó sobre él, de modo que pudiera girar en torno al miembro erecto, y de esta danza erótica obtuvo un placer que la hizo gritar. Al mismo tiempo, un relámpago de éxtasis estallaba en el cuerpo de George.

Pese a la intensidad de su amor, cuando George se marchó ella no le preguntó su nombre ni le pidió que volviera. Le dio un ligero beso en sus labios, casi doloridos, y le despidió. Durante meses, el recuerdo de aquella noche le obsesionó y no pudo repetir la experiencia con ninguna otra mujer.

Un día se encontró con un amigo que acababa de cobrar unos artículos y lo invitó a beber. Contó a George la increíble historia de una escena de la que había sido testigo. Estaba gastándose pródigamente el dinero en un bar, cuando un hombre muy distinguido se le acercó y le sugirió un agradable pasatiempo: observar una magnífica escena de amor, y como el amigo de George era un voyeur redomado, aceptó la sugerencia inmediatamente. Fue conducido a una misteriosa casa, a un apartamento suntuoso, y recluido en una habitación oscura desde donde pudo contemplar cómo una ninfómana hacía el amor con un hombre especialmente dotado y potente.

A George le dio un vuelco el corazón.

Descríbeme a esa mujer –pidió.

El amigo describió a la mujer con la que George había hecho el amor, incluido el vestido de raso. Describió también la cama con dosel, los espejos: todo. El amigo de George había pagado cien dólares por el espectáculo, pero había valido la pena y había durado horas.

¡Pobre George! Durante meses prescindió de las mujeres. No podía creer tamaña perfidia, tamaña farsa. Le obsesionaba la idea de que las que lo invitaban a sus apartamentos tenían escondido tras una cortina algún espectador.

Elena

Mientras esperaba el tren para Montreux, Elena examinaba a las personas que se hallaban a su alrededor, en los andenes. Cada viaje despertaba en ella la misma curiosidad y esperanza que uno siente antes de que el telón se levante en el teatro; la misma agitada ansiedad y expectación.

Reparó en varios hombres con los que le hubiera gustado hablar, preguntándose si iban a tomar el mismo tren que ella o, simplemente, habían acudido a despedir a otros pasajeros. Sus anhelos eran vagos, poéticos. Si se le hubiera preguntado de pronto qué estaba esperando, hubiera podido contestar: «Le merveilleux.» Su ansiedad no procedía de ninguna región precisa de su cuerpo. Era bien cierto lo que alguien dijo de ella después de que criticara a un escritor a quien había conocido: «No puedes verlo tal como es; no puedes ver a nadie como realmente es. El tiene que decepcionarte a la fuerza, porque tú estás esperando a alguien.»

Esperaba a alguien cada vez que una puerta se abría, cada vez que asistía a una fiesta, en cualquier reunión, cada vez que entraba en un café o en un teatro.

Ninguno de los hombres en los que se había fijado como compañeros deseables para el viaje tomó el tren, así que abrió el libro que llevaba. Era *El amante de Lady Chatterley*.

Tiempo después, Elena no recordaba nada de aquel viaje, excepto una sensación de tremendo calor corporal como si se hubiera bebido una botella entera del más escogido de los borgoñas, y la gran furia que la poseyó al descubrir un secreto que le parecía criminalmente oculto a todo el mundo. En primer lugar, descubrió que nunca había conocido las sensaciones descritas por Lawrence; en segundo lugar, que en eso consistía su ansiedad. Pero había otra verdad de la que ahora era del todo consciente. Algo había creado en ella un estado de perpetua defensa contra las auténticas posibilidades de experiencia, un impulso de salir volando que la alejaba de los escenarios del placer y de la expansión. Muchas veces había llegado al mismo límite, y entonces había echado a correr. Se increpaba ella misma por lo que se había perdido, por lo que había ignorado.

Dentro de sí, yacía agazapada la mujer sumergida en el libro de Lawrence, expuesta, sensibilizada y preparada como por mil caricias para la llegada de alguien.

Una nueva mujer se apeó del tren en Caux. No era éste el lugar donde le hubiera gustado iniciar su viaje; Caux se hallaba en la cumbre de una montaña, aislada, y desde allí se divisaba el lago de Ginebra. Era primavera, la nieve se estaba fundiendo; el tren jadeaba montaña arriba, y Elena sentía irritación por su lentitud, por los lentos gestos de los suizos, por los

lentos movimientos de los animales y por la estática pesadez del paisaje, que contrastaban con su humor y sus sensaciones, impetuosos como arroyos de montaña. Se proponía no permanecer allí largo tiempo; se quedaría hasta que su nuevo libro estuviera listo para ser publicado.

Desde la estación, caminó hacia un chalet que parecía sacado de un cuento de hadas; la mujer que le abrió la puerta parecía una bruja. Miró fijamente a Elena con sus ojos negros como el carbón, y la invitó a pasar. Elena tuvo la sensación de que toda la casa había sido construida para ella, con puertas y mobiliario más pequeños que lo normal. No se trataba de una ilusión, pues la mujer se volvió hacia ella y dijo:

Aserré las patas de las mesas y las sillas. ¿Le gusta mi casa? La llamo Casutza, o sea, «casita» en rumano.

Elena tropezó con un montón de botas de nieve, chaquetas, gorros de piel, capas y bastones, situado junto a la entrada. Esos objetos habían desbordado el guardarropa y se habían quedado en el suelo. Los platos del desayuno estaban aún en la mesa.

Los zapatos de la bruja sonaron como zuecos cuando empezó a subir las escaleras. Tenía voz de hombre y una pequeña línea de vello negro alrededor de los labios, como el bozo de un adolescente. Su voz era intensa y pesada.

Mostró a Elena su habitación. Se abría a una terraza, dividida por paneles de bambú, que se extendía por el lado soleado de la casa, sobre el lago. Elena no tardó en echarse allí, aunque temía los baños de sol, pues la volvían ardiente, apasionada, consciente de todo su cuerpo. En ocasiones se acariciaba ella misma. Ahora cerró los ojos y evocó escenas de *El amante de Lady Chatterley*.

Durante los días que siguieron dio largos paseos. Siempre se retrasaba para almorzar, y entonces madame Kazimir la miraba fijamente, con expresión airada, y no le hablaba mientras le servía. A diario iba gente a ver a madame Kazimir para tratar de los pagos de la hipoteca que pesaba sobre la cusa. La amenazaban con venderla. Estaba claro que moriría si la privaban de su casa, su concha protectora, su cascara de tortuga. Al mismo tiempo, rechazaba huéspedes que no le gustaban y se negaba a aceptar hombres.

Acabó rindiéndose a la vista de una familia –marido, mujer y una niña– que llegó una mañana directamente del tren, cautivada por el fantástico aspecto de la Casutza. No tardaron en hallarse sentados en el porche contiguo al de Elena, desayunando al sol.

Un día Elena se encontró con el hombre, que caminaba solo hacia el pico de la montaña que se elevaba detrás del chalet. Andaba de prisa, le sonrió al pasar y conánuó como si le

persiguieran sus enemigos. Se había quitado la camisa para recibir de lleno los rayos del sol. Mostraba un magnífico torso de atleta, ya dorado. Su cabeza era juvenil, despierta, pero cubierta de cabello que empezaba a encanecer. Los ojos no eran del todo humanos; tenían la mirada fija e hipnótica de un domador de animales, con algo de autoritario y violento. A Elena le recordaba la expresión de los chulos que permanecían de pie en las esquinas del barrio de Montmartre, con sus gorras y sus bufandas de colores chillones.

Aparte sus ojos, aquel hombre era aristocrático. Sus movimientos eran juveniles e inocentes. Se bamboleaba al andar, como si estuviera un poco borracho. Concentró toda su fuerza en la mirada que lanzó a Elena y luego sonrió inocentemente, con franqueza, y siguió caminando. Elena quedó perpleja ante aquella mirada, y su descaro casi le inspiró ira. Pero su juvenil sonrisa disipó el efecto molesto de los ojos, y le produjo una sensación que no pudo aclarar. Decidió volverse.

Cuando llegó a la Casutza, se sintió incómoda. Quiso marcharse. La invadía ya el ansia de escapar y eso le permitió darse cuenta de que estaba frente a un peligro. Pensó regresar a París. Pero al fin se quedó.

Un día el piano, que se apolillaba en el piso de abajo, empezó a emitir música. Las notas ligeramente desafinadas sonaban como las de los pianos de los bares pequeños y oscuros. Elena sonrió. El desconocido estaba entreteniéndose. En realidad, su forma de tocar excedía las posibilidades del piano, al que arrancaba un sonido completamente ajeno a su insulsa naturaleza burguesa; algo que nada tenía que ver con lo que en tiempos había tocado en él una muchachita suiza de largas trenzas.

De repente, la casa se había alegrado y Elena tenía ganas de bailar. El piano se detuvo, pero no antes de que la música le hubiera dado cuerda como si fuera una muñeca mecánica. Sola en el porche, giró sobre sus pies como una peonza. De la manera más inesperada, una voz de hombre cerca de ella dijo:

¡Menos mal que en esta casa hay personas vivas!

Y se echó a reír.

Se había puesto a mirar tranquilamente por entre las cañas de bambú, y ella pudo ver su rostro allí pegado, como el de un animal en una jaula.

¿Viene usted a dar un paseo? –le preguntó el hombre–. Creo que este lugar es una tumba; la Casa de los Muertos. Madame Kazimir es la Gran Petriticadora. Quiere convertirnos en estalactitas. Se nos permitirá soltar una lágrima cada hora, colgando del techo de alguna cueva, lágrimas de estalactita. Así se conocieron Elena y su vecino. Lo primero que él dijo

fue:

Tiene usted la costumbre de echarse atrás. Empieza a andar y se echa atrás. Eso está muy mal; es el primero de los crímenes contra la vida. Yo creo en la audacia.

Las personas expresan su audacia de diversas maneras –objetó Elena–. Yo acostumbro a echarme atrás, como usted dice, pero entonces me voy a casa y escribo un libro que se convierte en una obsesión para los censores.

Eso es malgastar las fuerzas naturales. –Pero yo utilizo mi libro como si fuera dinamita, lo coloco donde quiero que se produzca la explosión, y me abro paso a través de ella.

Mientras pronunciaba estas palabras, sonó una explosión en algún lugar de la montaña, donde se estaba abriendo una carretera, y se echaron a reír por la coincidencia.

Así que es usted escritora. Yo soy hombre de muchos oficios: pintor, escritor, músico y vagabundo. La esposa y la criatura están alquiladas temporalmente, por mor de las apariencias. Me he visto obligado a utilizar el pasaporte de un amigo, que a su vez se ha visto forzado a prestarme la esposa y la hija. Sin ellas, yo no estaría aquí. Tengo un don especial para irritar a la policía francesa. No he asesinado a mi portera, aunque tendría que haberlo hecho. Me ha provocado las veces suficientes para ello. Simplemente, como algunos otros revolucionarios verbales, he exaltado la revolución en voz demasiado alta a lo largo de demasiadas veladas en el mismo café, y uno de la secreta era uno de mis más fervientes seguidores. ¡Tanto que me seguía! Mis mejores discursos los pronunciaba siempre cuando estaba borracho.

Usted nunca ha estado allí –prosiguió el hombre–; usted nunca va a los cafés. La mujer más obsesiva es aquella que no puede encontrarse en el café atestado donde uno la está buscando, aquella que debemos cazar y perseguir a través de los disfraces que adopta en sus historias.

Sus ojos, sonrientes, se mantenían sobre ella mientras hablaba. Permanecían fijos en Elena con el conocimiento exacto de sus evasivas y elusiones, y actuaban como un catalizador, enraizándola en el lugar donde permanecía de pie; el viento le levantaba la falda, como la de una bailarina, y henchía su cabello como si fuera a alejarse a toda vela. El hombre se daba cuenta de la capacidad de Elena para volverse invisible, pero su fuerza era mayor, y podía mantenerla inmóvil allí todo el tiempo que quisiera. Sólo cuando volvió la cabeza hacia otro lado quedó ella libre de nuevo, pero no tanto como para escapársele.

Al cabo de tres horas de caminar, cayeron en un lecho de hojarasca, cerca de un chalet. Se oía una pianola.

El sonrió y dijo:

Este sería un lugar maravilloso para pasar el día y la noche. ¿Le gustaría a usted?

La dejó que fumara tranquilamente, echada sobre las hojas. Ella no contestó. Pero le sonrió.

Luego se dirigieron al chalet, donde él pidió comida y una habitación. La comida debían subirla al cuarto. Dio las órdenes con suavidad, sin dejar dudas respecto a sus deseos. Su decisión en los hechos triviales dio a Elena la sensación de que vencería con idéntica facilidad todos los obstáculos que se opusieran a sus grandes deseos.

No sintió ninguna tentación de retroceder y evitarlo. Notaba que se exaltaba por momentos, que estaba alcanzando aquella cumbre de emoción que habría de arrojarla de sí misma para bien; que la llevaría a abandonarse a un extraño. Ni siquiera conocía su nombre; tampoco él sabía el suyo. La franqueza de su mirada era como una penetración. Se puso a temblar mientras subía la escalera.

Cuando se hallaron solos en la habitación, con su inmensa cama pesadamente labrada, lo primero que hizo Elena fue dirigirse al balcón, y él la siguió. Sintió que el gesto que él iba a hacer sería posesivo, ineludible. Aguardó. Pero no había esperado lo que sucedió.

No era ella quien dudaba, sino aquel hombre cuya autoridad la había arrastrado hasta allí. Permanecía en pie frente a ella, disminuido de pronto, torpe, con la incomodidad reflejada en sus ojos. Con una desarmante sonrisa, dijo:

Debes saber, claro está, que eres la primera mujer de verdad que he conocido; una mujer a la que podría amar. Te he obligado a venir y quiero estar seguro de que deseas estar aquí. Yo...

Al percatarse de su timidez, ella sintió una ternura inmensa; una ternura que nunca había experimentado antes. Su fuerza se inclinaba ante Elena, dudaba ante la plenitud del sueño que se había forjado entre ellos. La ternura la sumergió. Fue ella quien se movió hacia el hombre y le ofreció la boca.

El la besó y apoyó sus manos en los senos de Elena. Ella sintió luego sus dientes. La estaba besando en el cuello, donde palpitaban las venas, y en la garganta, y sus manos parecían querer separarle la cabeza del resto del cuerpo. La dominaba el deseo de ser tomada plenamente. A medida que la besaba, la iba desnudando. La ropa cayó a su alrededor y permanecieron de pie, besándose. Luego, sin mirarla siquiera, la arrastró a la cama, todavía con su boca sobre el rostro, la garganta y el cabello de Elena.

Sus caricias poseían una extraña cualidad. Unas veces eran suaves y evanescentes, otras, fieras, como las caricias que Elena había esperado cuando sus ojos se fijaron en ella; caricias de animal salvaje. Había algo de animal en sus manos, que recorrían todos los rincones de su cuerpo, y que tomaron su sexo y su cabello a la vez, como si quisieran arrancárselos, como si

cogieran tierra y hierba al mismo tiempo.

Cuando cerraba los ojos sentía que él tenía muchas manos que la tocaban por todas partes, muchas bocas tan suaves que apenas la rozaban, dientes agudos como los de un lobo que se hundían en sus partes más carnosas. El, desnudo, yacía cuan largo era sobre ella, que gozaba al sentir su peso, al verse aplastada bajo su cuerpo. Deseaba que quedara soldado a su cuerpo, desde la boca hasta los pies. La recorrieron estremecimientos. El murmuraba de vez en cuando, pidiéndole que levantara las piernas como Elena nunca lo había hecho, hasta que las rodillas tocaron su barbilla. Le susurró que se volviera, y recorrió su espalda con las manos. Descansó dentro de ella, luego se echó de espaldas y aguardó.

Elena, incorporándose, se apartó con el cabello despeinado y los ojos con expresión drogada, y lo vio, como a través de una neblina, tendido boca arriba. Se encogió hacia los pies de la cama, hasta que alcanzó con la boca su miembro y empezó a besarlo. El suspiró. El pene acusaba suavemente cada beso. La miraba. Puso la mano sobre su cabeza y la presionó hacia abajo para que la boca cayera sobre su miembro. Dejó la mano donde estaba mientras ella se movía arriba y abajo, hasta que la dejó caer; con un suspiro de insufrible placer, la dejó sobre el vientre y permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, saboreando su gozo.

Ella no podía mirarlo como él la miraba, pues sus ojos estaban empañados por la violencia de sus sensaciones. Cuando lo miraba, se sintió de nuevo impelida, como por una fuerza magnética, a tocar su carne, con la boca o con las manos o con todo el cuerpo. Se restregó contra él con lujuria animal, disfrutando de la fricción. Luego, se dejó caer sobre el costado y permaneció tendida, tocando la boca de su amante como si la estuviera moldeando una y otra vez, como un ciego que pretende descubrir la forma de la boca, los ojos y la nariz, averiguar cómo es el tacto de su piel, la longitud y textura del cabello y la disposición de éste tras las orejas. Los dedos de Elena eran ligeros mientras se entregaba a esa operación, hasta que, de pronto, la asaltó el frenesí y presionó profundamente la carne hasta hacerle daño, como si quisiera asegurarse violentamente de la realidad de aquel hombre.

Tales eran las sensaciones externas de aquellos cuerpos que se descubrían el uno al otro. De tanto tocarse, quedaron como drogados. Sus gestos eran lentos y ejecutados como en sueños. Tenían las manos pesadas. Sus bocas no se cerraban.

¡Cómo manaba de Elena la miel! Su compañero bañó en ella sus dedos y luego su sexo. Después la movió de tal modo que la hizo yacer sobre él, con las piernas sobre las suyas, y cuando la tomaba, pudo verse a sí mismo penetrándola, y ella a su vez pudo verlo a él. Contemplaban el ondular de sus cuerpos juntos, buscando el climax. El la esperaba, atento a

sus movimientos.

Como ella no aceleraba su ritmo, la cambió de postura, haciéndola yacer boca arriba. Se tendió sobre ella para poder tomarla con más fuerza, tocando el fondo de su sexo, tocando las carnosas paredes una y otra vez, y entonces ella experimentó la sensación de que en sus entrañas despertaban nuevas células, nuevos dedos, nuevas bocas que respondían a la penetración del hombre y se conjuntaban en el movimiento rítmico; que aquella succión iba siendo cada vez más placentera, como si la fricción hubiera levantado nuevos estratos de gozo. Se movía más aprisa para alcanzar el climax, y cuando él se dio cuenta aceleró sus movimientos incitándole a alcanzar un orgasmo conjunto, con palabras, con las caricias de sus manos y, por último, soldando la boca con la suya para que las lenguas se movieran al mismo ritmo que la vagina y el pene; el placer recorría a Elena de la boca al sexo, en corrientes cruzadas en ascenso, hasta que lanzó un grito, a medias sollozo y carcajada, de la alegría que desbordó su cuerpo.

Cuando Elena regresó a la Casutza, madame Kazimir se negó a hablarle. La hizo objeto de la más indignada condena, silenciosa pero tan intensa que podía sentirse por toda la casa.

De todos modos aplazó su regreso a París. Pierre no podía volver. Se encontraban todos los días, y a veces pasaban la noche entera fuera de la Casutza. El sueño duró diez días, hasta que llegó una mujer. Sucedió una noche que Elena y Pierre habían salido. La recibió la esposa de Pierre y se encerraron arriba. Madame Kazimir trató de escuchar lo que hablaban, pero ellas descubrieron su cabeza por uno de los ventanucos.

La mujer era rusa. Era extrañamente bella, con ojos violeta y cabello oscuro; una fisonomía egipcia. No hablaba mucho y parecía muy turbada. Por la mañana, cuando Pierre regresó, la encontró allí. Su sorpresa fue más que evidente. Elena recibió un impacto de inexplicable ansiedad. De pronto tuvo miedo de la mujer. Sintió que su amor peligraba. Pero cuando Pierre se reunió con ella, horas más tarde, le explicó que eran cuestiones de trabajo. La mujer había sido enviada con órdenes, y él tenía que marcharse. Tenía que hacer un trabajo en Ginebra. Le habían sacado de sus dificultades en París con la condición de que obedeciera ciertas órdenes en lo sucesivo. No le dijo a Elena: «Ven conmigo a Ginebra.» Ella esperó en vano estas palabras.

¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

No lo sé.

¿Vas a irte con...? –ni siquiera pudo repetir aquel nombre.

Sí, ella es la que se encarga del asunto.

Si no voy a verte más, Pierre, dime al menos la verdad.

Pero ni su expresión ni sus palabras parecían proceder del hombre al que conocía íntimamente. Parecía estar diciendo lo que le habían ordenado y nada más. Había perdido todo su aplomo personal. Hablaba como si alguien le estuviera escuchando. Elena permanecía en silencio. Entonces, Pierre se le acercó y le susurró:

No estoy enamorado de ninguna mujer y nunca lo he estado. Amo mi trabajo. Contigo he corrido un grave peligro: porque podíamos hablar, porque estábamos tan cerca el uno del otro en tantos aspectos, me he quedado contigo demasiado tiempo. Había olvidado mi trabajo.

Elena se repetiría a sí misma estas palabras una y otra vez. Recordaba el rostro de Pierre mientras hablaba, sus ojos que ya no se fijaban en ella con aquella concentración obsesiva, que eran los de un hombre que obedecía órdenes y no las leyes del deseo y del amor.

Pierre, que había hecho más que ningún otro ser humano para sacarla de las cuevas de su vida secreta y replegada, la hundía ahora en los más profundos escondrijos del miedo y la duda. La caída fue mayor de lo que nunca había conocido, porque se había aventurado muy lejos en la emoción, y se había abandonado a ella.

Nunca indagó acerca de las palabras de Pierre ni consideró la posibilidad de seguirlo. Abandonó la Casutza antes que él. En el tren rememoró su rostro, tal como había sido, tan abierto y autoritario, y al mismo tiempo, en algún lugar, vulnerable e incluso vencido.

Lo más terrible de todas esas sensaciones era que ya no era capaz de encerrarse, como antes, y renegar del mundo, volverse sorda y ciega y sumergirse en alguna fantasía largamente madurada, que es lo que hacía de niña para reemplazar la realidad. Se preocupaba por la seguridad de Pierre y la hacía sufrir la vida peligrosa que él llevaba; se dio cuenta de que él no sólo había penetrado su cuerpo, sino también su auténtico ser. Siempre que pensaba en su piel, en las partes de su cabello que el sol había descolorido volviéndolo de oro fino, en sus tranquilos ojos verdes, que sólo parpadeaban en el momento en que se inclinaba sobre ella para tomar su boca entre sus fuertes labios, su carne, aún sensible a la imagen, vibraba, eso era para ella como una tortura.

Tras algunas horas de un dolor tan agudo y fuerte que creyó que iba a saltar en pedazos, cayó en un extraño letargo, en duermevela. Era como si algo se hubiera roto en su interior. Dejó de sentir dolor o placer y quedó entumecida. Todo el viaje se convirtió en algo irreal. Su cuerpo estaba otra vez muerto.

Tras ocho años de separación, Miguel volvió a París. Su regreso no significó para Elena ninguna alegría ni consuelo, pues él era el símbolo viviente de su primer fracaso. Miguel

había sido su primer amor.

Cuando se conocieron no eran más que unos niños; dos primos perdidos en una concurrida cena familiar a la que asistían muchos primos, tías y tíos. Miguel se sintió atraído hacia Elena magnéticamente; la siguió como una sombra y escuchó cada una de sus palabras, palabras que nadie más podía oír, pues su voz era suave y transparente.

Miguel le escribió cartas a partir de aquel día y acudió a verla de vez en cuando durante las vacaciones escolares. Fue una relación romántica en la que cada uno utilizaba al otro como personificación de la leyenda, historia o novela que había leído. Elena era todas las heroínas; Miguel, todos los héroes.

Cuando se conocieron estaban envueltos en tanta irrealidad que no podían tocarse. Ni siquiera se tomaron de las manos. Se sentían exaltados por la presencia del otro, se remontaban juntos y se movían por impulso de las mismas sensaciones. Ella fue la primera en experimentar una emoción más profunda.

Inconscientes de su belleza, fueron juntos a un baile. Pero otras personas sí repararon en ella. Elena vio que todas las chicas miraban a Miguel e intentaban atraer su atención.

Entonces lo vio con objetividad, al margen de la cálida devoción en que lo había envuelto. El se hallaba unos metros más allá, y era un joven muy alto y delgado, ágil, gracioso y fuerte, con músculos y nervios como de leopardo, con un andar deslizante, pero siempre dispuesto a saltar. Sus ojos eran de color verde hoja, líquidos. Su piel luminosa como la de un fosforescente animal submarino dejaba relucir un misterioso fulgor solar. Su boca, plena, de dentadura perfecta como la de un animal carnívoro, denunciaba su apetito sensual.

También Miguel vio por vez primera a Elena fuera de la leyenda en la que la había envuelto; la vio perseguida por todos los hombres, su cuerpo inquieto, siempre equilibrado en mitad de un movimiento, ligero sobre los pies, flexible, casi evanescente y tentador. La cualidad que impulsaba a todo el mundo a darle caza era algo que en ella resultaba violentamente sensual, vivo, telúrico. Su boca carnosa era lo más vivido en ella, pues su delicado cuerpo se movía con la fragilidad del tul.

Esa boca, hincada en un rostro de otro mundo, de la que brotaba una voz que llegaba directamente al alma, sedujo de tal manera a Miguel que no permitió que nadie más bailara con Elena. Pero, al mismo tiempo, no tocaba su cuerpo, salvo cuando bailaban. Los ojos de Elena le condujeron a su interior, a mundos donde se quedaba aturdido, como drogado.

Pero mientras bailaba con Miguel, Elena se había hecho consciente de su cuerpo, como si de pronto se hubiera vuelto de carne, de carne ígnea en la que cada uno de los gestos del baile

encendía una llama. Quería caerse hacia adelante, hacia la carne de aquella boca, y abandonarse a una misteriosa embriaguez.

La embriaguez de Miguel era de otra clase. Se comportaba como si quien le sedujera fuese una criatura irreal, una fantasía. Su cuerpo estaba muerto para Elena. Cuanto más se acercaba a ella, mayor era la intensidad con que sentía el tabú que la rodeaba, y le parecía que estaba como ante una imagen sagrada. En cuanto se hallaba en su presencia, sucumbía a una especie de castración.

Al sentir el cuerpo de su compañera ardiendo ante su proximidad, no supo más que pronunciar su nombre: «¡Elena!» Sus brazos, sus piernas y su sexo quedaron tan paralizados que dejó de bailar. Al pronunciar aquel nombre le había asaltado el recuerdo de su madre tal como la había visto de pequeño: una mujer más ancha que las demás, inmensa, abundante, con las curvas de la maternidad desbordando sus holgadas ropas blancas, los pechos de los que se nutriera y a los que siguió agarrado superada la edad en que los necesitaba, hasta el tiempo en que empezó a darse cuenta del obscuro misterio de la carne.

Cada vez que veía los pechos de mujeres corpulentas y llenas que se parecieran a su madre experimentaba el deseo de succionar, mascar y morder en ellos hasta hacer daño, de comprimirlos contra su cara, de sofocarse bajo su turgencia, de llenarse la boca con los pezones, pero no sentía ningún deseo de poseerlas mediante la penetración sexual.

Cuando se conocieron, Elena tenía los menudos senos de una muchacha de quince años, lo que despertó en Miguel cierto desprecio. Carecía de los atributos eróticos de su madre. Nunca sintió la tentación de desnudarla. Nunca la consideró una mujer. Era una imagen, una imagen como la de los santos en las estampas, una imagen como las de mujeres heroicas en los libros o en los cuadros.

Sólo las prostitutas poseían órganos sexuales. Miguel conoció esa clase de mujeres a una edad muy temprana, cuando sus hermanos mayores le arrastraban a los burdeles. Mientras ellos se acostaban con las mujeres, él les acariciaba los senos. Se llenaba la boca con ellos, hambriento. Pero le asustaba lo que veía en la entrepierna. Se le antojaba una boca enorme, húmeda y voraz. Sentía que jamás podría satisfacerla. Le atemorizaban la tentadora hendidura, los labios rígidos bajo el dedo acariciador, el líquido que segregaba como saliva de una persona hambrienta. Imaginaba este apetito femenino como algo tremendo, voraz, insaciable. Le parecía que su miembro sería engullido para siempre. Las prostitutas que tuvo ocasión de ver poseían sexos grandes y de correosos labios y anchas caderas.

¿Qué le quedaba a Miguel como objeto de sus deseos? Los chicos; los chicos sin aberturas

glotonas, los chicos con sexos como el suyo, que no le asustaban, cuyos deseos podía satisfacer.

Así, en la misma velada en que Elena experimentó la flecha del deseo y la calidez de su cuerpo, Miguel descubrió la solución intermedia: un muchacho que lo excitaba sin tabúes, temores ni dudas.

Elena, cuya inocencia era absoluta en materia de amor entre muchachos, regresó a casa y se pasó toda la noche llorando por la indiferencia de Miguel. Nunca había estado tan hermosa; había sentido el amor y la veneración que él le profesaba. Entonces, ¿por qué no la había tocado? El baile los había reunido, pero él no se había excitado. ¿Qué significaba eso? ¿Qué misterio era aquél? ¿Por qué vigilaba a los otros chicos, tan deseosos de sacarla a bailar? ¿Por qué no le había tocado ni siquiera una mano?

Pero se obsesionaban mutuamente. La imagen de Elena predominaba sobre las de todas las mujeres. Sus poesías le pertenecían, como sus creaciones, sus invenciones y su alma. Sólo el acto sexual no era para ella. ¡Cuánto sufrimiento se hubiera ahorrado Elena si hubiera sabido, si hubiera comprendido! Pero era demasiado delicada como para preguntar abiertamente, y él sentía demasiada vergüenza para decírselo.

Y ahora Miguel había vuelto. Su vida pasada la conocía todo el mundo: una larga serie de amores con muchachos, nunca duraderos. Siempre andaba buscando, siempre insatisfecho. Miguel, con el encanto de siempre, sólo que realizado, más intenso.

De nuevo sintió Elena su alejamiento, la distancia que los separaba. Tampoco esta vez le tomó el brazo, bronceado por el sol veraniego de París. Admiró todo cuanto ella llevaba: sus anillos, sus tintineantes pulseras, su vestido y sus sandalias, pero no la tocaba.

Miguel estaba siendo psicoanalizado por un famoso doctor francés. Cada vez que viajaba, amaba o tomaba a alguien, parecía que las ataduras de su vida se apretaban con más fuerza alrededor de su cuello. Deseaba la liberación, la liberación para asumir su anormalidad. Pero no la conseguía. Cuando amaba a un muchacho, lo hacía con la sensación de que cometía un crimen. La consecuencia era la culpabilidad. Y entonces trataba de purgarla con el sufrimiento.

Ahora podía hablar de ello, y desplegó toda su vida ante Elena, sin avergonzarse. Ella no se sintió dolida por eso, sino aliviada de muchas de sus dudas acerca de sí misma. Como Miguel no comprendía su propia naturaleza, al principio había culpado a Elena, achacándole lo que en realidad era frialdad suya hacia las mujeres. Dijo que esto se debía a que ella era inteligente, y las mujeres inteligentes mezclan la literatura y la poesía con el amor, cosa que le paralizaba.

Manifestó asimismo que era positiva y masculina en algunos aspectos, lo que le intimidaba. Tiempo atrás, Elena había aceptado de inmediato esos argumentos, y había dado en creer que las mujeres sutiles, intelectuales y positivas no pueden ser deseadas.

Si al menos –le había dicho Miguel– fueras muy pasiva, muy dócil, muy, muy inactiva, podría desearte. Pero siempre noto en ti un volcán a punto de estallar, un volcán de pasión, y eso me asusta.

O bien:

Si no fueras más que una puta y pudiera sentir que no eres ni demasiado exigente ni demasiado crítica, podría llegar a desearte. Pero siendo tú, notaría que tu brillante cabeza me está observando, que me despreciaría si fallara, si, por ejemplo, de pronto me volviera impotente.

¡Pobre Elena! Durante años no hizo el menor caso de los hombres que la deseaban. Puesto que Miguel era el único a quien ella había querido seducir, le parecía que sólo él podía demostrarle su propia fuerza.

Sintiendo la necesidad de confiar en alguien que no fuera su analista, Miguel presentó a Elena a su amante, Donald. En cuanto ella lo vio, lo quiso como a un niño, como a un enfant terrible, perverso y experto.

Era hermoso. Su cuerpo era delgado, como egipcio, y su cabello revuelto como el de un niño que hubiera estado corriendo. A veces, la suavidad de sus gestos le hacía parecer más pequeño, pero cuando se levantaba, estilizado, de línea pura y compleción ancha, se revelaba alto. Sus ojos parecían en trance, y hablaba con una extraña fluidez, como un médium.

Elena quedó tan encantada con él, que empezó a gozar sutil y misteriosamente imaginando cómo Miguel le hacía el amor. Donald representaba el papel de mujer amada por Miguel, que adoraba su juvenil encanto, el aleteo de sus pestañas, su nariz pequeña y recta, sus orejas de fauno y sus manos fuertes, de hombre.

Elena reconoció en Donald un hermano gemelo que empleaba sus mismas palabras, sus coqueterías y sus artificios. Estaba obsesionado por las mismas palabras y sensaciones que la obsesionaban a ella. Hablaba continuamente de su deseo de renuncia para proteger a los demás. Elena podía oír su propia voz. ¿Se daba cuenta Miguel de que estaba haciendo el amor a un hermano gemelo de Elena, a Elena en un cuerpo de hombre?

Cuando Miguel los dejó un momento, sentados a la mesa de un café, cruzaron una mirada de reconocimiento. Sin Miguel, Donald ya no era una mujer. Enderezó el cuerpo, miró impávido a Elena y habló de su búsqueda de la intensidad y la tensión, explicando que Miguel no era el

padre que necesitaba: Miguel era demasiado joven, era, simplemente, otro niño. Miguel deseaba ofrecerle un paraíso en algún lugar, una playa donde pudieran amarse en libertad, abrazarse día y noche, un paraíso de caricias y amor; pero él, Donald, buscaba algo más. Le gustaban los infiernos de amor, el amor mezclado con grandes sufrimientos y obstáculos. Quería matar monstruos, vencer enemigos y luchar como un Quijote.

Mientras hablaba de Miguel, asomó a su rostro la misma expresión que adoptan las mujeres cuando han seducido a un hombre; una expresión de vana satisfacción. Una triunfal e incontrolable celebración íntima del propio poder.

Cada vez que Miguel los dejaba solos un momento, Donald y Elena advertían el vínculo que su afinidad creaba entre ellos, la maliciosa conspiración femenina para encantar, seducir y convertir en víctima a Miguel.

Con una mirada picara, Donald dijo a Elena: –Conversar es una forma de coito. Tú y yo existimos juntos en todas las delirantes regiones del mundo sexual. Me conduces a lo maravilloso, y tu sonrisa encierra un fluido mesmeriano.

Miguel se reunió con ellos. ¿Por qué estaba tan inquieto? Fue a por sus cigarrillos. Luego, a por algo más. Los dejó. Cada vez que regresaba, Elena veía que Donald cambiaba, que de nuevo se convertía en una tentadora mujer. Los vio acariciarse mutuamente con la mirada, y presionarse las rodillas por debajo de la mesa. Existía entre ellos una corriente de amor tan fuerte, que la arrastró. Vio cómo se dilataba el cuerpo femenino de Donald, cómo su rostro se abría como una flor, vio sus ojos sedientos y sus labios húmedos. Era como ser admitida en los aposentos secretos de un amor sensual ajeno y ver, tanto en Donald como en Miguel, lo que en otras circunstancias le habría sido ocultado. Era una extraña transgresión.

Vosotros dos sois exactamente iguales –dijo Miguel.

Pero Donald es más sincero –replicó Elena, al tiempo que pensaba en la facilidad con que Donald traicionaba el hecho de que no amaba a Miguel incondicionalmente, en tanto que ella lo hubiera ocultado, por miedo a herir al otro.

Porque ama menos –explicó Miguel–. Es un narcisista.

Una oleada de simpatía rompió el tabú entre Donald y Elena, y entre Miguel y Elena. Ahora el amor fluía entre los tres, compartido, transmitido y contagioso. Sus hilos los unían.

Elena pudo mirar con los ojos de Miguel el esbelto cuerpo de Donald: su estrecha cintura, los hombros cuadrados como los de un relieve egipcio, sus gestos estilizados. Su cara expresaba tan abiertamente lo disoluto que parecía un acto de exhibicionismo. Todo se revelaba, se manifestaba sin tapujos.

Miguel y Donald pasaban las tardes juntos, luego Donald iba en busca de Elena. Con ella afirmaba su masculinidad; sentía que Elena le transmitía el elemento masculino que había en ella, su fuerza. Elena lo advirtió y dijo:

Donald, te doy lo masculino que hay en mi alma.

En su presencia, se volvía erecto, firme, puro, silencioso. De este modo se produjo una fusión.

Y Donald fue el hermafrodita perfecto.

Pero Miguel no se daba cuenta. Continuó tratando a su amigo como a una mujer. Claro que cuando Miguel estaba presente, el cuerpo de Donald se suavizaba, sus caderas empezaban a balancearse y su rostro se convertía en el de una actriz barata, en el de la vampiresa que recibe unas flores pestañeando. Revoloteaba como un pájaro, con una boca provocativa, fruncida para dar besitos, todo artificio y volubilidad; una parodia de los gestos de alarma y promesa que hacen las mujeres. ¿Por qué los hombres amaban a aquella mujer disfrazada y eludían a la mujer?

Como contrapartida, estaba la furia masculina de Donald que se rebelaba porque se le consideraba mujer.

No hace el menor caso de lo que hay de masculino en mí –se quejó–. Me toma por detrás, insiste en tratarme como a una mujer. Y lo odio por eso. Va a hacer de mí un marica de verdad. Yo quiero algo distinto. Quiero evitar convertirme en una mujer. Y Miguel se muestra brutal y masculino conmigo. Como si yo lo tentara. Me coloca boca abajo a la fuerza y me toma como si fuera una puta.

¿Es la primera vez que te tratan como a una mujer?

Sí. Antes de esto, no he hecho más que mamar, pero nunca lo de ahora. Boca y pene; eso era todo. Te arrodillas delante del hombre al que quieres y te la metes en la boca.

Elena miró la boquita infantil de Donald y se preguntó cómo podría introducir en ella un miembro. Recordó una noche en que, llevada al frenesí por las caricias de Pierre, envolvió con ambas manos su pene, sus testículos y su vello, con una especie de glotonería. Intentó metérsela en la boca –cosa que nunca había querido hacer antes–, pero Pierre no se lo permitió, porque le gustaba tanto penetrarla que quiso hacerlo en seguida.

Y ahora podía imaginar vividamente un gran pene, el pene quizá rubio de Miguel, entrando en la boquita infantil de Donald. Se le endurecieron los pezones y apartó los ojos.

Me toma todo el día: delante de los espejos, en el suelo del cuarto de baño, mientras sostiene la puerta con el pie, y sobre la alfombra. Es insaciable, e ignora al hombre que hay en mí. Si me ve el pene, que en realidad es más largo que el suyo, y más hermoso –de veras lo es–, no

le hace caso. Me toma por detrás, me manosea como a una mujer y deja que mi pene cuelgue flaccido. Ignora mi masculinidad. No existe plenitud entre nosotros.

Entonces, es como el amor entre mujeres. No hay plenitud, no hay verdadera posesión.

Una tarde, Miguel pidió a Elena que fuera a su habitación. Cuando llamó, oyó que alguien echaba a correr. Estaba a punto de marcharse, pero Miguel acudió a abrir la puerta y dijo:

Pasa, pasa.

Su rostro estaba congestionado, sus ojos inyectados en sangre, su cabello revuelto y su boca con manchas de besos.

Ya volveré más tarde –dijo Elena.

No, entra. Puedes aguardar en el cuarto de baño un instante. Donald se va en seguida.

¡Deseaba que ella estuviera allí! Podía haberla despedido, pero la condujo a través del pequeño vestíbulo hasta el baño anexo al dormitorio y la hizo sentar allí, riendo. La puerta permaneció abierta. Podía oír los gemidos y el pesado jadeo. Era como si estuvieran luchando en la habitación oscura. La cama crujía rítmicamente. Oyó que Donald decía:

Me haces daño.

Pero Miguel jadeaba y Donald tuvo que repetir:

Me haces daño.

Los gemidos continuaron, se aceleró el rítmico crujido de los muelles de la cama, y pese a lo que Donald le había dicho, Elena oía sus gemidos de placer.

Me estás ahogando –se quejó Donald.

La escena a oscuras le produjo un extraño efecto. Sentía que una parte de sí misma intervenía en aquello como mujer; ella como mujer metida en el cuerpo masculino de Donald, siendo penetrada por Miguel.

Estaba tan afectada que, para distraerse, abrió el bolso y sacó una carta que había encontrado en el buzón antes de marcharse, pero que no había leído.

Cuando la abrió, se sintió como fulminada por un rayo: “Mi huidiza y hermosa Elena. Me encuentro de nuevo en París por tu causa. No puedo olvidarte, a pesar de que lo he procurado. Cuando te entregaste a mí, me tomaste entero también. ¿Querrás verme? ¿No te has arrepentido y te has replegado fuera de mi alcance para siempre? Me lo merezco, pero no lo hagas: matarás un amor profundo, reforzado por todo lo que ha luchado contra ti. Estoy en París...”

Elena se levantó y abandonó corriendo el apartamento, dando un portazo. Cuando llegó al hotel de Pierre, él la estaba esperando impaciente. No había luz en su habitación; era como si

quisiera encontrarse con ella a oscuras, para sentir mejor su piel, su cuerpo y su sexo.

La separación los había enfervorizado. A pesar de lo salvaje de su encuentro, Elena no consiguió experimentar un orgasmo. En lo profundo de su ser conservaba una reserva de temor y no lograba abandonarse. El placer de Pierre llegó con tal fuerza, que no pudo contenerlo para esperar el de ella. La conocía tan bien que intuyó la razón de su secreta lejanía, la herida que le había inferido, la destrucción de la fe de Elena en su amor.

Volvió a acostarse, cansada de deseo y caricias, pero sin sentirse satisfecha. Pierre se inclinó sobre ella y le dijo con voz cariñosa:

Me lo merezco. Pese a que quieres encontrarme, te estás ocultando.

No –replicó Elena–. Espera. Dame tiempo para creer de nuevo en ti.

Antes de dejar a Pierre, él quiso poseerla otra vez. Pero pese a que Elena había alcanzado la plenitud del placer sexual en la primera ocasión en que la acarició, tampoco pudo acceder a aquel último secreto reducto que le estaba vedado. Pierre inclinó la cabeza y se sentó en la cama, vencido y triste.

Pero volverás mañana, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer para que confíes en mí?

Estaba en Francia sin documentos, con riesgo de que lo detuvieran. Para mayor seguridad, Elena lo ocultó en el apartamento de un amigo ausente. Ahora se encontraban todos los días. A él le gustaba reunirse con su amante a oscuras de manera que antes de que pudieran verse las caras, sus manos tomaran consciencia de la presencia del otro. Al igual que los ciegos, cada uno percibía el cuerpo del otro, demorándose en las curvas más cálidas, siguiendo la misma trayectoria todas las veces, reconociendo por el tacto los lugares donde la piel era más suave y tierna, donde era más fuerte y estaba expuesta a la luz del sol; donde se repetían, en el cuello, los latidos del corazón; donde los nervios se estremecían cuando la mano se aproximaba al centro, entre las piernas.

Las manos de Pierre conocían la opulencia de los hombros de Elena, inesperada en un cuerpo delgado como el suyo, la dureza de sus senos, el vello febril de las axilas, que le había rogado que no se afeitara. Su cintura era muy estrecha, y las manos de Pierre gustaban de aquella curva que se iba abriendo más y más desde la cintura hasta las caderas. Perseguía con cariño todas las ondulaciones, como tratando de tomar posesión de aquel cuerpo con las manos, imaginando su color.

Sólo una vez había visto Pierre su cuerpo a la luz del día, en Caux, por la mañana, y se deleitó con su color. Era marfil pálido, suave, y hacia el sexo ese marfil se volvía más dorado, como armiño viejo. Al sexo lo llamaba «el zorrillo», porque su vello se erizaba cuando su mano se

adelantaba hacia él.

Los labios de Pierre seguían a sus manos, y también su nariz, que se sumergía en los olores de aquel cuerpo, buscando el olvido y la droga que emanaban de él.

Elena tenía un pequeño lunar oculto entre los pliegues de la carne secreta de entre sus piernas. El hacía como que lo buscaba cuando sus dedos se introducían por entre sus muslos, por entre el pelaje del zorro, pretendía que deseaba tocar el lunar y no la vulva. Y mientras acariciaba el lunar, sólo tocaba la vulva accidentalmente, de una forma muy ligera, lo justo para sentir la rápida y vegetal contracción de placer que sus dedos producían, las hojas de esa planta tan sensible que se cerraban, se replegaban a causa de la excitación, encerrando su secreto placer, cuya vibración él mismo advertía. Besaba el lunar, notaba que respondía a los besos dados un poco más lejos, y viajaba por la piel, hasta el extremo de la vulva, que se abría y se cerraba cuando la boca de Pierre se aproximaba. Hundió su rostro allí, drogado por los olores de sándalo y de concha marina. Al acariciar el vello púbico, el pelaje del zorro, un pelo se perdía en su boca, y otro entre las cobijas, donde más tarde él lo encontraba, reluciente y electrizado. A menudo sus matas de vello púbico se mezclaban y más tarde al bañarse, Elena encontraba pelos de Pierre enroscados con los suyos. Los de Pierre eran más largos, recios y fuertes.

Elena dejó que su boca y sus manos hallaran toda clase de secretos repliegues y rincones, y permanecieran en ellos, cayendo en un sueño de caricias envolventes, inclinando su cabeza sobre la de su amante cuando él colocaba su boca en su garganta, besando las palabras que no podía emitir. Parecía que adivinaba dónde deseaba el próximo beso, qué parte de su cuerpo reclamaba calor. Los ojos de Elena se fijaban en sus propios pies, y entonces los besos iban allá, o debajo del brazo, o en la curva de su espalda, o donde el vientre se transformaba en valle, donde comenzaba el vello púbico, escaso, ligero y ralo.

Pierre extendió el brazo como lo hubiera hecho un gato, como para recibir un golpe. De vez en cuando, sacudía la cabeza, cerraba los ojos y permitía a Elena que le cubriera de besos ligeros como mariposas, que no eran más que la promesa de otros más violentos. Cuando ya no podía aguantar más los contactos ligeros y sedosos, abría los ojos, ofrecía su boca como una fruta madura, y Elena caía hambrienta sobre ella, como si de esa boca manara la verdadera fuente de vida.

Cuando el deseo hubo permeado cada pequeño poro y cada pelo de sus cuerpos, se abandonaron a violentas caricias. A veces, Elena podía oír crujir sus huesos cuando él le levantaba las piernas para colocárselas alrededor de los hombros; podía oír la succión de los besos, el sonido como de lluvia de los labios y las lenguas, la humedad que se extendía por la

calidez de la boca, como si estuvieran comiendo un fruto que se deshiciera y se disolviera. Pierre podía oír su extraño canturreo ahogado, semejante al de alguna ave exótica en éxtasis; ella percibía la respiración de Pierre, que se tornaba más pesada conforme su sangre se volvía más densa y rica.

Cuando se elevaba la fiebre de Pierre, su respiración era como la de algún toro legendario que galopaba con furia para asestar una delirante cornada; una cornada sin dolor, una cornada que casi levantaba de la cama todo el cuerpo de Elena, que elevaba su sexo por los aires como si la atravesara y se lo arrancara, dejándola sólo cuando ya le había inferido la herida, una herida de éxtasis y placer que desgarraba su cuerpo como si lo iluminara y luego la dejaba caer de nuevo, gimiendo, víctima de un goce excesivo, un goce semejante a una pequeña muerte que ninguna droga ni bebida alcohólica podían procurar; que sólo lograban provocar dos cuerpos enamorados, enamorados en lo profundo de su ser, con cada átomo, célula y nervio, con el pensamiento.

Pierre estaba sentado en el borde de la cama; se había puesto los pantalones y estaba abrochándose el cinturón. También Elena se había vestido, pero aún estaba abrazada a su amante mientras éste permanecía sentado. Entonces él le mostró su cinturón. Elena se irguió para mirarlo. Había sido un cinturón pesado y fuerte, de cuero, con hebilla de plata, pero ahora estaba tan gastado que parecía a punto de romperse. El extremo estaba deshilacliado. Donde la hebilla había dejado su marca, el cuero era tan fino que parecía tela.

Este cinturón está a punto de romperse, y me sabe mal porque lo he usado durante diez años.

Lo estudió contemplativamente.

Mientras Elena miraba a Pierre, allí sentado con el cinturón aún suelto, la asaltó el recuerdo del momento en que él se lo había desabrochado para bajarse los pantalones. Nunca lo hacía hasta que una caricia o un apretado abrazo de sus cuerpos excitaba su deseo y el miembro, encerrado, le dolía.

Quedaba siempre ese segundo de suspense antes de que se bajara los pantalones y se sacara el pene para que ella se lo tocara. A veces permitía que lo sacara ella, y si no podía desabotonarle los calzoncillos con bastante rapidez, lo hacía él mismo. El leve chasquido de la hebilla la excitaba: para ella era un momento erótico como lo era para Pierre el momento en que ella se bajaba las bragas o se soltaba las ligas.

Aunque había quedado satisfecha por completo poco antes, de nuevo estaba excitada. Le hubiera gustado desabrochar el cinturón, bajarle los pantalones y volverle a tocar el pene. Cuando éste aparecía por primera vez, ¡con qué viveza apuntaba hacia ella, como si

procediera a un reconocimiento!

De pronto, el hecho de percatarse de que el cinturón estaba tan viejo, de que Pierre siempre lo había llevado, le produjo un extraño y agudo dolor. Se lo representó desabrochándose en otros lugares, en otras habitaciones, a otras horas y para otras mujeres.

La repetición de esa imagen le hizo sentir celos. Quiso decir: «Tira ese cinturón; por lo menos no lleves el mismo que llevaste para las otras. Yo te regalaré otro.»

Era como si el afecto que él sentía por el cinturón estuviese dirigido a un pasado del que no pudiera liberarse por entero. Para Elena, representaba los gestos ejecutados en el ayer. Se preguntaba si todas sus caricias habían sido iguales.

Durante una semana, más o menos, Elena respondió por completo a los abrazos de su amante, casi perdió la conciencia en sus brazos y hasta lloró una vez por lo agudo de sus goces. Entonces advirtió un cambio en el ánimo de Pierre: estaba preocupado, pero no le preguntó nada. Interpretó esa preocupación a su manera: estaría pensando en su actividad política, que había descuidado por ella. Tal vez estaba sufriendo a causa de la falta de acción. Ningún hombre puede vivir sólo para el amor, como una mujer, ni puede hacer del amor el propósito de su vida ni llenar sus días con él.

Ella no hubiera podido vivir para otra cosa. De hecho, no vivía para otra cosa. El resto del tiempo –cuando no estaba con Pierre– no sentía ni oía nada con claridad. Permanecía ausente. Sólo regresaba del todo a la vida en aquella habitación. Durante el día, mientras estaba haciendo otras cosas, sus pensamientos se circunscribían a Pierre. Sola, en la cama, rememoraba las expresiones de su amante, la risa que le asomaba por el rabillo del ojo, su barbilla voluntariosa, el brillo de sus dientes y la forma de sus labios cuando pronunciaba palabras de deseo.

Aquella tarde, cuando yacía en sus brazos, se percató de las nubes que ensombrecían su rostro y sus ojos, y no pudo responderle. Generalmente iban sintonizados: él sentía cuándo aumentaba el placer de ella, y ella el de él. De alguna forma misteriosa, podían retrasar el orgasmo hasta el momento en que los dos estaban listos para alcanzarlo. Casi siempre sus movimientos rítmicos eran lentos, después los aceleraban, y a continuación aumentaban todavía más la velocidad, al compás de la temperatura en aumento de la sangre y de la oleadas de placer, cada vez mayores. Experimentaban el orgasmo de forma simultánea: el pene se estremecía al expeler el semen, y las entrañas de Elena palpitaban con aquellos dardos que eran como titilantes lenguas de fuego en su interior.

Aquel día él la tuvo que esperar. Elena se movió para acompañarse a sus embestidas,

arqueando la espalda, pero no llegó a experimentar el orgasmo.

Córrete, cariño. Córrete, cariño –le suplicó él–. No puedo aguantar más. Córrete, cariño.

Se vació y se derrumbó sobre su seno sin emitir sonido. Era como si ella le hubiera golpeado.

Nada hería más a Pierre que la falta de respuesta de su amante.

Eres cruel –le reprochó–. ¿Por qué te reprimes ahora?

Elena permaneció en silencio. Le entristecía que la ansiedad y la duda pudieran impedirle con tanta facilidad alcanzar lo que deseaba. Aunque tuviera que ser el último orgasmo, lo deseaba. Pero como temía precisamente que pudiera ser el último, se bloqueaba y no llegaba a consumir la verdadera unión con su compañero. Y sin el orgasmo simultáneo no había unión; no se producía la absoluta comunión entre ambos cuerpos. Sabía que luego se torturaría como ya lo hiciera en otras ocasiones. Se quedaría insatisfecha, con la impronta del cuerpo de Pierre en el suyo.

Rememoró la escena; lo vio inclinado sobre ella, y evocó el aspecto de las piernas de ambos cuando se hacían un aovillo, cómo una y otra vez la penetraba aquel miembro, cómo Pierre se derrumbaba sobre ella al terminar; experimentaba de nuevo el imperativo deseo y la atormentó el anhelo de sentir a Pierre en la profundidad de su cuerpo. Conoció la tensión del apetito insatisfecho, los nervios intolerablemente despiertos, incisivos y al desnudo, la sangre arremolinándose: todo dispuesto para alcanzar un climax que no se producía. Luego no pudo dormir. Sentía calambres en las piernas que le hacían temblar como un caballo de carreras inquieto. Imágenes eróticas, obsesivas, la persiguieron toda la noche.

¿En qué estás pensando? –preguntó Pierre, mirándola a la cara.

En lo triste que me quedaré cuando te deje, después de no haber sido realmente tuya.

Hay algo más en tu mente, Elena, algo que ya estaba ahí cuando viniste. Algo que yo quiero conocer.

Me afecta tu depresión, y me he preguntado a mí misma si echabas de menos tu actividad y estabas deseando volver a ella.

¡Oh, era eso! ¡ Era eso! Te estabas preparando para mi nuevo abandono. Pero eso no se me había pasado por la cabeza; al contrario, me he puesto en contacto con unos amigos que me ayudarán a demostrar que no era un activista, sino tan sólo un revolucionario de café. ¿Recuerdas el personaje de Gogol? ¿El hombre que hablaba día y noche, pero nunca se movía ni actuaba? Pues ése soy yo. Eso es cuanto he hecho: hablar. Si esto puede probarse, podré quedarme y ser libre. Eso es por lo que estoy luchando.

¡Qué efecto causaron estas palabras en Elena! Tan grande como la influencia que sus temores

habían tenido sobre su naturaleza sensual, frenando sus impulsos y dominándolos. Eso la asustó.

Ahora quería acostarse sobre Pierre y hacer que la tomara. Sabía que sus palabras bastaban para tranquilizarla. Sin duda Pierre lo adivinó, pues continuó sus caricias largo tiempo, a la espera de que el contacto de sus dedos con la piel húmeda de Elena le excitara de nuevo. Y mucho después, mientras yacían en la obscuridad, la tomó otra vez; entonces fue ella quien tuvo que reprimir la intensidad y rapidez de su propio orgasmo para compartirlo con él; gritaron de placer y Elena lloró de alegría.

En lo sucesivo, su amor luchó para vencer aquella frialdad que subyacía en Elena y que una palabra, una pequeña herida o una duda podía traer a la superficie para destruir su mutuo apasionamiento. A Pierre eso llegó a obsesionarle, y se mostraba más atento al talante y las predisposiciones de Elena que a los suyos propios. Incluso cuando la gozaba, sus ojos buscaban en ella una señal de los futuros nubarrones que siempre pendían sobre ellos. Se agotaba en espera del placer de Elena, para lo cual reprimía el suyo. Arremetía contra el inconquistable centro del ser de su amante, que podía cerrarse a voluntad contra él. Pierre comenzó a comprender algo de las perversas devociones de los hombres hacia las mujeres frías.

La ciudadela, la inexpugnable mujer virgen; el conquistador que había en Pierre, que nunca se había alzado para llevar adelante una verdadera revolución, se entregó a esta conquista, para romper de una vez para siempre aquella barrera que Elena podía erigir contra él. Sus encuentros como amantes se convirtieron en una secreta batalla entre dos voluntades, en una serie de ardides.

Si disputaban (y lo hacían a causa de la íntima asociación de Elena con Miguel y Donald, porque Pierre sostenía que le hacían el amor a través de los cuerpos de uno y otro), él sabía que su compañera reprimiría el orgasmo. Se enfurecía y procuraba conquistarla con las caricias más salvajes. A veces la trataba brutalmente, como si fuese una ramera y pudiera pagarle por su sumisión. En otras ocasiones se esforzaba por enternecerla con mimos. Se volvía pequeño, casi como un niño, en sus brazos.

La rodeó de una atmósfera erótica. Convirtió su habitación en una madriguera cubierta de alfombras y tapices, perfumada. Trataba de llegar hasta Elena a través de su respuesta a la belleza, al lujo y a los valores. Compró libros eróticos y los leían juntos. Era ésta su última forma de conquista: excitar en la joven una fiebre sexual tan poderosa, que no pudiera resistirse a su tacto. Mientras yacían leyendo juntos en el diván, las manos del uno vagaban

por el cuerpo del otro, por los lugares descritos en el libro. Se agotaban con excesos de todas clases, buscando todos los placeres conocidos por los amantes, inflamados por imágenes, palabras y descripciones de nuevas posturas. Pierre creía haber despertado en ella tal obsesión sexual, que nunca podría controlarse a sí misma. Y Elena parecía corrompida. Sus ojos comenzaron a brillar de una manera extraordinaria, no con la refulgencia del día, sino con una luz inquietante como la de un tuberculoso, con una fiebre tan intensa que pronto las ojeras hicieron su aparición.

Pierre ya no dejaba la habitación a oscuras. Le gustaba verla llegar con aquella fiebre en los ojos. Su cuerpo parecía haberse vuelto más pesado. Sus pezones estaban siempre endurecidos, como si se hallaran constantemente en un estado de excitación erótica. Su cutis se había vuelto tan hipersensible que en cuanto Pierre la tocaba, se le ponía la piel de gallina, y un escalofrío recorría su espalda, afectando a todos sus nervios.

Se tumbaban boca abajo, vestidos aún, abrían un nuevo libro y leían juntos al tiempo que se acariciaban. Se besaban sobre las imágenes eróticas. Sus bocas soldadas caían sobre enormes y prominentes traseros femeninos, piernas abiertas en compás, hombres gateando como perros, con miembros descomunales que casi se arrastraban por el suelo.

Una figura representaba a una mujer torturada, empalada en un madero que le entraba por el sexo y le salía por la boca. Tenía la apariencia de la suprema posesión sexual y despertó en Elena un sentimiento de placer. Cuando Pierre la tomó, le pareció que el gozo que sentía mientras el pene la hurgaba se comunicaba a su boca. La abrió, y su lengua asomó, como en el grabado, como si quisiera tener metido el pene en la boca al mismo tiempo que en el sexo.

Durante días, Elena respondió furiosamente casi como una mujer a punto de perder la razón. Pero Pierre descubrió que una disputa o una palabra cruel por su parte podría detener aún el orgasmo de su amante y ahogar la llama erótica que brillaba en sus ojos.

Cuando hubieron agotado la novedad de los relatos eróticos, encontraron un nuevo terreno: el de los celos, el terror, la duda, la angustia, la saña, el antagonismo y la lucha que los seres humanos emprenden a veces contra el vínculo que los une a otra persona.

Pierre trató ahora de hacer el amor con los otros egos de Elena, con los más ocultos, con los más delicados. Observaba cómo dormía, cómo vestía, cómo se peinaba ante el espejo. Buscó una clave espiritual de su ser, una clave que pudiera alcanzar con una nueva forma de hacer el amor. Ya no la vigilaba para asegurarse de que tuviera un orgasmo, por la simplicísima razón de que Elena estaba decidida a fingir que disfrutaba, aun en el caso de que no fuera así. Se convirtió en una consumada actriz. Mostraba todos los síntomas del placer: la contracción de

la vulva, la aceleración de la respiración, del pulso y de los latidos del corazón, la súbita languidez, el desfallecimiento y la ligera modorra que seguía. Podía simularlo todo. Para ella, el amar y el ser amada estaban tan inexplicablemente mezclados con su placer que podía alcanzar, jadeando, una respuesta emocional, aunque no sintiera goce físico: podía simularlo todo, salvo el palpito interior del orgasmo. Pero le constaba que eso era difícil de detectar con el pene. Encontraba destructiva la lucha de Pierre por obtener siempre de ella ese orgasmo, y preveía que aquello podría acabar restándole a él confianza en su amor y, en última instancia, separándolos. Elena escogió, pues, la opción del fingimiento.

Por esta razón Pierre dirigió su atención a otra clase de galanteo. En cuanto ella entraba, advertía cómo se movía, cómo se despojaba del abrigo, cómo se sacudía el cabello y qué anillos llevaba. Creía que de todos esos signos podría deducir su humor. Y este humor se convertía en su terreno de conquista. Aquel día Elena presentaba un aspecto aniñado, flexible, con el pelo lacio y la cabeza fácilmente inclinada por el peso de toda su vida. Iba poco maquillada, mostraba una expresión inocente y llevaba un vestido ligero de colores brillantes. El la acariciaría con suavidad y ternura, observando la perfección de los dedos de sus pies, por ejemplo, tan libres como los dedos de las manos; sus tobillos, en los que se transparentaban sus venas azul pálido; la manchita tatuada para siempre en su rodilla, donde, a los quince años –cuando era una colegiala–, había tapado con tinta un agujerito en la media. La plumilla se rompió durante la operación, hiriéndola y marcando para siempre su piel. Pierre halló una uña rota, y deploró su pérdida y su patético aspecto truncado entre las otras, largas y afiladas. Le preocupaban todas las pequeñas miserias de Elena. Mantuvo junto a sí a la niña que había en ella, a la que le hubiera gustado conocer.

Así pues, ¿llevabas medias negras de algodón? –le preguntó.

Eramos muy pobres, y además las medias formaban parte del uniforme escolar.

¿Qué más llevabas?

Marineras y faldas azul oscuro, que yo detestaba. A mí me gustaban los vestidos alegres.

¿Y debajo? –inquirió Pierre, con la misma inocencia con que podría haberle preguntado si llevaba impermeable cuando llovía.

No estoy segura de cómo era entonces mi ropa interior. A mí me gustaban las enaguas con volantes, por lo que recuerdo. Pero me temo que me hacían llevar ropa interior de lana, y en verano, combinaciones blancas y bombachos. Los bombachos no gustaban, porque eran demasiado amplios. Yo soñaba entonces con encajes, y contemplaba arrobada durante horas la ropa interior en los escaparates, imaginándome envuelta en raso y puntillas. No hubiera

encontrado nada cautivador en la ropa interior de una niña.

Pero Pierre pensó que no importaba que aquellas prendas fueran blancas y tal vez deformes; podía imaginarse muy enamorado de Elena con medias negras.

Quiso saber cuándo había experimentado Elena su primera vibración sensual. Fue mientras leía, explicó la joven, y se repitió una vez que se deslizó en trineo con un muchacho tumbado cuan largo era sobre ella y también cuando se enamoraba de hombres a los que sólo conocía de lejos, y en los que, cuando se le acercaban, descubría algún defecto que la hacía apartarse. Necesitaba de extraños: un hombre visto en una ventana, otro descubierto un día en la calle u otro más apenas entrevisto en una sala de conciertos. Después de tales encuentros, Elena se soltaba el cabello, se mostraba negligente con su vestido arrugado, y se sentaba como una mujer china, afectada por acontecimientos insignificantes y por delicadas tristezas.

Acostado junto a ella, sosteniendo tan sólo su mano, Pierre hablaba de su vida, ofreciéndole imágenes de sí mismo cuando niño, para igualarse a la niña que Elena le había presentado. Era como si el caparazón de sus personalidades maduras se hubiera disuelto, como una estructura añadida, como una superposición que revelara sus centros.

De niña, Elena fue lo que de pronto había vuelto a ser para él: una actriz, una simuladora, una persona que vivía inmersa en sus fantasías y papeles y nunca sabía lo que sentía en realidad.

Pierre había sido un rebelde. Creció entre mujeres; su padre había muerto en el mar. Lo crió su nodriza, porque su madre sólo vivía para encontrar un sustituto del hombre que había perdido. Carecía de sentimientos maternos; había nacido para ser amada. Trataba a su hijo como si fuera un joven amante. Le acariciaba de maneras extravagantes y le recibía por la mañana en la cama, en la que aún se advertían señales de la reciente presencia de un hombre. Pierre compartía el perezoso desayuno de su madre que servía la nodriza siempre irritada al encontrar al muchacho tumbado junto a ella, en la cama en la que un momento antes había estado su amante.

A Pierre le gustaba la voluptuosidad de su madre, su carne que se vislumbraba a través del encaje, sus formas que se transparentaban entre las faldas de gasa. Le gustaban los hombros redondos, las frágiles orejas, los rasgados ojos burlones y los brazos opalescentes que emergían de las mangas. La preocupación de aquella mujer era hacer cada día una fiesta. Prescindía de las personas que no resultaban divertidas y de cualquiera que explicara historias de enfermedad o infortunio. Si iba de compras, lo hacía de manera extravagante, como si fuera Navidad, y volvía cargada de regalos para toda la familia. Y para sí misma: caprichos y cosas inútiles, que acumulaba a su alrededor hasta que las tiraba.

A los diez años, Pierre estaba iniciado en todos los requisitos impuestos por una vida llena de amantes. Asistía a la toilette de su madre, la observaba empolvase bajo los brazos y deslizar la borla de los polvos en el vestido entre los pechos. La veía emerger del baño medio cubierta por su quimono, con las piernas desnudas, y calzarse unas medias muy largas. A ella le gustaba colocarse las ligas muy arriba, de modo que las medias casi le tocaran las caderas. Mientras se vestía, conversaba acerca del hombre con el que iba a encontrarse, ponderando ante Pierre la naturaleza aristocrática del uno, el encanto del otro, la sencillez de un tercero o el genio de un cuarto, como si él fuera a convertirse algún día en todos ellos a la vez.

Cuando tenía veinte años, desaconsejó todas sus amistades con mujeres, incluso sus visitas al prostíbulo. El hecho de que buscara mujeres que se parecieran a ella no la preocupaba. En los lenocinios pedía a las prostitutas que se vistieran para él, de forma estudiada y lenta, a fin de poder experimentar un obscuro e indefinible placer; el mismo que sentía en presencia de su madre. Para esta ceremonia exigía coquetería y prendas especiales. Las prostitutas, riendo, le complacían. Durante estos juegos los deseos de Pierre se tornaban de pronto salvajes: rasgaba los vestidos y su cópula parecía una violación.

Más allá de eso, subyacían las regiones maduras de su experiencia, que no confesó a Elena aquel día. Le entregó tan sólo al niño, su propia inocencia y su propia perversidad.

Había días en que ciertos fragmentos de su pasado, los más eróticos, accedían a la superficie, permeaban cada uno de sus movimientos y conferían a sus ojos la misma mirada fija e inquietante que Elena había visto al principio en él, a su boca, laxitud y abandono, y a todo su rostro la expresión de quien no ha eludido ninguna experiencia. Elena podía evocar entonces a Pierre con una de sus prostitutas y se le aparecía como un decidido buscador de la pobreza, la suciedad y la decadencia como únicos acompañamientos apropiados para ciertos actos. En él se manifestaba el apache, el voyou, el vicioso capaz de estar bebiendo tres días con sus noches, de abandonarse a toda experiencia como si fuera la última, de agotar su deseo con alguna mujer monstruosa a la que deseaba por su suciedad, porque muchísimos hombres la habían poseído y porque su lenguaje estaba plagado de obscenidades. Era una pasión por el autoaniquilamiento, la bajeza, el lenguaje de la calle, las mujerzuelas y el peligro. Había sido detenido en redadas de opiómanos, y por haber vendido a una mujer.

Era su capacidad para la anarquía y la corrupción lo que en ocasiones le daba la expresión de un hombre capaz de cualquier cosa, y esto mantenía despierta en Elena la confianza hacia él. Al mismo tiempo, Pierre era por completo consciente de la atracción que sentía por lo demoníaco y lo sórdido, por el placer de caer, por profanar y destruir el yo ideal. Pero su amor

hacia Elena le impidió arrastrarla hacia nada de eso. Temía iniciarla y perderla en uno u otro vicio, en alguna sensación que él no pudiera procurarle. Por ello la puerta hacia el elemento corrupto de sus naturalezas, raras veces se abría. Ella no quería saber lo que su cuerpo, su boca o su sexo habían hecho. Pierre, por su parte, se resistía a descubrir las posibilidades que ella encerraba.

Sé que eres capaz de sentir muchos amores –dijo Pierre–, que yo seré el primero y que dentro de nada este amor te impedirá expansionarte. ¡Eres sensual, tan sensual...!

No puedo amar tantas veces. Deseo mezclar el erotismo con el amor. Y no es frecuente que uno sienta un amor profundo.

Pierre estaba celoso del futuro de Elena, y ella del pasado de él. Ella se hizo consciente de que tenía veinticinco años y él cuarenta, que él estaba ya cansado de muchas experiencias que ella ni siquiera había imaginado.

Cuando el silencio se prolongaba y Elena no veía en el rostro de Pierre una expresión de inocencia, sino, al contrario, una sonrisa persistente, cierto desdén en el contorno de los labios, sabía que estaba rememorando el pasado. Elena se tendió a su lado, contemplando sus largas pestañas.

Hasta que te encontré –dijo él al cabo de un momento–, yo era un Don Juan, Elena. Nunca pretendí conocer verdaderamente a ninguna mujer. Jamás quise permanecer solamente con una. Sentía siempre que la mujer utilizaba sus encantos no en virtud de una apasionada relación, sino para arrancar del hombre la garantía de un vínculo duradero: el matrimonio, por ejemplo, o al menos compañía; para conseguir, en definitiva, alguna clase de tranquilidad, de posesión. Era eso lo que me asustaba, el sentimiento de que en la grande amoureuse se disimulaba una pequeña burguesa que aspiraba a la seguridad del amor. Lo que me atrae de ti es que has seguido siendo la amante. Conservas el fervor y la intensidad. Cuando te sientes en inferioridad de fuerzas ante la gran batalla del amor, te retiras. Otra cosa: no es el placer que puedo darte lo que te vincula a mí, pues lo repudias cuando no estás emocionalmente satisfecha. Pero eres capaz de todo, de todo en absoluto. Lo siento así. Estás abierta a la vida. Yo te he abierto. Por vez primera lamento mi poder para abrir a las mujeres a la vida y al amor. ¡Cuánto te quiero cuando te niegas a comunicarte con el cuerpo, cuando buscas otros medios para alcanzar la totalidad del ser! Has hecho lo imposible para quebrantar mi resistencia al placer. Sí, al principio yo no podía soportar esa habilidad que tenías para replegarte en ti. Me parecía que estaba perdiendo mi propia fuerza.

Esta conversación hizo adivinar a Elena de nuevo un sentimiento de inestabilidad en Pierre.

Siempre que ella tocaba el timbre se preguntaba si se habría ido. En un viejo guardarropa Pierre descubrió una pila de libros eróticos escondidos bajo unas mantas por los anteriores ocupantes de la vivienda. Ahora, a diario relataba a Elena una historia para hacerla reír. Se daba cuenta de que la había entristecido.

No sabía que, cuando se mezclan en una mujer, lo erótico y lo tierno forman una poderosa unión, casi una fijación. Elena sólo podía evocar imágenes eróticas relacionadas con Pierre y con su cuerpo. Si veía en los bulevares una película pornográfica que la excitaba, reservaba su curiosidad o la sugerencia de una nueva experiencia para el próximo encuentro. Así empezó a susurrar en el oído de Pierre ciertos deseos.

A Pierre le sorprendía siempre que Elena quisiera darle placer sin proporcionárselo ella. A veces, después de sus excesos, se sentía cansado, menos potente, pero deseaba repetir la sensación aniquiladora. Entonces la excitaba con caricias, con una agilidad de manos que se aproximaba a la masturbación. Mientras, Elena rodeaba el miembro de Pierre con las dos manos, como una delicada araña de expertos dedos que tocaban los más escondidos lugares en busca de una respuesta. Lentamente, los dedos se cerraban sobre el pene, primero acariciando su envoltura de piel, y luego sintiendo la afluencia de sangre densa que lo ponía en erección; sintiendo la suave hinchazón de los nervios, la súbita dureza de los músculos; sintiendo como si estuvieran tañendo un instrumento de cuerda. Por el grado de erección, Elena sabía cuándo Pierre carecía de la dureza suficiente para penetrarla; sabía cuándo sólo podía responder a sus dedos nerviosos y cuándo deseaba que lo masturbara; al poco rato el placer propio frenaba la actividad de sus manos sobre ella. Entonces quedaba drogado por las de Elena, cerraba los ojos y se abandonaba a sus caricias. Intentaba una o dos veces, como dormido, seguir acariciándola, pero acababa yaciendo pasivamente, para sentir mejor las sabias manipulaciones y la tensión creciente.

¡Ahora, ahora! –murmuraba—. Ahora.

Eso significaba que la mano de ella tenía que acelerarse, para acompasarse con la fiebre que palpataba en su interior. Sus dedos discurrían rítmicamente, al unísono con los latidos de la sangre, cada vez más rápidos, mientras la voz de Pierre rogaba:

¡Ahora, ahora, ahora!

Ciega a todo cuanto no fuera el placer de su amante, Elena se inclinaba sobre él, con el cabello en desorden, la boca cerca del miembro, continuando el movimiento de sus manos al tiempo que lamía el glande cada vez que éste se le ponía al alcance de la lengua; esto hasta que el cuerpo de Pierre empezaba a temblar y se excitaba, hasta consumirse por obra de las

manos y la boca de Elena, hasta quedar aniquilado. El semen fluía como en pequeñas olas rompiendo en la arena, rolando una sobre la otra; pequeñas olas de espuma salada en la arena de aquellas manos. Luego, tiernamente, encerraba el agotado pene en su boca, para recoger el precioso líquido del amor.

El placer de Pierre produjo a Elena un goce tal que ella misma se sorprendió cuando él empezó a besarla con gratitud, mientras le decía:

Pero tú, tú no has sentido ningún placer.

Oh, sí –replicó Elena con una voz que no dejó lugar a dudas.

Elena se maravillaba de la continuidad de su exaltación y se preguntaba cuándo su amor entraría en un período de reposo.

Pierre iba ganando libertad. A menudo estaba fuera cuando Elena le telefoneaba. Mientras tanto, ella ofrecía sus consejos a Kay, una vieja amiga que acababa de regresar de Suiza. En el tren, Kay encontró a un hombre que podría describirse como el hermano menor de Pierre, y había estado tan dominada por su personalidad, que lo único que podía satisfacerla era una aventura que, al menos superficialmente, se pareciese a la de Elena.

Aquel hombre tenía también una misión. No confesó en qué consistía, pero la empleaba como excusa y tal vez como coartada cuando se marchaba o cuando tenía que pasar un día entero sin ver a Kay. Elena sospechó que su amiga pintaba al doble de Pierre con colores más fuertes que los que en realidad le correspondían. Para empezar, le dotaba de una virilidad anormal, compensada tan sólo por su costumbre de caer dormido antes o inmediatamente después del acto, sin esperar a dar las gracias a su compañera. En mitad de una conversación, le invadía un deseo súbito de violar. Odiaba la ropa interior y acostumbró a Kay a no llevar nada bajo el vestido. Su deseo era imperioso e inesperado. No podía aguardar. Con él, Kay se habituó a todo: fugas repentinas de los restaurantes, carreras salvajes en taxis con las cortinillas bajadas, séances tras los árboles en el Bois y masturbaciones en los cines, pues nunca recurría a una cama burguesa ni al calor y la comodidad de un dormitorio. El deseo de aquel hombre era claramente ambulante y bohemio. Le gustaban los suelos alfombrados e incluso los fríos pavimentos de los cuartos de baño, y le excitaban al máximo los baños turcos y los fumaderos de opio, donde no fumaba, sino que le agradaba yacer con Kay en una estrecha estera que les molía los huesos si se quedaban dormidos. La tarea de Kay consistía en mantenerse lo bastante alerta como para seguirle en sus caprichos y en tratar de atrapar su propio y fugitivo placer en aquella loca carrera que podía haber sido más fácil con algún que otro descanso.

Pero no. El disfrutaba con esos súbitos desahogos tropicales. Kay lo seguía como una

sonámbula, lo que a Elena le daba la impresión de que topaba con aquel hombre en sueños como si chocara con un mueble. En ocasiones, cuando la escena había transcurrido con demasiada rapidez para que Kay experimentara una completa voluptuosidad tras ser violada, Kay se tendía junto a él mientras dormía, y se inventaba un amante más cabal. Cerraba los ojos y pensaba: «Ahora su mano me levanta despacio el vestido; muy despacio. Primero me mira. Una mano descansa en mis nalgas, y la otra comienza a explorar, deslizándose, describiendo círculos. Ahora introduce el dedo allí, donde está húmedo. Lo toca del mismo modo que una mujer toca una pieza de seda para comprobar su calidad. Muy despacio.»

El doble de Pierre se dio la vuelta y Kay contuvo su aliento. Si él despertaba, la encontraría con las manos en una extraña postura. Entonces, de pronto, como si hubiera adivinado sus deseos, colocó la mano entre sus piernas y la dejó allí, de tal manera que no podía moverse. La presencia de la mano la excitó más que nunca. Cerró los ojos de nuevo y trató de imaginar que aquella mano se movía. Y, para crear una imagen más vivida, empezó a contraer y abrir la vagina de forma rítmica, hasta que experimentó el orgasmo.

Pierre nada tenía que temer de la Elena que él conocía y a la que tan delicadamente había circunnavegado. Pero existía otra Elena a la que no conocía, la Elena viril. Aunque no llevaba pelo corto ni traje de hombre, y aunque no montaba a caballo ni fumaba cigarros ni frecuentaba los bares donde se reúnen ciertas mujeres, existía una Elena espiritualmente masculina, por el momento adormecida en su interior.

En todo lo que no fueran asuntos de amor, Pierre estaba indefenso. Era incapaz de clavar un clavo en una pared, colgar un cuadro, arreglar un libro o discutir de cuestiones técnicas. Vivía aterrorizado por los sirvientes, las porteras y los fontaneros. No podía tomar una decisión ni firmar cualquier tipo de contrato. Ignoraba lo que quería.

Las energías de Elena colmaban estas lagunas. Su mente se convirtió en la más fecunda. Compraba libros y periódicos, incitaba a la actividad y tomaba decisiones. Pierre lo consentía, pues ello convenía a su indolencia. Ella ganaba en audacia.

Se sentía su protectora. Una vez concluida la agresión sexual, Pierre se reclinaba como un pacha y permitía que ella empuñara la batuta. No se daba cuenta de que estaba emergiendo otra Elena, de que se afirmaban en ella nuevos contornos, nuevos hábitos y una nueva personalidad. Elena había descubierto que atraía a las mujeres.

Kay la invitó a conocer a Leila, famosa cantante de un club nocturno y mujer de sexo dudoso. Acudieron a casa de Leila, que se hallaba en la cama. La habitación estaba pesadamente cargada de perfume de narciso y Leila descansaba con gesto lánguido e intoxicado. Elena

pensó que estaba recuperándose de una noche en la que había bebido mucho, pero era la postura natural de Leila. Y de ese cuerpo lánguido le llegó una voz de hombre. Los ojos violeta se fijaron en Elena, subrayando su deliberado aspecto masculino.

Mary, su amante, entró entonces en la habitación, con un susurro de amplias faldas de seda hinchadas por sus rápidos pasos. Se arrojó a los pies de la cama y tomó la mano de Leila. Se miraron con un deseo tan intenso que Elena bajó los ojos. El rostro de Elena era agudo; el de Mary, vago. El de Leila, con fuertes trazos al carbón alrededor de los ojos, como en los frescos egipcios; el de Mary, pintado al pastel: ojos pálidos, pupilas verde mar y uñas y labios de coral. Las cejas de Leila eran naturales; las de Mary se reducían a un trazo de lápiz. Cuando se miraban, las facciones de Leila parecían disolverse y las de Mary adquirían algo de los rasgos definidos de Leila. Pero la voz de ésta seguía siendo irreal, y sus frases inconfusas, flotantes. A Mary la incomodaba la presencia de Elena. En lugar de manifestar hostilidad o miedo, adoptó la actitud femenina frente al hombre, y trató de cautivarla. No le gustaba la manera como Leila miraba a Elena. Se sentó junto a ésta, doblando las piernas bajo su cuerpo, como una muchachita, y levantó la boca hacia ella mientras hablaba, de manera invitadora. Pero estas actitudes infantiles eran precisamente las que desagradaban a Elena en las mujeres. Se volvió hacia Leila, cuyos gestos resultaban maduros y sencillos.

Vamonos al estudio –propuso Leila–. Voy a vestirme.

Cuando saltó de la cama se desvaneció su languidez. Era alta. Empleaba el francés apache, como un hombre, pero con audacia aristocrática. En el club nocturno, no entretenía: mandaba. Era el centro magnético del mundo de las mujeres que se consideraban a sí mismas condenadas por su vicio. Ella las incitaba a que se mostraran orgullosas de sus desviaciones y a que no sucumbieran a la moralidad burguesa. Condenaba severamente los suicidios y la desintegración; gustaba de las mujeres orgullosas de ser lesbianas. Ella misma daba ejemplo. Pese a la prohibición de la policía, vestía ropa de hombre, y nunca era molestada, porque lo hacía con gracia e indolencia. Montaba a caballo en el Bois con atuendo masculino y era tan elegante, gentil y aristocrática, que las personas que no la conocían la saludaban de manera casi inconsciente y las mujeres le dirigían sus miradas. Era la única mujer masculina a la que los hombres trataban como a una camarada. El espíritu trágico que yacía bajo su apariencia cortés se reflejaba en sus canciones, que desgarraban a jirones la serenidad del público y sembraban ansiedad, remordimientos y nostalgia por doquier.

En el taxi, sentada junto a ella, Elena no sintió su fuerza, sino su secreta herida. Aventuró un gesto de ternura: tomó su regia mano y la mantuvo entre las suyas. Leila no la dejó allí quieta,

sino que respondió a la presión con nerviosa energía. Elena supo entonces que la energía de Leila podía obtenerlo todo, menos la plenitud. A buen seguro, la voz plañidera de Mary y sus obvias y pequeñas argucias no podían satisfacer a Leila. Las mujeres no eran tan tolerantes como los hombres hacia las mujeres que se empequeñecían y se mostraban débiles por cálculo, pensando inspirar así un amor activo. Leila debía de sufrir más que un hombre, porque era extraordinariamente lúcida con respecto a las mujeres, porque no admitía ser defraudada. Cuando llegaron al estudio, Elena percibió un curioso olor de cacao quemado o de trufa fresca. Penetraron en lo que parecía una mezquita árabe llena de humo. Se trataba de una amplia habitación rodeada por una galería con alcobas sin más mobiliario que esteras y lamparillas. Todo el mundo vestía quimono. A Elena le entregaron uno. Y entonces comprendió. Aquello era un fumadero de opio: luces veladas; gente yaciendo indiferente a los recién llegados; una gran paz; ninguna conversación, sólo algún suspiro de vez en cuando. Los pocos a los que el opio despertaba el deseo estaban acostados en los rincones más oscuros, arrullándose, como dormidos. De repente, rompiendo el silencio, la voz de una mujer inició lo que al principio parecía una canción, pero que pronto se convirtió en otra clase de sonido: el canto de un ave exótica en la estación del apareamiento. Dos hombres se abrazaban, susurrando.

De vez en cuando, Elena oía caer cojines al suelo y crujir seda y algodón. El canto que emitía aquella mujer se iba volviendo más claro, firme y armonioso a medida que aumentaba su placer, tan regular en el ritmo que incitaba a Elena a seguirlo con un movimiento de cabeza hasta que alcanzó el climax. Elena advertía que esa cadencia irritaba a Leila, que Leila no quería oírla. Era demasiado explícita, demasiado femenina, revelaba demasiado a las claras que el cojín femenino estaba siendo atravesado por el macho: a cada arremetida correspondía un gritito de herido éxtasis. Hicieran lo que hiciesen las mujeres entre ellas, nunca alcanzaban a producir aquella creciente cadencia, aquella canción vaginal que sólo una sucesión de estocadas, el repetido asalto de un hombre, podía inspirar.

Las tres mujeres se dejaron caer sobre pequeñas esteras, una junto a otra. Mary quería acostarse al lado de Leila, pero ésta no se lo permitió. El anfitrión les ofreció pipas de opio, pero Elena rechazó la suya, pues ya estaba lo suficiente drogada por las lámparas veladas, la atmósfera cargada de humo, las exóticas colgaduras, los perfumes y los sonidos apagados de las caricias. Su rostro parecía en trance, al punto de que Leila llegó a creer que estaba bajo la influencia de alguna droga. Elena no se percató de que la presión de la mano de Leila en el taxi la había sumergido en un estado distinto a cualquiera de los que Pierre despertaba en ella.

En lugar de alcanzar directamente el centro de su cuerpo, la voz y el tacto de Leila la envolvieron en un voluptuoso manto de nuevas sensaciones, en algo suspendido sobre ella que no buscaba la plenitud, sino la prolongación. Era como aquella habitación, que le afectaba a uno a causa de sus misteriosas luces, sus ricos perfumes, sus sombrías hornacinas, sus formas entrevistas y sus misteriosos goces. Un sueño. El opio no hubiera podido ensanchar o dilatar sus sentidos más de lo que estaban; no hubiera podido comunicarle una mayor sensación de placer.

La mano de Elena buscó la de Leila. Mary estaba ya fumando, con los ojos cerrados. Leila permanecía acostada con los ojos abiertos, mirando a Elena. Tomó su mano, la sostuvo un momento y luego la deslizó bajo su quimono. La colocó sobre sus pechos. Elena empezó a acariciarla. Leila había abierto el traje sastre de Elena, que no llevaba blusa. Pero el resto del cuerpo iba enfundado en una ceñida falda. Elena sintió después la mano de Leila recorriendo delicadamente su cuerpo bajo el vestido, buscando una abertura entre la parte superior de sus medias y su ropa interior. Se volvió lentamente sobre el costado izquierdo, a fin de colocar la cabeza sobre el seno de Leila y besarlo.

Temía que Mary abriera los ojos y se enfadara. De vez en cuando la miraba, y Leila, se volvía y susurraba a Elena:

Debemos encontrarnos alguna vez y estar juntas. ¿Quieres? ¿Vendrás a mi casa mañana? Mary no estará.

Elena sonrió, asintió con un gesto, robó un beso más y se recostó. Pero Leila no retiraba su mano. Miró a Mary y continuó acariciando a Elena, que se estaba derritiendo bajo sus dedos. Elena tenía la sensación de que había estado allí acostada sólo un momento, pero se dio cuenta de que el estudio iba enfriándose y que amanecía. Se incorporó sorprendida. Los demás parecían dormir. Incluso Leila se había derrumbado y descansaba. Se puso el abrigo y salió. El alba la hizo revivir.

Quería hablar con alguien. Se dio cuenta de que se encontraba muy cerca del estudio de Miguel. Miguel estaba durmiendo con Donald. Lo despertó y se sentó a los pies de la cama. Empezó a hablar; Miguel apenas podía comprenderla y pensó que estaba bebida.

¿Por qué mi amor hacia Pierre no es lo bastante fuerte como para apartarme de esto? –repetía– . ¿Por qué me empuja a otros amores? ¿Y amores por una mujer? ¿Por qué?

Miguel sonrió.

¿Por qué te asusta tanto un pequeño desliz? No es nada; pasará. El amor de Pierre ha despertado en ti tu verdadera naturaleza. Estás henchida de amor: amarás a muchas personas.

No quiero, Miguel. Quiero permanecer entera.

Esa no es una infidelidad grave, Elena. Lo único que haces es buscarte a ti misma en otra mujer.

De la casa de Miguel se dirigió a la suya, se bañó, descansó y se fue a ver a Pierre. Este se sentía especialmente tierno, tan tierno que disipó sus dudas y su secreta angustia. Elena se quedó dormida en sus brazos.

Leila la esperó en vano. Durante dos o tres días, Elena la apartó de sus pensamientos, saliendo victoriosa de las mayores pruebas de amor que le exigía Pierre, tratando de quedar rodeada y protegida, para no poder escapar de él.

No tardó Pierre en darse cuenta de su zozobra. Casi por instinto, la hacía quedarse cuando pretendía marchar más temprano, impidiéndole físicamente ir a cualquier parte. Un día, yendo con Kay, Elena conoció a un escultor, Jean. Aunque su rostro era suave, femenino y atractivo, le gustaban las mujeres. Elena se puso a la defensiva. El escultor le pidió su dirección y, cuando fue a verla, ella habló volublemente en contra de la intimidad.

Me gustaría algo más amoroso y cálido –dijo Jean.

Elena se asustó. Se volvió cada vez más impersonal. Ambos estaban incómodos. «Ahora todo se ha echado a perder –pensó Elena–. No volverá.»

Y lo lamentó, pues sentía hacia él una oscura atracción que no podía definir.

Jean le escribió una carta: «Cuando te dejé fue como si volviera a nacer, quedé limpio de toda falsedad. ¿Cómo diste nacimiento a un nuevo yo sin pretenderlo siquiera? Te explicaré lo que me ocurrió una vez. Me hallaba en la esquina de una calle, en Londres, mirando la luna. La miraba de manera tan persistente que me hipnotizó. No recuerdo cómo volví a casa, muchas horas después. Siempre he creído que durante ese tiempo perdí mi alma en la luna. Eso mismo me ocurrió contigo cuando te visité.»

Mientras leía estas líneas Elena evocaba de forma vivida su voz cantarína y su encanto. Le envió otras cartas con fragmentos de cristal de roca y con un escarabeo egipcio. Elena no las contestó.

Sentía su atractivo, pero la noche que había pasado con Leila le había producido un extraño miedo. Aquel día, al volver a casa de Pierre, se había sentido como si regresara de un largo viaje y hubiera estado apartada de él. Había que renovar todos los vínculos. Era esta separación lo que la asustaba; la distancia que creaba entre su profundo amor y ella misma.

Un día Jean la esperó en la puerta de su casa, y la alcanzó cuando se marchaba, temblando, pálida de la excitación que no la dejaba dormir. Elena odiaba su poder de acobardarla.

Por una coincidencia, según observó él, ambos iban vestidos de blanco. El verano los envolvía. El rostro de Jean era suave y el trastorno emocional que reflejaban sus ojos la atrapó como en una red. Tenía la sonrisa de un niño, llena de candor. Elena sintió a Pierre en su interior, agarrado a ella, reprimiéndola. Cerró los ojos para no ver los de Jean. Pensó que podría sufrir por simple contagio; por el contagio de su fervor.

Se sentaron en una humilde mesa de café. La camarera derramó el aperitivo; disgustado, Jean pidió que secara la mesa, como si Elena fuese una princesa.

Me siento –dijo Elena– un poco como la luna que se apoderó de ti por un momento y luego te devolvió el alma. No deberías amarme. No se debe amar la luna. Si te acercas demasiado a mí, te haré daño.

Pero vio en sus ojos que ya se lo había hecho. Jean caminó obstinadamente junto a ella, casi hasta la misma puerta de la casa de Pierre.

Encontró a Pierre con la cara descompuesta. Los había visto por la calle, los había seguido desde el café. Había vigilado todos sus gestos y expresiones.

Hicisteis no pocos gestos emotivos –observó.

Era como un animal salvaje: el cabello le caía sobre la frente, y tenía ojeras. Durante una hora permaneció sombrío junto a ella, presa de la ira y la duda. Ella se excusó; se excusó amorosamente y le tomó una mano. Totalmente exhausto, cayó dormido. Entonces, Elena se deslizó fuera de la cama y permaneció junto a la ventana. El encanto del escultor se había marchitado, y con él todo lo demás, salvo los profundos celos de Pierre. Pensó en la carne de Pierre, en su sabor, en el amor que les unía y, al mismo tiempo, escuchaba la risa adolescente de Jean; una risa que emanaba confianza y sensibilidad; evocó también el poderoso encanto de Leila.

Estaba asustada porque ya no se sentía vinculada con seguridad a Pierre, sino a una mujer desconocida que yacía dispuesta, abierta y relajada.

Pierre despertó. Extendió los brazos y dijo:

Ya ha pasado.

Elena se echó a llorar. Quería rogarle que la mantuviera presa, que no permitiera a nadie que la atrajera. Se besaron apasionadamente. El respondió a su deseo encerrándola en sus brazos con tanta fuerza que sus huesos crujieron. Elena se echó a reír y dijo:

Me estás sofocando.

Entonces se acostó, poseída de un sentimiento maternal que la inducía a proteger a Pierre de todo mal. El, por su parte, parecía creer que podría poseerla de una vez para siempre. Sus

celos le inspiraban una especie de furia. La savia ascendió en él con tal vigor, que no aguardó a que Elena experimentara placer. Y ella no deseaba ese placer; se sentía como una madre recibiendo a un niño en su interior, atrayéndolo para arrullarlo y protegerlo. No sentía urgencia sexual alguna; sólo la urgencia de abrirse, recibir, envolver.

Los días en que hallaba a Pierre alicaído, pasivo, inseguro, con el cuerpo laxo, que eludía incluso el esfuerzo de vestirse y salir a la calle, Elena se sentía incisiva y activa. Experimentaba extrañas sensaciones cuando dormían juntos. Durante el sueño, Pierre parecía vulnerable; ella notaba entonces que su fuerza aumentaba. Deseaba penetrarlo, como si fuera un hombre, y tomar posesión de él. Y sentía que querer penetrarlo era como querer apuñalarlo. Permanecía entre el sueño y la vigilia, identificada con la virilidad de Pierre e imaginándose a sí misma tomándolo como él la tomaba.

Otras veces se derrumbaba y volvía a ser ella misma: mar, arena y humedad; entonces ningún abrazo le parecía lo bastante violento, brutal y bestial.

Pero si era cierto que después de los celos de Pierre su amor era más violento, también la atmósfera se enrarecía; sus sentimientos se volvían tumultuosos: había hostilidad, confusión y dolor. Elena no sabía si su amor había echado raíces o bien había absorbido un veneno que aceleraría su decadencia.

¿Había algún obscuro goce en lo que ella echaba de menos, como echaba de menos los placeres mórbidos y masoquistas que otras personas sentían en la derrota, la miseria, la pobreza, la humillación, las complicaciones y los fracasos? Pierre había dicho una vez:

Lo que más recuerdo son los grandes dolores de mi vida. Los momentos agradables los he olvidado.

Un día Kay fue a ver a Elena; una Kay recién nacida y rozagante. Su aspecto de estar viviendo entre muchos amantes era por fin una realidad. Quería contarle a Elena cómo había equilibrado su vida entre su inconsiderado amante y una mujer. Sentadas sobre la cama, fumaban y conversaban. Kay dijo:

Tú conoces a la mujer. Se trata de Leila.

Elena no pudo dejar de pensar: «Así pues, Leila ama otra vez a una mujercita. ¿Amará alguna vez a una igual a ella, a alguien tan fuerte como ella misma?» La herían los celos. Hubiera querido hallarse en el lugar de Kay y ser amada por Leila.

¿Cómo es el amor de Leila? –preguntó.

Es algo increíblemente maravilloso, Elena. Algo increíble. En primer lugar, siempre sabe lo que quiero, de qué humor estoy yo, qué deseo. Siempre se esmera. Cuando nos reunimos, me

mira y sabe. Se toma mucho tiempo para hacer el amor. Te lleva a lugares maravillosos. Lo primero se trata de que el lugar sea maravilloso, dice. Una vez tuvimos que utilizar una habitación de hotel porque Mary ocupaba su apartamento. La lámpara era demasiado fuerte, por lo que la cubrió con su ropa interior. Antes que nada, acaricia los senos. Permanecemos horas besándonos tan sólo. Espera hasta que estemos embriagadas de tanto besar. Quiere que nos quitemos toda la ropa, y permanecemos acostadas pegada una a la otra, enrolladas, besándonos todavía. Se sienta sobre de mí, como si cabalgara, y se restrega contra mi cuerpo. Retrasa el orgasmo todo lo que puede. Hasta que la excitación resulta insoportable. ¡Cuánto tiempo haciendo el amor, Elena, y a qué ritmo tan sostenido! Te quedas con un hormigueo recorriéndote el cuerpo, y deseando más. –Tras una pausa añadió–: Hablamos de ti. Quería saber de tu vida amorosa. Le dije que te obsesionaba Pierre.

¿Y qué dijo?

Que nunca tuvo a Pierre más que por el amante de mujeres como la prostituta Bijou.

¿Pierre amó a Bijou?

Oh, sólo unos pocos días.

La imagen de Pierre haciendo el amor con la famosa Bijou borró la imagen de Leila haciendo el amor con Kay. Era aquél un día de celos. ¿Iba acaso el amor a convertirse en una larga sucesión de celos?

Todos los días aportaba nuevos detalles. Elena no podía negarse a oírlos. A través de ellos odió la feminidad de Kay y amó la masculinidad de Leila. Adivinaba la lucha de ésta para alcanzar la plenitud, y su derrota. Evocó a Leila poniéndose su camisa de seda, de hombre, y los gemelos de plata. Quería preguntarle a Kay qué clase de ropa interior usaba. Deseaba ver a Leila vistiéndose.

Elena pensó que de la misma forma que el homosexual masculino pasivo se convierte en la caricatura de una mujer para su compañero activo, las mujeres que se someten a un amor lésbico dominante caricaturizan las cualidades femeninas más frívolas. Kay así lo demostraba, exagerando sus caprichos y, en realidad, amándose a sí misma a través de Leila. Y, también, atormentando a Leila como nunca se hubiera atrevido a atormentar a un hombre. Adivinaba que la mujer que había en Leila iba a mostrarse indulgente.

Elena estaba segura de que Leila sufría a causa de la mediocridad de las mujeres con las que le era dado hacer el amor. La relación nunca podía resultar lo bastante gratificadora, marcada como estaba por el infantilismo. Kay llegaba comiendo dulces que se sacaba del bolsillo, como una colegiala. Hacía mohines, dudaba en un restaurante antes de pedir, y luego

cambiaba de idea para hacer de cabotine, de mujer de caprichos irresistibles. Pronto Elena comenzó a evitarla y a comprender la tragedia que se ocultaba tras todas las aventuras de Leila. Esta había adquirido un nuevo sexo al desenvolverse más allá del hombre y la mujer. Pensaba en Leila como en una figura mítica, ensanchada y magnificada, que la obsesionaba. Arrastrada por una oscura intuición, decidió acudir a un salón de té inglés, situado encima de una librería de la rue de Rivoli, donde gustaban de congregarse homosexuales y lesbianas. Se sentaban en grupos separados. Hombres solitarios de mediana edad buscaban chicos jóvenes; las lesbianas de edad madura, muchachas. La luz era tenue, el té perfumado y el pastel adecuadamente decadente.

Al entrar, Elena vio a Miguel y Donald y se unió a ellos. Donald representaba su papel de puta. Le gustaba demostrar a Miguel que podía atraer a los hombres, que podía hacerse pagar con facilidad sus favores. Estaba excitado porque un inglés de cabello gris y aspecto distinguido, del que se decía que pagaba suntuosamente sus placeres, le miraba fijamente. Donald desplegaba sus encantos ante él, lanzándole miradas oblicuas, semejantes a las de una mujer tras un velo. Miguel, algo airado, dijo:

Si supieras lo que ese hombre exige de sus amantes, dejarías de flirtear con él.

¿Qué? –preguntó Donald, con una curiosidad morbosa.

¿De veras quieres que te lo cuente?

Sí.

Sólo quiere chicos que se tumben bajo él mientras se acucilla sobre sus caras y las cubre..., ya puedes imaginar de qué.

Donald hizo una mueca y miró al hombre del cabello gris. Apenas podía creerlo a la vista del porte aristocrático del desconocido, de la finura de sus rasgos y de la delicadeza con que sostenía la boquilla de su cigarrillo, de la soñadora y romántica expresión de sus ojos. ¿Cómo podía aquel hombre llevar a cabo un acto semejante? Aquello terminó con las provocativas coqueterías de Donald.

En aquel momento entró Leila, vio a Elena y se sentó a su mesa. Ya conocía a Miguel y a Donald. Le gustaban las pavonerías de Donald: su despliegue de colores imaginarios, de plumas que no tenía, que le evitaban tener que usar tinte en el pelo, rímel en las pestañas y laca en las uñas como las mujeres. Se rió con Donald, admiró la gracia de Miguel y luego se volvió hacia Elena y clavó sus ojos negros en los de ella, intensamente verdes.

¿Dónde está Pierre? ¿Por qué no lo llevas al estudio de vez en cuando? Voy allí todas las noches, antes de cantar. Nunca has venido a oírme. Estoy en el club todas las noches a partir

de las once. –Más adelante ofreció–: ¿Quieres que te lleve adonde vayas?

Se marcharon juntas y ocuparon el asiento trasero de la limusina negra de Leila. Esta se inclinó sobre Elena y cubrió su boca con sus gruesos labios, en un beso interminable que casi le hizo perder la conciencia. Se les cayeron los sombreros al recostar sus cabezas en el asiento. Leila la engullía. La boca de Elena descendió a la garganta de Leila, al escote de su vestido negro, abierto entre sus pechos. Sólo tenía que apartar la seda con la boca para sentir el nacimiento de aquellos senos.

¿Vas a rehuirme otra vez? –preguntó Leila.

Elena presionó con los dedos las caderas cubiertas de seda, sintiendo su riqueza y la plenitud de los muslos, acariciándolos. La tentadora suavidad del cutis y de la seda del vestido se mezclaban. Notó la pequeña prominencia de la liga. Quiso obligar a Leila a separar las rodillas allí mismo. Leila dio una orden al chófer que Elena no oyó. El coche cambió de dirección.

Esto es un secuestro –dijo Leila, riéndose. Sin sombrero y con el cabello flotando, penetraron en el oscuro apartamento de Leila, donde estaban echadas las persianas para evitar el calor veraniego. Leila condujo de la mano a Elena hacia su dormitorio; allí cayeron, juntas, en el lecho. Otra vez seda, seda bajo los dedos, seda entre las piernas, hombros sedosos como el cuello y el cabello. Labios de seda temblorosos bajo los dedos. Era como la noche en el fumadero de opio. Las caricias se prolongaban; el suspense se mantenía. Cada vez que se aproximaban al orgasmo y sus movimientos se aceleraban, reanudaban los besos. Era un baño de amor, como el que puede uno darse en un sueño sin fin. La humedad producía leves sonidos de lluvia entre los besos. El dedo de Leila era firme, imperativo como un pene, y su lengua inquisidora conocía todos los rincones en los que podía suscitar el éxtasis.

En lugar de poseer un único centro, el cuerpo de Elena parecía tener un millón de aberturas sexuales, sensibles por igual, con cada célula de la piel magnificada con la sensibilidad de una boca. La misma carne de su brazo se abría y se contraía de pronto al tacto de la lengua o los dedos de Leila. Gimió, y Leila mordió su carne como para provocar un gemido mayor. Su lengua entre las piernas de Elena era como una cuchillada, ágil y aguda; cuando llegó al orgasmo, resultó tan vibrante que sus cuerpos se agitaron de pies a cabeza.

Elena soñaba con Pierre y Bijou. La Bijou de carnes llenas, la furcia, el animal, la leona; una lúbrica diosa de la abundancia cuya carne era un lecho de sensualidad, en todos sus poros y en todas sus curvas. En el sueño, sus manos apretaban, y su carne, fermentada y saturada de humedad, plegada en muchas capas voluptuosas, latía de una manera montañosa y pesada.

Bijou estaba siempre boca arriba, inerte, despertando sólo para el momento del amor. Todos los fluidos del deseo rezumaban a lo largo de las sombras plateadas de sus piernas alrededor de sus caderas de violín, y ascendían y descendían con un sonido de seda mojada en torno a los huecos de sus senos.

Elena la imaginaba en todas partes, con la falda estrecha de la mujer de la calle, siempre en busca de su presa, siempre esperando. Pierre había amado su caminar obscuro, su mirada ingenua, su hosquedad de borracha y su voz virginal. Durante unas pocas noches amó aquel sexo errante, aquel vientre ambulante abierto a todos.

Y ahora, tal vez, la amaba de nuevo. Pierre mostró a Leila una fotografía de su madre, de su lujuriosa madre. El parecido con Bijou era sorprendente en todo menos en los ojos. Los de Bijou estaban cercados de malva. La madre de Pierre presentaba un aspecto más sano, pero en cuanto al cuerpo...

«Estoy perdida», pensó entonces Elena. No creyó la historia de Pierre, según la cual Bijou lo había rechazado. Esperando un descubrimiento que disipara sus dudas comenzó a frecuentar el café donde se habían conocido Bijou y Pierre. No descubrió nada, excepto que a Bijou le gustaban los hombres muy jóvenes, de rostro, labios y sangre frescos. Eso la calmó un poco. Mientras Elena trataba de encontrarse con Bijou y desenmascarar al enemigo, Leila procuraba reunirse con Elena valiéndose de ardid.

Y las tres mujeres se encontraron, empujadas al mismo café, un día de lluvia torrencial. Leila, perfumada y garbosa, con la cabeza alta y una estola de zorro plateado ondulando en torno a sus hombros, sobre su ajustado vestido negro. Elena, con un vestido de terciopelo de color vino. Y Bijou con su atavío de trotona que nunca abandonaba: el vestido negro que le moldeaba los muslos, y los zapatos de tacón muy alto. Leila sonrió a Bijou y luego reconoció a Elena. Temblando de frío, las tres se sentaron ante unos aperitivos. Elena no había esperado verse completamente embriagada por el voluptuoso encanto de Bijou. A su derecha se sentaba Leila, incisiva, brillante; y a su izquierda, Bijou, como un lecho de sensualidad en el que Elena deseaba tenderse.

Leila la observaba y sufría. Empezó a cortejar a Bijou; podía hacerlo mucho mejor que Elena. Bijou nunca había conocido a mujeres como Leila; sólo a las que trabajaban con ella, las cuales, en ausencia de los hombres, se permitían con Bijou orgías de besos para compensar la brutalidad de sus clientes. Se sentaban y se besaban entre sí en un estado hipnótico; eso era todo.

No fue indiferente al sutil halago de Leila ni, al mismo tiempo, al hechizo de Elena. Esta era

para ella una completa novedad, pues representaba para los hombres un tipo de mujer opuesto al de la prostituta, una mujer que poetizaba y dramatizaba el amor y lo mezclaba con la emoción; una mujer que parecía hecha de otra sustancia; una mujer que uno imaginaba creada por una leyenda. Sí, Bijou conocía a los hombres lo bastante para saber que aquella mujer les incitaba a iniciarla en la sensualidad y que gozarían viéndola esclavizada por esa misma sensualidad. Cuanto más legendaria fuese la mujer, mayor sería el placer de profanarla y erotizarla. Muy en el fondo, bajo todas las ensoñaciones, ella era otra cortesana que también vivía para el placer del hombre.

Bijou, la prostituta por excelencia, hubiera querido cambiar su vida por la de Elena. Las furcias envidian siempre a las mujeres que tienen la facultad de excitar el deseo y la ilusión lo mismo que el apetito. Bijou, el órgano sexual ambulante, hubiese preferido tener el aspecto de Elena. Y esta última estaba pensando cuánto le hubiera agradado cambiarse por Bijou, de la que los hombres, cansados de cortejos, sólo pretendían sexo de una manera bestial y directa. Elena deseaba ardientemente que la violaran todos los días, sin consideración por sus sentimientos. Bijou, por su parte, aspiraba a ser idealizada. Tan sólo Leila estaba satisfecha de haber nacido libre de la tiranía del hombre, de estar libre de él. Pero no se percataba de que imitar al hombre no era liberarse de él.

Galanteaba con suavidad y halagos a la prostituta de las prostitutas. Como ninguna de las tres mujeres abdicara, al fin salieron juntas. Leila invitó a Elena y a Bijou a su apartamento.

Cuando llegaron, estaba perfumado con humo de incienso. La única luz procedía de los globos de cristal iluminados, llenos de agua e iridiscentes peces, corales y caballitos de mar también de cristal. Esto daba a la habitación aspecto submarino, apariencia de un sueño, de lugar donde tres mujeres, tres tipos distintos de belleza, exhalaban auras tan sensuales, que un hombre hubiera quedado vencido por ellas.

Bijou temía moverse, tan frágil le parecía todo. Se sentó con las piernas cruzadas, como una mora, fumando. Elena parecía irradiar luz, igual que los globos de cristal. Sus ojos brillaban febriles en la semiobscuridad. Para ambas, Leila irradiaba un misterioso encanto; una atmósfera de algo desconocido. Las tres se sentaron en el diván, bajísimo, sobre un pesado mar de cojines. La primera en moverse fue Leila, que deslizó su enjoyada mano bajo la falda de Bijou y suspiró levemente, con sorpresa, ante el inesperado tacto de carne donde había esperado encontrar sedosa ropa interior. Bijou se tendió y tentada su fuerza por la fragilidad de Elena, volvió su boca hacia ella; supo así por vez primera lo que significa sentir como un hombre, y notar la ligereza de una mujer cediendo bajo el peso de una boca, la cabecita

empujada hacia atrás por las pesadas manos y el liviano cabello flotando. Las fuertes manos de Bijou describieron gozosas un círculo en torno al delicado cuello. Sostuvo la cabeza como una copa entre sus manos, para beber de su boca largos tragos del néctar de su aliento, con la lengua ondulando.

Leila tuvo celos por un momento. Cada caricia de que hacía objeto a Bijou, ésta la transmitía a Elena; exactamente la misma caricia. Después de que Leila besó la lujuriosa boca de Bijou, esta última tomó los labios de Elena entre los suyos. Cuando la mano de Leila se deslizó más adentro bajo el vestido de Bijou, la prostituta introdujo a su vez su mano bajo el de Elena. Esta no se movió, sintiéndose invadida por la languidez. Leila se deslizó sobre sus rodillas y utilizó las dos manos para tentar a Bijou. Cuando levantó su vestido, Bijou echó el cuerpo hacia atrás y cerró los ojos para sentir mejor los movimientos de aquellas manos cálidas e incisivas. Viendo cómo se ofrecía Bijou, Elena se atrevió a tocar su voluptuoso cuerpo y a reseguir todos los contornos de sus abundantes curvas: un lecho de carne suave y firme como plumón, sin huesos, con aroma de sándalo y almizcle. Sus propios pezones se endurecieron al tocar los senos de Bijou. Cuando su mano recorrió la redondez de las nalgas, tropezó con la de Leila.

Leila empezó entonces a desnudarse, mostrando un pequeño y ligero corselete negro de raso, que sostenía sus medias mediante unas mínimas ligas negras. Sus muslos, finos y blancos, brillaban, mientras que sobre su sexo se proyectaba la sombra. Elena desató las ligas, para ver emerger las suaves piernas. Bijou, por su parte, se quitó el vestido por la cabeza y se inclinó hacia adelante para acabar de despojarse de él, exponiendo, mientras lo hacía, la plenitud de sus nalgas, los hoyuelos del final de la espina dorsal y la curva de su espalda. También Elena se despojó de su vestido: llevaba ropa interior negra, de encaje, calada por detrás y por delante, mostrando tan sólo los sombríos repliegues de sus secretos sexuales.

Bajo sus pies se extendía una gran piel blanca. Cayeron sobre ella, los tres cuerpos al mismo tiempo, moviéndose uno contra el otro, para sentir seno contra seno y vientre contra vientre. Dejaron de ser tres personas. Se convirtieron por completo en bocas y dedos y lenguas y sentidos. Sus bocas buscaban otra boca, un pezón o un clitoris. Yacían revueltas, moviéndose muy despacio. Se besaron hasta que ello se convirtió en una tortura y el cuerpo perdió el sosiego. Sus manos siempre hallaban carne rendida o una abertura. La piel sobre la que estaban acostadas desprendía un olor animal con el que se mezclaban los olores del sexo.

Elena buscó el cuerpo más pleno de Bijou. Leila se mostraba más agresiva. Tenía a Bijou tendida a su lado, con una pierna echada sobre su propio hombro, y besaba a la prostituta

entre las piernas. De vez en cuando, Bijou se echaba hacia atrás lejos de los incisivos besos y mordiscos, y de aquella lengua, tan tiesa como un sexo de hombre.

Cuando se movía de esta manera, sus nalgas quedaban contra el rostro de Elena, que había estado complaciéndose con su forma y ahora introducía el dedo en la apretada y pequeña abertura. Allí podía sentir la contracción causada por los besos de Leila como si tocara la pared contra la cual Leila movía su lengua. Bijou, separándose de la lengua que la buscaba, se movió en torno al dedo que le procuraba placer. Su goce se expresaba en melódicos murmullos y, de vez en cuando, como un salvaje en peligro, mostraba los dientes y trataba de morder a quien la estaba martirizando.

Cuando estuvo a punto de sentir el orgasmo y ya no podía defenderse de su propio placer, Leila dejó de besarla, abandonándola a medio camino de la cumbre de una sensación agudísima, al borde del delirio. Elena se había detenido en el mismo momento.

Ya sin control, como una loca magnífica, Bijou se lanzó sobre el cuerpo de Elena, separó sus piernas, se colocó entre ellas, pegó su sexo al de ella y se movió; se movió con desesperación. Como un hombre ahora, se arrojó contra ella, para sentir ambos sexos reunidos, soldados. Se detuvo cuando sintió llegar el placer para prolongarlo; cayó hacia atrás y abrió la boca sobre el pecho de Leila, sobre los ardientes pezones que estaban pidiendo ser acariciados.

Elena se hallaba también sumida en el frenesí que precede al orgasmo. Sintió una mano bajo ella, una mano contra la que podía restregarse. Deseaba hacerlo hasta lograr el orgasmo, pero también quería prolongar su placer. Cesó de moverse. La mano la persiguió. Se puso de pie y de nuevo la mano se desplazó hacia su sexo. Entonces advirtió que Bijou estaba también de pie pegada a su espalda, jadeando. Notó los pechos puntiagudos y el cosquilleo del vello púbico en su trasero. Bijou se restregaba contra ella y se deslizaba arriba y abajo, despacio, sabiendo que la fricción forzaría a Elena a volverse, para sentir sus senos, su sexo y su vientre. Manos; manos por todas partes en seguida. Las afiladas uñas de Leila quemaban la parte más tierna del hombro de Elena entre el pecho y la axila; le hacían daño, pero se trataba de un dolor delicioso: la tigresa estaba agarrándola, despedazándola. El cuerpo de Elena ardía de tal forma que temió que un toque más desencadenara la explosión. Leila se dio cuenta y se separaron.

Las tres se acostaron en el diván. Dejaron de acariciarse y se miraron, admirando su desorden y contemplando la humedad que resplandecía a lo largo de sus hermosas piernas.

Pero no podían mantener sus manos apartadas unas de otras, y ahora Elena y Leila atacaron juntas a Bijou, con el propósito de obtener de ella la última sensación. Bijou fue rodeada,

envuelta, cubierta, lamida, besada y enrollada de nuevo en la alfombra de piel, atormentada por un millón de manos y lenguas. Ahora imploraba que la satisficieran; abrió las piernas y trató de darse placer a sí misma por fricción contra los cuerpos de las otras. No se lo permitieron. Con lenguas y dedos, fisgaron en su interior, por detrás y por delante, deteniéndose en ocasiones para lamerse una a otra la lengua. Elena y Leila, boca con boca y lenguas enrolladas, sobre las piernas abiertas de Bijou. Esta se incorporaba para recibir un beso que acabara con su ansiedad, pero Elena y Leila, olvidándola, concentraban todas sus sensaciones en sus lenguas apasionadas. Bijou, impaciente, excitada hasta la locura, empezó a acariciarse, pero Leila y Elena apartaron su mano y cayeron sobre ella. El orgasmo de Bijou sobrevino como un exquisito tormento. A cada espasmo se movía como si la estuvieran apuñalando. Casi lloró porque terminara.

Sobre su cuerpo, tendido boca arriba, Elena y Leila reanudaron sus besos, mientras sus manos seguían su ebria búsqueda, penetrándolo todo, hasta que Elena gritó. Los dedos de Leila habían encontrado su ritmo, y Elena se pegó a ella, esperando que el placer la invadiera, mientras que sus propias manos trataban de dar a Leila el mismo placer. Trataron de llegar al orgasmo al mismo tiempo, pero a Elena le sobrevino primero, y cayó hecha un ovillo, abandonando la mano de Leila, derribada por la violencia del placer. Leila cayó junto a ella, ofreciendo su sexo a la boca de Elena. Mientras ésta sentía que su placer se debilitaba, huía de ella, moría, ofreció a Leila su lengua, que aleteó en la boca del sexo hasta que Leila se contrajo y gimió. Mordió la tierna carne de Leila. En el paroxismo de su placer, ésta no sintió los dientes allí enterrados.

Ahora comprendía Elena por qué los maridos españoles se niegan a iniciar a sus esposas en todas las posibilidades del amor: para evitar el riesgo de despertar en ellas una pasión insaciable. En lugar de quedar contenta y calmada con el amor de Pierre, se había vuelto más vulnerable. Cuanto más deseaba a Pierre, mayor era su ansia por otros amores. Le parecía que no tenía ningún interés por enraizar el amor, por convertirlo en algo fijo. Anhelaba tan sólo el momento de la pasión, viniera de quien viniese.

Ni siquiera quiso volver a ver a Leila. A quien quería ver era al escultor Jean, porque éste se hallaba ahora en el estado fogoso que a ella le gustaba. Anhelaba verse consumida por aquel fuego. «Estoy hablando casi como una santa –pensó–: arder de amor. Pero no de amor místico, sino como consecuencia de un arrollador encuentro sensual. Pierre ha despertado en mí a una mujer que no conozco; a una mujer insaciable.»

Casi como si hubiera obligado a su deseo a que se cumpliera, encontró a Jean, que la esperaba

a la puerta de su casa. Como siempre, le llevaba un regalo en un paquete que sostenía torpemente. La forma de mover el cuerpo y el temblor de sus ojos cuando Elena se le acercaba traicionaban la fuerza de su deseo. Ella estaba ya poseída por su cuerpo y él se movía como si ya la hubiese penetrado.

Nunca vienes a verme –dijo Jean en tono humilde–. Aún no has visto mi trabajo.

Pues vamos ahora –repuso, y con paso ligero y danzante caminó a su lado.

Llegaron a una zona curiosa y solitaria de París, cerca de una de las puertas; una ciudad de cobertizos convertidos en estudios, junto a los hogares de los obreros. Allí vivía Jean, con estatuas en vez de muebles, estatuas de grandes dimensiones. Era inestable, cambiante, hipersensible, pero había creado algo sólido y vigoroso con sus temblorosas manos.

Las esculturas eran como monumentos, cinco veces el tamaño natural: las mujeres embarazadas, los hombres indolentes y sensuales, con manos y pies como raíces de árboles. Había un hombre y una mujer esculpidos tan cerca el uno del otro, que no podían advertirse las diferencias entre sus cuerpos. Los contornos estaban completamente soldados. Unidos por los genitales, se elevaban por encima de Elena y Jean.

A la sombra de esa estatua, avanzaron el uno hacia el otro, sin una palabra, sin una sonrisa. Incluso sus manos permanecieron quietas. Cuando se encontraron, Jean oprimió a Elena contra la estatua. No se besaron ni se tocaron con las manos; sólo entraron en contacto sus torsos, repitiendo en cálida carne humana la soldadura de los cuerpos de la estatua sobre ellos. Jean apretó sus genitales contra los de la joven, con un ritmo lento e hipnótico, como si de esta manera quisiera penetrar su cuerpo.

Se deslizó hacia abajo, como si fuera a arrodillarse a los pies de Elena, pero se puso de nuevo en pie, arrastrando consigo su vestido con la propia presión, hasta que terminó convertido en un abultado montón de tela bajo los brazos de la muchacha. Y de nuevo se apretó contra ella, moviéndose de vez en cuando de izquierda a derecha o viceversa, en ocasiones en círculos y en otras presionando con contenida violencia. Elena sintió el bulto de su deseo que frotaba, como si Jean estuviera encendiendo un fuego por fricción de dos piedras, provocando chispas cada vez que se movía, hasta que ella se deslizó hacia abajo en un sueño de sangre ardiendo. Cayó hecha un ovillo, cogida entre las piernas de Jean, que ahora pretendía fijarla en esa postura, eternizarla, clavar su cuerpo con el vigoroso empuje de su abultada virilidad. Se movieron de nuevo, ella para ofrecer los más profundos recovecos de su feminidad y él para afirmar su unión. Elena se contrajo para sentir más intensamente su presencia, moviéndose con un gemido de goce insoportable, como si hubiera alcanzado el punto más vulnerable del

cuerpo del joven.

Jean cerró los ojos para sentir aquella prolongación de su ser en la que se había concentrado toda su sangre y que yacía en la voluptuosa obscuridad de Elena. No pudo aguantar más así; empujó para invadirla, para llenar el fondo de sus entrañas con su sangre, y mientras ella le recibía, el pequeño conducto por el que él se desplazaba se cerró aún más a su alrededor, engullendo en su interior las esencias de su ser.

La estatua arrojó su sombra sobre su abrazo, que no se disolvía. Yacieron como si se hubiesen vuelto de piedra, sintiendo cómo la última gota de placer se alejaba de ellos. Elena ya estaba pensando en Pierre. Sabía que no iba a volver con Jean. «Mañana sería menos hermoso», se dijo. Pensó, con temor supersticioso, que si permanecía con Jean, Pierre notaría la traición y la castigaría.

Esperaba ser castigada. De pie ante la puerta de Pierre, esperaba encontrar a Bijou en la cama con él, con las piernas completamente separadas. ¿Por qué Bijou? Porque Elena esperaba venganza de su propia traición.

Su corazón batió con furia al abrir la puerta. Pierre sonrió, inocente. ¿Pero es que era su propia sonrisa también inocente? Para cerciorarse, se miró en el espejo. ¿Esperaba acaso ver al demonio reflejado en sus ojos verdes?

Observó las arrugas en su falda y las motas de polvo en sus sandalias. Sintió que Pierre se daría cuenta, si hacían el amor, de que la esencia de Jean brotaba junto con su propia humedad. Eludió sus caricias y le sugirió que visitaran la casa de Balzac, en Passy.

Era una tarde de lluvia fina, con esa gris melancolía parisiense que recluía a las gentes en sus casas, que creaba una atmósfera erótica cuando caía como una techumbre sobre la ciudad, encerrándolo todo en un espacio sin tensiones, como en una alcoba. En todas partes, algún recordatorio de la vida erótica: una tienda medio escondida que exhibía ropa interior, ligas y botas negras; el caminar provocativo de la mujer parisiense; taxis transportando a amantes abrazados.

La casa de Balzac se alzaba al final de una calle en cuesta, en Passy, mirando al Sena. Primero tuvieron que llamar a la puerta de una casa de pisos, luego descender un tramo de peldaños que parecían conducir a la bodega, pero que se abrían a un jardín. Tuvieron que atravesarlo y llamar a otra puerta. Esta era la de la casa de Balzac, escondida en el jardín de un edificio de viviendas, una casa secreta y misteriosa, tan oculta y aislada en el corazón de París.

La mujer que abrió la puerta era como un fantasma del pasado: rostro, cabello y vestido ajados, pálidos. Vivir con los manuscritos de Balzac, con los cuadros y grabados de las

mujeres a las que amó, con las primeras ediciones de sus libros, la había permeado de un pasado desvanecido y toda la sangre había huido de ella. Su voz era distante y fantasmal. Dormía en aquella casa llena de recuerdos muertos; también ella estaba muerta para el presente. Era como si cada noche yaciera en la tumba de Balzac, para dormir con él.

Los guió a través de las habitaciones, y por último a la parte trasera de la casa. Se dirigió a una trampa, deslizó sus largos y huesudos dedos a través de la argolla, y la levantó para que Elena y Pierre miraran. Daba a una escalerilla.

La trampa la había construido Balzac para que las mujeres que le visitaban pudieran escapar a la vigilancia o las sospechas de sus maridos. El también la usaba, para escapar de sus acuciantes acreedores. La escalerilla conducía a un sendero y luego a una puerta que se abría a una calle aislada que, a su vez, llevaba hasta el Sena. Uno podía escapar antes de que la persona situada ante la puerta principal de la casa tuviera tiempo de atravesar la primera habitación.

A Elena y a Pierre, la trampa les evocó de tal modo el amor de Balzac por la vida, que operó como un afrodisíaco. Pierre le susurró:

Me gustaría tomarte en el suelo, aquí mismo. La mujer fantasmal no oyó estas palabras, pronunciadas con la llaneza de un apache, pero captó la mirada que las acompañó. El ánimo de los visitantes no estaba en armonía con el carácter sagrado del lugar y los despidió a toda prisa.

El aliento de la muerte había azotado sus sentidos. Pierre llamó un taxi; una vez en el vehículo no pudo esperar. Hizo que Elena se sentara sobre él, dándole la espalda, con toda la longitud de su cuerpo contra el suyo, ocultándolo por completo. Le levantó la falda.

Aquí no, Pierre. Espera que lleguemos a casa. La gente nos verá. Por favor, espera. ¡Oh, Pierre, me estás haciendo daño! Mira, el guardia nos observa. Y ahora estamos detenidos aquí, y la gente puede vernos desde la acera. ¡Pierre, Pierre, para!

Pero mientras se defendía débilmente y trataba de zafarse, fue conquistada por el placer. Sus esfuerzos para sentarse con tranquilidad aún la hicieron más consciente de cada movimiento de Pierre. Ahora Elena temía que él pudiera acelerar su acto impulsado por la velocidad del taxi y por el miedo de que pronto se detuviera frente a la casa y el conductor se volviera hacia ellos. Y ella deseaba gozar de Pierre, quería reafirmar su vínculo y la armonía de sus cuerpos. Los observaban desde la calle pero no lograba zafarse; él mantenía sus brazos en torno a ella. Entonces, una violenta sacudida del taxi a causa de un hoyo en la calzada los separó. Era demasiado tarde para reanudar el abrazo; el vehículo acababa de pararse. Pierre apenas tuvo

tiempo de abotonarse. Elena se dio cuenta de que parecían ebrios y desgredados. La languidez de su cuerpo le dificultó los movimientos.

Pierre estaba penetrado de un perverso placer por esta interrupción. Le gustaba sentir sus huesos como mezclados en su cuerpo y la casi dolorosa retirada de la sangre. Elena compartió su nuevo capricho; más tarde ambos yacían en el lecho acariciándose y conversando. Elena contó entonces a Pierre la historia que había oído aquella mañana de una joven francesa que cosía para ella.

«Madeleine trabajaba en unos grandes almacenes. Procedía de la más pobre familia de traperos de París. Su padre y su madre vivían de hurgar en los cubos de basura y de vender los fragmentos de hojalata, cuero y papel que encontraban. Madeleine trabajaba en el suntuoso departamento de muebles de dormitorio, bajo la supervisión de un suave, amarillento y tieso encargado. Ella nunca había dormido en una cama; sólo en un montón de trapos y periódicos, en una chabola. Cuando la gente no miraba, palpaba las colchas de raso, los colchones y los almohadones de plumas como si fueran de armiño o chinchilla. Poseía un don natural parisiense para vestirse con elegancia con el dinero que otras mujeres gastaban sólo en medias. Era atractiva, con ojos chispeantes, pelo negro rizado y curvas bien redondeadas. Alimentaba dos pasiones: una, robar unas pocas gotas de perfume o colonia de la sección de perfumería, y otra esperar a que el almacén estuviera cerrado para poder tenderse en las camas más blandas y hacer como que dormía allí. Prefería las que tenían dosel, pues se sentía más segura acostada bajo cortinas. El encargado solía tener tanta prisa por marcharse que podía disponer de unos pocos minutos para recrearse en su fantasía. Pensaba que cuando yacía en una cama semejante, sus encantos femeninos quedaban un millón de veces realzados y hubiera querido que los hombres elegantes que veía en los Campos Elíseos la contemplaran allí y se percataran del buen aspecto que presentaba en un hermoso dormitorio.

Su fantasía se hizo más compleja. Se las arregló para poner un tocador con espejo frente a la cama, de tal manera que podía admirarse echada. Un día, cuando ya había cumplido con todas las etapas de la ceremonia, vio que el encargado la había estado mirando sorprendido. Cuando estaba a punto de saltar de la cama, él la detuvo.

Madame –dijo (siempre la había llamado mademoiselle)–, estoy encantado de conocerla. Espero que le haya complacido esta cama hecha para usted, según sus instrucciones. ¿La encuentra bastante blanda? ¿Cree usted que le gustará a monsieur le Comte?

Afortunadamente, monsieur le Comte ha salido de viaje, estará fuera una semana y yo podré gozar de mi cama con alguien más –replicó ella, sentándose y ofreciendo su mano a aquel

hombre—. Ahora bésela como si besara la mano de una dama en un salón.

Sonriendo, obedeció con delicada elegancia. En aquel momento, oyeron un ruido y ambos se esfumaron en distintas direcciones.

Todos los días robaban cinco o diez minutos a la desbandada de la hora del cierre. Con la excusa de poner cosas en orden, quitar el polvo o rectificar errores en las etiquetas de los precios, montaban la escena. El encargado añadió el toque más efectivo: un biombo. Más tarde, sábanas con puntillas procedentes de otro departamento. Hizo la cama y abrió el embozo. Después de besar las manos a la muchacha conversaron. El la llamaba Nana. Como ella no conocía el libro, se lo regaló. Lo que ahora preocupaba al encargado era que el vestidito negro de Madeleine no hacía juego con la colcha color pastel. Tomó prestado un sutil négligé que llevaba un maniquí durante el día y cubrió a Madeleine con él. Aunque pasaran por allí vendedores o vendedoras, no verían la escena tras el biombo.

Cuando Madeleine hubo gozado del besamanos, el encargado depositó un beso más arriba, en el brazo, en la parte interior del codo. Allí el cutis era más sensible, y cuando ella dobló el brazo, pareció como si el beso quedara encerrado y potenciado. Madeleine lo dejó allí como si conservara una flor; más tarde, cuando estuvo sola, abrió el brazo y se besó en el mismo sitio, como para devorarlo más íntimamente. Ese beso, depositado con tanta delicadeza, era más poderoso que todos los pellizcos groseros que había recibido por la calle como tributo a sus encantos, o que las obscenidades susurradas por los obreros: Viens que je te suce.

Al principio, el encargado se sentaba a los pies de la cama, pero acabó tendiéndose al lado de la muchacha para fumarse un cigarrillo con todo el ceremonial de un adicto al opio. Los alarmantes pasos al otro lado del biombo daban a su encuentro el carácter secreto y peligroso de una cita de amantes.

Debemos escapar a la celosa vigilancia del conde —dijo Madeleine—. Me está poniendo nerviosa.

Pero su admirador fue lo bastante sagaz como para no decir: “Pues venga usted conmigo a cualquier hotel.” Sabía que aquello no podía suceder en una habitación sucia, en una cama de latón con mantas desgarradas y sábanas grisáceas. El encargado depositó un beso en el lugar más cálido del cuello de Madeleine, bajo el rizado cabello, luego en el borde de la oreja, donde la muchacha no pudo llegar después; donde tuvo que limitarse a tocarse con los dedos. Su oreja ardió todo el día después de ese beso, pues más bien fue un pequeño mordisco.

En cuanto Madeleine se acostaba, la invadía una languidez que podía deberse a su concepción de la conducta aristocrática, a los besos que ahora caían como collares sobre su garganta y

más abajo, en el nacimiento de los senos. No era virgen, pero la brutalidad de los ataques que había sufrido, aplastada contra una pared en las calles oscuras, pegada al suelo de un camión o tumbada en las chabolas de los traperos, donde la gente copulaba sin molestarse siquiera en mirarse a la cara, nunca la había excitado tanto como aquel gradual y ceremonioso cortejo de sus sentidos. Durante tres o cuatro días el encargado hizo el amor a sus piernas. Hizo que se calzara aquellas zapatillas forradas de piel, la despojó de las medias, le besó los pies y se los sostuvo como si estuviera poseyendo su cuerpo entero. Por entonces, ya estaba dispuesto a levantarle la falda, y había inflamado tanto el resto del cuerpo de Madeleine que ya estaba madura para la posesión final.

Como disponían de poco tiempo, porque tenían que abandonar el almacén con los demás, el encargado tuvo que prescindir de las caricias para poder poseerla. Y ahora ella no sabía qué prefería: si sus caricias se prolongaban demasiado, no tendría tiempo de tomarla; si procedía directamente, experimentaría menos placer. Tras el biombo se desarrollaron escenas propias de los más fastuosos dormitorios, sólo que con más prisas, y cada vez tenían que volver a vestir el maniquí y rehacer la cama. Nunca se encontraron más que en aquellos momentos; aquél era su sueño del día. El sentía desprecio por las sórdidas aventuras de sus camaradas en hoteles de cinco francos. Actuaba como si hubiera visitado a la más agasajada prostituta de París y fuera el amante de corazón de una mujer mantenida por los hombres más ricos.»

¿Llegó a destruirse el sueño? –preguntó Pierre.

Sí. ¿Te acuerdas de la huelga de grandes almacenes? Los empleados permanecieron allí encerrados durante dos semanas. En ese tiempo, otras parejas descubrieron la blandura de las camas de mejor calidad, de los divanes, sofás y chaise longues, y también las variantes con que pueden amenizarse las posturas de amor cuando las camas son anchas y bajas, y los ricos tejidos acarician la piel. El sueño de Madeleine se convirtió en propiedad pública y en una vulgar caricatura de los placeres que ella había conocido. El carácter único de su encuentro con su amante tocó a su fin. El volvió a llamarla mademoiselle y ella monsieur. El encargado llegó, incluso, a encontrar deficiencias en el trabajo de vendedora que llevaba a cabo Madeleine, y ella acabó por dejar el almacén.

Elena alquiló una vieja casa en el campo para pasar los meses de verano, y tenía que pintarla. Miguel había prometido ayudarla. Comenzaron por el desván, pintoresco y complejo: una serie de pequeñas e irregulares habitaciones, unas dentro de otras, añadidas en ocasiones como ocurrencias tardías.

También estaba allí Donald, pero a él no le interesaba pintar. Se iba a explorar el vasto jardín,

la aldea y el bosque que rodeaba la casa. Elena y Miguel trabajaban solos, cubriendo lo mejor que podían con pintura las viejas paredes. Miguel sostenía su brocha como si estuviera ejecutando un retrato y se apartaba para examinar sus progresos.

Mientras trabajaban juntos recuperaron el humor de su juventud.

Para sorprenderla, Miguel se refirió a su «colección de culos» y pretendió que ése era un aspecto peculiar de la belleza que le tenía cautivado, pues Ronald lo poseía en el más alto grado. El arte consistía en hallar un culo que no fuera demasiado esférico, como el de la mayor parte de las mujeres, ni demasiado plano, como el de casi todos los hombres, sino algo intermedio, algo digno de ser agarrado.

Elena se reía. Pensaba que cuando Pierre le volvía la espalda se convertía en una mujer para ella y le hubiera gustado violarlo. Podía imaginar a la perfección los sentimientos de Miguel cuando yacía sobre la espalda de Donald.

Si el culo es lo bastante redondeado y firme, y el muchacho no se ha puesto en erección –dijo Elena–, entonces no hay mucha diferencia con respecto a una mujer. ¿Tanteas pues en busca de la diferencia?

Sí, desde luego. Piensa lo lamentable que resultaría no encontrar nada ahí, y también hallar el exceso de las prominencias mamarias más arriba: pechos para dar de mamar, algo para quitarle a uno el apetito sexual.

Algunas mujeres tienen los pechos muy pequeños –dijo Elena.

Ahora le tocaba a ella encaramarse a la escalera para alcanzar una cornisa y la inclinada esquina del tejado. Al levantar el brazo, arrastró hacia arriba su falda. No llevaba medias. Sus piernas eran suaves y delgadas, sin «exageraciones esféricas», como había dicho Miguel rindiéndoles homenaje ahora que sus relaciones estaban a salvo de cualquier esperanza sexual por parte de Elena.

El deseo de Elena de seducir a un homosexual era un error común entre mujeres. Por regla general, hay un punto de orgullo femenino en eso; un deseo de probar el propio poder contra rarezas muy enraizadas, tal vez un sentimiento de que todos los hombres que escapan a la regla deben ser de nuevo seducidos. Miguel sufría tales embates todos los días. No era afeminado, se comportaba normalmente y sus gestos eran masculinos. Pero en cuanto una mujer empezaba a desplegar su coquetería ante él, era presa del pánico. Preveía de inmediato todo el drama: la agresión de la mujer, la interpretación de su pasividad como simple timidez, sus insinuaciones y el odiado momento en que debería rechazarla. Nunca podía hacerlo con calma e indiferencia. Era demasiado tierno y compasivo. A veces sufría más que la propia

mujer, cuya vanidad era todo cuanto importaba. Mantenía una relación tan familiar con las mujeres, que siempre sentía como si estuviera hiriendo a una madre, a una hermana o de nuevo a Elena, en una de sus transformaciones.

Por entonces sabía ya qué daño le había causado a Elena al ser el primero en inspirarle dudas acerca de su capacidad para amar o para ser amada. Cada vez que Miguel rechazaba las insinuaciones de una mujer, pensaba que estaba cometiendo un crimen menor, que mataba una fe y una confianza para siempre.

¡Qué hermoso era estar con Elena, gozando de sus encantos femeninos sin peligro! Pierre se encargaba de la Elena sensual. Al mismo tiempo, ¡qué celoso estaba Miguel de Pierre! Tanto como lo había estado de su padre cuando era pequeño. Su madre siempre lo echaba de la habitación en cuanto entraba el padre. Este se mostraba impaciente por verle salir. Odiaba la forma en que se encerraban juntos durante horas. En cuanto su padre se marchaba, el amor, los abrazos y los besos de su madre volvían a él.

Cuando Elena decía «Voy a ver a Pierre», sucedía lo mismo. Nada podía hacerla volver. No importaba cuánto placer sintieran juntos, ni cuánta ternura derramara ella sobre Miguel: cuando era hora de estar con Pierre, nada podía retenerla.

Le atraía también el misterio de la masculinidad de Elena. En cualquier lugar que estuviera con ella sentía aquella vital, activa y pasiva acción de su naturaleza. En su presencia renegaba de su pereza, de su vaguedad, de sus dilaciones. Ella era el catalizador.

Miró sus piernas. Piernas de Diana, de Diana cazadora, el muchacho-mujer. Piernas para correr y saltar. Le invadía una poderosa curiosidad por ver el resto de su cuerpo. Se acercó más a la escalera. Las estilizadas piernas desaparecían en unas bragas con puntillas. Quiso ver más.

Ella miró abajo, hacia él, y le encontró de pie observándola con los ojos dilatados.

Elena, sólo quisiera ver cómo estás hecha.

Ella le sonrió.

¿Me dejarás que te mire?

Ya me estás mirando.

Miguel levantó el extremo de la falda y la abrió como un paraguas sobre él impidiendo a Elena que le viera la cabeza. Ella empezó a descender de la escalera, pero las manos de Miguel la detuvieron. Habían agarrado la goma de las bragas y la ensancharon para bajárselas. Elena permaneció en mitad de la escalera, con una pierna más alta que otra, lo que impedía descender a las bragas. Miguel atrajo la pierna hacia sí para poder sacárselas del todo. Apoyó

cariñosamente las manos en sus nalgas. Al igual que un escultor, resiguió los exactos contornos y sintió su redondez y su firmeza como si se tratara del simple fragmento de una estatua que hubiera desenterrado y de la que se hubiera perdido, el resto del cuerpo. No tomó en consideración la carne circundante ni las curvas. Acarició sólo las nalgas y gradualmente las atrajo hacia abajo, cada vez más cerca de su cara, impidiendo que Elena se volviera mientras bajaba.

Se abandonó al capricho de Miguel, pensando que iba a ser tan sólo una orgía de ojos y manos. Cuando llegó al último peldaño, él tenía una mano alrededor de cada redondo promontorio y los acariciaba como si fueran pechos, volviendo en su caricia al punto de partida, como hipnotizado.

Ahora Elena le contemplaba cara a cara, apoyada en la escalera. Tuvo la sensación de que trataba de tomarla. Al principio la tocaba donde la abertura era demasiado pequeña y le hizo daño. Elena gritó. Entonces Miguel avanzó, dio con la verdadera abertura femenina y se percató de que podía deslizarse por aquella vía; ella se maravilló de notarlo tan fuerte, en su interior y moviéndose. Pero, aunque se meneaba vigorosamente, no aceleraba sus gestos para alcanzar el climax. ¿Iba haciéndose cada vez más consciente de que se hallaba dentro de una mujer y no de un muchacho? Con lentitud, se apartó, dejando a Elena a medio penetrar, y ocultó su rostro, para que no percibiera su desilusión.

Ella le besó para demostrarle que aquello no iba a enturbiar sus relaciones, que comprendía.

A veces, en la calle o en un café, Elena se quedaba hipnotizada por el rostro de souteneur de un hombre, por un corpulento obrero con botas hasta la rodilla o por una cabeza brutal, criminal. Experimentaba un temblor sensual de miedo, una obscura atracción. La hembra que había en ella se sentía fascinada. Por un segundo, imaginaba que era una furcia a la espera de una puñalada en la espalda a causa de alguna infidelidad. Sentía ansiedad. Estaba en una trampa. Olvidaba que era libre. Se había despertado en ella un oscuro estrato fungoso, un primitivismo subterráneo, un deseo de sentir la brutalidad del hombre, la fuerza que podría obligarla a abrirse, que podría saquearla. Ser violada constituía una necesidad para la mujer; un deseo secreto y erótico. Tenía que liberarse de esas imágenes.

Recordó que lo primero que amó en Pierre fue el peligroso brillo de sus ojos; los ojos de un hombre sin sentido de la culpa ni escrúpulos, que tomaba lo que le gustaba y gozaba inconsciente de los riesgos y las consecuencias.

¿Qué se había hecho de aquel indomable y voluntario salvaje a quien encontrara en un camino de montaña una deslumbrante mañana? Ahora estaba domesticado. Vivía para hacer el amor.

A Elena eso le hizo reír. Era ésta una cualidad que raramente se encontraba en un hombre. Pero él seguía siendo un hombre en el que predominaba la naturaleza. En ocasiones le decía: ¿Dónde está tu caballo? Siempre tienes el aspecto de haber dejado el caballo a la puerta y estar a punto de galopar de nuevo.

Dormía desnudo. Odiaba pijamas, quimonos y zapatillas. Arrojaba los cigarrillos al suelo. Se lavaba con agua helada, como un pionero. Se reía de las comodidades. Elegía la silla más dura. Una vez, su cuerpo estaba tan caliente y polvoriento y el agua que empleaba tan helada, que el agua se evaporó y salió humo de sus poros. Tendió hacia Elena sus manos humeantes, y ella dijo:

Eres el dios del fuego.

No podía someterse al tiempo. Ignoraba qué podía hacerse o no hacerse en una hora. La mitad de su ser permanecía siempre dormido, enrollado en el amor materno que ella le daba; hecho un ovillo en la ensoñación y en la indolencia, hablando de los viajes que iba a emprender y de los libros que iba a escribir.

En raros momentos, era también puro. Tenía la delicadeza de los gatos. Aunque dormía desnudo, nunca se paseaba desnudo.

Pierre tocaba con intuición todas las regiones del entendimiento. Pero no vivía en ellas; no dormía ni comía en esas regiones superiores, como hacía Elena. A menudo discutía, luchaba y bebía con amigos de lo más ordinario y pasaba veladas con personas ignorantes. Elena no podía hacerlo. A ella le gustaba lo excepcional, lo extraordinario. Esta circunstancia los separaba. A Elena le hubiera gustado ser como él y acercarse a todo el mundo, pero le resultaba imposible, lo cual la entristecía. A menudo, cuando salían juntos, ella le dejaba.

Su primera discusión seria fue a causa del tiempo. Pierre le telefoneaba y le decía:

Ven a mi apartamento hacia las ocho. Ella tenía su propia llave. Iba y tomaba un libro. El llegaba a las nueve o bien la llamaba cuando estaba ya allí esperándolo y le decía: «Voy en seguida», y se presentaba dos horas más tarde. Una noche la hizo esperar demasiado tiempo (y la espera resultó tanto más penosa porque Elena lo imaginaba haciendo el amor con otra); cuando Pierre llegó, ya se había marchado, lo que le puso furioso. Pero no cambió de costumbres. En otra ocasión, ella se encerró y no le permitió entrar. Estaba de pie tras la puerta, escuchando y esperando que no se fuera, pues lamentaba que la noche se echara a perder. Pero no abrió, y volvió a pulsar el timbre con mucha suavidad. Si lo hubiera hecho con ira, hubiera permanecido inmóvil, pero el toque fue suave, propio de una persona arrepentida, así que abrió la puerta. Elena todavía estaba furiosa. El la deseaba, y su

resistencia lo excitaba. Y a ella le entristecía el espectáculo de ese deseo.

Tuvo el presentimiento de que Pierre había provocado aquella escena. Cuando más excitado se ponía, mayor era la indiferencia de Elena, que se cerró sexualmente. Pero la miel manaba de los cerrados labios y Pierre estaba en éxtasis. Se volvió más apasionado, obligándola, con sus fuertes piernas, a separar las rodillas, vaciándose en su interior con ímpetu, en un orgasmo de tremenda intensidad.

Mientras que en otras ocasiones si ella no sentía placer lo hubiera fingido para no herir a Pierre, esta vez no hubo disimulo alguno. Cuando la pasión de Pierre estuvo satisfecha, le preguntó a su compañera:

¿Has sentido placer?

No –respondió ella.

El se sintió herido. Sintió toda la crueldad de su rechazo.

Te quiero más de lo que tú me quieres –le dijo a Elena.

Pero sabía cuánto lo quería ella, y estaba confundida.

Más tarde, Elena yacía con los ojos abiertos por completo, pensando que la tardanza de Pierre era inocente. Ya se había quedado dormido, como un niño, con los puños cerrados y el pelo en la boca de Elena. Seguía dormido cuando ella se marchó. En la calle la invadió una oleada de ternura de tal intensidad que tuvo que regresar al apartamento. Se arrojó sobre él diciendo: He tenido que volver, he tenido que volver.

Yo quería que volvieras. –La tocó. Estaba muy, muy húmeda. Mientras la penetraba dijo–: Me gusta ver cómo te hiero ahí, cómo te apuñalo ahí, en tu herida.

Y hurgaba en su interior, para arrancarle el espasmo que había retenido.

Cuando le dejó, se sentía dichosa. ¿Puede el amor convertirse en un fuego que no quema, como el fuego de los santones hindúes? ¿Estaba aprendiendo a caminar, por arte de magia, sobre brasas?

El vasco y Bijou

Era una noche lluviosa; las calles, como espejos, lo reflejaban todo. El vasco tenía treinta francos en el bolsillo y se sentía rico. La gente le decía que a su ingenua y cruda manera era un gran pintor; no se daba cuenta de que copiaba de tarjetas postales. Le habían dado treinta francos por su último cuadro; se sentía eufórico y deseaba celebrarlo. Buscaba una de esas luces rojas que significan placer.

Abrió la puerta una mujer de aspecto maternal y casi de inmediato dirigió su mirada a los zapatos del hombre, pues juzgaba a partir de ellos cuánto podría permitirse pagar por su placer. Luego, para su propia satisfacción, sus ojos se detuvieron un momento en los botones del pantalón. Las caras no le interesaban; durante toda su vida había tratado exclusivamente con esa región de la anatomía masculina. Sus grandes ojos, aún brillantes, miraban de una forma especialmente penetrante hacia el interior de los pantalones, como si pudieran calibrar el tamaño y peso de las posesiones del hombre. Era una mirada profesional. Le gustaba emparejar a la gente con más perspicacia que otras dueñas de prostíbulo. Sugiriendo combinaciones tenía más experiencias que una vendedora de guantes. Incluso a través de los pantalones, podía medir al cliente y suministrarle el guante perfecto, el que le ajustara a la perfección. El placer no existía si el guante era demasiado ancho, ni tampoco si era demasiado estrecho. Maman pensó que la gente ya no se daba cuenta de la necesidad de un perfecto ajuste. Le hubiera gustado divulgar sus conocimientos, pero tanto los hombres como las mujeres eran cada vez menos cuidadosos, se preocupaban menos que ella por la exactitud. Si un hombre de ahora se encuentra bailando en un guante demasiado ancho, moviéndose en él como por un piso vacío, se las arregla como mejor puede. Deja que su miembro se agite a uno y otro lado, como una bandera, y se corre sin el verdadero y apretado abrazo que inflama las entrañas. O bien lo desliza después de haberlo ensalivado, empujándolo como si tratara de pisar bajo una puerta cerrada, apurándose en los estrechos contornos y encogiéndose más para poder permanecer allí. Y si a la muchacha se le ocurre echarse a reír a carcajadas de placer o porque lo simula, él queda inmediatamente desalojado, pues falta lugar para las contracciones que provoca la risa. La gente estaba perdiendo su conocimiento de las uniones adecuadas.

Sólo después de haber mirado fijamente los pantalones del vasco, Maman le reconoció y sonrió. El vasco, es cierto, compartía con Maman esa pasión por los matices y a ella le constaba que no quedaba satisfecho con facilidad. Poseía un miembro caprichoso. Enfrentado con una vagina tipo buzón, se rebelaba. Si tenía que habérselas con un tubo astringente,

retrocedía. Era un buen connoisseur, un gourmet en materia de joyeros femeninos. Le gustaban ribeteados de terciopelo y acogedores, afectivos y adherentes. Maman le miró más detenidamente que a otros parroquianos. Le gustaba el vasco, y no por su perfil clásico, de nariz breve, sus ojos almendrados, su lustroso pelo negro, su caminar suave y deslizante, y sus gestos indolentes. Ni tampoco por su bufanda roja ni por su boina ladeada con picardía sobre la cabeza. Ni mucho menos por sus seductoras maneras con las mujeres. Era por su regio pendentif, su noble prominencia, su sensitiva e incansable capacidad de respuesta, la sociabilidad, cordialidad y carácter expansivo de aquel miembro. Maman no había visto nunca un miembro semejante. El vasco lo ponía a veces sobre la mesa, como si depositara un saco de dinero, y golpeaba con él como si tratara de llamar la atención. Se lo sacaba con naturalidad, como otros hombres se quitan el abrigo cuando sienten calor. Daba la impresión de que aquel órgano se sentía incómodo si permanecía encerrado, que necesitaba airearse y ser admirado.

Maman incurría con frecuencia en su hábito de mirar las posesiones masculinas. Cuando los hombres salían de los urinoirs abotonándose, tenía la suerte de captar el último resplandor de algún miembro dorado, o de alguno marrón oscuro, o de otro de punta fina, que era su tipo preferido. En los bulevares era recompensada a menudo con el espectáculo de unos pantalones abotonados sin cuidado; sus ojos, dotados de aguda visión, penetraban en la sombría abertura. Mejor aún si descubría a un vagabundo desahogándose contra una pared, sosteniéndose el miembro pensativamente, como si fuera su última moneda de plata.

Podría creerse que Maman se veía privada de la más íntima posesión de ese placer, pero no era así. Los clientes de su casa la encontraban apetitosa y conocían sus virtudes y ventajas sobre las demás mujeres. Maman podía producir, para las fiestas del amor, ese jugo delicioso que otras mujeres tienen que procurarse por medios artificiales. Maman era capaz de dar a un hombre la completa ilusión de un alimento tierno, de algo muy suave a los dientes, de algo lo bastante húmedo como para satisfacer la sed de cualquiera.

Los clientes hablaban a menudo entre ellos de las delicadas salsas con que Maman sabía aliñar los bocados de su concha rosada y de la tirantez, como de piel de tambor, de sus regalos. Se golpeaba aquella concha redonda una o dos veces; ya bastaba. Aparecía el delicioso sabor de Maman, un sabor que sus chicas raras veces llegaban a producir; una miel que olía a marisco y que convertía la alcoba femenina entre los muslos en un placer para el visitante masculino.

Al vasco le gustaba. Era emoliente, saturador, cálido y grato; una fiesta. Para Maman también era una fiesta, y ponía lo mejor de su parte.

El vasco sabía que ella no necesitaba una larga preparación. Maman se alimentaba durante todo el día de las expediciones de sus ojos, que nunca viajaban por encima o por debajo del centro de un cuerpo de hombre. Siempre se hallaban al nivel de la bragueta. Apreciaba las arrugas, cerradas demasiado aprisa tras una rápida séance, y las finamente planchadas, aún no estrujadas. Y las manchas, ¡oh, las manchas del amor! Extrañas manchas, que podía detectar como si las mirase con lupa. Allí, donde los pantalones no habían sido bajados lo suficiente, o donde, en sus gesticulaciones, un pene había regresado a su lugar habitual en un momento inoportuno, allí se extendía una enojada mancha de minúsculas facetas relucientes, como si fuera algún mineral derretido; y una calidad azucarada que endurecía las ropas. Era una hermosa mancha, la mancha del deseo, tanto si había sido derramada allí como un perfume por la fuente de un hombre o pegada por una mujer demasiado fervorosa y absorbente. A Maman le hubiera gustado empezar donde ya se hubiera consumado un acto. Era sensible al contagio. Aquella manchita la endulzaba entre las piernas al caminar. Un botón caído la hacía sentir que el hombre estaba a su merced. A veces, en las grandes aglomeraciones, tenía la audacia de adelantarse y tocar. Su mano se movía como la de un ladrón, con increíble agilidad. Nunca tanteaba o tocaba en un lugar equivocado, sino que se dirigía directamente a su objetivo, bajo el cinturón, donde hallaba suaves prominencias y, a veces, inesperadamente, un insolente bastón.

En el metro, en las noches oscuras y lluviosas, en los bulevares atestados o en las salas de baile, a Maman le encantaba valorar, llamar a las armas. ¡Cuántas veces su llamada era contestada, y los hombres presentaban armas al tacto de su mano! Le hubiera gustado un ejército alineado así, presentando las únicas armas que podían conquistarla. En sus sueños, veía ese ejército. Ella era el general, desfilando, condecorando las armas más largas, las más hermosas, deteniéndose ante cada hombre que despertaba su admiración. ¡Oh, quién fuera Catalina la Grande para recompensar el espectáculo con un beso de su ávida boca, un beso en la mismísima punta, aunque sólo fuera para extraer la primera gota de placer!

La mayor aventura de Maman había sido el desfile de los soldados escoceses, una mañana de primavera. Había oído en un bar una conversación acerca de ellos.

Los reclutan jóvenes –contaba un hombre– y los instruyen en ese paso. Se trata de un paso especial. Difícil, muy difícil. Hay un coup de fesse, un balanceo, que hace que las caderas y la escarcela se muevan precisamente al mismo tiempo. Si la escarcela no se mueve, hay fallo. El paso es más complicado que un ballet.

Maman pensaba: «Si la escarcela se mueve y la falda también, entonces también tienen que

moverse otros adornos.» Y su viejo corazón se sintió conmovido. Moverse. Moverse. Todo a la vez. Era un ejército ideal. Le hubiera gustado alistarse en un ejército así, para desempeñar cualquier función. Uno, dos, tres. Ya estaba lo bastante conmovida por las agitaciones de todo lo que colgaba cuando el hombre del bar añadió:

¿Sabes? No llevan nada debajo.

No llevaban nada debajo! ¡Aquellos hombres fornidos, con tanto aplomo, tan vigorosos! Cabezas altas, piernas fuertes y desnudas, faldas –bueno, eso los hacía tan vulnerables como una mujer–. Hombrones fuertes, tentadores como una mujer y desnudos por debajo. Maman quería convertirse en adoquín, ser pisoteada para poder mirar por debajo de la corta falda la «escarcela» oculta balanceándose a cada paso. Maman se sintió congestionada. En el bar hacía demasiado calor. Necesitaba aire.

Presenció el desfile. Cada paso que daban los escoceses era como si lo dieran en todo el cuerpo de Maman, que vibraba al compás. Uno, dos, tres. Una danza sobre su abdomen, salvaje y uniforme, con la escarcela de piel bamboleándose como vello púbico. Maman estaba tan caliente como un día de julio; quería abrirse paso hasta la primera fila de la aglomeración y luego caer de rodillas y simular un desvanecimiento. Pero todo lo que vio fueron piernas evanescentes bajo las faldas plisadas a cuadros. Más tarde, recostada en la rodilla de un policía, puso los ojos en blanco como si fuera a darle un ataque. ¡Si el desfile pudiera girar y pasarle por encima!

Así, la savia de Maman nunca se secaba, pues era convenientemente alimentada. Por la noche, su carne era tan tierna como si se hubiera cocido a fuego lento durante todo el día.

Sus ojos pasaban de los clientes a las mujeres que trabajaban para ella. Sus rostros no atraían en absoluto su atención, sólo sus cuerpos, de cintura para abajo. Las hacía darse la vuelta delante de ella y les propinaba una palmadita para sentir la firmeza de su carne, antes de que vistieran sus camisas.

Conocía a Melie, que se enrollaba alrededor de un hombre como una cinta y le producía la sensación de que varias mujeres estaban acariciándolo. Conocía a la perezosa, que fingía estar dormida y permitía a los hombres tímidos audacias a las que con ninguna otra se hubieran atrevido; les dejaba que la tocaran, la manipularan y la exploraran, como si hacerlo no entrañara peligro. Su cuerpo voluminoso escondía sus secretos en ricos repliegues que su indolencia permitía exponer a los dedos fisgones.

Maman conocía a la delgada y fiera que atacaba a los hombres y les hacía sentirse víctimas de la circunstancia. Era una gran favorita de los que se sentían culpables. Hacía que se dejaran

violar, y de ese modo su conciencia quedaba en paz. Así podrían decir a sus esposas: «Se lanzó sobre mí y me forzó a poseerla», etcétera. Ellos se tumbaban boca arriba y ella se les sentaba encima, a horcajadas, incitándoles a inevitables gestos mediante su presión, y galopando sobre su rígida virilidad o trotando suavemente o bien al medio galope. Presionaba con vigor las rodillas contra los costados de sus víctimas sometidas, y al igual que un noble jinete, se levantaba y se dejaba caer con elegancia, con todo su peso concentrado en el centro de su cuerpo, mientras que, ocasionalmente, su mano palmeaba al hombre para acelerar su velocidad y sus convulsiones, lo que le permitía sentir un mayor vigor animal entre sus piernas. ¡Cómo cabalgaba al animal que estaba bajo ella, espoleándolo con sus piernas y empujándolo con su cuerpo erecto, hasta que el animal empezaba a echar espuma, y entonces lo incitaba aún más, con gritos y palmadas, a que galopara más y más aprisa!

Maman conocía los provocativos encantos de la meridional Viviane. Su carne era de cálidos rescoldos, contagiosa; incluso la piel más fría se calentaba con su tacto. Dominaba la intriga y el juego. En primer lugar, le gustaba sentarse en el bidé para la ceremonia de lavarse. Con las piernas separadas sobre el pequeño asiento, presentaba unas nalgas prominentes, con dos enormes hoyos en la base de la columna vertebral y un par de caderas de color oro viejo, amplias y firmes como los cuartos traseros de un caballo de circo. Cuando se sentaba, las curvas se hacían más abultadas. Si el hombre se cansaba de ver su espalda, podía mirarla de frente y observar cómo echaba agua sobre su vello púbico y entre las piernas, cómo se separaba cuidadosamente los labios al enjabonarse. Ahora la cubría la blanca espuma, de nuevo el agua, y los labios emergían brillantes y rosados. A veces se los examinaba con calma. Si aquel día habían pasado demasiados hombres, veía que estaban ligeramente hinchados. Al vasco le gustaba mirarla entonces. Se secaba con más suavidad, para que la irritación no aumentara.

El vasco acudió uno de esos días y adivinó que podía beneficiarse de la irritación. Otros días Viviane se mostraba aletargada, pesada e indiferente. Yacía con el cuerpo como en alguna pintura clásica, para acentuar las tremendas ondulaciones de sus curvas. Se acostaba de lado, con la cabeza reposando sobre el brazo; su carne de tonos cobrizos se reflejaba como si la estuviera macerando el oleaje de la caricia de alguna mano invisible. Así se ofrecía a sí misma, suntuosa y casi imposible de excitar. La mayor parte de los hombres ni lo intentaba. Apartaba su boca de ellos, con desdén, y ofrecía su cuerpo con desgana. Podían abrirla las piernas y mirarla fijamente el tiempo que quisieran; no lograban extraerle ningún jugo. Pero, una vez el hombre estaba poseyéndola, se comportaba como si estuviera destilando lava

candente en su interior, y sus contorsiones eran más violentas que las de las mujeres que gozan, porque las dramatizaba para fingir que eran reales. Se retorció como una pitón, se sacudía en todas direcciones como si la estuvieran quemando o golpeando. Sus poderosos músculos imprimían a sus movimientos una fuerza que excitaba los deseos más bestiales. Los hombres luchaban por detener las contorsiones, por calmar la danza orgiástica que ella ejecutaba a su alrededor, como si estuviera clavada a algo que la torturase. De pronto, cuando su capricho se lo dictaba, se inmovilizaba. Su perversa indiferencia a mitad de camino de su furia en aumento enfriaba a los hombres de tal manera que la sensación de plenitud quedaba pospuesta. Ella se convertía en una masa de carne inerte y empezaba a chupar suavemente, como si se chupara el dedo gordo antes de quedarse dormida. Y su letargo irritaba a los hombres. Trataban de excitarla de nuevo, tocándola por todas partes y besándola. Ella se sometía, impasible.

El vasco aguardaba a su vez. Contemplaba las ceremoniosas abluciones de Viviane, que aquel día estaba resentida por los muchos asaltos. Por pequeña que fuera la suma que le pagaran, nunca impedía que un hombre se satisficiera.

Los grandes y ricos labios, restregados en exceso, se hallaban ligeramente distendidos, y una fiebre cilla los consumía. El vasco se mostró amable. Depositó su pequeño obsequio sobre la mesa, se desnudó y prometió a Viviane un bálsamo, un algodón, un verdadero colchoncillo. Estas delicadezas la hicieron bajar la guardia. El vasco la manejó como si fuera una mujer: sólo una pequeña caricia allí, para suavizar y apaciguar la fiebre. La piel de la joven era tan morena como la de una gitana: suave y limpia, incluso cuando se daba polvos. Los dedos del vasco eran sensibles. La tocaba sólo como por casualidad, rozándola, y dejaba descansar su sexo en el vientre de Viviane; como un juguete, simplemente para que ella lo admirase. El miembro del vasco respondía cuando se le hablaba. El vientre vibraba a causa del peso, que aumentaba ligeramente al sentirse allí. Como el vasco mostrara impaciencia por moverlo a donde quedara abrigado y encerrado, ella se permitió el lujo de abrirse, abandonándose.

La glotonería de otros hombres, su egoísmo y su afán de satisfacerse sin consideración por Viviane, volvían a ésta hostil. Pero el vasco se mostraba galante. Comparaba la piel de la muchacha con el raso, su cabello con el musgo, y su olor con la fragancia de las maderas preciosas. Colocó su sexo junto a la abertura y dijo, tiernamente:

¿Te duele? No quiero empujar si te hace daño. Semejante delicadeza conmovió a Viviane. – Duele un poquito –repuso–, pero inténtalo. Avanzó sólo un centímetro. –¿Duele?

Se ofreció a retirarse. Viviane tuvo que presionarle :

Sólo la punta. Prueba otra vez. La punta se introdujo dos o tres centímetros y se detuvo. Viviane tuvo tiempo para sentir su presencia; el tiempo que no le concedían otros hombres. Entre cada pequeñísimo avance en su interior, podía darse cuenta de lo placentera que resultaba la presencia del pene entre las suaves paredes de carne, de lo bien que se ajustaba, ni demasiado prieto ni demasiado suelto. El vasco esperó de nuevo y avanzó un poco más. Viviane pudo sentir lo bueno que era ser penetrada, lo bien que le sentaba a la grieta femenina tener algo que sostener y retener. El placer de sujetar algo allí, de intercambiar calor, de mezclar las dos humedades. El se movió de nuevo. La intriga. La conciencia de vacío cuando él se retiraba: la carne de ella se secaba casi en seguida. Cerró los ojos. La gradual penetración irradiaba invisibles corrientes que anunciaban a las regiones más hondas de las entrañas que alguna explosión iba a producirse, algo hecho para encajar en el túnel de paredes suaves, para ser devorado por sus hambrientas profundidades, donde aguardaban los nervios intranquilos. Su carne pedía más, más. Y él siguió penetrando.

¿Duele?

Se retiró. Viviane se sintió defraudada y no quiso confesar que se había quedado seca por dentro al faltarle la expansiva presencia del vasco. Se vio forzada a suplicar:

Introdúcela otra vez.

Era suave. La introdujo sólo hasta la mitad, donde ella pudiera sentirla pero no retenerla, donde no pudiera encerrarla del todo. El vasco parecía querer dejarla a medio camino para siempre. Viviane quiso erguirse para introducírsela del todo, pero se reprimió. Quería gritar. La carne que el hombre no tocaba ardía ante la proximidad. En el fondo del sexo esa carne exigía ser penetrada; se curvaba hacia dentro, dispuesta para la succión. Las paredes se movían como anémonas marinas, tratando de hacer el vacío para atraer aquel sexo, pero éste, a la distancia a que se encontraba, sólo podía enviar corrientes de agudísimo placer. El vasco se movió de nuevo y miró a la mujer a la cara. Vio entonces que tenía la boca abierta. Ella quiso levantar el cuerpo para engullir todo el miembro, pero aguardó. Con este tormento a marcha lenta, el vasco puso a Viviane al borde de la histeria. Ella abrió la boca, como para manifestar la abertura de su sexo, su hambre, y sólo entonces él se sumergió hasta el fondo, hasta sentir las contracciones de Viviane.

Fue así que el vasco encontró a Bijou. Un día, cuando llegó a la casa, acudió a su encuentro una Maman enternecida que le anunció que Viviane estaba ocupada, por lo que se ofreció a consolarlo casi como si se tratara de un marido defraudado. El vasco dijo que esperaría. Maman continuó sus insinuaciones y sus caricias. El preguntó: –¿Puedo mirar?

Todas las habitaciones estaban acondicionadas para que los aficionados pudieran observar a través de una abertura disimulada. De vez en cuando, al vasco le gustaba ver cómo se comportaba Viviane con sus visitantes. Maman le condujo junto al tabique, donde le escondió tras una cortina, y le permitió mirar.

Había cuatro personas en la habitación: un hombre y una mujer extranjeros, vestidos con discreta elegancia, observaban a dos mujeres que ocupaban la amplia cama. Una de ellas, llena y de tez oscura, era Viviane, que yacía tumbada cuan larga era en el lecho. Sobre ella, a cuatro patas, estaba una magnífica mujer de cutis marfileño, ojos verdes y cabello largo, espeso y rizado. Sus senos eran puntiagudos; su cintura, extremadamente delgada, se abría en un rico despliegue de caderas. Sus formas le daban el aspecto de haber sido moldeada por un corsé. Su cuerpo tenía una suavidad firme y marmórea. Nada en ella era flojo ni colgante, sino que la animaba una fuerza oculta, como la de un puma; sus gestos eran vehementes y extravagantes como los de las mujeres españolas. Se llamaba Bijou.

Ambas formaban una pareja perfecta, sin gazmoñería ni sentimentalismo. Mujeres de acción, que exhibían una sonrisa irónica y una expresión corrompida.

El vasco no podía afirmar si fingían gozar o lo hacían de verdad, tan precisos eran sus gestos. Los extranjeros debían haber solicitado ver a un hombre y una mujer, lo que colocó a Maman en un compromiso. Bijou se había tenido que atar un pene de goma que tenía la ventaja de no ponerse nunca flaccido. Hiciera lo que hiciese, el pene seguía en erección, surgiendo de su vello femenino como si estuviera allí clavado.

Acuclillada, Bijou no deslizaba esa virilidad postiza dentro, sino entre las piernas de Viviane, como si estuviera batiendo leche, y Viviane contraía sus extremidades como si la estuviera excitando un hombre de verdad. Pero Bijou no había hecho más que empezar. Parecía empeñada en que Viviane sólo sintiera el pene desde fuera. Lo sostenía como el llamador de una puerta, accionándolo con suavidad contra el vientre y los costados de Viviane. Luego, cariñosamente, la excitaba tocándole el vello y el extremo del clitoris. Al fin, Viviane brincó un poco; Bijou repitió la operación y de nuevo brincó. La mujer extranjera se inclinó entonces sobre la pareja, como si fuera miope, a fin de captar el secreto de aquella sensibilidad. Viviane se revolvió con impaciencia y ofreció su sexo a Bijou.

Tras la cortina, el vasco sonreía ante la excelente exhibición de Viviane. El hombre y la mujer estaban fascinados. Permanecían junto a la cama con los ojos dilatados. Bijou les dijo:

¿Quieren ustedes ver cómo hacemos el amor cuando nos sentimos perezosas? –y ordenó a Viviane–: Vuélvete.

Viviane se volvió del lado derecho. Bijou se echó junto a ella. Viviane cerró los ojos. Entonces con las dos manos, Bijou se abrió paso, separando la carne oscura de las nalgas de Viviane hasta que pudo deslizar entre ellas el pene. Viviane no se movió. Permitió que Bijou empujara. De repente, dio una sacudida, como la coza de un caballo. Bijou, como para castigarla, se retiró. Pero el vasco vio ahora resplandecer el pene de goma, casi como uno real, todavía triunfalmente erecto.

Bijou reanudó su tortura. Tocó la boca de Viviane con el extremo del pene, y después sus orejas y su cuello, hasta que lo dejó descansar entre sus senos. Viviane los juntó, el uno contra el otro, para sostener el miembro. Se movió para unirse al cuerpo de Bijou y restregarse contra ella, pero Bijou se mostraba evasiva ahora que su compañera se estaba poniendo salvaje. El hombre, inclinándose sobre ellas, empezó a manifestar inquietud. Quería arrojarse sobre las mujeres. Pese a que su rostro estaba sofocado, su compañera no se lo hubiera permitido.

De pronto, el vasco abrió la puerta y con una reverencia dijo:

Buscabais a un hombre; aquí estoy.

Se deshizo de la ropa. Viviane lo contemplaba con agradecimiento y el vasco se dio cuenta de que estaba ardiente. Un par de virilidades la satisfarían más que aquella otra, atormentadora y huidiza. Se lanzó entre las dos mujeres. Mirara a donde mirase la pareja de extranjeros, ocurría algo que los cautivaba. Una mano separaba las nalgas de alguien y deslizaba un dedo inquisitivo. Una boca se cerraba sobre un pene saltarín y en posición de carga. Otra boca engullía un pezón. Los rostros eran cubiertos por senos o enterrados en vello púbico. Las piernas se cerraban sobre una mano escrutadora. Un reluciente y húmedo pene aparecía y se sumergía de nuevo en la carne. La piel marfileña y el cutis agitanado se ovillaban con el musculoso cuerpo del hombre.

Entonces sucedió algo extraño. Bijou yacía cuan larga era bajo el vasco, mientras que Viviane había sido abandonada por un momento. El vasco se hallaba a horcajadas sobre aquella mujer que florecía bajo él como una flor de invernadero, fragante, húmeda, con los ojos cargados de erotismo y los labios mojados; una mujer en plena floración, madura y voluptuosa. Su pene de goma aún permanecía erecto entre ellos, y el vasco fue presa de una rara sensación. Aquel miembro tocaba el suyo propio y defendía la abertura de la mujer como si fuera una lanza. Ordenó, casi furioso:

Quítate eso.

La muchacha deslizó sus manos hacia la espalda, desató el cinturón y apartó la verga de

goma. Entonces, el vasco se arrojó sobre ella y Bijou, sin soltar el pene, lo sostuvo por encima de las nalgas del hombre, que ahora la penetraba. Cuando se incorporó para arremeter de nuevo, la joven empujó el falo de goma entre las nalgas del vasco. Este brincó como un animal salvaje y la atacó aún más furiosamente. Cada vez que se alzaba, se veía atacado a su vez por detrás. Sintió los pechos de la mujer aplastados debajo de sí, apolotonándose bajo su propio pecho, el vientre marfileño tornándose más pesado bajo el suyo, las caderas contra las suyas, y la húmeda vagina engulléndolo. Y siempre que Bijou hundía el pene en su compañero, él no sólo sentía su propia excitación, sino también la de ella. Pensó que aquella sensación por partida doble acabaría volviéndole loco. Viviane, acostada, los observaba jadeando. Los dos extranjeros, vestidos aún, cayeron sobre ella y la acariciaron con frenesí, demasiado confusos en sus salvajes sensaciones como para buscar una abertura.

El vasco se deslizaba adelante y atrás. La cama se agitaba con sus sacudidas. El y Bijou se agarraban y se juntaban, llenando todas las curvas de sus cuerpos, y la máquina del voluptuoso cuerpo de Bijou manaba miel. Los estremecimientos se extendían desde la raíz de sus cabellos hasta las puntas de los dedos de los pies. Estos se buscaban y se enredaban entre sí. Sus lenguas se proyectaban como pistilos. Las exclamaciones de Bijou ascendían ahora en espirales sin fin –ah, ah, ah, ah–, aumentando, expandiéndose, haciéndose más salvajes. El vasco respondía a cada grito tan sólo con una inmersión profunda. Prescindían de los cuerpos que se retorcían junto a ellos. Ahora el vasco podía poseer a Bijou hasta la aniquilación, aquella puta con un millar de tentáculos en su cuerpo que se tendía primero bajo él y luego encima y daba la impresión de hallarse por todas sus partes, con sus dedos yendo de acá para allá y con los senos metidos en la boca del vasco.

Bijou gritó como si la hubiera matado, y se recostó. El vasco se puso en pie, ebrio y ardiente con su lanza todavía erecta, roja e inflamada. Las ropas desordenadas de la extranjera le tentaron. No se veía su rostro, oculto por su falda subida. El hombre yacía sobre Viviane, en un cuerpo a cuerpo. La extranjera estaba tumbada sobre ambos, moviendo las piernas en el aire. El vasco tiró de ella por los pies, con el propósito de hacerla suya, pero la mujer dio un chillido y se puso en pie.

Yo sólo quería mirar –dijo, arreglándose la ropa.

El hombre abandonó a Viviane y, desgñados como estaban, se inclinaron ceremoniosamente y se marcharon a toda prisa.

Bijou estaba sentada, riéndose, con sus ojos rasgados largos y estrechos.

Les hemos proporcionado un buen espectáculo –le dijo el vasco–. Ahora vístete y ven

conmigo. Te voy a instalar en mi casa y te voy a pintar. Pagaré a Maman lo que quiera.

Y se la llevó a vivir con él.

Si Bijou había creído que el vasco se la había llevado a su casa para tenerla sólo para él, pronto quedó desilusionada. La utilizaba como modelo casi continuamente, pero por la noche siempre tenía amigos suyos artistas a cenar, y Bijou hacía entonces de cocinera. Después de cenar, la mandaba tenderse en el diván del taller, mientras él conversaba con sus amigos. Se limitaba a mantenerla a su lado y a acariciarla. Los amigos no podían dejar de observar. La mano del vasco circundaba mecánicamente los maduros senos. Bijou no se movía; echada, adoptaba una postura lánguida. El tocaba la tela de su vestido apretado como si se tratara de su cutis. La mano valoraba, tentaba y acariciaba: ora describía un círculo sobre el vientre, ora, de pronto, hacía cosquillas que la obligaban a retorcerse. O bien el vasco abría el vestido, sacaba un pecho fuera y decía a sus amigos:

¿Habéis visto alguna vez un pecho así? ¡Mirad!

Y ellos miraban. Uno fumaba, otro dibujaba a Bijou y un tercero hablaba, pero todos miraban. Contra el negro vestido, el seno, tan perfecto en sus contornos, poseía el color del viejo mármol marfileño. El vasco pellizcaba el pezón, que enrojecía.

Después cerraba el vestido de nuevo y tentaba a lo largo de las piernas, hasta que tocaba la prominencia de las ligas.

¿No están demasiado apretadas? Déjame ver. ¿Te han dejado marca?

Levantaba la falda y, cuidadosamente, retiraba la liga. Cuando Bijou alzaba la pierna hacia él, los hombres podían ver las suaves y brillantes líneas del muslo más arriba de la media. Luego se cubría de nuevo y el vasco reanudaba sus caricias. Los ojos de Bijou se empañaban como si estuviera bebida, pero dado que ahora hacía el papel de mujer del vasco y se hallaba en compañía de los amigos de éste, cada vez que la descubría, luchaba por volver a cubrirse, ocultando sus secretos en los negros pliegues de su vestido.

Estiró las piernas y se quitó los zapatos. El fulgor erótico que despedían sus ojos, un fulgor que sus pesados párpados no lograban ensombrecer, atravesaba los cuerpos de los hombres como si fuera fuego.

En noches como aquella, el vasco no pretendía procurarle placer, sino que se dedicaba a torturarla. No quedaba satisfecho hasta que los rostros de sus amigos se alteraban y se descomponían. Bajó la cremallera lateral del vestido de Bijou e introdujo su mano.

Hoy no llevas bragas, Bijou.

Sus amigos podían ver su mano bajo el vestido, acariciando el vientre y descendiendo hacia

las piernas. Entonces se paraba y retiraba la mano. Observaban esa mano salir del vestido negro y cerrar de nuevo la cremallera.

En cierta ocasión, el vasco pidió a uno de los pintores su pipa. La deslizó bajo la falda de Bijou y la colocó contra su sexo.

Está caliente –dijo el vasco–. Caliente y suave.

Bijou apartó la pipa, pues no quería que los circunstantes se percataran de que las caricias del vasco la habían puesto húmeda. Pero la pipa, al salir, puso de manifiesto este detalle: estaba como si la hubieran sumergido en jugo de melocotón. El vasco se la devolvió a su dueño, que de este modo recibió un poco del olor sexual de Bijou. Esta temía lo que el vasco pudiera inventar á continuación. Apretó las piernas. El vasco fumaba, y los tres amigos permanecían sentados alrededor de la cama, hablando despreocupadamente, como si los gestos de aquél nada tuvieran que ver con su conversación.

Uno de ellos hablaba de la pintora que llenaba las galerías con flores gigantescas que tenían los colores del arco iris.

No son flores –explicó el fumador de pipa–, sino vulvas. Cualquiera puede verlo. Es su obsesión. Pinta una vulva del tamaño de una mujer adulta. Al principio tienen aspecto de pétalos, del corazón de una flor, pero uno acaba viendo los dos labios desiguales, la fina línea central, el borde de los labios, que, cuando están bien abiertos, parecen olas. ¿Qué clase de mujer puede ser. exhibiendo siempre esa vulva gigante, desvaneciéndose sugestivamente, repitiéndose como una sucesión de túneles, yendo de una más ancha a otra menor y a la sombra de ésta, como si en realidad uno estuviera penetrando allí? Te hace sentir como si estuvieras ante esas algas que sólo se abren para absorber los alimentos que pueden captar; se abren con los mismos bordes ondulantes.

En aquel momento el vasco tuvo una idea. Pidió a Bijou que le trajera la brocha de afeitar y la maquinilla. Bijou obedeció. Estaba contenta de tener una oportunidad de moverse y sacudirse el letargo erótico que las manos de su compañero habían tejido a su alrededor. Pero la mente del vasco estaba urdiendo algo. Tomó la brocha y el jabón que ella le dio y empezó a mezclar la espuma. Colocó una nueva hoja en la maquinilla y dijo a Bijou:

Échate en la cama.

¿Qué vas a hacer? –preguntó–. Yo no tengo vello en las piernas.

Ya lo sé. Enséñalas.

Bijou las extendió. Eran tan suaves que parecían haber sido pulimentadas. Relucían como alguna madera pálida y preciosa, muy abrigada. No mostraban ningún vello, ni venas, ni

asperezas, ni cicatrices ni defecto alguno. Los tres hombres se inclinaron sobre aquellas piernas. Como ella las agitara, el vasco las apretó contra sus pantalones. Luego levantó la falda; Bijou luchó por volverla a bajar.

¿Qué vas a hacer? –preguntó de nuevo.

El vasco apartó la falda y descubrió una mata de vello rizado tan espeso, que los tres hombres silbaron. Ella mantenía las piernas juntas, con los pies contra los pantalones del vasco, donde él experimentó de pronto una sensación de hormigueo, como si un centenar de insectos avanzaran sobre su sexo.

Pidió a los tres hombres que la sujetaran. Al principio, Bijou se retorció, hasta que se dio cuenta de que resultaba menos peligroso permanecer quieta, pues el vasco estaba afeitando cuidadosamente su vello púbico, empezando por los bordes, donde aparecía ralo y brillante sobre su vientre de terciopelo, que descendía en una suave curva. El vasco enjabonaba y luego afeitaba con cariño, retirando los pelos y el jabón con una toalla. Como las piernas estaban fuertemente apretadas, los hombres no podían ver más que vello, pero a medida que el vasco iba afeitando y alcanzaba el centro del triángulo, dejó al descubierto un monte, un suave promontorio. El contacto de la fría hoja agitó a Bijou, que se hallaba a medias furiosa, y a medias excitada, intentando ocultar su sexo, pero el afeitado reveló dónde aquella suavidad descendía en una fina línea curva. Reveló también el inicio de la abertura, la blanda y replegada piel que encerraba el clitoris, y el extremo de los labios, más intensamente coloreados. Quería huir, pero tenía miedo de que la cuchilla la hiriera. Los tres hombres que la sostenían se inclinaron sobre ella para observar. Pensaron que el vasco se detendría allí. Pero él ordenó a Bijou que abriera las piernas. La muchacha agitó sus pies contra él, con lo que no hizo más que aumentar su excitación. El vasco repitió:

Abre las piernas. Ahí abajo hay algunos pelos más.

Bijou tuvo que separar las piernas y el vasco empezó a afeitarla con cuidado. Allí el vello era otra vez ralo, delicadamente rizado a cada lado de la vulva.

Ahora todo quedaba expuesto: la boca, larga y vertical; una segunda boca que no se abría como la del rostro, sino que lo hacía sólo si su dueña empujaba un poco. Pero Bijou no empujaba, y los hombres sólo podían ver los dos labios cerrados, obstruyendo el camino.

Ahora se parece a las pinturas de esa mujer, ¿verdad? –preguntó el vasco.

Pero en las pinturas la vulva estaba abierta, con los labios separados, mostrando el interior más pálido. Aquello Bijou no lo mostraba. Una vez afeitada, había vuelto a cerrar las piernas.

Voy a hacer que las abras –dijo el vasco.

Tras enjuagar el jabón de la brocha, se dedicó a pasarla por los labios de la vulva arriba y abajo, suavemente. Al principio, Bijou se contrajo más aún. Las cabezas de los hombres, inclinadas, se iban acercando. El vasco, apretando las piernas de la joven contra su propia erección, pasó meticulosamente la brocha por la vulva y por el extremo del clitoris. Entonces, los huéspedes advirtieron que Bijou ya no podía contraer por más tiempo las nalgas y el sexo, pues conforme se movía la brocha, sus nalgas avanzaban un poco más y los labios de la vulva se abrían, al principio de manera imperceptible. La desnudez evidenciaba cada matiz de su movimiento. Ahora los labios estaban abiertos y exhibían una segunda aura, una sombra pálida, y luego una tercera, mientras Bijou iba empujando, empujando, como si quisiera abrirse ella misma. Su vientre se movía a compás alzándose y descendiendo. El vasco se inclinó con más firmeza sobre sus piernas, que se contorsionaban.

¡Para –suplicó Bijou–, para!

Los presentes pudieron observar la humedad que rezumaba de ella. Entonces el vasco se detuvo, pues no deseaba procurarle placer: lo reservaba para más tarde.

Bijou deseaba establecer una distinción entre su vida en el prostíbulo y su vida como compañera y modelo de un artista. Para el vasco, la única distinción radicaba en el número de hombres que la poseían. Pero le agradaba exhibirla para deleitar a sus visitantes. Les hacía asistir a su baño. A ellos, por su parte, les gustaba mirar cómo flotaban sus senos, cómo la prominencia de su vientre podía levantar el agua y cómo se excitaba ella misma al enjabonarse entre las piernas. Les gustaba también secar su cuerpo mojado. Pero si alguno de ellos intentaba ver a Bijou en privado y poseerla, el vasco se convertía en un demonio, en un hombre temible.

Como desquite por estos juegos, Bijou consideró que tenía derecho a ir a donde quisiera. El vasco la mantenía en un estado de perpetua excitación y no siempre se molestaba en satisfacerla. Entonces comenzaron sus infidelidades, pero las llevaba a cabo con tanta discreción, que el vasco nunca supo sorprenderla. Bijou recolectaba sus amantes en la Grande Chaumière, donde posaba para la clase de dibujo. En los días de invierno no se desnudaba rápida y subrepticamente, como hacían las demás, junto a la estufa, que estaba al lado de la tarima, donde se colocaba la modelo a la vista de todo el mundo. Bijou tenía un arte especial. En primer lugar soltaba su cabello rebelde y lo sacudía como si fuera una crin. Luego se desabrochaba el abrigo. Sus manos eran lentas y acariciadoras. No se manejaba a sí misma de manera objetiva, sino como una mujer que estuviera indagando con sus propias manos la exacta condición de su cuerpo, acariciándolo en señal de gratitud por sus perfecciones. Su

sempiterno vestido negro se adhería a su cuerpo como una segunda piel, y estaba lleno de misteriosas aberturas. Un gesto abría los hombros y dejaba caer el vestido sobre los senos, pero no más allá. Entonces, decidía mirarse en su espejo de mano y examinar sus pestañas. Luego abría la cremallera que descubría las costillas, el comienzo de los pechos y el inicio de la curva del vientre. Todos los estudiantes la observaban desde detrás de sus caballetes; incluso las mujeres fijaban sus ojos en las lujuriosas formas del cuerpo de Bijou, que se deshacía, deslumbrante, del vestido. El cutis sin imperfecciones, los contornos suaves y la carne firme fascinaban a todo el mundo. Bijou tenía una manera de sacudirse como para aflojar los músculos, como hacen los gatos antes de saltar. Ese contoneo, que le recorría todo el cuerpo, hacía que sus senos parecieran estar siendo manoseados con violencia. Acto seguido, tomaba el vestido por el dobladillo, con delicadeza, y lo levantaba lentamente por encima de sus hombros. Cuando llegaba al nivel de éstos, siempre se quedaba como clavada por un momento. Algo se prendía a su largo cabello.

Nadie la ayudaba, pues todos estaban petrificados. El cuerpo que emergía, sin vello, absolutamente desnudo, mientras permanecía con las piernas separadas para guardar el equilibrio, sobresaltaba a la concurrencia por la sensualidad de cada curva y por su riqueza y feminidad. Las anchas ligas negras estaban colocadas muy arriba. Llevaba medias asimismo negras y, si era un día lluvioso, botas altas de cuero, de hombre. Mientras luchaba con ellas, quedaba a merced de cualquiera que se le aproximara. Los estudiantes se sentían decorosamente tentados. Uno podía tratar de ayudarla, pero en cuanto se acercaba, ella le daba un puntapié, intuyendo sus verdaderas intenciones. Continuaba luchando con el vestido aovillado, agitándose como en un espasmo de amor. Finalmente se liberaba, una vez los estudiantes habían satisfecho sus ojos. Liberaba sus abundantes senos y su pelo ensortijado. En ocasiones le pedían que conservara las botas; aquellas pesadas botas de las que brotaba, como una flor, el marfileño cuerpo femenino. Entonces, una ráfaga de deseo barría la clase entera.

Una vez en la plataforma, se convertía en una modelo y los estudiantes recordaban que eran artistas. Si veía a alguno que le gustaba, mantenía los ojos fijos en él. Era la única oportunidad que tenía de concertar citas, pues el vasco iba a buscarla a última hora de la tarde. El estudiante sabía lo que significaba aquella mirada: que ella aceptaría tomar una copa con él en el café cercano. El iniciado sabía también que ese café tenía dos pisos. Por las noches, el superior estaba ocupado por jugadores de cartas, pero por la tarde se hallaba completamente desierto. Sólo los amantes lo sabían. El estudiante y Bijou irían allí, subirían el breve tramo de

escalones señalados con la inscripción lavabos, y se encontrarían en una estancia en penumbra, con espejos, mesas y sillas.

Bijou pidió al camarero que les subiera una copa, se tendió boca arriba en la banqueta de cuero y se relajó. El joven estudiante que había seleccionado temblaba. Del cuerpo de Bijou emanaba un calor que él nunca había sentido. Cayó sobre su boca; su fresca piel y sus hermosos dientes incitaron a Bijou a que abriera del todo su boca, recibiera su beso y le respondiera con su lengua. Lucharon sobre el largo y estrecho banco y él empezó a acariciar tanto como pudo aquel cuerpo, temiendo que en cualquier momento ella dijera: «Para, que puede subir alguien.»

Los espejos reflejaban su lucha, y el desorden del vestido y el cabello de Bijou. Las manos del estudiante eran flexibles y audaces. Se deslizó bajo la mesa y le levantó la falda. Entonces ella lo dijo: –Para, que puede subir alguien. –Pues que suba. A mí no me va a ver –replicó él. Y era verdad que nadie podía verlo allí, bajo la mesa. Bijou se adelantó en su asiento, escondiendo la cara entre sus manos, como si estuviera soñando, y permitió al joven estudiante que se arrodillara y enterrase su cabeza bajo la falda.

Se abandonó, lánguida, a los besos y a las caricias. Donde había sentido la brocha de afeitar del vasco, notaba ahora la lengua del joven. Cayó hacia adelante, abrumada por el placer. Entonces oyeron que alguien subía por la escalera y el estudiante se apresuró a levantarse y a sentarse junto a Bijou. Para disimular su confusión la besó. El camarero los halló abrazados y se dio prisa en marcharse una vez concluido el servicio. Ahora las manos de Bijou se dedicaban a hurgar entre las ropas del estudiante. El la besaba con tanta furia que ella cayó de costado sobre el banco, arrastrándole.

Ven a mi habitación –murmuró el joven–. Por favor, ven a mi habitación. No está lejos.

No puedo. El vasco no va a tardar en venir a por mí.

Cada uno tomó la mano del otro y la colocó donde podía proporcionar más placer. Sentados allí, frente a las bebidas, como si estuvieran conversando, se acariciaban. Los espejos reflejaban sus facciones contraídas, sus labios temblorosos y sus ojos que parpadeaban como si estuvieran a punto de echarse a llorar. En sus caras podía seguirse el movimiento de sus manos. El estudiante boqueaba anhelando aire, como si lo hubieran herido. Otra pareja subió mientras sus manos estaban aún ocupadas y tuvieron que besarse de nuevo, como románticos enamorados.

El estudiante, incapaz de disimular el estado en que se hallaba, se marchó a algún lugar para calmarse por sí mismo. Bijou regresó a la clase con el cuerpo ardiendo. Pero cuando el vasco

fue a buscarla a la hora del cierre, estaba tranquila de nuevo.

Bijou había oído hablar de un vidente y fue a consultarle. Era un hombre corpulento, de color, nativo del Africa occidental. Todas las mujeres de su barrio acudían a él. La sala de espera estaba llena de mujeres. Frente a Bijou colgaba una gran cortina negra de seda china, bordada de oro. El hombre apareció tras ella. Excepto por su traje, corriente, parecía un mago. Lanzó a Bijou una pesada mirada con sus ojos lustrosos y luego se desvaneció tras la cortina con la última de las mujeres que habían llegado antes que ella. La sesión duró media hora. Después, el hombre levantó la cortina negra y, muy cortés, acompañó a la mujer hasta la puerta situada enfrente.

Le llegó el turno a Bijou. El vidente la hizo pasar bajo la cortina. Se encontró en una habitación casi a oscuras, muy pequeña, adornada con cortinas chinas e iluminada tan sólo por una bola de cristal con una luz debajo que relucía sobre el rostro y las manos del vidente, dejando todo lo demás en la penumbra. Los ojos de aquel hombre eran hipnóticos.

Bijou decidió resistirse a ser hipnotizada y se propuso conservar plena conciencia de lo que estaba ocurriendo. Le pidió que se echara en el diván y permaneciese muy tranquila durante un momento, mientras él, sentado a su lado, concentraba su atención en ella. Cerró sus ojos, y Bijou decidió cerrar los suyos. Por espacio de un minuto, el vidente permaneció en este estado de abstracción; luego apoyó su mano en la frente de Bijou. Era una mano cálida, seca, pesada y electrizante.

Entonces su voz dijo, como en un sueño:

Usted está casada con un hombre que la hace sufrir.

Sí –asintió Bijou, recordando que el vasco la exhibía ante sus amigos.

Tiene unas costumbres raras.

Sí –dijo Bijou, sorprendida.

Con los ojos cerrados, evocó las escenas con toda claridad. Parecía que el vidente podía verlas también.

Usted no es feliz –añadió–, y lo compensa siendo muy infiel.

Sí –repitió Bijou.

Abrió los ojos y vio que el negro la miraba atentamente, así que los cerró de nuevo.

Sintió la mano del vidente en su hombro y oyó que su voz le decía:

Duérmase.

Aquellas palabras la calmaron, pues en ellas adivinó una sombra de piedad. Pero no podía dormir. Su cuerpo estaba conmocionado. Sabía cómo era su respiración durante el sueño y

cómo se movían sus pechos, así que pudo fingir que dormía. Durante todo ese tiempo sintió la mano en su hombro y su calor la penetró a través de la ropa. El vidente empezó a acariciarle el hombro con tanta suavidad que Bijou temió dormirse de veras, pero no quería renunciar a la placentera sensación que le recorría la espalda al tacto circular de la mano. Se relajó, pues, por completo.

El le tocó la garganta y aguardó. Quería estar seguro de que se había dormido. Le acarició los pechos, Bijou no se estremeció.

Con precaución y habilidad le acarició el vientre, y con una ligera presión del dedo empujó la seda negra del vestido, delineando la forma de las piernas y el espacio entre ellas. Cuando hubo revelado este valle, continuó acariciándole las piernas, que aún no le había tocado por debajo del vestido. Luego, silenciosamente, abandonó la silla y se colocó a los pies del diván, de rodillas. Bijou sabía que en esa posición podía mirar bajo el vestido y comprobar que no llevaba ropa interior. El hombre estuvo contemplándola largo rato.

Luego notó que le levantaba ligeramente el borde de la falda para poder ver más. Bijou se había tendido con las piernas un poco abiertas y ahora se estaba derritiendo bajo la mirada del vidente. ¡Qué hermoso era ser observada mientras aparentaba dormir y que el hombre se sintiera libre por completo! Notó que la seda se levantaba y se quedó con las piernas al aire. El las estaba mirando con fijeza.

Con una mano las acariciaba suave y lentamente, disfrutando de su plenitud, sintiendo la finura de sus líneas y el largo y sedoso paso que conducía hacia arriba, bajo el vestido. Bijou tuvo dificultades para permanecer acostada con absoluta tranquilidad. Quería separar un poco más las piernas. ¡Con qué lentitud avanzaban las manos! Podía notar cómo reseguían los contornos de las piernas, cómo se demoraban en las curvas, cómo se paraban en la rodilla y luego continuaban. El vidente se detuvo un momento antes de tocar el sexo. Debía de haber estado observando su rostro para comprobar si se hallaba profundamente hipnotizada. Con dos dedos empezó a acariciarle el sexo y a masajearlo.

Cuando sintió la miel que manaba suavemente, deslizó la cabeza bajo la falda, desapareció entre las piernas y empezó a besarla. Su lengua era larga, ágil y penetrante. La muchacha tuvo que contenerse para no avanzar hacia aquella boca voraz.

La lamparilla difundía una luz tan tenue que Bijou se arriesgó a entreabrir los ojos. El había retirado la cabeza de la falda y estaba despojándose lentamente de sus ropas. Permaneció en pie junto a ella, magnífico, alto, como una especie de rey africano, con los ojos brillantes, los dientes al descubierto y la boca húmeda.

¡Nada de moverse, nada de moverse!, para permitirle hacer cuanto quisiera. ¿Y qué iba a hacer un hombre con una mujer hipnotizada, de ía que nada tenía que temer y a la que no había por qué contentar?

Desnudo, se elevó por encima de ella y luego, rodeándola con sus brazos, la puso cuidadosamente boca abajo. Ahora Bijou yacía ofreciendo sus suntuosas nalgas. El levantó el vestido y puso al descubierto los dos montes. Actuó despacio, como para regalarse la vista. Sus dedos eran firmes y cálidos cuando separó su carne. Se inclinó sobre ella y empezó a besar la fisura. Acto seguido, deslizó las manos en torno al cuerpo y lo levantó hacia sí, para poder penetrarla desde atrás. Al principio, sólo halló la abertura posterior, que resultaba demasiado pequeña y cerrada para ser franqueada, y luego dio con la otra, más ancha. Por un momento, se dedicó a entrar y salir, y luego se detuvo.

De nuevo la volvió boca arriba, para poder contemplarse mientras la tomaba por delante. Sus manos buscaron los pechos bajo el vestido y los estrujaron con violentas caricias. Su sexo era ancho y la llenaba por completo. Se lo introdujo con tal furia, que Bijou pensó que tendría un orgasmo y se delataría. Deseaba experimentar placer sin que él se diera cuenta. Le excitó tanto el ritmo de las embestidas sexuales, que una de las veces, cuando se deslizaba fuera para arremeter de nuevo, sintió que el orgasmo llegaba.

Todo su deseo se concentraba en sentirlo otra vez. El trataba ahora de empujar su sexo en la boca entreabierta de ella. Ella se abstuvo de responder y se limitó a abrirla un poco más. Evitar que sus manos lo tocaran y evitar que su cuerpo se moviese era un esfuerzo sobrehumano. Pero deseaba experimentar de nuevo aquel extraño placer de un orgasmo robado, igual que él sentía el placer de aquellas caricias robadas.

La pasividad de Bijou lo estaba conduciendo al frenesí. Había acariciado todos los rincones de su cuerpo, la había penetrado de todas las formas posibles y ahora estaba sentado sobre su vientre y apretaba su sexo entre los dos senos, aplastándolos e imprimiéndoles un movimiento circular. Bijou podía sentir su vello restregándose contra ella.

Y entonces perdió el control. Abrió la boca y los ojos al mismo tiempo. El hombre gruñó encantado y presionó la boca contra la suya, al tiempo que restregaba contra ella todo su cuerpo. La lengua de Bijou golpeaba contra su boca, mientras él le mordía los labios.

De pronto, el vidente se detuvo y dijo;

¿Quieres hacer algo por mí?

Ella asintió.

Voy a tenderme en el suelo; tú te pondrás a horcajadas sobre de mí y me dejarás mirar bajo tu

yestido.

Se echó, pues, en el suelo, y Bijou se agachó sobre su rostro, sosteniendo su vestido para que cayera y le cubriera la cabeza. Con las dos manos, el negro agarró las nalgas como si fueran dos frutos, y pasó una y otra vez su lengua entre ambos montes. Ahora tocaba el clitoris, lo que hizo que Bijou se moviera adelante y atrás. La lengua sentía cada respuesta, cada contracción. De cuclillas como estaba sobre el hombre, Bijou veía su miembro erecto vibrar con cada gruñido de placer que emitía.

Alguien llamó a la puerta. Bijou se levantó a toda prisa, sobresaltada, con los labios húmedos aún por los besos y con el cabello suelto.

El vidente, sin embargo, respondió con calma:

Aún no estoy listo.

Volviéndose, sonrió a Bijou.

Ella le devolvió la sonrisa. El negro se vistió con rapidez, y pronto estuvo todo aparentemente en orden. Convinieron en verse de nuevo. Bijou deseaba llevar consigo a sus amigas Leila y Elena. ¿Le gustaría a él? El vidente le rogó que lo hiciera.

La mayoría de las mujeres que vienen no me tientan, porque no son hermosas. Pero tú..., ven cuando quieras. Bailaré para ti.

Su danza para las tres mujeres tuvo lugar una noche, una vez todos los clientes se hubieron marchado. Se desnudó, mostrando su reluciente cuerpo oscuro. A su cintura ató un pene postizo, modelado como el suyo propio y del mismo color.

Esta es una danza de mi país. La ejecutamos para las mujeres los días de fiesta.

En la habitación, tenuemente iluminada, donde la luz brillaba como una llanita sobre la piel del hombre, éste empezó a mover el vientre, haciendo que el pene se agitara de la manera más sugestiva. Sacudía su cuerpo como si estuviera penetrando a una mujer y simulaba los espasmos de un hombre presa de las diversas tonalidades de un orgasmo. Uno, dos, tres... El espasmo final fue salvaje, como el de quien deja su vida en el acto sexual.

Las tres mujeres observaban. Al principio, sólo dominaba el pene artificial, pero pronto, con el acaloramiento de la danza, el verdadero empezó a competir en longitud y peso. Ahora se movían ambos al ritmo de sus gestos. El negro cerró los ojos como si no tuviera necesidad de las mujeres. El efecto que causó en Bijou fue poderoso: se despojó de su vestido y empezó a bailar alrededor del vidente de forma tentadora. Pero él apenas la tocaba de vez en cuando con la punta del sexo, la encontraba donde la encontrase, y continuó dando vueltas y sacudiendo el cuerpo en el espacio, como si estuviera ejecutando una danza salvaje contra un cuerpo

invisible.

El ritual afectó también a Elena, que se quitó el vestido y se arrodilló junto a la pareja, para hallarse en la órbita de su danza sexual. De pronto, quiso ser tomada hasta sangrar por aquel pene grande, fuerte y firme que se bamboleaba frente a ella con tentadores movimientos, al ritmo de la masculina danse du ventre que ejecutaba el vidente.

Leila, que no deseaba a los hombres, se contagió también del talante de las dos mujeres y trató de abrazar a Bijou, pero ésta no se dejó, pues se sentía fascinada por los dos penes.

Leila intentó besar también a Elena. Luego restregó sus pezones contra ambas mujeres, con el propósito de seducirlas. Se apretó contra Bijou para aprovecharse de su excitación, pero ésta siguió concentrada en los órganos masculinos que bailaban ante ella. Su boca estaba abierta, y soñaba con ser tomada por el monstruo armado de dos vergas, que podía satisfacer al mismo tiempo sus dos centros de respuesta.

Cuando el africano cayó, exhausto por la danza, Elena y Bijou saltaron sobre él al mismo tiempo. Bijou se apresuró a introducirse un pene en la vagina y otro en el ano, y empezó a moverse salvajemente sobre el vientre de él, hasta que se cayó satisfecha con un largo grito de placer. Elena la apartó y adoptó la misma postura. Pero viendo que el africano se encontraba cansado, se abstuvo de moverse, aguardando a que recuperase sus fuerzas.

El pene permanecía erecto dentro de ella y, mientras esperaba, empezó a hacer contracciones, muy lenta y suavemente, por temor a alcanzar el orgasmo demasiado pronto y acabar con su placer. Al cabo de un momento, el hombre la agarró por las nalgas y la levantó para que pudiera seguir el rápido latido de su propia sangre. La inclinó, la moldeó, la apretó y la empujó para adaptarla a su ritmo hasta que gritó; entonces ella empezó a moverse en círculo alrededor del abultado miembro, y él alcanzó el orgasmo.

Luego, el vidente hizo que Leila se pusiera a horcajadas sobre su cara, como ya hiciera con Bijou, y hundió el rostro entre sus piernas.

Aunque Leila nunca había deseado a un hombre, conoció una sensación nunca experimentada cuando la lengua del africano la acarició. Quiso ser tomada por detrás. Cambió de postura y rogó al vidente que le introdujera el pene artificial. Ahora estaba a cuatro patas, y el negro hizo lo que le había pedido.

Elena y Bijou miraban sorprendidas cómo exhibía sus nalgas con evidente excitación, mientras el africano las arañaba y mordía, al tiempo que movía el pene artificial en su interior. El dolor y el placer se mezclaban en ella, ya que aquel miembro era ancho, pero permaneció a cuatro patas, con el africano soldado a su cuerpo, y se movió convulsivamente hasta consumir

su placer.

Bijou acudió a menudo a ver al africano. Un día estaban acostados en el diván y el hombre sepultaba el rostro bajo sus brazos. Respiraba su olor, y en lugar de besarla empezó a olerla toda, como un animal: primero en las axilas, luego en el cabello, después entre las piernas. Esto le excitó, pero no quería tomarla.

¿Sabes, Bijou? Te querría más si no te bañaras tan a menudo. Me gusta el olor de tu cuerpo, pero es casi imperceptible, porque te lavas demasiado. Esta es la razón por la que casi nunca siento deseo por las mujeres blancas. Me agrada el olor femenino fuerte. Por favor, lávate un poco menos.

Para complacerle, Bijou se lavaba con menos asiduidad. A él le gustaba especialmente el olor de la entrepierna cuando no se había lavado; el maravilloso olor de marisco que deja el semen. Luego le pidió que le guardara su ropa interior; que la llevara unos días y luego se la entregase.

Primero le llevó un camisón que se había puesto a menudo, uno negro y con puntillas. Con Bijou echada a su lado, el africano cubrió su rostro con el camisón e inhaló sus olores. Permaneció tendido, extático y en silencio. Bijou vio que el deseo abultaba en sus pantalones. Suavemente, se inclinó sobre él y empezó a desabrocharle un botón, luego otro y a continuación el tercero. Abrió completamente los pantalones y le buscó el sexo, que apuntaba hacia abajo, atrapado bajo el ajustado calzoncillo. De nuevo tuvo que soltar botones.

Finalmente, vio el destello del pene, tan oscuro y suave. Introdujo su mano con delicadeza, como si fuera a robárselo. El africano, con la cara cubierta por el camisón, no la miraba. Ella empujó despacio el pene hacia arriba para liberarlo de su forzada posición, hasta que se mostró erecto, terso y duro. Pero apenas lo tocó con la boca el africano lo retiró. Tomó el camisón, todo él arrugado y como espumoso, lo extendió en la cama, se echó encima cuanto largo era, enterró su sexo en él y empezó a moverse arriba y abajo contra la prenda, como si fuera Bijou la que yaciera bajo él.

Bijou miraba, fascinada por la manera como empujaba contra el camisón y la ignoraba a ella. Aquellos movimientos la excitaron. Estaba tan frenético que sudaba, y un embriagador olor animal se desprendía de todo su cuerpo. Bijou cayó sobre él, que soportó su peso en la espalda, sin prestarle atención, y continuó moviéndose contra el camisón.

Bijou vio que sus movimientos se aceleraban, hasta que se paró. Luego se volvió y empezó a desnudarla. Bijou creyó que habría perdido interés por el camisón y que iba a hacerle el amor. Le sacó las medias, dejándole las ligas sobre la carne desnuda. Luego le quitó el vestido, aún

caliente por el contacto con su cuerpo. Para complacerle, Bijou llevaba bragas negras; se las bajó despacio, deteniéndose a medio camino para mirar la carne marfileña que emergía: parte de las nalgas y el comienzo del hundido valle. La besó allí, deslizando la lengua a lo largo de la deliciosa grieta, mientras continuaba quitándole las bragas. No dejó ninguna parte sin besar mientras las bajaba a lo largo de sus caderas, y la seda era otra mano sobre su carne.

Al levantar ella una pierna para liberarse de las bragas, él pudo verle el sexo entero. La besó allí; Bijou levantó la otra pierna y descansó las dos sobre los hombros de él.

El negro sostuvo las bragas en la mano y continuó besándola, hasta dejarla mojada y jadeante. Entonces se volvió y enterró la cara en las bragas y el camisón, se enrolló las medias en el pene y depositó el vestido de seda negra sobre su vientre. Aquella ropa parecía ejercer sobre él idéntico efecto que una mano. Se convulsionaba de excitación.

Bijou trató otra vez de tocarle el miembro con la boca y con las manos, pero él la rechazó. Se acostó desnuda y hambrienta a su lado, contemplando su placer. Aquello era torturante y cruel. Trató de nuevo de besarle el resto del cuerpo, pero no respondió.

Continuaba acariciando, besando y oliendo la ropa, hasta que su cuerpo empezó a temblar. Se tendió de espaldas y su pene se estremecía en el aire, sin nada que lo rodeara, sin nada que lo sujetara. Tembló de placer de pies a cabeza, mientras mordía las bragas y las masticaba, con su miembro erecto siempre cerca de la boca de Bijou, pero inaccesible a ella. Por último, la verga se estremeció violentamente y, cuando la blanca espuma apareció en el extremo, Bijou se lanzó sobre ella para apurar los últimos chorros.

Una tarde, cuando Bijou y el africano estaban juntos, y a ella le resultaba imposible atraer su deseo hacia su cuerpo, dijo, exasperada:

Mira, se me va a desarrollar excesivamente la vulva a causa de tus constantes besos y mordiscos. Me tiras de los labios como si fueran pezones y se están alargando.

El tomó los labios entre el pulgar y el índice y los examinó. Los abrió como si fueran los pétalos de una flor y dijo:

Se pueden perforar y colgarles un pendiente, como hacemos en Africa. Quiero hacértelo.

Continuó jugando con la vulva. Está se puso rígida bajo su tacto, y vio aparecer la blanca humedad en el borde, como la delicada espuma de una pequeña ola. Se excitó y la tocó con el extremo del pene, pero no la penetró. Estaba obsesionado con la idea de perforar los labios, como si fueran los lóbulos de las orejas, y colgar de ellos un pequeño pendiente de oro, según viera hacer a las mujeres de su país.

Bijou no creía que hablara en serio y le divirtió la propuesta, pero entonces él se levantó y fue

en busca de una aguja. Bijou lo esquivó y huyó como pudo.

Ahora se encontraba sin amante. El vasco seguía atormentándola, despertando en ella grandes deseos de venganza. Bijou sólo era feliz cuando lo engañaba.

Recorría las calles y frecuentaba los cafés con una sensación de ansiedad y curiosidad. Buscaba algo nuevo, algo que no hubiera experimentado todavía. Se sentaba en los cafés y rechazaba invitaciones.

Una noche descendía en dirección a los muelles y al río. Aquella parte de la ciudad estaba muy poco iluminada. El ruido del tránsito apenas llegaba hasta allí.

Las barcas ancladas carecían de luces y sus tripulantes dormían. Se acercó a un pretil de piedra muy bajo y se detuvo a contemplar el río. Se inclinó, fascinada por los reflejos de las luces en el agua. De pronto oyó la más extraordinaria voz hablándole al oído; una voz que inmediatamente la encantó. Decía:

Le ruego que no se mueva. No le haré daño, pero permanezca dónde está.

La voz era tan profunda, rica y refinada, que obedeció, limitándose a volver la cabeza. Descubrió entonces a un hombre alto, guapo y bien vestido, de pie tras ella. Sonreía bajo la tenue luz con una amistosa, desarmante y cortés expresión.

El hombre también se inclinó sobre el pretil y dijo:

Encontrarla a usted aquí, de esta forma, ha sido una de las obsesiones de mi vida. No tiene idea de lo hermosa que está, con los pechos aplastados contra el pretil y el vestido tan corto por detrás. ¡Qué bonitas piernas tiene!

Pero usted debe de tener un montón de amigas –dijo Bijou sonriendo.

Ninguna a la que haya deseado tanto como a usted. Sólo le ruego que no se mueva.

Bijou estaba intrigada. La voz de aquel extraño la fascinaba, la hipnotizaba. Sintió una mano que le acariciaba suavemente la pierna, bajo el vestido.

Mientras, él iba diciendo:

Un día observaba yo a dos perros que jugaban. El uno estaba ocupado comiéndose un hueso que había encontrado y el otro se aprovechó de la situación para acercársele por detrás. Yo tenía catorce años y experimenté la excitación más salvaje observando la escena. Fue el primer encuentro sexual que presencié, y descubrí asimismo mi primera excitación sexual. A partir de entonces, sólo una mujer inclinada como usted lo está puede despertar mi deseo.

Su mano continuó acariciándola. La oprimió un poco y, viéndola dócil, empezó a moverse a su espalda, como para cubrirla con todo su cuerpo. De pronto Bijou se asustó y trató de escapar de aquel abrazo, pero el hombre era vigoroso. Estaba ya bajo él y todo cuanto el

desconocido tenía que hacer era inclinar su cuerpo cada vez más. La obligó a bajar la cabeza y los hombros hasta apoyarlos en el pretil y le subió la falda.

Bijou iba, como siempre, sin ropa interior. El hombre gruñó y empezó a murmurar palabras de deseo que la calmaban, pero al propio tiempo la mantenía agachada, enteramente a su merced. Lo sintió contra su espalda, pero no la poseía; se limitaba a apretarse a ella tanto como podía. Bijou sintió la fuerza de las piernas de aquel hombre y oyó su voz envolvente, pero eso fue todo. Luego notó algo suave y cálido que la oprimía, pero que no la penetró. En un momento, quedó cubierta de esperma. Entonces el hombre la abandonó y se marchó corriendo.

Leila llevó a Bijou a montar a caballo al Bois.

Leila, montando, estaba muy hermosa; esbelta, masculina y arrogante. Bijou era más exuberante, pero también más torpe.

Cabalgar en el Bois era una experiencia maravillosa. Se cruzaban con personas elegantes y luego avanzaban por largas extensiones de senderos aislados y arbolados. De vez en cuando, encontraban un café, donde se podía descansar y comer.

Era primavera. Bijou había tomado unas cuantas lecciones de montar y era la primera vez que salía por su cuenta. Cabalgaban despacio, conversando. De repente, Leila se lanzó al galope y Bijou la siguió. Al cabo de un rato moderaron la marcha. Sus rostros estaban arbolados.

Bijou sentía una agradable irritación entre las piernas y calor en las nalgas. Se preguntó si Leila sentiría lo mismo. Tras otra media hora de cabalgar, su excitación creció. Sus ojos estaban brillantes y sus labios húmedos. Leila la miró admirada.

Te sienta bien montar –observó.

Su mano sostenía la fusta con seguridad regia. Sus guantes se ajustaban a la perfección a sus largos dedos. Llevaba una camisa de hombre y gemelos. Su traje de montar realzaba la elegancia de su talle, de su busto y de sus caderas. Bijou llenaba su atuendo de manera más exuberante: sus senos eran prominentes y apuntaban hacia arriba de manera provocativa. Su cabello flotaba al viento.

Pero ¡oh, qué calor recorría sus nalgas y su entrepierna! Se sentía como si una experimentada masajista le hubiera dado friegas de alcohol o de vino. Cada vez que se alzaba y volvía a caer en la silla notaba un delicioso hormigueo. A Leila le gustaba cabalgar tras ella y observar su figura moviéndose sobre el caballo. Carente de un estremecimiento profundo, Bijou se inclinaba en la silla hacia adelante y mostraba las nalgas, redondas y prietas en sus pantalones de montar, así como sus elegantes piernas.

Los caballos se acalararon y empezaron a espumear. Un fuerte olor se desprendía de ellos y se filtraba en la ropa de ambas mujeres. El cuerpo de Leila, que sostenía nerviosamente la fusta, parecía ganar en ligereza. Volvieron a galopar, ahora una al lado de la otra, con las bocas entreabiertas y el viento contra sus rostros. Mientras sus piernas se aferraban a los flancos del caballo, Bijou recordaba cómo había cabalgado cierta vez sobre el estómago del vasco. Luego se había puesto de pie sobre su pecho, ofreciendo los genitales a su mirada. Él la había mantenido en esta postura para recrear sus ojos. En otra ocasión, él se había puesto a cuatro patas en el suelo y ella había cabalgado sobre su espalda, tratando de hacerle daño en los costados con la presión de sus rodillas. Riendo nerviosamente, el vasco le daba ánimos. Sus rodillas eran tan fuertes como las de un hombre montando un caballo, y el vasco había experimentado una excitación tal, que anduvo a gatas alrededor de la habitación, con el pene erecto.

De vez en cuando, el caballo de Leila levantaba la cola en la velocidad del galope y la sacudía vigorosamente, exponiendo al sol las lustrosas crines. Cuando llegaron a donde el bosque era más espeso, las mujeres se detuvieron y desmontaron. Condujeron sus caballos a un rincón musgoso y se sentaron a descansar. Fumaron. Leila conservaba su fusta en la mano.

Me arden las nalgas de tanto cabalgar –se lamentó Bijou.

Déjame ver –le pidió Leila–. Para ser la primera vez no tendríamos que haber cabalgado tanto. A ver qué te pasa.

Bijou se desabrochó lentamente el cinturón, se abrió los pantalones y se los bajó un poco, volviéndose para que Leila pudiera ver.

Leila la hizo tenderse sobre sus rodillas y repitió:

Déjame ver.

Acabó de bajarle los pantalones y descubrió completamente las nalgas.

¿Duelen? –preguntó al tiempo que tocaba.

No, sólo me arden como si me las hubieran tostado.

Leila las acariciaba.

¡Pobrecilla! –se compadeció–. ¿Te duele aquí?

Su mano penetró más hondo en los pantalones, más hondo entre las piernas.

Me siento arder ahí.

Quítate los pantalones y así estarás más fresca –dijo Leila, bajándoselos un poco más y manteniendo a Bijou sobre sus rodillas, expuesta al aire–. Qué hermoso cutis tienes, Bijou. Refleja la luz y brilla. Deja que el aire te refresque.

Continuó acariciando la piel de la entrepierna de Bijou como si fuera un gatito. Siempre que los pantalones amenazaban con volver a cubrir todo aquello, los apartaba de su camino.

Continúa ardiendo –dijo Bijou sin moverse.

Si no se te pasa habrá que probar algo más.

Hazme lo que quieras.

Leila levantó la fusta y la dejó caer, al principio sin demasiada fuerza.

Eso aún me irrita más.

Quiero que te calientes aún más, Bijou; te quiero caliente ahí abajo, todo lo caliente que puedas aguantar.

Bijou no se movió. Leila utilizó de nuevo la fusta, dejando esta vez una marca roja.

Demasiado caliente, Leila.

Quiero que ardas ahí abajo, hasta que ya no sea posible más calor, hasta que no puedas aguantar más. Entonces, te besaré.

Golpeó de nuevo y Bijou continuó inmóvil. Golpeó un poco más fuerte.

Ya está lo bastante caliente, Leila –dijo Bijou–; bésalo.

Leila se inclinó sobre ella y estampó un prolongado beso donde las nalgas forman el valle que se abre hacia las partes sexuales. Luego volvió a golpearla una y otra vez. Bijou contraía las nalgas como si le dolieran, pero en realidad experimentaba un ardiente placer.

Pega fuerte –pidió a Leila.

Leila obedeció y luego dijo:

¿Quieres hacérmelo tú a mí?

Sí –accedió Bijou, poniéndose en pie, pero sin subirse los pantalones.

Se sentó en el frío musgo, tumbó a Leila sobre sus rodillas, le desabrochó los pantalones y empezó a fustigarla, suavemente al principio, y luego más fuerte, hasta que Leila empezó a contraerse y expandirse a cada golpe. Sus nalgas estaban ahora enrojecidas y ardiendo.

Quitémonos la ropa y cabalguemos juntas –propuso Leila.

Se despojaron, pues, de sus vestidos y montaron ambas en un solo caballo. La silla estaba caliente. Se apretaron una contra otra. Leila, detrás, puso sus manos en los senos de Bijou y la besó en un hombro. Cabalgaron un breve trecho en esta postura, y cada movimiento del caballo hacía que la silla se restregara contra los genitales. Leila mordía el hombro de Bijou y ésta se volvía de vez en cuando y mordía a su vez un pezón de Leila. Regresaron a su lecho de musgo y se vistieron.

Antes de que Bijou se abrochara los pantalones, Leila le besó el clitoris; pero lo que Bijou

sentía eran sus nalgas ardientes y rogó a Leila que pusiera fin a su irritación.

Leila se las acarició y volvió a utilizar la fusta, con más y más fuerza, mientras Bijou se contraía bajo los golpes. Leila separó las nalgas con una mano para que la fusta cayera entre ellas, en la abertura más sensible, y Bijou gritó. Leila la golpeó una y otra vez, hasta que Bijou se convulsionó.

Luego Bijou se volvió y golpeó con fuerza a Leila, furiosa como estaba porque su excitación no había sido aún satisfecha, porque seguía ardorosa e incapaz de poner fin a esa sensación. Cada vez que golpeaba sentía una palpitación entre las piernas, como si estuviera tomando a Leila, penetrándola. Una vez se hubieron fustigado ambas hasta quedar enrojecidas y furiosas, cayeron la una sobre la otra con manos y lenguas hasta que alcanzaron, radiantes, el placer.

Elena y Pierre, Bijou y el vasco, Leila y el africano, habían decidido salir juntos de picnic.

Salieron en dirección a un lugar de las afueras de París. Comieron en un restaurante junto al Sena y luego, dejando el coche a la sombra, se dirigieron a pie hacia el bosque. Al principio caminaban en grupo, luego Elena se quedó atrás con el africano. De pronto decidió subirse a un árbol. El africano se rió de ella, pensando que no lo conseguiría.

Pero Elena sabía cómo hacerlo. Muy hábilmente, puso un pie en la primera rama y trepó. El africano permaneció al pie del árbol, contemplándola. Mirando hacia arriba, podía ver sus piernas bajo la falda. Llevaba ropa interior de color rosa, muy ajustada y corta, de modo que, al subir, mostraba la mayor parte de sus piernas y muslos. El africano se reía y la mortificaba, al tiempo que se ponía en erección.

Elena estaba muy arriba. El africano no podía alcanzarla, pues pesaba demasiado y era excesivamente corpulento para apoyarse en la primera rama. Todo cuanto podía hacer era sentarse allí, observarla y sentir su erección cada vez más fuerte.

¿Qué regalo vas a hacerme hoy? –le preguntó a la joven.

Este –dijo Elena, y le lanzó unas cuantas castañas.

Estaba sentada en una rama, balanceando las piernas.

En aquel momento, Bijou y el vasco regresaron en su busca. Bijou, un poco celosa cuando vio a los dos hombres mirando hacia Elena, se arrojó sobre la hierba y dijo:

Algo se me ha metido en el vestido. Estoy asustada.

Los dos hombres se le acercaron. Ella se señaló primero la espalda, y el vasco deslizó la mano bajo su vestido. Luego dijo que sentía algo por delante, y el africano introdujo a su vez la mano y empezó a buscar entre los pechos. En seguida Bijou sintió como si realmente algo se le estuviera paseando por el vientre, y esta vez empezó a agitarse y a revolcarse por la hierba.

Los dos hombres trataban de ayudarla. Le levantaron la falda y empezaron a buscar. Llevaba ropa interior de raso, que la cubría por completo. Se soltó un lado de las bragas para el vasco, quien, a los ojos de todos, tenía más derecho de buscar en sus lugares secretos. Esto excitó al africano, que volvió a Bijou más bien bruscamente y empezó a palmearle el cuerpo, diciendo: Así lo mataré, sea lo que fuere.

El vasco, por su parte, tocaba a Bijou por todas partes.

Tienes que desnudarte –dijo finalmente–. No hay nada que hacer.

Ambos la ayudaron a desnudarse mientras yacía sobre la hierba. Elena observaba desde el árbol y sentía ardor y hormigueo, pues deseaba que le hicieran lo mismo. Cuando Bijou estuvo desvestida, hurgaron entre sus piernas y el vello del pubis; como no encontraron nada empezó a vestirse de nuevo. Pero el africano no quería que se vistiera del todo. Cogió un pequeño e inofensivo insecto y lo depositó en el cuerpo de Bijou. El animalillo se paseó por sus piernas y Bijou empezó a revolcarse y a tratar de sacudírselo sin tocarlo con los dedos.

¡Quitádmelo, quitádmelo! –gritó, revolcando su hermoso cuerpo por la hierba y ofreciendo las partes por las que viajaba el insecto.

Pero ninguno de los hombres quiso liberarla. El vasco tomó una rama y empezó a golpear hacia donde estaba el insecto. El africano cogió otra rama. Los golpes no eran dolorosos; hacían cosquillas y pinchaban un poco.

Entonces el africano se acordó de Elena y volvió al árbol.

Baja –le dijo–. Te ayudaré. Puedes apoyar el pie en mi hombro.

No quiero bajar.

El africano le suplicó. Ella empezó a descender y, cuando estaba a punto de alcanzar la rama más baja, el negro le agarró la pierna y se la colocó sobre el hombro. Elena resbaló y cayó con los muslos alrededor del cuello del negro y el sexo contra su cara. El africano, en éxtasis, inhaló su olor y la sostuvo con toda la fuerza de sus brazos.

A través del vestido, pudo oler y sentir su sexo, y la mantuvo allí mientras mordía su ropa y acariciaba sus piernas. Ella luchó por escapar, propinándole puntapiés y golpeándole en la espalda.

Entonces apareció su amante, con el pelo en desorden, furioso al verla así. Elena trató de explicarle en vano que el africano la había cogido porque había resbalado al descender. El siguió airado, lleno de deseos de venganza. Cuando vio a la pareja sobre la hierba, trató de unirse a ellos, pero el vasco no permitía que nadie tocara a Bijou, y continuó golpeándola con las ramas.

Mientras Bijou yacía allí, apareció un perro grande entre los árboles y fue hacia ella. Empezó a olisquearla con evidente placer. Bijou se puso a chillar y luchó por levantarse, pero el enorme perro se había plantado encima y trataba de introducirle el hocico entre las piernas.

El vasco, con una expresión cruel en los ojos, hizo una señal al amante de Elena. Pierre comprendió. »Inmovilizaron los brazos y piernas de Bijou y dejaron que el perro olfateara lo que quisiera. El animal, encantado, empezó a lamer la camisa de raso en el mismo lugar en que lo hubiera hecho un hombre.

El vasco desabrochó la ropa interior de la muchacha y dejó que el can continuara lamiéndola cuidadosa y hábilmente. Su lengua era áspera, mucho más que la de un hombre, larga y fuerte. Lamía y lamía con mucho vigor; mientras, los tres hombres observaban.

Elena y Leila también se sintieron como si las estuviera lamiendo el perro. Estaban inquietas. Todos se preguntaban si Bijou experimentaba algún placer.

Esta, al principio, estaba aterrorizada y luchaba violentamente, pero pronto se cansó de movimientos inútiles y de hacerse daño en las muñecas y en los tobillos, bien amarrados por los hombres. El perro era hermoso, con una cabeza grande, de pelo revuelto y una lengua limpia.

El sol cayó sobre el vello púbico de Bijou, que parecía de brocado. Su sexo relucía, húmedo, pero nadie supo si era por la lengua del perro o por placer de Bijou. Cuando su resistencia empezó a ceder, el vasco se puso celoso, alejó al perro de un puntapié y liberó a la muchacha. Llegó un tiempo en que el vasco se cansó de Bijou y la abandonó. Ella estaba tan acostumbrada a sus fantasías y a sus juegos crueles, en especial a la manera como se las arreglaba para tenerla siempre atada y a su merced mientras le hacía de todo, que durante meses no pudo disfrutar de su recién recobrada libertad ni mantener relaciones con ningún otro hombre. Tampoco podía gozar con las mujeres.

Trató de posar, pero ya no le gustaba exponer su cuerpo ni ser observada y deseada por los estudiantes. Le gustaba pasar el día vagabundeando, caminando una y otra vez por las calles.

El vasco, por su parte, volvió a perseguir su antigua obsesión.

Nacido en el seno de una familia acomodada, contaba diecisiete años cuando contrataron a una institutriz francesa para su hermana menor. Era una mujer baja y regordeta, vestida siempre con coquetería. Calzaba botitas de charol y medias completamente negras. Su pie era pequeño, puntiagudo y muy arqueado.

El vasco era un muchacho apuesto y la institutriz se percató de ello. Salían a pasear juntos con la hermana menor, ante cuyos ojos poco podían hacer, salvo intercambiar prolongadas

miradas inquisitivas. La institutriz tenía un lunar en la comisura de la boca que fascinaba al vasco. Un día la piropeó a propósito de aquella particularidad.

Tengo otro en un lugar que nunca imaginarás, y donde nunca lo verás.

El muchacho trató de imaginar dónde estaba situado el otro lunar y se esforzó en representarse a la institutriz francesa desnuda. ¿Dónde estaba el lunar? El sólo había visto mujeres desnudas en pintura. Tenía una tarjeta postal que representaba una bailarina con una corta falda de plumas. Cuando soplabla sobre ella, la falda se levantaba y la mujer quedaba al descubierto. Una de las piernas estaba levantada en el aire, como la de una bailarina de ballet, y el vasco podía ver cómo estaba hecha.

En cuanto regresó a casa aquel día, sacó la tarjeta postal y sopló sobre ella, imaginando que estaba viendo el cuerpo de la institutriz con su abultado seno. Con un lápiz, dibujó un minúsculo lunar en la entrepierna. Para entonces estaba completamente excitado y deseaba ver a la institutriz desnuda a toda costa. Pero en medio de la numerosa familia del vasco, tenían que ser cautelosos. Siempre había alguien por la escalera o en las habitaciones.

Al día siguiente, durante su paseo, ella le dio un pañuelo. El muchacho se encerró en su habitación, se arrojó sobre la cama y cubrió su boca con él. Podía oler la fragancia de su cuerpo. La institutriz lo había llevado en la cama un día caluroso y había absorbido algo de su transpiración. El olor era tan vivo y afectó al chico hasta tal punto que por segunda vez supo lo que era sentir un torbellino entre las piernas. Vio que tenía una erección, lo que hasta entonces sólo le había ocurrido en sueños.

Al día siguiente, la institutriz le dio algo envuelto en un papel. El lo deslizó en su bolsillo y después de su paseo se fue directamente a su habitación, donde lo abrió. Contenía unas bragas de color carne, adornadas con puntillas. Las había llevado y olían también a su cuerpo. El muchacho hundió su rostro en ellas y experimentó el placer más salvaje. Se imaginó quitándole aquellas bragas y la sensación fue tan vivida que de nuevo experimentó una erección. Empezó a tocarse, mientras continuaba besando las bragas, con las que acabó frotándose el miembro. El contacto de la seda lo sumió en trance. Le pareció que estaba tocando la carne de aquella mujer, tal vez en el mismo lugar donde había imaginado que tenía el lunar. De pronto, le sobrevino una eyaculación, la primera, un espasmo de placer que le impulsó a revolcarse sobre la cama.

Al día siguiente le entregó otro paquete. Contenía un sostén. El muchacho repitió la ceremonia y se preguntó qué más podía darle que le despertara tanto placer.

Esta vez se trataba de un paquete grande, lo que excitó la curiosidad de su hermana.

No son más que libros –explicó la institutriz–; nada que te interese.

El vasco corrió a su habitación. Se encontró con que le había dado un pequeño corsé negro con puntillas que llevaba la huella de su cuerpo. El cordón estaba raído de tantas veces como su dueña había tirado de él. El vasco fue de nuevo presa de la excitación. Esta vez se desnudó, se puso el corsé y tiró del cordón como había visto hacerlo a su madre. Se sintió comprimido y experimentó dolor, pero dolor delicioso. Imaginó que la institutriz le abrazaba y le estrechaba tan fuerte entre sus brazos que lo sofocaba. Cuando soltó el cordón imaginó que le quitaba el corsé a la institutriz, que podía verla desnuda. De nuevo se enfebreció y toda clase de imágenes lo obsesionaron: la cintura, las caderas y los muslos de la mujer.

Por la noche escondía todas las ropas en la cama, consigo, y se dormía enterrando su sexo en ellas como si fueran el cuerpo de la institutriz, con la que soñaba ininterrumpidamente. El extremo de su pene estaba siempre húmedo, y por la mañana tenía ojeras.

Le dio un par de medias y luego un par de sus botas negras de charol. El muchacho colocó las botas también en la cama. Ahora yacía desnudo entre todas aquellas prendas, luchando por crear la presencia de la mujer, codiciándola. ¡Las botas parecían tan vivas! Daban la impresión de que ella había entrado en la habitación y que caminaba por encima de la cama. Las colocó entre sus piernas para mirarlas. Parecía como si fueran a andar sobre su cuerpo con sus graciosos pies puntiagudos. Este pensamiento lo excitó y empezó a temblar. Acercó más las botas a su cuerpo y luego cogió una y la aproximó lo bastante como para que tocara el extremo del miembro, lo cual le excitó hasta el punto de que eyaculó sobre el brillante cuero. Pero aquello se había convertido en una forma de tortura. Empezó a escribir cartas a la institutriz rogándole que acudiera por la noche a su habitación. Ella leía las misivas con placer, en su misma presencia, con sus negros ojos centelleando, pero no consintió en arriesgar su posición.

Un día fue llamada a su casa con motivo de la enfermedad de su padre. El muchacho quedó con una ansiedad devoradora, y sus prendas le obsesionaron.

Por último hizo un paquete con toda la ropa y se fue a un burdel. Halló a una mujer físicamente similar a la institutriz. La hizo vestirse como ella; observó cómo se apretaba los cordones del corsé, que levantaba sus pechos y ponía de relieve sus nalgas. La observó asimismo abrocharse el sostén y ponerse las bragas. Luego le pidió que se calzara las medias y las botas.

Su excitación era tremenda. Se restregó contra la mujer, se tendió a sus pies y le rogó que le tocara con la puntera de una bota. Ella le tocó primero el pecho, luego el vientre y, por último,

el extremo del miembro, lo que le hizo brincar de ardor; imaginaba que era la institutriz quien le había tocado.

Besó aquella ropa interior y trató de poseer a la muchacha, pero en cuanto ella abrió las piernas su deseo se extinguió, pues ¿dónde estaba el lunar?

Pierre

Una mañana muy temprano, cuando era joven, Pierre vagaba en dirección a los muelles. Había estado caminando durante algún tiempo a lo largo del río y le detuvo la visión de un hombre que trataba de izar un cuerpo desnudo del agua, para depositarlo en la cubierta de una de las barcas. El cuerpo había quedado prendido a la cadena del ancla. Pierre se lanzó a la carrera en ayuda de aquel hombre y juntos consiguieron colocar el cuerpo sobre la cubierta.

El desconocido se volvió entonces hacia Pierre y le dijo:

Aguarde mientras voy en busca de la policía.

Y echó a correr. En aquel momento, el sol estaba empezando a salir y proyectó un arbol sobre el cuerpo desnudo. Pierre vio que no sólo pertenecía a una mujer, sino a una mujer muy hermosa. Su larga cabellera se adhería a sus hombros y a sus senos, llenos y redondos. Su tersa y dorada piel relucía. Nunca había visto un cuerpo tan bello bañado por el agua y exhibiendo sus formas adorablemente suaves.

La contempló fascinado. El sol la estaba secando. La tocó. Aún conservaba el calor, de modo que debía llevar poco tiempo muerta. Le buscó el corazón, que no latía. El seno pareció adherirse a su mano.

Se estremeció e, inclinándose, le besó el pecho. Como el de una mujer viva, era elástico y suave bajo los labios. Experimentó un impulso sexual súbito y violento, y continuó besándola. Separó los labios; al hacerlo, brotó de ellos un poco de agua, que a él le pareció saliva. Sintió que si la besaba lo suficiente, ella volvería a la vida. Transmitió el calor de sus labios a los de la mujer y le besó la boca, los pezones, el cuello y el vientre; luego descendió hasta el húmedo y rizado vello del pubis. Era como besarla bajo el agua.

Yacía extendida, con las piernas ligeramente separadas y los brazos paralelos a los costados. El sol doraba su piel y el pelo mojado recordaba las algas.

¡Cómo le cautivaba la forma en que aquel cuerpo estaba tendido, expuesto e indefenso! ¡Cuánto le gustaban los ojos cerrados y la boca entreabierta! El cuerpo tenía sabor a rocío, a flores y hojas mojadas, a hierba al amanecer. La piel era como de raso bajo sus dedos. Amó su pasividad y su silencio.

Se sintió ardiente y tenso. Finalmente, cayó sobre ella, y, cuando se disponía a penetrarla, manó agua de entre sus piernas; era como si estuviera haciéndole el amor a una náyade. Sus movimientos hicieron ondear el cuerpo. Continuó empujando en su interior, esperando sentir su respuesta de un momento a otro, pero el cadáver se limitó a moverse siguiendo su ritmo.

Ahora temía la llegada del hombre y de la policía. Trató de apresurarse y satisfacerse, pero no lo consiguió. Nunca le había llevado tanto tiempo. La frialdad y humedad de las entrañas y la pasividad de la mujer aumentaban su goce, pero no podía llegar al orgasmo.

Se movió con desesperación para liberarse de aquel tormento e inyectar su líquido caliente en el cuerpo frío. ¡Oh, cómo deseaba alcanzar ese momento, mientras besaba los pechos y urgía con frenesí su sexo dentro de ella! Pero aún no conseguía terminar. El hombre y la policía iban a encontrarlo allí, yaciendo sobre un cadáver de mujer.

Finalmente, levantó el cuerpo agarrándolo por la cintura, estrechándolo contra su pene y empujando violentamente con él. Ahora escuchaba gritos en derredor; en aquel momento se sintió estallar dentro de ella. Se apartó, soltó el cuerpo y echó a correr.

Aquella mujer le tuvo obsesionado durante días. No podía tomar una ducha sin recordar la sensación de la piel húmeda y evocar cómo relucía al amanecer. Nunca volvería a ver un cuerpo tan hermoso. No podía oír llover sin recordar cómo brotaba el agua de entre sus piernas y de su boca ni cuán tersa y suave era la desconocida.

Comprendió que debía escapar de la ciudad. Al cabo de unos días se encontraba en un pueblo de pescadores, donde dio con una hilera de estudios para artistas, de construcción modesta. Alquiló uno. Desde él podía oírlo todo a través de las paredes. En medio de la sucesión de estudios, al lado del que ocupaba Pierre, había un retrete de uso común. Cuando estaba acostado tratando de dormir, distinguió de pronto una tenue línea de luz entre los paneles del tabique. Acercó un ojo a una grieta y vio, de pie ante la taza, a un muchacho de unos quince años, apoyándose con una mano en la pared.

Se había bajado a medias los pantalones y tenía la camisa abierta. Su rizada cabeza se inclinaba sobre lo que estaba haciendo. Con la mano derecha se tocaba concienzudamente el joven sexo. De vez en cuando lo presionaba con fuerza y una convulsión recorría su cuerpo. A la débil luz, con su pelo rizado y su joven y pálido cuerpo, hubiera parecido un ángel si no fuera porque se sostenía el sexo en la mano derecha.

Apartó la otra mano de la pared, donde hasta entonces se apoyara, y se la aplicó muy firmemente a los testículos, mientras continuaba acariciándose, presionando y estrujando el miembro, que no llegó a la erección completa. Experimentaba placer, pero no pudo alcanzar el orgasmo, lo que le defraudó. Probó todos los movimientos, con los dedos y con la mano. Sostuvo melancólicamente su pene flaccido, lo sopesó, jugueteó con él, lo metió dentro de los pantalones, se abrochó la camisa y abandonó el lugar.

Pierre estaba completamente desvelado. El recuerdo de la mujer ahogada le obsesionaba de

nuevo, mezclado ahora con la imagen del muchacho entregado a sus juegos. Estaba acostado, presa de la agitación, cuando de nuevo vio la luz en el retrete. Pierre no pudo evitar mirar. Allí sentada, estaba una mujer de unos cincuenta años, enorme, con una cara ancha de boca y ojos golosos.

Llevaba sentada sólo un momento cuando alguien empujó la puerta. En vez de rechazar al recién llegado, la mujer abrió y apareció el chico que había estado allí poco antes. Le sorprendió que la puerta se abriera. La mujer, sin moverse del asiento, dirigió una sonrisa al muchacho y cerró.

¡Qué chico tan encantador! Seguro que ya tienes una amiguita, ¿eh? Seguro que ya has experimentado algún pequeño placer con mujeres. –No –repuso el tímido muchacho. La mujer hablaba con naturalidad, como si se hubiera encontrado con el chico en la calle. Cogido por la sorpresa, éste la miraba fijamente. Todo lo que podía ver era la boca de labios gruesos sonriendo y los ojos insinuantes.

¿Nunca has sentido placer, chico? ¡No me digas!

Nunca.

¿Sabes cómo se hace? ¿No te lo han dicho tus amigos de la escuela?

Sí. He visto hacerlo; lo hacen con la mano derecha. Yo lo he probado, pero no me ha pasado nada. La mujer se echó a reír.

Pero hay otro procedimiento. ¿De verdad que nunca te lo han enseñado? ¿Nadie te ha contado nada? ¿Quieres decir que sólo sabes hacerlo con la mano? Pues el otro sistema es el que siempre funciona.

El muchacho la miró con suspicacia, pero la sonrisa de la mujer era ancha y generosa, e inspiraba confianza.

Las caricias que se había prodigado a sí mismo debieron de haberle afectado de alguna manera, pues dio un paso en dirección a la mujer.

¿Cuál es el procedimiento que usted conoce? –preguntó con curiosidad. Ella se rió.

¿De veras quieres saberlo? ¿Y qué ocurre si te gusta? Si te gusta, ¿me prometes que vendrás a verme otra vez?

Se lo prometo.

Bien. Entonces, monta sobre mi regazo; arrodíllate sobre mí y no tengas miedo. Ahora.

El centro del cuerpo del muchacho quedaba al mismo nivel de la ancha boca de la mujer, quien hábilmente le desabrochó los pantalones y le sacó el pequeño pene. El chico la miró sorprendido mientras ella tomaba el miembro en su boca.

A medida que la lengua empezaba a moverse y el reducido órgano se ensanchaba, un placer tal se apoderó del muchacho, que cayó hacia delante, sobre el hombro de la mujer dejando que la boca diera cabida a todo el pene y llegara a tocar el vello del pubis. Lo que sentía era mucho más estimulante que el resultado obtenido al tratar de manipularse por sí solo. Todo lo que Pierre podía ver ahora era la carnosa boca trabajando sobre el delicado pene, dejando de vez en cuando fuera de aquella caverna la mitad del miembro, y engulléndolo luego en toda su longitud, hasta no dejar al descubierto más que el vello que lo rodeaba.

La mujer era golosa, pero paciente. El chico estaba exhausto a causa del placer, casi a punto de desvanecerse sobre la cabeza de ella, y su rostro se iba congestionando. Continuó succionando y lamiendo vigorosamente, hasta que el muchacho empezó a temblar. Ella había tenido que rodearlo con sus brazos, porque de lo contrario él mismo se le hubiera salido de la boca. Comenzó a emitir gemidos, como un pájaro arrullador. La mujer se aplicó a su tarea más febrilmente aún, y entonces sucedió. El muchacho estuvo a punto de caer dormido sobre su hombro a causa del cansancio, por lo que debió apartarlo ella misma, suavemente, con sus manos. El sonrió tristemente y se marchó corriendo.

Acostado, Pierre recordó a una mujer a la que había conocido cuando ella tenía ya cincuenta años y él contaba sólo diecisiete. Era una amiga de su madre, excéntrica, testaruda y que vestía según la moda de diez años antes, o sea que llevaba innumerables enaguas, corsés apretados, bragas largas con gran profusión de puntillas, y vestidos de falda larga y muy escotados, de manera que Pierre podía ver el vallecito que se abría entre los pechos, una línea que se desvanecía entre sombras, entre encajes y volantes.

Era una mujer de buen aspecto, con un exuberante cabello rojo y una fina pelusilla sobre la piel. Sus orejas eran pequeñas y delicadas, y sus manos rollizas. La boca resultaba particularmente atractiva: muy roja –su color natural–, plena y ancha, y con unos dientes pequeños que siempre mostraba, como si estuviera a punto de morder algo.

Acudió a visitar a la madre de Pierre un día muy lluvioso, en ausencia de la servidumbre. Sacudió su paraguas transparente, se quitó su impresionante sombrero y se desprendió del velo. De pie con su largo vestido empapado, empezó a estornudar. La madre de Pierre estaba en cama, aquejada de gripe. Desde su habitación, dijo:

Querida, quítate la ropa si la traes mojada; Pierre te la secará junto al fuego. En el salón hay un biombo. Puedes desnudarte tras él. Pierre te dará uno de mis quimonos.

Pierre se apresuró con evidente diligencia. Tomó el quimono de su madre y desplegó el biombo. En el salón ardía, resplandeciente, un hermoso fuego en la chimenea, La estancia

estaba caldeada y olía a los narcisos que llenaban todos los floreros, a fuego y al perfume de sándalo de la visitante.

Desde detrás del biombo, la mujer alargó su vestido a Pierre. Aún estaba caliente y exhalaba el perfume de su cuerpo. Este lo sostuvo en sus brazos y lo olió, embriagado, antes de extenderlo sobre una silla, junto al fuego. A continuación, la mujer le tendió una ancha y gruesa enagua, con el bajo completamente empapado y cubierto de barro. Chasqueó la prenda, complacido, antes de colocarla también ante el fuego.

Mientras tanto, la recién llegada conversaba, sonreía y se reía tranquilamente, sin percatarse de la excitación del muchacho. Le pasó otra enagua, ésta más ligera, cálida y con olor a almizcle. Luego, con una risa avergonzada, le tendió sus largas bragas de encaje. De pronto, Pierre se dio cuenta de que no estaban mojadas, por lo que no era necesario que se las diera. O sea que si se las había entregado era adrede, y ahora permanecía casi desnuda tras el biombo, sabiendo que él había reparado en su cuerpo.

Como lo estaba mirando por encima del biombo, Pierre pudo ver sus hombros redondos, suaves y relucientes como cojines. Riendo, la mujer le dijo:

Ahora, dame el quimono.

¿No tiene también las medias mojadas?

Sí, desde luego. Ya me las quito. Se agachó. Pierre la podía imaginar soltándose las ligas con gesto enérgico y enrollando las medias. Se preguntó qué aspecto tendrían sus piernas y sus pies. No pudo contenerse por más tiempo y dio un empujón al biombo.

El biombo cayó ante ella y la mostró en la postura que Pierre imaginara. Estaba agachada, quitándose las medias negras. Todo su cuerpo tenía el color dorado y la delicada textura de su cara. Tenía la cintura estrecha y senos prominentes, grandes, pero firmes.

La caída del biombo la dejó indiferente.

Mira lo que he hecho al quitarme las medias –comentó–. Alárgame el quimono.

Pierre se aproximó a ella y la miró fijamente: aparte las pinturas que había estudiado en el museo era la primera mujer desnuda que veía.

Sonriendo, se cubrió como si nada hubiera pasado y se dirigió al fuego extendiendo las manos hacia el calor. Pierre estaba completamente cohibido. Su cuerpo ardía, pero no sabía muy bien qué hacer.

Ella, en su urgencia por calentarse, no se preocupó de sujetarse el quimono alrededor del cuerpo. Pierre se sentó a sus pies y se quedó mirándola, sonriente, cara a cara. Los ojos de la mujer parecían invitarlo. Se acercó a ella, todavía arrodillado. De pronto, la mujer se abrió el

quimono, tomó la cabeza de Pierre entre sus manos y la atrajo sobre su sexo para sentir en él su boca. Los rizos de su vello púbico entraron en contacto con los labios del muchacho y lo enloquecieron. En aquel momento la voz de la madre llegó desde el alejado dormitorio: – ¡Pierre! ¡Pierre!

Se irguió. La amiga de la madre se cerró el quimono. Quedaron temblando, ardorosos e insatisfechos. La amiga se dirigió a la habitación de la madre, se sentó a los pies de la cama y se puso a charlar. Pierre se sentó con ellas, esperando con nerviosismo a que la mujer estuviera en condiciones de volver a vestirse. La tarde parecía interminable. Por último, ella se levantó y dijo que debía vestirse, pero la madre retuvo a Pierre. Quería que le trajera algo para beber y que corriera las cortinas. Lo mantuvo ocupado hasta que su amiga estuvo vestida. ¿Acaso había adivinado lo ocurrido en el salón? Pierre se quedó con el recuerdo del tacto de su vello y de su rosada piel en los labios. Nada más.

Cuando la amiga se hubo marchado, la madre dijo, con la habitación en penumbra:

¡Pobre Mary Ann! ¿Sabes? Le ocurrió algo terrible de joven. Fue cuando los prusianos invadieron Alsacia-Lorena: unos soldados la violaron. Y ahora no tolera un hombre cerca de sí.

La imagen de Mary Ann violada inflamó a Pierre. Apenas podía disimular su turbación. Mary Ann había confiado en su juventud e inocencia; con él había perdido su miedo a los hombres. Para ella era como un niño, por eso había tolerado su joven y tierno rostro entre las piernas.

Aquella noche soñó con unos soldados que rasgaban los vestidos de la mujer y le separaban las piernas. Se levantó presa de un violento deseo de ella. ¿Cómo volver a verla? ¿Le permitiría hacer algo más que besarle suavemente el sexo, como ya hiciera? ¿Permanecería impenetrable para siempre? Le escribió una carta, y le sorprendió recibir respuesta. Le pedía que fuera a verla. Vistiendo una holgada túnica, le dio la bienvenida en una habitación débilmente iluminada. El primer movimiento de Pierre consistió en arrodillarse ante ella. Le sonrió con indulgencia:

¡Qué amable que eres! –dijo. Luego señaló un amplio diván, situado en un rincón, y se tendió en él. Pierre se tendió junto a ella. Se sentía tímido y no podía moverse.

Entonces sintió que su mano se introducía hábilmente bajo su cinturón, se deslizaba dentro de sus pantalones y avanzaba junto al vientre estimulando cada porción de carne que tocaba, resbalando y descendiendo.

La mano se detuvo en el pubis, jugó con el vello y se movió en torno al pene, sin tocarlo. Empezó entonces a hurgarle y Pierre creyó que si le tocaba el miembro moriría de placer.

Ansioso, abrió la boca.

La mano continuó moviéndose con lentitud, despacio alrededor y sobre el vello. Un dedo buscó el diminuto canalillo entre el vello y el sexo, donde la piel era tersa, y buscó también cada una de las partes sensibles del joven, se deslizó bajo el pene, le oprimió los testículos.

Por último, la mano se cerró en torno al palpitante miembro y Pierre experimentó un placer tan intenso que suspiró. Su propia mano avanzó, revolviendo a ciegas la ropa de la mujer. También él deseaba tocar el centro de las sensaciones de ella; también quería deslizarse y penetrar en sus partes secretas. Hurgó en sus vestidos y halló una abertura. Palpó su vello púbico y la depresión entre el muslo y el monte de Venus; sintió la carne tierna y la humedad, e introdujo el dedo.

Poseído por el frenesí, trató de introducir el pene. Imaginó a los soldados cargando contra ella. La sangre se le subió a la cabeza. Mary Ann le apartó de un empujón y no le permitió que la tomara.

Sólo con las manos –le susurró al oído.

Y se tendió, abierta a él, mientras continuaba acariciándole bajo los pantalones.

Cuando se volvió de nuevo y la presionó con su sexo, ella volvió a apartarlo, esta vez con irritación. La mano de ella lo excitaba y ya no podía permanecer inmóvil,

Te provocaré el orgasmo así –le explicó ella–. Goza.

Pierre se tendió de nuevo, disfrutando de las caricias, pero en cuanto cerró los ojos acudieron a su imaginación los soldados inclinándose sobre el cuerpo desnudo; las piernas, obligadas a separarse; la abertura goteando a causa de los ataques; lo que sentía se parecía al jadeante y furioso deseo de los soldados.

De pronto, Mary Ann cerró su túnica y se puso de pie. Se había quedado completamente fría. Despidió a Pierre y nunca más le permitió verla.

A los cuarenta años, Pierre seguía siendo un hombre muy apuesto, cuyos éxitos con las mujeres y su prolongada y ya rota relación con Elena habían dado mucho que hablar en la pequeña localidad rural donde se estableciera. Estaba casado ahora con una mujer delicada y encantadora que, dos años después de la boda, había enfermado y quedado medio inválida. Pierre la había amado con ardor y al principio pareció que su pasión la hacía revivir, pero, poco a poco, esa pasión se convirtió en un peligro para su débil corazón. Por último, el médico desaconsejó cualquier relación íntima. La pobre Sylvia entró entonces en un prolongado período de castidad. También Pierre se vio bruscamente privado de su vida sexual.

A Sylvia se le prohibió, por supuesto, tener hijos, y por esta razón ella y Pierre decidieron al cabo adoptar dos niños del orfanato del pueblo. Fue un gran día para Sylvia, que vistió sus mejores galas con tal motivo. También fue un gran día para el orfanato, pues todos los niños sabían que Pierre y su esposa vivían en una hermosa casa en una vasta propiedad y tenían fama de amables.

Fue Sylvia quien escogió a los niños: John, un delicado muchacho rubio, y Martha; una chica morena y vivaracha, ambos de unos dieciséis años de edad. Uno y otra habían sido inseparables en el orfanato, como hermano y hermana.

Fueron trasladados a la casa, grande y encantadora, donde se les asignó a cada uno una habitación que daba al amplio parque. Pierre y Sylvia les prodigaron los mayores cuidados, toda su ternura y sus consejos. Además, John cuidaba de Martha.

A veces, Pierre los observaba, envidiando su juventud y camaradería. A John le gustaba pelear con Martha. Durante mucho tiempo ella fue la más fuerte, pero un día, mientras Pierre los observaba, fue John quien sujetó a Martha contra el suelo, consiguiendo sentársele sobre el pecho y proclamar su triunfo. Pierre advirtió que esta victoria, que había seguido a un acalorado revolcón de ambos cuerpos, no disgustó a la chica. «Ya está formándose en ella la mujer –pensó–. Desea que el hombre la aventaje en fuerza.»

Pero si la mujer se manifestaba ya tímidamente en la muchacha, no consiguió un trato galante por parte de John. Su intención parecía ser tratarla como a una compañera; incluso como a un chico. Nunca le dirigía cumplidos y jamás se daba por enterado de los vestidos que llevaba o de sus coqueterías. De hecho, se ponía fuera de sí, hasta manifestar acritud cuando la muchacha le amenazaba con mostrarse tierna. Incluso le llamaba la atención por sus defectos. En una palabra, la trataba sin el menor sentimentalismo. La pobre Martha se sentía perpleja y dolida, pero se negaba a exteriorizarlo. Pierre era el único que se daba cuenta de que la feminidad de Martha estaba siendo herida.

Se hallaba solo en su vasta propiedad. Cuidaba de la granja que formaba parte de aquélla, además de otras posesiones de Sylvia repartidas por la comarca, pero estas ocupaciones no le bastaban. No tenía ningún compañero. John dominaba a Martha hasta el punto de que ella no reparaba en Pierre. Al mismo tiempo, con su ojo experto de hombre mayor, podía advertir muy bien que a Martha le hacía falta otro tipo de relaciones.

Un día que la halló llorando sola en el parque, se aventuró a decirle tiernamente:

¿Qué te ocurre, Martha? Siempre puedes confiar a un padre lo que no puedas confiar a un compañero.

Martha le miró, dándose cuenta por vez primera de su gentileza y simpatía. Confesó que John le había dicho que era fea, torpe y demasiado animal.

¡Qué chico tan estúpido! Eso es absolutamente falso. Lo dice porque eres demasiado mujer para él y no sabe apreciar tu sano y vigoroso tipo de belleza. La verdad es que es un afeminado, mientras que tú eres maravillosamente fuerte y hermosa en un sentido que él no puede comprender.

Martha le dirigió una mirada de gratitud.

En lo sucesivo, fue Pierre quien la saludó todas las mañanas con alguna frase amable como «Ese color azul le va muy bien a tu tono de piel»; o «Te sienta estupendamente ese peinado».

La sorprendió con regalos de perfumes y pañuelos y otras pequeñas vanidades. Sylvia ya no abandonaba nunca su dormitorio y sólo de forma ocasional tomaba asiento en una silla del jardín los días excepcionalmente soleados. John, siempre concentrado en sus estudios, prestaba cada vez menos atención a Martha.

Pierre tenía un coche en el que efectuaba todos los recados que exigía la supervisión de la granja. Siempre los había hecho solo, pero ahora empezó a llevar a Martha consigo.

Esta contaba diecisiete años, estaba bellamente formada gracias a una vida sana y tenía la piel clara y un pelo negro brillante. Sus ojos, fogosos y ardientes, permanecían largo tiempo fijos en el cuerpo delgado de John. Con demasiada frecuencia, pensaba Pierre mientras la miraba. Resultaba obvio que estaba enamorada de John, pero éste ni se enteraba. Pierre experimentaba la angustia de los celos. Se miraba en el espejo y se comparaba con John, comparación que le favorecía, pues si John era un apuesto joven, al propio tiempo su aspecto sugería frialdad, en tanto que los ojos verdes de Pierre aún atraían a las mujeres, y su cuerpo desprendía gran cordialidad y encanto.

Empezó a cortejar sutilmente a Martha, mediante cumplidos y atenciones, convirtiéndose en su confidente en todas las materias, hasta que ella llegó a confesarle la atracción que sentía por John, pero añadió:

Es absolutamente inhumano.

Un día John la insultó abiertamente en presencia de Pierre. La muchacha había estado bailando y corriendo, y su aspecto era exuberante y vital. De pronto, John se le acercó con expresión de reproche y le dijo:

¡Qué animal eres! Nunca sublimarás tu energía.

¡Sublimación! Así que era eso lo que él deseaba. Pretendía atraer a Martha a su mundo de estudios, teorías e investigaciones, a fin de ahogar la llama que ardía en ella. Martha le miró

airada.

La naturaleza trabajaba en favor de la humanidad de Pierre. El verano hizo languidecer a Martha y la desnudó. Al llevar menos ropa, fue haciéndose más consciente de su propio cuerpo. La brisa parecía tocar su piel como si fuera una mano. Por la noche, daba vueltas en la cama con una intranquilidad que ella misma no podía comprender. Llevaba el cabello suelto y sentía como si una mano se lo hubiera esparcido sobre la garganta y se lo estuviera tocando.

Pierre no tardó en comprender lo que le sucedía, pero no hizo insinuaciones. Cuando la ayudaba a apearse del coche, apoyaba la mano en el fresco y desnudo brazo. Cuando estaba triste y se refería a la indiferencia de John le acariciaba el pelo. Pero sus ojos no se apartaban de ella y conocían todos los rincones de su cuerpo en la medida en que su vestido permitía adivinarlos. Supo cuan fina era la pelusilla que cubría su piel, cuan suaves eran sus piernas, cuan firmes sus jóvenes pechos. Su cabello, rebelde y espeso, caía a menudo sobre el rostro de Pierre cuando ella se inclinaba con él para estudiar los papeles de la granja. Sus alientos se mezclaban con frecuencia. Una vez, él dejó extraviar su mano alrededor de la cintura de Martha, en actitud paternal. Ella no se movió. De alguna forma, los gestos de Pierre respondían profundamente a la necesidad de simpatía que experimentaba la muchacha. Pensó que estaba cediendo a una cordialidad envolvente y paternal y, poco a poco, era ella quien procuraba permanecer cerca de él cuando estaban juntos, ella quien le pasaba el brazo alrededor cuando iban en coche, y ella quien apoyaba su cabeza en el hombro de Pierre cuando regresaban a casa al atardecer.

Volvían de esos viajes de inspección con un brillo de entendimiento en la mirada que John no dejó de observar. Y eso le volvió más hosco. Pero ahora Martha se hallaba en abierta rebelión contra él. Cuanto más reservado y severo se mostraba con ella, más quería Martha afirmar su fuego interior, su amor por la vida y por la actividad. Y se entregó a una relación de camaradería con Pierre.

A una hora de coche más o menos, había una granja abandonada que en otro tiempo tuvieron alquilada. Había caído en desuso y Pierre decidió repararla para el día en que John se casara. Antes de llamar a los obreros, acudió con Martha a echar un vistazo y comprobar qué había que hacer.

Era una casa muy grande, de una sola planta. La hiedra la había sumergido casi por completo, cubriendo las ventanas con una cortina natural que obscurecía el interior. Pierre y Martha abrieron una ventana. Encontraron mucho polvo, el mobiliario mohoso y unas pocas habitaciones en ruinas, donde la lluvia había penetrado. Pero había un cuarto casi intacto: el

dormitorio principal. Una cama grande y sombría, muchas colgaduras, espejos y una raída alfombra conferían al conjunto, en la semiobscuridad, cierta nobleza. Sobre la cama, habían arrojado una pesada colcha de terciopelo.

Mirando en derredor con ojo de arquitecto, Pierre se sentó en el borde de la cama. Martha permaneció de pie junto a él. El calor del verano llegaba a la habitación en oleadas, agitándoles la sangre. De nuevo Martha sintió la mano invisible que la acariciaba. No le pareció extraño que una mano real se deslizara de pronto entre su ropa, con la dulzura y la suavidad de un viento veraniego, y tocara su piel. Le pareció natural y agradable, y cerró los ojos.

Pierre la atrajo hacia sí y la tendió en la cama. Martha mantenía los ojos cerrados; aquello le parecía, simplemente, la continuación de un sueño. Acostada a solas muchas noches de estío, estuvo esperando aquella mano que ahora hacía lo que ella imaginara. Iba deslizándose suavemente a través de su ropa, despojándola de ella como si arrancara una fina piel para dejar en libertad la suya, verdadera y cálida. La mano la recorría por entero, llegando a lugares a los que ignoraba pudiera llegar, a lugares secretos y palpitantes.

De pronto, abrió los ojos y vio el rostro de Pierre sobre el suyo, dispuesto a besarla. Se sentó bruscamente. Mientras tenía los ojos cerrados, imaginaba que era John quien deslizaba así su mano por su carne, pero cuando vio la cara de Pierre, se sintió defraudada. Escapó de él. Regresaron a casa en silencio, pero sin ira. Martha estaba como drogada y no podía liberarse de la sensación que le había producido aquella mano sobre su cuerpo. Pierre se mostraba tierno y parecía comprender la resistencia de la muchacha. Encontraron a John envarado y hosco.

Martha fue incapaz de dormir. Cada vez que cerraba los ojos comenzaba a sentir de nuevo la mano, a esperar sus movimientos: cómo ascendía por el muslo y avanzaba hacia el lugar secreto, despertándole aquel latido, aquella expectación. Se levantó y permaneció de pie junto a la ventana. Todo su cuerpo reclamaba a gritos que aquella mano la tocara de nuevo. El anhelo de la carne era peor que el hambre o la sed.

Al día siguiente amaneció pálida y decidida. En cuanto hubo concluido el almuerzo, se volvió hacia Pierre y le dijo:

¿Tenemos que ir hoy a ver la granja?

El asintió. Partieron en coche. Fue un alivio para Martha, que ahora se sentía libre, con el viento dándole en la cara. Observaba la mano derecha de Pierre, apoyada en el volante; una hermosa mano, juvenil, flexible y tierna. De pronto, se inclinó sobre esa mano y apretó los labios contra ella. Pierre le sonrió con tal expresión de gratitud y placer, que el corazón de la

muchacha dio un vuelco.

Atravesaron juntos el descuidado jardín, avanzando por el sendero cubierto de musgo, en dirección a la habitación sumida en una verde penumbra por las cortinas de hiedra. Fueron directamente hacia la ancha cama y Martha se tendió en ella.

Tus manos –murmuró–. ¡Oh, Pierre, tus manos! Las he sentido toda la noche.

¡Cuan suave y cariñosamente sus manos empezaron a buscar en su cuerpo, como tratando de hallar el sitio donde se concentraban sus sensaciones y no supieran si era en torno a sus senos o bajo ellos, a lo largo de sus caderas o en el valle que se abría entre éstas! Pierre aguardó a que la carne de Martha respondiera, atento al más ligero temblor que le confirmara que su mano había tocado donde ella deseaba ser tocada. Sus vestidos, las sábanas, los camisones, el agua del baño, el viento, el calor; todo había conspirado para sensibilizar su piel, a prepararla para aquella mano que completaría las caricias que le habían procurado, añadiendo el ardor y el poder de penetrar en todos los lugares secretos.

Pero en cuanto Pierre se inclinó aproximándose a su rostro para darle un beso, se interpuso la imagen de John. La muchacha cerró los ojos, y Pierre sintió que también su cuerpo se le cerraba. Tuvo el buen tino de no proseguir con sus caricias.

De regreso en casa aquel día, Martha fue presa de una especie de ebriedad que la hizo conducirse atolondradamente. La casa estaba distribuida de tal manera que los aposentos de Pierre y Sylvia comunicaban con la habitación de Martha y ésta, a su vez, con el baño utilizado por John. Cuando los chicos eran más pequeños, todas las puertas permanecían abiertas de par en par, pero ahora la esposa de Pierre prefería cerrar la de su dormitorio y la que comunicaba los de Martha y Pierre. Aquel día Martha tomó un baño. Mientras yacía tranquilamente en el agua, podía oír cómo John se movía en su cuarto. El cuerpo de la muchacha era presa de un gran ardor, provocado por las caricias de Pierre, pero ella seguía deseando a John. Se proponía hacer una nueva tentativa de despertar el deseo de éste; forzarle abiertamente para saber de una vez por todas si podía tener alguna esperanza de que la amara. Una vez bañada, se envolvió en un largo quimono blanco, dejando suelto su largo cabello ensortijado y negro. En lugar de regresar a su habitación, entró en la de John, que se sobresaltó al verla. La muchacha explicó su presencia, diciendo:

Estoy terriblemente ansiosa, John. Necesito tu consejo. Pronto voy a abandonar esta casa.

¿Abandonarla?

Sí. Ya es tiempo de que lo haga. Debo aprender a ser independiente. Quiero irme a París.

Pero aquí eres muy necesaria.

¿Necesaria?

Eres la compañera de mi padre –dijo amargamente.

¿Significaba eso que estaba celoso? Martha aguardó, conteniendo la respiración, a que dijera algo más.

Debo conocer gente y tratar de casarme. No puedo ser una carga para siempre.

¿Casarte?

Por vez primera miró a Martha como a una mujer. Siempre la había considerado una niña. Lo que vio fue un cuerpo voluptuoso, que se delineaba claramente bajo el quimono, un pelo húmedo, un rostro febril y una boca delicada. Ella aguardó. Su expectación era tan intensa, que sus manos le cayeron a ambos lados y el quimono se abrió revelando su cuerpo completamente desnudo.

John se dio cuenta entonces de lo que deseaba de él: se le estaba ofreciendo. Pero en lugar de excitarle, le hizo retroceder.

¡Martha! ¡Oh, Martha! –dijo–. ¡Qué animal eres! Eres realmente la hija de una puta. Sí, en el orfanato todo el mundo decía que eras hija de una puta.

A Martha se le agolpó la sangre en el rostro.

¡Y tú! –le increpó–. Eres impotente, eres un monje, eres como una mujer. No eres un hombre. Tu padre sí lo es.

Y salió corriendo de la habitación.

La imagen de John dejó de atormentarla. Deseaba borrarla de su cuerpo y de su sangre. Aguardó a que aquella noche todo el mundo estuviera durmiendo, abrió la puerta del cuarto de Pierre y se metió en su cama, ofreciéndole en silencio su cuerpo, fresco y abandonado.

Por la forma en que acudió a su cama, Pierre supo que estaba libre de John, que ahora era suya. ¡Qué placer sentir el delicado y juvenil cuerpo deslizándose junto al suyo! En las noches de verano dormía desnudo. Martha se había despojado del quimono y estaba también desnuda. El deseo de Pierre se desató, y Martha sintió su dureza contra el vientre.

Sus difusos sentimientos se concentraban ahora en una sola parte de su cuerpo. Ella misma se sorprendió haciendo gestos que nunca había aprendido: ciñéndole el miembro, pegando su cuerpo al de él. devolviendo besos de muchas clases. Pierre era generoso. Martha se entregó con frenesí, y él se vio devuelto a sus mayores hazañas amoratorias.

Cada noche fue una orgía. El cuerpo de Martha se hizo más flexible y hábil. El vínculo que los unía se hizo tan fuerte que les resultaba difícil fingir durante el día. Si ella le miraba, era como si Pierre la hubiera tocado entre las piernas. A veces, se abrazaban en el oscuro

vestíbulo. El la estrechaba contra la pared. Junto a la entrada había un amplio ropero, lleno de abrigos y botas para la nieve, donde nadie entraba en verano. Martha se ocultaba allí y Pierre se reunía con ella. Yacían abandonándose sobre los abrigos, en el reducido espacio escondido y secreto.

Pierre había carecido de vida sexual durante años, y Martha nacía a ella en esos momentos. Le recibía siempre con la boca abierta y con el sexo húmedo. El deseo se apoderaba de Pierre sólo con que pensara en que Martha le estaba esperando en el cuartito oscuro. Actuaban como animales en lucha, dispuestos a devorarse mutuamente. Si Pierre vencía y la inmovilizaba debajo de él, la tomaba con tal fuerza que parecía coserla a puñaladas con el sexo, una y otra vez, hasta dejarla exhausta. Su armonía era perfecta: su excitación crecía al mismo tiempo. Ella tenía una forma de subírsele encima que recordaba la de los animales. Se restregaba contra su miembro erecto y contra su vello púbico con un frenesí tal, que hacía jadear a Pierre. Aquel cuartito oscuro se convirtió en una guarida de animales.

En ocasiones iban a la granja abandonada y pasaban en ella la tarde. Estaban tan saturados de hacer el amor, que si Pierre besaba los párpados de Martha, ella podía sentir los efectos en la entrepierna. Sus cuerpos estaban cargados de deseo y no podían agotarlo.

John parecía una imagen pálida. Los amantes no se percataron de que les observaba. El cambio en Pierre era evidente. Su rostro resplandecía, sus ojos ardían y su cuerpo se rejuveneció. ¡Y qué cambio el de Martha! Todo su cuerpo reflejaba voluptuosidad. Todos sus movimientos eran sensuales: cuando servía el café, alcanzaba un libro, jugaba al ajedrez o tocaba el piano, sus gestos eran como caricias. Su cuerpo se hizo más pleno y sus pechos más erectos bajo el vestido.

John no podía sentarse entre Pierre y Martha. Incluso cuando no se miraban ni hablaban entre sí, John podía sentir que una impetuosa corriente los unía.

Un día que habían ido a la granja abandonada, John, en lugar de proseguir con sus estudios, experimentó una oleada de pereza y el deseo de salir de casa. Tomó su bicicleta y comenzó a circular sin un propósito definido, sin pensar en la pareja, sino tal vez rememorando el rumor que corría por el orfanato de que Martha había sido abandonada por una prostituta muy conocida. Toda su vida le había parecido que, al tiempo que amaba a Martha, la temía. Sentía que ella era un animal, que podía gustarle la gente como le gustaba comer y que su punto de vista sobre las personas era diametralmente opuesto al suyo. Ella decía: «Es hermoso» o «Es encantador», mientras que John opinaba: «Es interesante» o «Tiene personalidad».

Martha había manifestado su sensualidad desde que era una niña, al pelearse con él o al

acariciarle. Le gustaba jugar al escondite y si no podía encontrarla, ella le indicaba el lugar donde se ocultaba, para que él la agarrara del vestido. Una vez, jugando, construyeron una pequeña tienda de campaña. Allí se encontraron apretados el uno contra el otro. John miró el rostro de Martha. Tenía los ojos cerrados para gozar del calor de sus cuerpos juntos, y John experimentó un miedo tremendo. ¿Por qué miedo? Toda su vida le había obsesionado este rechazo de la sensualidad, que no podía explicarse a sí mismo. Pero allí estaba. Consideró seriamente la posibilidad de hacerse monje.

Ahora, sin pensar adonde iba, había llegado a la vieja granja. Caminó con precaución por el musgo y por la hierba crecida. Presa de la curiosidad, entró y comenzó a explorar. Así, llegó sin hacer ruido al dormitorio donde se encontraban Pierre y Martha. La puerta estaba abierta. Se detuvo estupefacto ante lo que vio. Era como si su mayor miedo hubiera cobrado vida. Pierre estaba echado de espaldas, con los ojos semicerrados, y Martha, completamente desnuda, actuaba como un demonio montada encima de Pierre, ansiosa hasta el frenesí de su cuerpo.

John permaneció de pie, paralizado a causa del choque producido por la escena, aunque la captó por entero. Martha, suave y voluptuosa, no sólo estaba besando el sexo de Pierre, sino que, de cuclillas sobre su boca, se aplastaba contra su cuerpo, restregando los senos contra él, que yacía como en trance, hipnotizado por las caricias de la muchacha.

Al cabo de un momento, John se precipitó fuera sin ser oído. Acababa de ser testigo del peor de los vicios infernales, lo cual confirmó su temor de que Martha era la más apasionada de los dos y creyó que su padre adoptivo no había hecho más que sucumbir al deseo de ella. Cuanto más trataba de alejar esta escena de su mente, más penetraba en todo su ser, con fuerza, de manera indeleble, obsesionándole.

Cuando la pareja regresó, John miró sus rostros y le sorprendió lo distintos que podían aparecer en la vida diaria en relación con el aspecto que presentaban mientras hacían el amor. Los cambios resultaban obscenos. El rostro de Martha parecía ahora cerrado, mientras que antes proclamaba su placer a través de sus ojos, su cabello, su boca, su lengua. En cuanto a Pierre, Pierre el serio, muy poco antes no era un padre sino un cuerpo joven tendido en una cama, abandonado a la furiosa lujuria de una mujer desatada.

John sintió que no podría seguir en la casa sin revelar el descubrimiento a su madre enferma, a todo el mundo. Cuando manifestó su intención de marcharse e ingresar en el ejército, Martha le dirigió una penetrante mirada de sorpresa. Hasta el momento había creído que John no era más que un puritano, pero también que la amaba y que, tarde o temprano, sucumbiría

a ella. Deseaba a los dos hombres a la vez. Pierre era la clase de amante con el que sueñan las mujeres. John debía ser educado, incluso en contra de su naturaleza. Y ahora se iba. Algo quedaba inconcluso entre ellos, como si el calor generado durante sus juegos se hubiera visto interrumpido y hubieran acordado recuperarlo en sus vidas adultas.

Aquella noche trató de reunirse de nuevo con John. Acudió a su habitación y el muchacho la recibió con tal repugnancia, que Martha le pidió una explicación, le hizo confesar, y él le refirió violentamente la escena de la que había sido testigo. No podía creer que ella amara a Pierre; estaba convencido de que poseía una naturaleza animal. Cuando Martha captó esta reacción, sintió que ya nunca sería capaz de poseerlo.

Se detuvo en la puerta y le dijo:

John, estás convencido de que soy un animal. Pues bien; puedo probarte fácilmente que no lo soy. Te he dicho que te amo y te lo demostraré. No sólo voy a romper con Pierre, sino que todas las noches me quedaré contigo y dormiremos juntos como dos niños. Te convenceré de lo casta y libre de deseo que puedo ser.

John abrió mucho los ojos. Se sintió profundamente tentado. El pensamiento de Martha y su padre haciendo el amor le resultaba intolerable. Recorrió a argumentos morales; no reconoció que estaba celoso. No se daba cuenta de lo mucho que le hubiera gustado encontrarse en el lugar de Pierre, con toda la experiencia que éste poseía en materia de mujeres. No se preguntó por qué repudiaba el amor de Martha, pero ¿por qué le turbaban tanto las ansias naturales de otros hombres y mujeres?

Accedió a la proposición de Martha. Astutamente, ella no rompió con Pierre, de manera que él se sintiera alarmado; se limitó a decirle que creía que John sospechaba, y deseaba disipar sus dudas antes de que ingresara en el ejército.

Mientras John esperaba la visita de Martha la noche siguiente, trató de recordar cuanto pudo de sus sentimientos sexuales. Sus primeras impresiones estaban vinculadas a Martha: él y Martha, en el orfanato, protegiéndose mutuamente, inseparables. Su amor por ella era entonces ardoroso y espontáneo. Disfrutaba tocándola. Un día, cuando Martha contaba once años, fue a visitarla una mujer. John le echó un vistazo mientras aguardaba en la sala. Nunca había visto a nadie semejante: llevaba un vestido ajustado que ponía de relieve su figura, plena y voluptuosa. Su cabello era rojizo, ondulado, y sus labios estaban pintados en un tono tan fuerte que fascinaron al muchacho. Se quedó mirándola fijamente y la vio recibir a Martha con un abrazo. Fue entonces cuando se dijo que era la madre de la chica, que la había abandonado de pequeña y la había reconocido más tarde, pero no podía tenerla consigo

porque era la prostituta más famosa de la ciudad.

Después de este episodio, si el rostro de Martha resplandecía de excitación o se ruborizaba, si su cabello brillaba, si llevaba un vestido ajustado o hacía el más ligero gesto de coquetería, John experimentaba una gran incomodidad e incluso furia. Le parecía estar viendo a su madre en ella, creía que su cuerpo era provocativo y que estaba dominada por la lujuria. Quiso preguntarle, quiso saber qué pensaba, qué soñaba, cuáles eran sus más secretos deseos. Ella contestó con ingenuidad. Lo que más le gustaba en el mundo era John. Lo que más placer le producía era que él la tocara.

¿Qué sientes entonces? –inquirió John.

Satisfacción; un placer que no puedo explicar.

John estaba convencido de que esos placeres medio inocentes no derivaban de él, sino de cualquier hombre. Imaginó que la madre de Martha experimentaba lo mismo con todos los individuos que la tocaban.

Como se había alejado de Martha y la había privado del afecto que necesitaba, la había perdido. Pero esto él no podía verlo. Ahora sentía un gran placer dominándola. Le demostraría qué era la castidad, qué podía ser el amor, el amor sin sensualidad entre seres humanos.

Martha se presentó a medianoche, sin hacer ruido. Vestía un camisón blanco y largo, y encima un quimono. Su largo cabello negro le caía sobre los hombros. Sus ojos lucían de una forma que no era natural. Se mostró tranquila y amable, como una hermana. Su acostumbrada vivacidad había sido controlada y sometida. De este modo no asustó a John. Parecía otra Martha.

La cama era muy ancha y baja. John apagó la luz. Martha se deslizó dentro y mantuvo su cuerpo lejos de John, que temblaba. Aquello le recordaba el orfanato donde, para poder hablar con su compañera un rato más, se escapaba del dormitorio de los chicos e iba a conversar con ella a través de la ventana. Llevaba un camisón blanco y su cabello estaba recogido en trenzas. Se lo recordó y le preguntó si le permitía trenzar de nuevo su pelo. Deseaba verla como una niña otra vez. En la obscuridad, sus manos tocaron su abundante cabello y lo trenzaron. Luego, ambos hicieron como que se dormían.

Pero John estaba atormentado por ciertas imágenes. Veía a Martha desnuda, a continuación a su madre enfundada en el vestido ceñido que revelaba todas sus curvas, y de nuevo a Martha restregándose como un animal sobre el rostro de Pierre. La sangre latía en sus sienes y deseaba alargar la mano. Lo hizo. Martha, se la sostuvo y se la llevó al corazón, sobre el seno izquierdo. A través de la ropa, pudo sentir el latido, y de esta forma acabaron por dormirse.

Por la mañana se despertaron a la vez. John se dio cuenta de que se había aproximado a Martha y había dormido con su cuerpo contra el de la muchacha. Despertó deseándola, notando su calor. Angustiado, abandonó la cama y fingió que debía vestirse rápidamente.

Así transcurrió la primera noche. Martha se mantuvo cariñosa y sumisa. A John le atormentaba el deseo, pero su orgullo y su temor eran más fuertes.

Ahora supo lo que le asustaba, la posibilidad de ser impotente, de que su padre, conocido como un don Juan, fuera más ardoroso y hábil. Temía su torpeza; tenía miedo de que, una vez hubiera despertado el fuego volcánico en Martha, no supiera satisfacerla. Una mujer menos fogosa no le hubiera asustado tanto. Había controlado celosamente su propia naturaleza y su impulso sexual, pero acaso lo había conseguido demasiado bien; por eso ahora su capacidad le inspiraba dudas.

Con femenina intuición, Martha debió adivinar todo esto. Cada noche acudía más tranquila, se mostraba más amable y más humilde. Se quedaban dormidos juntos, inocentemente. La muchacha no reveló el ardor que sentía entre las piernas cuando yacía junto a John. En realidad, dormía. A veces, John permanecía despierto, obsesionado por imágenes sexuales del cuerpo desnudo de Martha.

Una o dos veces se despertó en plena noche, se colocó junto a Martha y, jadeando, la acarició. Su cuerpo permanecía relajado y cálido en pleno sueño. Se atrevió a levantar el camisón por abajo, alzándolo hasta por encima de los senos, y a seguir con la mano las formas del cuerpo. Ella no despertó, lo que le dio ánimo. Se limitó a acariciarla, sintiendo suavemente las curvas, cuidadosamente, resiguiendo cada línea, hasta que supo dónde la piel era más fina, dónde más turgente, dónde se abrían los valles, dónde comenzaba el vello púbico.

Lo que ignoraba era que Martha estaba medio despierta y gozaba de sus caricias, pero no se movía por miedo a sobresaltarla. Una vez se sintió tan ardiente por la exploración que llevaban a cabo las manos de John, que a punto estuvo de alcanzar el orgasmo. En otra ocasión, él se atrevió a colocar su erecto deseo contra las nalgas de la muchacha, pero de ahí no pasó.

Cada noche osaba un poco más, sorprendido de no despertar a Martha. Su deseo era constante, y su compañera se hallaba en tal estado de fiebre erótica, que ella misma se maravillaba de su capacidad para contenerse. John se volvió más intrépido. Aprendió a deslizar su sexo entre las piernas de la muchacha y a moverlo muy suavemente, sin penetrarla. Su placer era tan grande, que empezó a comprender a todos los amantes del mundo.

Atormentado por tantas noches de represión, John olvidó una vez sus precauciones y tomó,

como un ladrón, a la adormecida Martha. Le sorprendió escuchar los débiles gemidos de placer que escapaban de la garganta de la joven a cada movimiento.

No se alistó en el ejército. Y Martha mantuvo satisfechos a sus dos amantes: a Pierre durante el día y a John por la noche.

Manuel

Manuel había desarrollado una peculiar forma de diversión que llevó a su familia a repudiarlo, por lo que se fue a vivir como un bohemio a Montparnasse. Cuando no le obsesionaban sus exigencias eróticas, era astrólogo, un cocinero extraordinario, un gran conversador y un excelente compañero de café. Pero ninguna de esas ocupaciones podía apartar su mente de su obsesión. Tarde o temprano, Manuel tenía que abrirse los pantalones y exhibir su más bien formidable miembro.

Cuanta más gente hubiera y cuanto más refinada la reunión, mejor. Si se hallaba entre pintores y modelos, esperaba a que todo el mundo estuviera un poco bebido y alegre, y entonces se desnudaba completamente. Su rostro ascético, sus ojos soñadores y poéticos y su cuerpo de aspecto monacal contrastaban tan vivamente con su conducta, que nadie se la explicaba. Si se alejaban de él no sentía placer. Si se quedaban mirándole aunque sólo fuera un momento, caía en trance, su rostro se tornaba extático y no tardaba en revolcarse por el suelo presa de una crisis orgásmica.

Las mujeres tendían a huir de su lado. Tenía que rogarles que se quedaran, y para ello recurría a todos los ardides. Posaba como modelo y buscaba trabajo en estudios donde hubiera muchachas, pero las condiciones en que se ponía cuando estaba ante los ojos de las estudiantes obligaba a los hombres a ponerlo en la calle.

Si lo invitaban a una reunión, primero trataba de llevarse a una mujer a alguna habitación vacía o a un balcón y se bajaba los pantalones. Si a la mujer le interesaba, él caía en éxtasis. En caso contrario, echaba a correr tras ella, erección en ristre, y regresaba a la reunión permaneciendo allí con la esperanza de despertar curiosidad. No era un espectáculo hermoso, sino más bien incongruente. Como el miembro no parecía pertenecer a su rostro y al cuerpo austero y religioso, adquiría una gran prominencia, como si se tratara de algo separado.

Un día conoció a la esposa de un pobre agente literario que estaba pereciendo de inanición y exceso de trabajo, y llegó al siguiente arreglo con ella. El iría por la mañana y haría todas las tareas domésticas: lavar los platos, barrer su estudio e ir de compras; a cambio, una vez todo aquello estuviera listo, podría exhibirse. En este caso exigía toda la atención de la mujer. Quería que le observara desabrocharse el cinturón, desabotonarse los pantalones y bajárselos. No llevaba ropa interior. Se sacaba el pene y lo meneaba como una persona que está sopesando un objeto de valor. Ella debía permanecer de pie cerca de él y observar todos sus gestos; tenía que mirarle el miembro como si fuera un alimento que le gustara.

Aquella mujer desarrolló el arte de satisfacerle por completo. Se quedaba absorta ante su pene y decía:

¡Qué miembro tan hermoso que tienes! Es el más grande que he visto en Montparnasse. ¡Y tan suave y tieso! Es precioso.

Mientras pronunciaba estas palabras, Manuel continuaba frotándose el sexo ante los ojos de la mujer, como si fuera un recipiente de oro, y se le hacía la boca agua. Se admiraba él mismo. Cuando ambos se inclinaban para admirarlo, su placer se agudizaba hasta el punto de que era presa de un temblor en todo el cuerpo, de pies a cabeza, pero no soltaba el pene ni dejaba de agitarlo ante el rostro de la mujer. El temblor acababa convirtiéndose en ondulación, y se caía al suelo y se revolcaba como una pelota hasta que le llegaba el orgasmo, en ocasiones sobre su propia cara.

A menudo se apostaba en esquinas oscuras, desnudo bajo un abrigo y, si pasaba una mujer, lo abría y sacudía el pene ante ella. Pero esta actividad resultaba peligrosa, pues la policía castigaba severamente semejante conducta. Con más frecuencia aún, le gustaba meterse en un compartimiento vacío de tren, desabrocharse un par de botones y arrellanarse como si estuviera borracho o dormido. El miembro asomaba un poco por la abertura. Otras personas montaban en las sucesivas estaciones y, si Manuel estaba de suerte, una mujer podía sentarse frente a él y mirarlo fijamente. Como parecía bebido, nadie trataba de despertarlo. A veces, algún hombre le hacía levantar airadamente y le decía que se abrochara. Las mujeres no protestaban. Si alguna de ellas entraba acompañada de colegialas, Manuel se sentía en el paraíso. Se ponía en erección, y la situación acababa volviéndose tan insoportable que la mujer y sus muchachitas abandonaban el compartimiento.

Un día Manuel halló su alma gemela en esta clase de diversión. Había tomado asiento en un compartimiento, solo, y fingía estar dormido cuando una mujer entró y se sentó ante él. Se trataba de una prostituta más bien madura, por lo que pudo ver: ojos muy pintados, la cara con una espesa capa de polvos, ojeras, pelo exageradamente rizado, zapatos gastados y vestido y sombrero de «cocotte».

La observó con los ojos entrecerrados. La prostituta lanzó una mirada a los pantalones parcialmente abiertos y luego volvió a mirar. También ella se repantigó y fingió estar dormida, con las piernas completamente separadas. Cuando el tren arrancó, se subió la falda del todo. No llevaba nada debajo. Extendió las piernas abiertas y se exhibió mientras contemplaba el pene de Manuel, que se iba endureciendo, escapando de los pantalones, hasta que, por fin, salió del todo. Se quedaron sentados el uno frente al otro, mirándose fijamente.

Manuel tenía miedo de que la mujer se moviera y tratara de agarrarle el miembro, que no era en absoluto lo que él pretendía. Pero no; gustaba de idéntico placer pasivo. Ella sabía que él miraba su sexo, bajo el negrísimo y espeso vello, y al final abrieron los ojos y se sonrieron. El estaba entrando en un estado de éxtasis, pero tuvo tiempo de percatarse de que ella también experimentaba placer. Podía ver la brillante humedad que aparecía en la boca de su sexo, y cómo la mujer se movía casi imperceptiblemente de un lado a otro, como si se estuviera acunando para dormir. El cuerpo de Manuel comenzó a temblar de placer voluptuoso. Ella, entonces, se masturbó ante él, sin dejar de sonreír.

Manuel se casó con aquella mujer, que jamás trató de poseerlo como las demás mujeres.

Linda

Linda estaba de pie frente al espejo, examinándose críticamente a plena luz del día. Pasados los treinta, empezaba a preocuparle la edad, a pesar de que nada en ella traicionaba la menor merma de su belleza. Era delgada, de apariencia juvenil. Podía engañar a cualquiera, salvo a sí misma. A sus propios ojos, su carne iba perdiendo algo de su firmeza, algo de aquella suavidad marmórea que tan a menudo admirara en el espejo.

No por eso era menos amada. Incluso lo era más que nunca, pues ahora atraía a todos los jóvenes, que sienten que es realmente de una mujer así de quien se aprenden los secretos en materia de amor y que no experimentan atracción por las muchachas de su edad, las cuales están atrasadas, son inocentes e inexpertas y aún se preocupan por sus familias.

El marido de Linda, un hombre apuesto de cuarenta años, la amó durante mucho tiempo con el fervor de un amante. Cerró los ojos ante sus jóvenes admiradores, pues creía que ella no los tomaba en serio y que su interés se debía a su infantilismo y a la necesidad de verter sus sentimientos protectores sobre personas que estaban empezando a vivir. El mismo tenía fama de seductor de mujeres de todas clases y personalidades.

Linda recordaba que en su noche de bodas André había sido un amante adorable, que había rendido culto a cada parte de su cuerpo por separado, como si fuera una obra de arte, tocándola y maravillándose, haciendo comentarios, conforme iba acariciando, acerca de sus orejas, pies, cuello, pelo, nariz, mejillas y muslos. Sus palabras y su voz, así como su tacto, abrieron la carne de Linda como una flor al calor y a la luz.

La adiestró para que se convirtiera en un instrumento sexual perfecto; para que vibrara a todo tipo de caricias. Una vez, le enseñó a dejar adormecido el resto de su cuerpo y a concentrar todas sus sensaciones eróticas en la boca. Era entonces como una mujer medio drogada, yaciendo con el cuerpo tranquilo y lánguido, y su boca y sus labios se convertían en otro órgano sexual.

André tenía una especial pasión por la boca. En la calle miraba las bocas de las mujeres. Para él, la boca era indicativa del sexo. La tensión de un labio y su finura no auguraban nada rico o voluptuoso. Una boca plena prometía un sexo abierto y generoso. Una boca húmeda le atormentaba. Era capaz de seguir por la calle a una boca húmeda que se abriera, una boca dispuesta a besar, hasta que podía poseer a la mujer en cuestión y reafirmar su creencia en los reveladores poderes de la boca.

La boca de Linda le sedujo desde el principio. Tenía una expresión perversa y como dolorida.

Había algo en la manera de moverla, un despliegue apasionado de los labios, que prometía una persona capaz de asestar latigazos entre los seres más queridos, como una tempestad. La primera vez que vio a Linda, quedó prendado de ella por su boca y se sintió como si ya estuviera haciéndole el amor. Y así sucedió en su noche de bodas. A él le obsesionaba aquella boca. Sobre ella se arrojó y la besó hasta que ardió, hasta que la lengua quedó extenuada y los labios hinchados. A continuación, cuando hubo excitado plenamente la boca de Linda, la poseyó, poniéndose a horcajadas sobre ella, oprimiendo sus senos con sus fuertes caderas.

Nunca la trató como a una esposa. La cortejaba continuamente, ofreciéndole regalos, flores y placeres nuevos. La llevaba a comer a los *cabinets particuliers* de París y a los grandes restaurantes, donde todos los camareros creían que era su querida.

Elegía la comida y los vinos más excitantes para Linda y la embriagaba con sus palabras acariciadoras. Le hacía el amor a la boca. La obligaba a decirle que le deseaba. Entonces preguntaba:

¿Y cómo me deseas? ¿Qué parte de ti quieres darme esta noche?

A veces, ella contestaba:

Mi boca te desea. Quiero sentirte en mi boca, muy dentro de mi boca.

En otras ocasiones respondía: –Siento humedad entre las piernas. Así es como hablaban con las mesas de los restaurantes de por medio, en los pequeños comedores privados creados especialmente para los amantes. ¡Cuan discretos se mostraban los camareros, que sabían cuándo no debían volver! De un lugar invisible llegaba la música, y había un diván. Una vez servida la comida, André presionaba las rodillas de Linda entre las suyas, le robaba unos besos y la tomaba en el diván, vestida, como los amantes que no tienen tiempo de desnudarse.

La acompañaba a la ópera y a los teatros famosos por sus oscuros palcos, y le hacía el amor mientras contemplaban el espectáculo. Le hacía el amor también en los taxis y en una barcaza anclada frente a Notre-Dame que alquilaba cabinas para los amantes. En todas partes salvo en casa, en la cama conyugal. La llevaba en coche a pueblecitos apartados y se alojaba con ella en románticas posadas. O alquilaba una habitación en alguno de los prostíbulos de lujo que él había conocido. Entonces la trataba como a una ramera: la obligaba a someterse a sus caprichos, le pedía que lo flagelara y que se pusiera a cuatro patas, y que en lugar de besarle le pasara la lengua por todo el cuerpo, como si fuera un animal.

Estas prácticas despertaron tanto la sensualidad de Linda que llegó a sentir inquietud. Le asuitaba pensar en el día en que André cesara de ser suficiente para ella. Le constaba que su propia sensualidad era vigorosa. La de su marido era el canto de cisne de un hombre que se

había desgastado en una vida de excesos y que ahora le ofrecía la flor de su existencia.

Una vez André tuvo que dejarla durante diez días a causa de un viaje. Linda quedó inquieta y enfebrecida. Un amigo de André la telefoneó: era el pintor de moda en París, el favorito de todas las mujeres.

¿Te aburres, Linda? ¿Accederías a unirme a nosotros para una reunión muy especial? ¿Tienes una máscara?

Linda sabía exactamente lo que quería decir. A menudo ella y André se habían reído de las fiestas de Jacques en el Bois. Era su forma favorita de entretenimiento: en una noche de verano, reunir a personas de la alta sociedad provistas de máscaras, dirigirse en coches al Bois con botellas de champaña, hallar un claro en la parte boscosa y correrse una juerga.

Se sintió tentada. Nunca había participado en una de aquellas diversiones, pues André no lo quiso. Le había dicho, bromeando, que el asunto de las máscaras podía confundirlo y que no deseaba hacerle el amor a una mujer que no fuera la suya.

Linda aceptó, pues, la invitación. Se puso uno de sus vestidos de noche; uno pesado, de raso, que se ajustaba a su cuerpo como un guante. No llevaba ropa interior ni joyas que pudieran identificarla. Cambió de peinado: de uno estilo paje que enmarcaba en redondo su cara, a otro estilo Pompadour, que revelaba la forma de su rostro y de su cuello. Luego se puso un negro antifaz, y sujetó la goma a su cabello para mayor seguridad.

En el último minuto decidió cambiar el color de su cabello, por lo que se lo lavó y lo tiñó de color azul-negro, en lugar de su rubio claro habitual. Acto seguido, volvió a peinarse; se vio tan cambiada que llegó a asustarse.

Alrededor de ochenta personas habían sido invitadas a reunirse en el gran taller del pintor de moda. Estaba tenuemente iluminado a fin de preservar mejor la identidad de los huéspedes. Cuando estuvieron todos reunidos, se repartieron entre los automóviles que aguardaban. Los conductores sabían adonde tenían que ir. En lo más espeso del bosque existía un hermoso claro cubierto de musgo. Allí se sentaron, después de haber despedido a los chóferes, y empezaron a beber champaña. En los atestados automóviles habían empezado ya muchas caricias. Las máscaras daban a la gente una libertad que convertía a los más refinados en animales hambrientos. Las manos corrían bajo los suntuosos trajes de noche para tocar lo que deseaban; las rodillas se enlazaban y las respiraciones se aceleraban.

A Linda la persiguieron dos hombres. El primero de ellos hizo cuanto pudo para excitarla besándole boca y senos, mientras que el otro, con más éxito, acariciaba sus piernas bajo su largo vestido, hasta que ella reveló con un estremecimiento que estaba ardiente. Entonces

quiso llevarla a la obscuridad.

El primer hombre protestó, pero estaba demasiado borracho para competir. Linda fue arrancada del grupo y llevada a donde los árboles proyectaban sombras oscuras; allí se dejaron caer sobre el musgo. En las proximidades se escuchaban gritos de resistencia, gruñidos y el alarido de una mujer que pedía:

¡Házmelo, házmelo, no puedo esperar más, házmelo, házmelo!

La orgía estaba en su apogeo. Las mujeres se acariciaban entre sí. Dos hombres se dedicaban a excitar a una hasta el frenesí y luego se paraban en seco para disfrutar mirándola con su vestido descompuesto, un tirante desgarrado, un pecho al descubierto, mientras trataba de satisfacerse a sí mismo apretándose de forma obscena contra los hombres, restregándose, suplicando y levantándose el vestido.

Linda estaba estupefacta ante la bestialidad de su agresor. Ella, que sólo había conocido las voluptuosas caricias de su marido, se hallaba ahora presa de algo infinitamente más poderoso, de un deseo tan violento que parecía devorador.

Las manos de aquel hombre se le agarraban como garfios, levantaban su sexo para acercarlo a su miembro, y no tomaban en consideración si le rompían los huesos al hacerlo. Utilizaba coups de belier, de tal modo que en verdad era como si la penetrara un cuerno, como si recibiera una cornada que no la hiriese, pero que la hiciera desear desquitarse con idéntica furia. Después que él se hubo satisfecho con un salvajismo y una violencia que la dejó aturdida, murmuró:

Ahora quiero satisfacerte a ti, y completamente, ¿me oyes? Como nunca lo conseguiste.

Esgrimió su miembro erecto como un primitivo símbolo de madera y se lo tendió para que lo utilizara como quisiera.

La incitó a que le hiciera objeto de su más violento apetito. Ella a duras penas era consciente de estar mordiendo la carne de su compañero.

Anda, anda –le musitó al oído–. Os conozco a las mujeres, y nunca realmente tomáis a un hombre como os gustaría hacerlo.

Desde alguna profundidad de su cuerpo que nunca había conocido, brotó una fiebre salvaje que no se agotaba, que no tenía bastante con la boca, ni con la lengua ni con el pene; una fiebre que no se contentaba con un orgasmo. Sintió que los dientes de él se hundían en su hombro, y que los suyos se hundían en el cuello de él, y en ese momento Linda cayó hacia adelante y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, yacía sobre una cama de hierro en una sórdida habitación. Un hombre

estaba dormido junto a ella, que se encontraba desnuda, al igual que él, a medio cubrir por la sábana. Reconoció el cuerpo que la estrujara la noche anterior en el Bois. Era el cuerpo de un atleta, corpulento, moreno, musculoso. La cabeza era hermosa, fuerte, con el pelo revuelto. Mientras le miraba admirativamente, él abrió los ojos y sonrió.

No podía dejarte con los demás, pues nunca más te hubiera vuelto a ver.

¿Cómo me trajiste aquí?

Te robé.

¿Dónde estamos?

En un hotel muy pobre, donde yo vivo.

Entonces, tú no eres...

No soy amigo de los otros, si es eso lo que quieres decir. Soy un simple obrero. Una noche, regresando en bicicleta de mi trabajo, vi una de vuestras partouzes. Me desnudé y me sumé a la fiesta. Las mujeres parecían disfrutar conmigo. No me descubrieron. Una vez hube hecho el amor con ellas, me deslicé fuera de allí. La noche anterior volví a pasar y oí voces. Te encontré cuando te besaba aquel hombre y te arrastré a otro lugar. Ahora te he traído aquí. Esto quizá sea un problema para ti, pero no podía dejarte. Tú eres una verdadera mujer; las otras son débiles comparadas contigo. Estás hecha de fuego.

Tengo que irme.

Pero quiero que me prometas que volverás.

El hombre se sentó y la miró. Su belleza física le confería una grandeza que hacía vibrar a Linda ante su proximidad. El empezó a besarla y la hizo languidecer de nuevo. Ella colocó su mano sobre su miembro erecto. Los goces de la noche anterior todavía recorrían su cuerpo. Le permitió que la hiciera suya de nuevo, casi como para asegurarla de que no había soñado. No, aquel hombre que podía hacer que el miembro ardiera a través de todo su cuerpo y que la besaba como si fuera la última vez era un hombre real.

Así que Linda volvió a verle. Era el lugar donde se sentía más viva. Pero al cabo de un año lo perdió. Se enamoró de otra mujer y se casó con ella. Linda se había acostumbrado tanto a él, que ahora cualquier otro hombre le parecía demasiado delicado, refinado, pálido, débil. De los hombres que conoció, ninguno tenía la fuerza salvaje y el fervor de su amante perdido. Lo buscó una y otra vez por todos los bares, por todos los lugares perdidos de París. Tuvo encuentros con boxeadores, artistas de circo y atletas. Con cada uno de ellos trataba de encontrar los mismos abrazos, pero nadie conseguía excitarla.

Cuando Linda perdió al obrero porque deseaba tener mujer propia, una mujer para ir a su

hogar, una mujer que lo cuidara, se confió a su peluquero. El peluquero parisiense desempeña un papel vital en la vida de una francesa. No sólo la peina, y en este punto ella se muestra particularmente fastidiosa, sino que es un árbitro de la moda. Es su mejor crítico y confesor en materias amorosas. Las dos horas que lleva lavar, marcar y secar es tiempo más que suficiente para las confidencias. La intimidad del pequeño gabinete protege los secretos.

Cuando Linda llegó a París, procedente de una pequeña ciudad del sur de Francia, donde había nacido y en la que su marido la encontró, sólo tenía veinte años. Iba mal vestida y era huraña e inocente. Tenía un cabello espeso que no sabía cómo arreglar. No usaba maquillaje. Bajando por la rue Saint-Honoré, admirando los escaparates, se hizo plenamente consciente de sus deficiencias y de lo que significaba el famoso chic parisiense, esa preocupación fastidiosa por el detalle que convierte a toda mujer en una obra de arte. El propósito del chic era realzar los atributos físicos femeninos, y había sido creado en amplia medida por la inteligencia de los modistas. Lo que ningún otro país había sido capaz de imitar era la cualidad erótica de la ropa francesa, el arte de dejar que el cuerpo exprese todos sus encantos a través del vestido.

En Francia conocen el valor erótico del pesado raso negro, que confiere reflejos a un cuerpo desnudo y húmedo. Saben cómo delinear los contornos del pecho, cómo hacer que los pliegues del vestido sigan los movimientos del cuerpo. Conocen el misterio de los velos, del calado sobre la piel, de la ropa interior provocativa y de un vestido de osado escote.

El contorno de un zapato y la suavidad de un guante otorgan a la mujer parisiense una elegancia y una audacia que superan con mucho la seducción de otras. Siglos de coquetería han producido una especie de perfección que se manifiesta no sólo en las mujeres ricas, sino incluso en las más modestas empleadas. Y el peluquero es el sacerdote de este culto a la perfección. El tutela a las mujeres que llegan de provincias, refina a las vulgares, hace resplandecer a las pálidas y a todas les confiere nuevas personalidades.

Linda tuvo la fortuna de caer en manos de Michel, cuyo salón se hallaba cerca de los Campos Elíseos. Michel era un hombre de cuarenta años, delgado, elegante y más bien afeminado. Hablaba con suavidad, poseía hermosas maneras de salón, le besaba la mano como un aristócrata, y mantenía su bigote puntiagudo y reluciente. Su conversación era brillante y vivaz. Era un filósofo y un creador de mujeres. Cuando Linda llegó, irguió la cabeza como un pintor que estuviera a punto de comenzar una obra de arte.

Al cabo de pocos meses, Linda era un producto pulido. Además, Michel se convirtió en su confesor y preceptor. No siempre había sido peluquero de mujeres ricas, pero no se sentía

inclinado a contar que empezó en un barrio muy pobre donde su padre fue también peluquero. Allí, el cabello femenino estaba estropeado por el hambre, los jabones baratos, la falta de cuidados y el trato brusco.

Seco como el de una peluca –decía–. Demasiado perfume barato. Había una chica joven a la que nunca he olvidado. Trabajaba para una modista. Tenía pasión por el perfume, pero no podía procurárselo. Yo solía reservarle el final de los frascos de agua de toilette. Siempre que aplicaba un perfume a una mujer, miraba que quedase un poco en el frasco. Y cuando Gisele venía, me gustaba ponérsela entre los pechos. Le gustaba tanto, que no se daba cuenta de lo mucho que yo gozaba. Le cogía el cuello del vestido entre el índice y el pulgar, tiraba de él un poco y dejaba caer el perfume lanzando una mirada a sus jóvenes senos. Después se movía voluptuosamente y cerraba los ojos para aspirar el perfume y regocijarse con él. En ocasiones exclamaba: «¡Oh, Michel, me has mojado demasiado esta vez!»

“Una vez ya no pude resistir más. Dejé caer las gotas de perfume por su cuello y, cuando apartó su cabeza y cerró los ojos, mi mano se deslizó directamente hacia sus senos. Bueno, pues Gisele no volvió nunca más.

Pero eso fue sólo el comienzo de mi carrera como perfumista de mujeres. Empecé a tomarme en serio el trabajo. Tenía perfume en un atomizador y me gustaba rociar con él los pechos de mis clientes. Nunca se negaban a ello. Luego, aprendí a cepillarlas un poco una vez estaban servidas. Es una tarea muy agradable esa de quitarle el polvo al abrigo de una mujer bien formada.

Cierta clase de pelo de mujer me ponía en un estado que no puedo describirle, pues tal vez la ofendería. Pero hay mujeres cuyo cabello huele de manera tan íntima, como a almizcle, que a un hombre le hace... Bueno; no siempre puedo controlarme. Usted sabe lo indefensas que están las mujeres cuando se sientan para lavarse el cabello o para teñírselo o para hacerse la permanente.”

Michel echaba un vistazo a una cliente y decía:

Usted podría fácilmente sacarse quince mil francos al mes.

Lo cual significaba un piso en los Campos Elíseos, un coche, finas ropas y un amigo dispuesto a ser generoso. O bien que podía convertirse en una mujer de primera categoría, en la amante de un senador o del escritor o el actor del momento.

Cuando ayudaba a una mujer a alcanzar la posición a que tenía derecho a aspirar, mantenía el secreto. Nunca hablaba de la vida de nadie, si no era con muchos rodeos. Conocía a una mujer casada desde hacía diez años con el presidente de una gran compañía americana, la cual

conservaba aún su carnet de prostituta y era conocida de la policía y de los hospitales adonde las furcias acuden a pasar sus reconocimientos semanales. No estaba acostumbrada aún a su nueva posición, y a veces olvidaba que llevaba dinero en el bolsillo para dar propinas a los hombres que la servían en los trasatlánticos durante sus travesías del océano. En lugar de la propina, les alargaba una tarjetita con su dirección.

Fue Michel quien aconsejó a Linda no mostrarse nunca celosa, y la exhortó a que recordara que hay más mujeres que hombres en el mundo, y especialmente en Francia. También le dijo que una mujer debe ser generosa con su marido, y que pensara en cuántas eran abandonadas sin saber qué era el amor. Se lo advirtió con mucha seriedad. El consideraba los celos como una especie de miseria. Las únicas mujeres verdaderamente generosas eran las prostitutas y las actrices que no rehuían sus cuerpos. Desde su punto de vista, el tipo más tacaño de mujer lo daba la americana buscadora de oro, que sabía cómo extraer dinero de los hombres sin darse ella misma, lo cual era considerado por Michel como signo de mal carácter.

Pensaba que toda mujer, en un momento u otro, debe ser una ramera. Consideraba que todas las féminas, en lo más hondo de su ser, deseaban ser putas una vez en su vida y que eso era bueno para ellas. Era la mejor manera de conservar la sensación de ser una hembra.

Cuando Linda perdió al obrero, consideró natural consultar a Michel. Este le aconsejó que se dedicara a la prostitución. Según él, ese camino le brindaría la satisfacción de demostrarse a sí misma que era deseable, dejando a un lado por completo el asunto del amor, y que podría encontrar a un hombre que la tratara con la necesaria violencia. En su propio mundo era demasiado venerada y adorada, y se había desvalorizado en exceso para conocer su auténtico valor como mujer y para ser tratada con la brutalidad que le gustaba.

Linda se percató de que lo mejor sería descubrir si se estaba haciendo mayor, si estaba perdiendo su poder y sus encantos. Así que tomó nota de la dirección que Michel le dio, se metió en un taxi y se apeó en un lugar de la Avenue du Bois, frente a una casa particular con una grandiosa apariencia recoleta y aristocrática. Allí fue recibida sin preguntas.

De bonne famille?

Eso era todo cuanto deseaban averiguar. Aquélla era una casa especializada en mujeres de bonne famille. La encargada se apresuró a telefonar a un cliente:

Tenemos una recién llegada, una mujer del más exquisito refinamiento.

Linda fue conducida a un espacioso boudoir con muebles de marfil y tapices de brocado. Se había quitado el sombrero y el velo y permanecía en pie frente al amplio espejo enmarcado en oro, arreglándose el cabello, cuando la puerta se abrió.

El hombre que entró era casi grotesco en apariencia. Bajo y grueso, tenía una cabeza enorme para su cuerpo y facciones de niño que hubiera crecido demasiado aprisa, excesivamente suaves, borrosas y tiernas para su edad y su corpulencia. Avanzó rápidamente en dirección a ella y le besó la mano, ceremonioso.

¡Querida, qué maravilloso que haya sido capaz de escaparse de su hogar y de su marido!

Linda estuvo a punto de protestar, cuando se dio cuenta del deseo que el hombre tenía de aparentar. De inmediato se incorporó al papel, pero temblaba en su interior al pensar que tendría que ceder ante aquel hombre. Sus ojos se volvían ya hacia la puerta, y se preguntó si podría escapar. El captó su mirada y dijo muy de prisa:

No tiene usted por qué asustarse. Lo que le digo no es para atemorizarla. Le estoy agradecido por arriesgar su reputación reuniéndose conmigo aquí, por abandonar a su marido por mí. Yo pregunto muy poco, y su presencia me hace muy feliz. Nunca he visto una mujer más hermosa y aristocrática que usted. Me agradan su perfume, su vestido y su gusto en materia de joyas. Permítame que vea sus pies. ¡Qué hermosos zapatos! ¡Qué elegantes, y qué delicado tobillo el suyo! ¡Ah, no es muy frecuente que una mujer tan hermosa venga a verme! Yo no he tenido suerte con las mujeres.

Ahora le pareció a Linda que su interlocutor iba cobrando un aspecto más y más infantil. Todo en él era propio de un niño: la torpeza de sus gestos y la suavidad de sus manos. Cuando encendió un cigarrillo y se puso a fumar, tuvo la sensación de que debía ser el primero, por la impericia con que lo sostuvo y la curiosidad con que observó el humo.

No puedo quedarme mucho tiempo –dijo Linda, impulsada por la necesidad de escapar.

Aquello no era, en absoluto, lo que ella había esperado.

No la retendré mucho. ¿Me permite usted que vea su pañuelo?

Le ofreció un delicado y perfumado pañuelo. El lo olió con expresión de extremado placer.

Luego dijo:

No tengo intención de poseerla como usted espera que lo haga. A mí no me interesa tomarla como los otros hombres. Todo lo que le pido es que se pase usted este pañuelo por la entrepierna y me lo dé. Eso es todo.

Comprendió que eso sería mucho más fácil que lo que había temido. Lo hizo de buena gana. El la miró mientras se inclinaba, se subía la falda, deshacía los cordones de sus pantalones y se pasaba el pañuelo lentamente entre las piernas. El hombre se inclinó entonces y colocó su mano sobre el pañuelo, simplemente para aumentar la presión y para que ella se lo pasara de nuevo.

El desconocido temblaba de pies a cabeza y sus ojos estaban dilatados. Linda se dio cuenta de que se hallaba en estado de gran excitación. Cuando tomó el pañuelo, lo miró como si fuera una mujer o una preciosa joya.

Estaba demasiado absorto para hablar. Caminó hacia la cama, extendió el pañuelo sobre la colcha y se lanzó sobre él al tiempo que se desabrochaba los pantalones. Apretó y se restregó. Al cabo de un momento, se sentó en la cama, se envolvió el miembro con el pañuelo y continuó su movimiento hasta lograr el orgasmo que le hizo gritar de placer. Había olvidado por completo a Linda y se hallaba en un estado de éxtasis. El pañuelo estaba mojado por la eyaculación. El hombre se echó hacia atrás, jadeando.

Linda le dejó. Mientras avanzaba por el vestíbulo de la casa, se encontró con la mujer que la había recibido, la cual manifestó su sorpresa de que quisiera marcharse tan pronto.

Le he proporcionado uno de nuestros más refinados clientes –explicó–, una criatura inofensiva.

Después de este episodio, Linda se sentó un domingo por la mañana en el Bois para presenciar el desfile de modelos de primavera. Estaba embebiéndose de los colores, la elegancia y los perfumes, cuando percibió un perfume especial cerca de ella. Volvió la cabeza. A su derecha se sentaba un hombre apuesto de unos cuarenta años, vestido con elegancia, con su lustroso cabello negro peinado hacia atrás cuidadosamente. ¿Era de su cabello de donde procedía aquel perfume? Recordaba a Linda su viaje a Fez y la gran belleza de los árabes. Aquello le produjo un efecto poderoso. Miró al hombre, que se volvió y le dirigió una sonrisa; una brillante y blanca sonrisa de grandes y fuertes dientes, con dos de ellos de leche, más pequeños y retorcidos, lo que le confería un aspecto picaro.

Utiliza usted un perfume que yo olí en Fez –le dijo Linda.

Es cierto. Estuve en Fez y lo compré en el zoco. Siento pasión por los perfumes, pero desde que encontré éste, no he vuelto a usar otro.

Huele a madera preciosa. Los hombres deberían oler a madera preciosa. Siempre he soñado con ir a un país de Sudamérica donde haya selvas de maderas preciosas que exhalen maravillosos aromas. Una vez me enamoré del pachulí, un perfume muy antiguo. La gente hace tiempo que no lo usa. Procedía de la India. Los chales de nuestras abuelas siempre estaban saturados de pachulí. También me gusta pasear por los muelles y oler las especias almacenadas en los tinglados. ¿Usted lo hace?

En efecto. A veces sigo a mujeres sólo por su perfume, por su olor.

Yo quería quedarme en Fez y casarme con un árabe.

¿Y por qué no lo hizo?

Porque una vez me enamoré de un árabe. Le visité varias veces. Era el hombre más hermoso que había visto nunca. Tenía el cutis oscuro, enormes ojos de azabache, y una expresión tan emocionada, que me arrebatava. Su voz era como un trueno; sus maneras, suaves. Siempre que hablaba con alguien, aunque fuera en la calle, permanecía sosteniéndole tiernamente ambas manos, como si deseara tocar a todos los seres humanos con idéntica suavidad y cariño. Yo estaba seducido por completo, pero...

¿Qué sucedió?

Un día extremadamente caluroso, nos sentamos a beber té a la menta en su jardín, y se despojó del turbante. Su cabeza estaba completamente afeitada. Es la tradición de los árabes, y parece que todos la respetan. Eso bastó para apagar mi pasión.

El desconocido se echó a reír.

Con perfecta sincronización, se levantaron y empezaron a caminar juntos. Linda estaba tan afectada por el perfume que se desprendía del cabello de aquel hombre como si se hubiera bebido un vaso de vino. Sentía que le temblaban las piernas y tenía la cabeza como sumida en la neblina. El desconocido observó la turgencia de sus senos como si contemplara el mar romper a sus pies. En el límite del Bois, él se detuvo.

Yo vivo ahí mismo –dijo, señalando con su bastón un piso con muchos balcones–. ¿Aceptaría usted subir y tomarse un aperitivo conmigo en la terraza?

Linda aceptó. Le pareció que se sofocaría si se veía privada del perfume que la encantaba.

Se sentaron en la terraza y bebieron tranquilamente. Linda se inclinó, lánguida, hacia atrás. El desconocido continuaba observando su busto, hasta que cerró los ojos. Ninguno de los dos hizo movimiento alguno; ambos habían caído en un sueño.

El fue el primero en moverse. Mientras la besaba, Linda se sintió transportada de nuevo a Fez, al jardín del árabe de alta estatura. Recordaba las sensaciones que experimentó aquel día: el deseo de ser envuelta en la blanca capa del árabe; el deseo de su potente voz y de sus ojos ardientes. La sonrisa del desconocido era brillante, como la del árabe. El desconocido era el árabe, el árabe de espeso cabello negro, perfumado como la ciudad de Fez. Dos hombres le estaban haciendo el amor. Mantuvo los ojos cerrados. El árabe la estaba desvistiendo. El árabe la estaba tocando con sus manos fogosas. Oleadas de perfume dilataron su cuerpo, lo abrieron, lo prepararon para la entrega. Sus nervios estaban dispuestos a alcanzar el climax, tensos y prestos a responder.

Entreabrió los ojos y vio los deslumbrantes dientes a punto de morder su carne. Y entonces el

sexo de aquel hombre la tocó y la penetró. Estaba como cargado de electricidad, y a cada sacudida enviaba corriente a través de su cuerpo.

Le separó las piernas como si quisiera rompérselas. El cabello del desconocido cayó sobre el rostro de Linda. Al olerlo, sintió que se consumía y le pidió que acelerara sus embestidas para poder experimentar juntos el orgasmo. En el momento en que éste se produjo, él lanzó un rugido de tigre; un tremendo grito de alegría, éxtasis y goce furioso como ella jamás oyera. Así imaginó que gritaría el árabe, como un animal de la selva que ruge de placer, satisfecho con su presa. Abrió los ojos. Su rostro estaba cubierto por el negro cabello de su compañero, que ella tomó en su boca.

Sus cuerpos estaban fundidos en uno. Las bragas de Linda habían sido bajadas con tal prisa, que se habían deslizado en toda la longitud de sus piernas y las tenía ahora alrededor de los tobillos. El, por su parte, había introducido de alguna manera su pie por una de las perneras de las bragas. Se miraron las piernas, atadas por aquel trocito de gasa negra, y se echaron a reír.

Linda volvió muchas veces al apartamento. Su deseo empezaba mucho antes de cada encuentro, mientras se vestía para él. A todas las horas del día su perfume surgía de alguna misteriosa fuente y la obsesionaba. A veces, cuando estaba a punto de cruzar la calle, recordaba su aroma de manera tan vivida, que el torbellino que sentía entre sus piernas la obligaba a quedarse allí de pie, indefensa, dilatada. Algo de aquel perfume se pegaba a su cuerpo y la turbaba por la noche, cuando dormía sola. Nunca se había excitado con tanta facilidad. Siempre había necesitado tiempo y caricias, pero para el árabe, como le llamaba para sus adentros, parecía como si siempre estuviera eróticamente preparada, hasta el punto de que se excitaba mucho antes de que él la tocara. Por otra parte, temía alcanzar el orgasmo al primer contacto del dedo de aquel hombre en su sexo.

Sucedió una vez. Llegó al apartamento húmeda y temblorosa. Los labios de su sexo estaban tan tiesos como si hubieran sido acariciados. Tenía los pezones endurecidos y todo su cuerpo palpitaba. Cuando la besó, él sintió el torbellino de Linda y deslizó su mano directamente a su sexo. La sensación fue tan aguda, que ella tuvo un orgasmo.

Otro día, alrededor de dos meses después de que comenzara su liaison, fue hacia él y, cuando la tomó en sus brazos, ella no sintió deseo. Él no parecía el mismo. Mientras permanecía en pie frente a ella, Linda observó fríamente su elegancia y, al mismo tiempo, su aspecto de normalidad. Su apariencia era la de un francés elegante, como los que podían verse paseando Campos Elíseos abajo, en las noches de estreno o en las carreras.

Pero ¿qué había cambiado en sus ojos? ¿Por qué no sentía la gran embriaguez que solía inspi-

rarle su presencia? Ahora había algo muy común en él que le convertía en otro hombre. ¡Qué distinto del árabe! Su sonrisa parecía menos brillante, su voz más apagada. De pronto, ella cayó en sus brazos y trató de oler su cabello.

¡Tu perfume, no llevas tu perfume! –gritó.

Se me acabó –dijo el árabe-francés– y no puedo conseguir más. Pero ¿por qué te has trastornado así?

Linda trató de recuperar los sentimientos que él le inspiraba, pero sintió su cuerpo frío. Fingió. Cerró los ojos y empezó a imaginar. Estaba de nuevo en Fez, sentada en un jardín; junto a ella estaba el árabe, sentado en un diván bajo y blando. El había recostado la cabeza de Linda en el diván y la besaba mientras la fuentecilla cantaba en sus oídos y el perfume familiar quemaba en un pebetero a su lado. Pero no. La fantasía se rompió. Allí no había pebetero. El lugar olía a piso francés. El hombre que se hallaba junto a ella era un extraño. Estaba desprovisto de la magia que le hacía deseable. Linda nunca volvió a verlo.

Aunque Linda no había saboreado la aventura del pañuelo, al cabo de unos pocos meses de no moverse de la esfera que le era propia volvió a sentirse inquieta.

La obsesionaban los recuerdos, las historias que había oído y la sensación de que en todas partes, a su alrededor, hombres y mujeres disfrutaban del placer sensual. Temía que ahora que había dejado de gozar con su marido su cuerpo empezara a marchitarse.

Recordaba haber sido excitada sexualmente por un incidente que le ocurrió a una edad muy temprana. Su madre le compró unas bragas que le quedaban demasiado pequeñas y le apretaban la entrepierna. Le irritaron la piel, y por la noche, al dormirse, se arañó. Mientras descansaba, el arañazo se suavizó y Linda se dio cuenta de que le producía una sensación placentera. Continuó acariciando su piel y encontró que sus dedos se acercaban a cierto sitio, en el centro, donde el placer aumentaba. Bajo sus dedos, halló una parte que parecía endurecerse con su tacto, y allí descubrió una sensibilidad aún mayor.

Pocos días más tarde la llevaron a confesarse. El sacerdote se sentó en su banco y ella tuvo que arrodillarse a sus pies. Era un dominico y llevaba un largo cordón con una borla que le caía al lado derecho. Al inclinarse Linda hacia las rodillas del confesor, sintió la borla contra ella. El sacerdote tenía una voz recia y cálida que la envolvía, y se inclinó a su vez para hablarle. Cuando la niña hubo concluido con los pecados ordinarios –ira, mentiras, etcétera–, hizo una pausa. Al observar su duda, él empezó a susurrarle en un tono mucho más bajo: –

¿Has tenido alguna vez sueños impuros?

¿Qué sueños, padre?

La pesada borla que ella notaba justamente en el lugar sensible, entre las piernas, le producía los mismos efectos que las caricias de sus propios dedos la noche anterior. Trató de acercarse más. Quería oír la voz del sacerdote, cálida y sugestiva, preguntándole sobre los sueños impuros.

¿Has tenido alguna vez sueños en los que te besaban o en los que tú besabas a alguien?

No, padre.

Ahora sintió que la borla le afectaba infinitamente más que los dedos, porque de una u otra manera misteriosa, formaba parte de la cálida voz del sacerdote y de las palabras que pronunciaba, como «besar». Se apretó contra él más fuerte y le miró.

El sintió que la niña tenía algo de que confesarse y preguntó:

¿Alguna vez te acaricias tú misma?

Acariciarme yo misma, ¿cómo?

El sacerdote estaba a punto de desechar la pregunta, pensando que su intuición le había conducido a error, pero la expresión del rostro de la penitente confirmó su dudas.

¿Te has tocado alguna vez con las manos?

En ese momento Linda deseaba enormemente poder efectuar un movimiento de fricción y alcanzar de nuevo aquel placer extremo y abrumador que descubriera pocas noches antes. Pero temía que el sacerdote se diera cuenta, la rechazara y perdiera por completo aquella sensación. Estaba decidida a mantener su atención, y empezó a decir:

Es verdad, padre, tengo algo terrible que confesar. Me arañé yo misma una noche, luego me acaricié y...

¡Niña, niña –la reconvino el sacerdote–, debes dejar eso inmediatamente! Es un acto impuro y arruinará tu vida.

¿Por qué es impuro? –preguntó Linda presionando contra la borla.

Su excitación iba en aumento. El sacerdote se inclinó tanto sobre ella que sus labios casi le tocaron la frente. Ella estaba mareada.

Esas caricias sólo te las puede prodigar tu marido. Si abusas de ellas, te debilitarás y nadie te amará. ¿Cuántas veces lo has hecho?

Tres noches, padre. También he tenido sueños.

¿Qué clase de sueños?

He soñado que alguien me tocaba allí.

Cada palabra que pronunciaba acrecentaba su excitación y, fingiendo culpa y vergüenza, se arrojó contra las rodillas del sacerdote y bajó la cabeza como si estuviera llorando; en

realidad, lo que ocurría era que el contacto con la borla le había producido un orgasmo y estaba temblando. El sacerdote, creyendo que se sentía culpable y avergonzada, la tomó en sus brazos, la levantó de su posición arrodillada y la consoló.

Marcel

Marcel vino a la barcaza, con sus ojos azules llenos de sorpresa, admiración y reflejos, como el río. Ojos ansiosos, ávidos, desnudos. Por encima de la mirada ingenua y absorbente calan unas cejas salvajes como las de un bosquimano. Ese salvajismo quedaba acentuado por la luminosidad de la frente y lo sedoso del cabello. También el cutis era frágil y la nariz y la boca vulnerables y transparentes, pero de nuevo las manos, de campesino, como las cejas, atestiguaban su fuerza.

En su conversación predominaban el delirio y su afición al análisis. Todo cuanto le agradaba, todo cuanto caía en sus manos a cualquier hora del día despertaba en él un comentario. Desmenuzaba las cosas. No podía besar, desear, poseer, gozar sin un inmediato examen. Planeaba sus movimientos con antelación, con ayuda de la astrología. A menudo tropezaba con lo maravilloso y poseía el don de evocarlo. Pero apenas lo maravilloso llegaba a él, lo aferraba con la violencia de un hombre que no estaba seguro de haberlo visto y vivido, y que tardaba en convertirlo en realidad.

Me gustaba su personalidad influenciada, sensible y porosa, precisamente antes de que hablara, cuando parecía un animal muy suave o muy sensual, cuando su dolencia no era perceptible. Entonces parecía tener heridas, paseándose con una pesada maleta llena de descubrimientos, notas, programas, libros nuevos, talismanes asimismo nuevos, perfumes y fotografías. Parecía flotar como la barcaza, sin amarras. Vagabundeaba, andaba de un lado a otro, exploraba, visitaba a los locos, trazaba horóscopos, atesoraba conocimiento esotérico y coleccionaba plantas y piedras.

Existe en todas las cosas una perfección que no puede ser captada –decía–. En los fragmentos del mármol cortado, veo, y veo también en las piezas de madera gastada. Existe perfección en un cuerpo de mujer que nunca puede ser poseído ni conocido por completo, ni siquiera mediante la relación sexual.

Llevaba la corbata que usaban los bohemios de hace cien años, gorra de apache y pantalones listados de burgués francés. O bien vestía un abrigo negro, como un monje, la corbata de lazo como los actores baratos de provincias o la bufanda de chulo anudada a la garganta; una bufanda amarilla o roja como sangre de toro. También podía lucir un traje que le hubiera regalado un hombre de negocios, con la corbata ostentosa del gángster parisiense o la dominguera del padre de once hijos. Vestía camisa negra de conspirador o una variopinta camisa de campesino borgoñón o un traje de obrero, de pana azul, con anchos pantalones que

hacían bolsas. En ocasiones, se dejaba crecer la barba y parecía un Cristo. Otras veces se afeitaba él mismo y tenía el aspecto de un violinista húngaro de feria.

Yo nunca sabía con qué disfraz vendría a verme. Si poseía una identidad, era la del cambio, o la de no ser nada; la identidad del actor para quien se desarrolla un continuo drama.

Vendré algún día –me había dicho.

Ahora yacía en la cama mirando el techo pintado de la vivienda flotante. Pasó las manos por la colcha y echó un vistazo al río por la ventana.

Me gusta venir aquí, a la barcaza. Me mece. El río es como una droga. Mis sufrimientos parecen irreales cuando vengo.

Llovía sobre el techo de la barcaza. A las cinco, en París, hay siempre una corriente de erotismo en el aire, y ello se debe a que es la hora en que los amantes se encuentran: de cinco a siete, como en todas las novelas francesas. Nunca de noche, según parece, pues todas las mujeres están casadas y sólo se hallan libres «a la hora del té», la gran coartada. A las cinco siempre experimentaba yo escalofríos de sensualidad, sintiéndome parte del París sensual. En cuanto la luz disminuía, me parecía que cada mujer iba a encontrarse con su amante y que cada hombre corría al encuentro de su querida.

Cuando se marcha, Marcel me besa en la mejilla. Su barba me toca como una caricia. Este beso, que quiere ser el de un hermano, está cargado de intensidad.

Teníamos que cenar juntos, y yo le propuse ir a bailar. Fuimos al Bal Negre. Inmediatamente, Marcel quedó paralizado. Tenía miedo del baile, tenía miedo de tocarme. Traté de convencerle de que bailara, pero él no quería. Estaba cohibido y temeroso. Cuando finalmente me tomó en sus brazos, temblaba, y yo gozaba del trastorno que le causaba. Sentía alegría por hallarme cerca de él, de su cuerpo delgado y alto.

¿Estás triste? –le pregunté–. ¿Quieres que nos vayamos?

No estoy triste, sino bloqueado. Todo mi pasado parece detenerme. No puedo dejarme ir. ¡La música es tan salvaje! Siento como si pudiera inhalar, pero no exhalar. Me siento violento, forzado.

No le pedí que bailáramos más. Bailé con un negro.

Cuando salimos a la fría noche, Marcel hablaba de lo que le ataba, de los miedos, de lo que le paralizaba. Sentí que el milagro no se había producido. Podría liberarlo con un milagro, no con las palabras habituales, ni directamente, ni tampoco con las palabras que utilizo con los enfermos. Sé por qué sufre. Yo sufrí así una vez, pero conozco al Marcel libre, y deseo al Marcel libre.

Pero cuando vino a la barcaza y vio allí a Hans y que Gustavo llegaba a medianoche y se quedaba cuando él se iba, Marcel se puso celoso. Vi que sus ojos azules se oscurecían. Cuando me dio el beso de despedida, miró a Gustavo con ira.

Sal conmigo un momento –me dijo.

Dejé la barcaza y caminé con él a lo largo de los oscuros muelles. Cuando estuvimos solos se inclinó y me besó apasionado, con furia, su boca grande y plena se bebía la mía. Yo se la ofrecí de nuevo.

¿Cuándo vendrás a verme? –preguntó.

Mañana, Marcel, mañana iré a verte.

Cuando llegué a su casa, se había puesto su traje de lapón para sorprenderme. Era como un traje ruso. Se tocaba con gorro de piel y calzaba botas altas de fieltro, negras, que le llegaban casi a las caderas.

Su habitación era como la guarida de un viajero, llena de objetos de todo el mundo. Las paredes estaban cubiertas con tapices rojos y la cama con pieles de animales. El lugar era recoleto, íntimo, voluptuoso como las habitaciones de un sueño de opio. Las pieles, las paredes rojo oscuro y los objetos, como fetiches de un hechicero africano, todo resultaba violentamente erótico. Me hubiera gustado yacer desnuda sobre las pieles, ser tomada en medio del olor animal y sentirme acariciada por la piel.

Permanecía de pie en la habitación roja mientras Marcel me desvistió. Mantuvo mi cintura desnuda entre sus manos y se apresuró a explorar mi cuerpo con ellas. Notó la firmeza de mis caderas.

Por primera vez, una mujer real –dijo–. Han venido muchas, pero por primera vez hay aquí una mujer real, alguien a quien puedo adorar.

Al echarme en la cama, me pareció que el olor, el tacto de la piel y la bestialidad de Marcel se combinaban. Los celos habían roto su timidez. Era como un animal, ansioso de sensaciones, de todas las formas de conocerme. Me besó con vehemencia y me mordió los labios. Se acostó sobre las pieles, besando mis pechos y acariciándome las piernas, el sexo y las nalgas. Luego, en la penumbra, avanzó sobre mí, ofreciendo su sexo a mi boca. Sentí cómo lo aferraban mis dientes mientras él lo empujaba adentro y afuera, pero le gustó. Observaba y me acariciaba con sus manos por todo mi cuerpo, y sus dedos aquí y allá, intentando conocerme, retenerme.

Coloqué las piernas sobre sus hombros, bien altas, para que pudiera sumergirse en mí y verlo al mismo tiempo. Quería verlo todo. Deseaba contemplar cómo el miembro entraba y salía,

brillante, firme, grande. Me levanté sobre mis dos puños, para ofrecer más y más mi sexo a sus embestidas. Luego, me volvió y se me puso encima como un perro, empujando el pene desde atrás, con las manos sobre mis senos, acariciándome y presionando al mismo tiempo. Era incansable. No experimentaba orgasmo alguno. Yo esperé tenerlo al mismo tiempo que él, pero Marcel lo retrasaba una y otra vez. Quería demorarse, sentir siempre mi cuerpo, excitarse sin fin. Yo me estaba cansando y grité:

¡Córrete ya, Marcel, córrete ya!

Entonces empezó a empujar con violencia, moviéndose conmigo en la naciente cúspide del orgasmo; luego grité y su placer llegó casi al unísono. Nos derrumbamos sobre las pieles, liberados de nuestra tensión.

Yacíamos en la penumbra rodeados por extrañas formas: trineos, botas, cucharas de Rusia, cristales y conchas de moluscos. De las paredes colgaban grabados eróticos chinos. Pero todo, incluso un fragmento de lava de Krakatoa o la botella con arena del mar Muerto, poseía una cualidad de sugerencia erótica.

Tienes el ritmo adecuado para mí –dijo Marcel–. Las mujeres suelen ser demasiado rápidas, y eso me da miedo. Ellas experimentan su placer y a mí me asusta continuar. No me dan tiempo de sentir las, conocerlas, alcanzarlas, y me vuelvo loco cuando se marchan, pensando en su desnudez y en que yo no he gozado. Pero tú eres lenta, igual que yo.

Después de vestirme, permanecí en pie junto a la chimenea, hablando. Marcel deslizó su mano bajo mi falda y empezó a acariciarme de nuevo. De pronto, nos cegamos otra vez de deseo. Continué de pie, con los ojos cerrados, sintiendo cómo se movía su mano. Su fuerte zarpa campesina me agarró el trasero, y pensé que íbamos a revolearnos de nuevo en la cama, pero en lugar de eso dijo:

Levántate el vestido.

Me apoyé en la pared, moviendo el cuerpo hacia arriba, alzando mi cuerpo contra el suyo. Colocó su cabeza entre mis piernas, asiéndome las nalgas y lamiéndome el sexo hasta que me puse húmeda otra vez. Entonces tomó su pene y se me puso contra la pared. Su miembro endurecido y erecto como un taladro empujaba y arremetía dentro de mí, y yo quedé toda mojada, derretida en su pasión.

Me gusta hacer el amor con Gustavo más que con Marcel, porque desconoce las timideces, los miedos y los nerviosismos. Cae en un sueño y nos hipnotizamos mutuamente con caricias. Le toco el cuello y le paso los dedos por el negro cabello. Le acaricio el vientre, las piernas y las caderas. Cuando le toco la espalda, desde la nuca hasta las nalgas, su cuerpo empieza a

temblar de placer. Le gustan las caricias, como a las mujeres. Su sexo se excita, pero no lo toco hasta que se empieza a agitar. Entonces gime de placer. Lo tomo con toda la mano, lo sostengo con firmeza y presiono arriba y abajo. O bien toco el extremo con la lengua, y entonces él se mueve dentro y fuera. En ocasiones eyacula en mi boca y yo me trago la esperma. Otras veces es él quien inicia las caricias. Mi humedad no tarda en presentarse, y sus dedos se demuestran cálidos y expertos. A veces estoy tan excitada que experimento el orgasmo al simple tacto de su dedo. Cuando me siente palpar, se excita a su vez. No espera el orgasmo para terminar, sino que empuja el pene dentro como si sintiera sus últimas contracciones. Su miembro me llena por completo, está hecho justamente para mí, de manera que puede deslizarse con facilidad. Cierro mis labios interiores alrededor de él y lo absorbo hacia dentro. Unas veces está más ancho que otras, y parece cargado de electricidad. Entonces el placer es inmenso, prolongado. El orgasmo no termina nunca.

Muchas veces las mujeres le persiguen, pero él es como una de ellas; necesita sentirse enamorado. Aunque una mujer hermosa puede excitarlo, no siente la misma clase de amor y se queda impotente.

Resulta extraño cómo el carácter de una persona se refleja en el acto sexual. Si uno es nervioso, tímido, torpe y temeroso en el acto sexual se comporta del mismo modo. Si uno está relajado, el acto es gratificador. El pene de Hans nunca se suaviza, así que se toma su tiempo, lo que revela seguridad. Se instala en su placer como se instala en el momento presente, para gozar con calma, por completo, hasta la última gota. Marcel es más torpe e inquieto. Siento, siempre que su pene está duro, que se muestra ansioso de exhibir su potencia, que tiene prisa, empujando por el miedo de que su fuerza no baste.

La noche pasada, después de leer algún escrito de Hans –sus escenas sensuales–, coloqué los brazos bajo la cabeza. Sentí mi vientre y mi sexo muy vivos y que mis bragas de raso se deslizaban ligeramente en la cintura. En la obscuridad, Hans y yo nos lanzamos a una prolongada orgía. Noté que estaba haciendo suyas a todas las mujeres que había tomado, todo cuanto sus dedos habían tocado, todas las lenguas, los sexos que había olido, cada palabra que había pronunciado acerca del sexo, y todo eso dentro de mí, como una orgía de escenas evocadas, todo un mundo de fiebres y orgasmos.

Marcel y yo yacíamos en su camastro. En la penumbra de la habitación hablaba de fantasías eróticas que había tenido y de lo difícil que resultaba satisfacerlas. Siempre había deseado una mujer que llevara gran cantidad de enaguas, para tenderse debajo y mirar. Recordaba que eso es lo que había hecho con su primera niñera: fingiendo que jugaba, le miró bajo las faldas. No

había podido olvidar la primera excitación causada por una sensación erótica. Así que dije:
Bueno, pues yo lo haré. Hagamos todo lo que hemos querido hacer o hemos querido que nos hicieran. Tenemos pleno derecho. Hay muchos objetos que podemos utilizar. Tú también tienes trajes. Yo me vestiré para ti.

¡Oh! ¿Lo harás? Yo haré lo que tú quieras, todo lo que me pidas.

Primero tráeme los vestidos. Tú tienes aquí faldas de campesina, y puedo ponérmelas. Empezaremos con tus fantasías y no pararemos hasta que las hayamos revivido todas. Ahora deja que me vista.

Me fui a la otra habitación y me puse varias faldas que él había traído de Grecia y España, una encima de otra. Marcel yacía en el suelo. Me dirigí a su cuarto, y cuando me vio se ruborizó de placer. Me senté en el borde de su cama.

Ahora, ponte de pie –dijo Marcel.

Le obedecí. El estaba echado en el suelo y miraba por entre mis piernas, bajo las faldas. Las separó un poco con las manos y me quedé, tranquilamente, con las piernas separadas. La mirada de Marcel me excitó; muy lentamente, empecé a bailar como había visto que hacían las mujeres árabes, encima mismo de la cara de Marcel, agitando despacio las caderas, de modo que él pudiese ver cómo se movía mi sexo entre las faldas. Yo bailaba, me movía y daba la vuelta. El seguía mirando y estremeciéndose de placer. Luego ya no pudo contenerse, me arrastró sobre su rostro y empezó a morderme y a besarme. Le detuve al cabo de un rato.

No me hagas acabar. Espera –le advertí.

Le dejé; para su siguiente fantasía regresé desnuda, pero calzando sus negras botas de fieltro. Entonces Marcel me pidió que me mostrara cruel.

Por favor, sé cruel –me rogó.

Totalmente desnuda y con las altas botas negras, empecé a ordenarle cosas humillantes.

Vete y tráeme un hombre guapo. Quiero que se me tire delante de ti.

Eso no lo quiero hacer.

Te lo ordeno. Dijiste que harías lo que te pidiera.

Marcel se levantó y se fue escaleras abajo. Al cabo de una media hora regresó con un vecino, un ruso muy apuesto. Marcel estaba pálido. Me di cuenta de que yo le gustaba al ruso. Marcel le había dicho lo que estábamos haciendo. El ruso me miró y sonrió. No tuve necesidad de excitarlo. Cuando se me acercó, ya lo estaba a causa de las botas negras y la desnudez. No sólo me entregué al ruso, sino que le susurré:

Que dure, por favor, que dure.

Marcel sufría. Yo gozaba del ruso, que era corpulento y vigoroso, y que resistía mucho tiempo. Mientras nos observaba, Marcel se sacó el miembro, que resultó estar en erección. Cuando sentí que me llegaba el orgasmo, al mismo tiempo que al ruso. Marcel quiso meterme su miembro en la boca, pero no se lo permití.

Tú te tendrás que espejar a más tarde. Aún he de pedirte otras cosas. ¡No consiento que te corras!

El ruso estaba apurando su placer. Tras el orgasmo, permaneció dentro y esperó, pero yo me retiré.

Quisiera que me dejaras mirar –dijo.

Marcel se opuso, así que lo despedimos. Me dio las gracias, irónico y ferviente. Le hubiera gustado quedarse con nosotros.

Marcel cayó a mis pies.

Eso ha sido cruel. Tú sabes que te amo. Ha sido muy cruel.

Pero te ha apasionado. ¿Verdad que te ha apasionado?

Sí, pero también me ha hecho daño. Yo no te hubiera hecho algo semejante.

¿No me has pedido que fuera cruel contigo? Cuando las personas se muestran crueles conmigo me dejan fría, pero tú lo quisiste porque te excita.

¿Qué deseas ahora?

Me gusta que me hagan el amor mientras miro por la ventana –dije–, mientras la gente me mira. Quiero que me tomes por detrás y que nadie pueda darse cuenta de lo que estamos haciendo. Me gusta el secreto que hay en la cosa.

Me puse en pie junto a la ventana. La gente podía mirar la habitación desde las otras casas, y Marcel me tomó allí. No manifesté ningún signo de excitación, pero gozaba, Marcel resollaba y apenas podía controlarse, así que tuve que advertirle:

Tranquilo, Marcel, hazlo con calma, para que nadie se entere.

La gente nos veía, pero pensaba que, sencillamente, estábamos allí mirando la calle. Sin embargo, estábamos gozando de un orgasmo como hacen las parejas en los portales y bajo los puentes, por la noche, en todo París.

Estábanos cansados. Cerramos la ventana y descansamos un poco. Empezamos a hablar en la oscuridad, soñando y recordando.

Hace unas horas, Marcel, cogí el Metro en una hora punta, cosa que raramente hago. Montones de gente me empujaron. Yo me quedé allí, apretujada, de pie. De pronto, recordé una aventura en el Metro que me había contado Alraune, que estaba convencida de que Hans

se había aprovechado de la aglomeración para acariciar a una mujer. En el mismo momento, sentí una mano que tocaba muy ligeramente mi vestido, como por casualidad. Mi abrigo estaba abierto, el vestido es delgado y aquella mano iba pasando con suavidad a través de la tela hasta el extremo de mi sexo. El hombre que estaba frente a mí era tan alto que no podía verle la cara. No quise mirar hacia arriba. Estaba segura de que era él y no deseaba saber de quién se trataba. La mano acarició el vestido, y luego, muy ligeramente, acrecentó su presión, buscando el sexo. Hice un movimiento imperceptible para izar mi sexo hasta sus dedos, que se volvieron más firmes, siguiendo la forma de los labios, diestros y suaves. Sentí una oleada de placer. Una sacudida del Metro nos empujó juntos y me apreté contra su mano abierta al tiempo que él hacía un gesto atrevido cogiéndome los labios del sexo. Estaba poseída por el frenesí del placer y sentí que el orgasmo se aproximaba. Me restregué contra su mano de manera imperceptible. Aquella mano parecía sentir lo mismo que yo y continuó acariciándome hasta que lo alcancé. El orgasmo sacudió mi cuerpo. El Metro se detuvo y una riada de gente nos empujó fuera. El hombre desapareció.

Se ha declarado la guerra. Las mujeres lloran por las calles. La primera noche se apagaron las luces. Habíamos presenciado ensayos, pero en la realidad el apagón era completamente distinto. Los ensayos habían sido alegres, pero ahora París estaba serio. Las calles se hallaban en completa oscuridad. Aquí y allá, se divisaba una lucecilla azul, verde o roja de control, pequeña y tenue, como las lamparillas de los iconos en las iglesias rusas. Todas las ventanas estaban cubiertas con tela negra, las vidrieras de los cafés también, o pintadas de azul oscuro. Era una suave noche de setiembre, y debido a la oscuridad parecía aún más suave. Había algo muy extraño en la atmósfera: una expectativa, un suspense.

Caminé cuidadosamente por el boulevard Raspail, sintiéndome sola y con el propósito de dirigirme al Dôme y hablar con alguien. Finalmente, alcancé mi objetivo. Estaba atestado, lleno de soldados y de las prostitutas y modelos de siempre; muchos de los artistas se habían ido. La mayor parte habían sido llamados a sus países. Ya no quedaban americanos, ni españoles ni refugiados alemanes sentados por allí. De nuevo reinaba una atmósfera francesa. Me senté, y pronto se reunió conmigo Gisele, una joven con quien había hablado pocas veces. Se alegró de verme. Me dijo que no podía quedarse en casa. Su hermano acababa de ser movilizado y el hogar estaba triste. Entonces otro amigo, Roger, se sentó a nuestra mesa. Pronto fuimos cinco. Todos nosotros habíamos ido al café para estar acompañados, pues nos sentíamos solos. La oscuridad aislaba y dificultaba la salida, pero uno se sentía impulsado a salir para no estar solo. Todos queríamos lo mismo. Nos sentamos disfrutando de las luces y las bebidas. Los

soldados estaban animados y todo el mundo se mostraba amistoso. Todas las barreras habían caído. Nadie esperaba a que lo presentaran. Todo el mundo corría idéntico peligro y experimentaba la misma necesidad de compañerismo, afecto y calor.

Más tarde le dije a Roger:

Vámonos.

Yo quería volver a las calles oscuras. Caminamos despacio, con cautela. Fuimos a un restaurante árabe que me gustaba, y entramos. La gente estaba sentada en torno a mesas muy bajas. Una mora metida en carnes bailaba. Los hombres le daban dinero y ella se lo guardaba entre los pechos y seguía bailando. Aquella noche el lugar estaba lleno de soldados que se emborrachaban con el pesado vino árabe. También la bailarina estaba ebria. Siempre llevaba faldas semitransparentes y cinturón, pero ahora la falda se había abierto y, cuando hizo danzar su vientre, reveló el vello púbico y las carnes macizas que temblaban alrededor.

Uno de los oficiales le ofreció una moneda de diez francos y le dijo:

Métetela en el coño.

Fátima no se sintió confusa en absoluto. Avanzó hasta su mesa, dejó la pieza de diez francos en el mismo borde, separó las piernas y dio una sacudida como las que daba bailando, de modo que los labios de la vulva tocaron la moneda. Al principio no la cogió. Mientras trataba de hacerlo, produjo un sonido de succión, y los soldados se echaron a reír y se excitaron. Finalmente, los labios de la vulva se endurecieron lo bastante en torno de la pieza y la agarraron.

La danza continuó. Un muchacho árabe que tocaba la flauta me miraba con intensidad. Roger estaba sentado junto a mí, excitado por la bailarina, sonriendo amablemente. Los ojos del muchacho árabe continuaron ardiendo en dirección a mí. Era como un beso, como una quemadura en la carne. Todo el mundo estaba borracho, cantaba y reía. Cuando me levanté, el árabe hizo lo mismo. Yo no estaba del todo segura de lo que estaba haciendo. En la entrada había un oscuro cuchitril que hacía las veces de guardarropa. La chica encargada estaba sentada con unos soldados, así que entré.

El árabe comprendió. Le esperé entre los abrigos. Extendió uno en el suelo y me empujó. En la incierta luz pude ver cómo se sacaba un pene magnífico suave, hermoso. Era tan hermoso que quise metérmelo en la boca, pero él no me lo permitió. Me lo introduje inmediatamente en el sexo. Era muy duro y cálido. Yo tenía miedo de que nos sorprendieran, y le pedí que se diera prisa. Estaba tan excitado que eyaculó inmediatamente, pero siguió sumergiéndose y revolviéndose. Era incansable.

Un soldado medio borracho se presentó en busca de su capote. No nos movimos. Cogió la prenda sin entrar en el cuchitril donde yacíamos y se marchó. El árabe era lento. Tenía una fuerza enorme en el miembro, en las manos y en la lengua. Todo era firme en él. Sentí que su pene se ensanchaba y se calentaba, hasta que rozó tanto con las paredes de mi sexo que éste se puso áspero. Se movía hacia dentro y hacia fuera a un ritmo regular, sin darse nunca prisa. Me tumbé de espaldas y ya no pensé dónde estábamos; sólo pensaba en su duro miembro moviéndose, regular y obsesivo, hacia dentro y hacia fuera. Sin previo aviso y sin cambiar el ritmo, se corrió, y fue un chorro como el de una fuente. Pero no sacó el pene, que permaneció firme. La gente abandonaba ya el restaurante y, por suerte, los abrigos habían caído sobre nosotros y nos ocultaban. Estábamos en una especie de tienda de campaña. No quise moverme.

¿Te veré otra vez? –preguntó el árabe–. ¡Eres tan suave y hermosa! ¿Volveré a verte alguna vez?

Roger estaba buscándome. Me incorporé y me arreglé. El árabe desapareció. Mucha gente empezaba a marcharse: era el toque de queda de las once. La gente me creyó la encargada de los abrigos. Yo ya no estaba borracha. Roger me encontró y quiso llevarme a casa.

He visto que el muchacho árabe te miraba –dijo–. Debes tener cuidado.

Marcel y yo paseábamos en plena obscuridad, entrando y saliendo de los cafés, apartando las pesadas cortinas negras al entrar, lo que nos hacía sentir como si nos introdujéramos en algún inframundo, en alguna ciudad demoníaca. Negras como la ropa negra interior de las furcias parisienses, las largas medias negras de las bailarinas de can-can, las anchas y negras ligas femeninas especialmente creadas para satisfacer los más perversos caprichos masculinos, los rígidos y pequeños corsés negros que ponen de relieve los senos y los empujan hacia los labios de los hombres, las negras botas de las escenas de flagelación en las novelas francesas. Marcel temblaba de la voluptuosidad que todo aquello le producía.

¿Crees que hay lugares en que uno se puede sentir como si estuviera haciendo el amor? –le pregunté.

Por supuesto. Al menos yo lo siento así. De la misma manera que tú te sentiste como haciendo el amor sobre mi cama de pieles, yo lo experimento cuando hay colgaduras, cortinas y telas en las paredes, donde uno está como metido en un sexo. Siempre siento como si estuviera haciendo el amor donde hay espejos. Pero la habitación que más me ha excitado fue una que vi una vez en el boulevard Clichy. Como sabes, en la esquina se coloca una puta famosa que tiene una pata de palo. Tiene muchos admiradores. Siempre me ha fascinado porque sentía

que yo nunca podría hacerle el amor. Estaba seguro de que en cuanto viera la pata de palo quedaría paralizado de espanto.

“Era una joven muy jovial, sonriente y afable, que se teñía el pelo de rubio, pero sus pestañas eran de pelo negrísimo y fuerte, como las de un hombre. Tenía, además, un suave bozo. Debía de haber sido una chica meridional, morena y velluda, antes de teñirse. Su única pierna sana era robusta y firme, y su cuerpo, hermoso. Pero yo no era capaz de dirigirme a ella. Mientras la miraba, recordaba una pintura de Courbet que había visto. Se la encargó hace mucho tiempo un hombre rico que le pidió que pintara a una mujer durante el acto sexual. Courbet, que era un gran realista, pintó un sexo femenino, y nada más. Prescindió de la cabeza, los brazos y las piernas. Pintó un torso, con un sexo cuidadosamente delineado, en plenas contorsiones de placer, yendo al encuentro de un miembro que surgía de una mata de pelo muy negra. Eso era todo. Sentí que con aquella prostituta sería lo mismo: tratando de no mirar piernas abajo o a cualquier otro lugar uno sólo pensaría en el sexo. Y tal vez hasta resultara excitante. Mientras permanecía en pie en la esquina deliberando conmigo mismo, otra fulana se me acercó; una chica muy joven. Es rara una puta joven en París. Habló con la de la pata de palo. Estaba lloviendo, y la joven decía:

Acabo de caminar dos horas bajo la lluvia. Me he echado a perder los zapatos, y ni un solo cliente.

De pronto, sentí pena por ella y le dije:

¿Quiere usted tomarse un café conmigo?

Aceptó alegremente.

¿Qué es usted, pintor? –preguntó.

No soy pintor, pero estaba pensando en una pintura que vi.

Hermosas pinturas en el café Wepler. Y mire ésta.

Sacó de su cartera lo que parecía un delicado pañuelo. Lo desplegó; allí estaba pintado el trasero de una mujer, colocado de tal manera que mostraba completamente el sexo y un miembro de la misma anchura. Tiró del pañuelo, que era elástico, y pareció como si culo y pene se estuvieran moviendo.

Luego lo volvió, y era como si el pene se hubiera introducido en el sexo. Le imprimió determinado movimiento que activó toda la pintura. Me reí, pero aquella visión me había excitado, de manera que la chica me ofreció llevarme a su habitación y no llegamos al café Wepler. Vivía en una casa terriblemente sórdida, en Montmartre, en la que se alojaban artistas de circo y de vodevil. Tuvimos que subir cinco pisos.

Me dijo:

Tendrás que perdonar la suciedad. Acabo de empezar en París. Llevo sólo un mes aquí. Antes trabajaba en una casa; en una ciudad pequeña, y era aburridísimo ver a los mismos hombres todas las semanas. ¡Era casi como estar casada! Incluso sabía el día y la hora en que iban a verme, regulares como relojes. Conocía todas sus costumbres. Ya no había sorpresas. Así que me vine a París.

Mientras hablaba penetramos en la habitación, que era muy pequeña, lo justo para contener la gran cama de hierro hacia la cual la empujé, y que crujió cuando estábamos haciendo el amor como dos monos. Pero lo insólito es que no había ventanas; ni una sola ventana. Era como yacer en una tumba, en una cárcel, en una celda. No puedo explicarte con exactitud a qué se parecía. Pero el sentimiento que me produjo fue de seguridad. Era maravilloso hallarse encerrado en un lugar tan seguro con una joven. Era casi tan estupendo como estar ya dentro de su sexo. Era la habitación más formidable en la que yo hubiera hecho el amor, tan completamente incomunicada del mundo, tan cerrada y acogedora. Cuando penetré a la chica, sentí que no me importaba que el resto del mundo se desvaneciera. Allí estaba yo, en el mejor sitio posible, en un sexo cálido, suave, que me aislaba de todo lo demás, protegiéndome, escondiéndome.

Me hubiera gustado quedarme a vivir allí, con aquella chica, y no volver a salir nunca. Y así lo hice durante dos días. En esos dos días, con sus noches, me limité a permanecer acostado en su cama, acariciándola, durmiendo, volviéndola a acariciar y volviéndome a dormir; todo fue como un sueño. Siempre que me despertaba tenía el pene dentro de ella, mojada, oscura, abierta; entonces me movía y luego me quedaba acostado, quieto; hasta que estuvimos terriblemente hambrientos.

Salí, compré vino y comida fría y regresé a la cama. Sin luz de día. Ignorábamos la hora, o si era de noche. No hacíamos más que yacer allí sintiendo nuestros cuerpos, el uno dentro del otro de manera casi continua, hablándonos al oído. Yvonne decía algo para hacerme reír, y yo decía a mi vez:

Yvonne, no me hagas reír o esto se me escapará.

El pene se salía fuera cuando me reía y tenía que introducirlo de nuevo.

Yvonne, ¿estás cansada de esto?

¡Ah, no! Es la única vez que he gozado de mí misma. Cuando los clientes tienen prisa, y eso pasa siempre, ¿sabes?, me siento herida en mis sentimientos, así que les dejo hacer, pero sin tomarme el mínimo interés. Además, eso es malo para el negocio, pues te envejece y te cansa

con demasiada rapidez. Yo siempre creí que no me prestaban suficiente atención, lo cual hacía que me alejara a algún lugar dentro de mí misma. ¿Comprendes eso?

Marcel me preguntó entonces si él había sido un buen amante aquella primera vez en su casa. Fuiste un buen amante, Marcel. Me gustó la manera en que me agarraste las nalgas; las sujetaste con firmeza, como si te las fueras a comer. Me gustó cómo tomaste mi sexo entre tus manos, tan decidido, tan masculino. Tienes algo de hombre de las cavernas.

¿Por qué las mujeres nunca les dicen esas cosas a los hombres? ¿Por qué las mujeres hacen un secreto y un enigma de todo esto? Creen que destruyen su misterio, pero no es cierto. Tú dices precisamente lo que sentiste. Es maravilloso.

Creo que hay que decirlo. Hay demasiados misterios, y éstos no nos ayudan a obtener placer. Ahora ha estallado la guerra y morirá mucha gente sin saber nada, porque tiene la lengua atada para hablar del sexo. Es ridículo.

Me estoy acordando de St. Tropez. Del más maravilloso verano de mi vida...

Mientras decía esto, yo evoqué vividamente el lugar: una colonia de artistas frecuentada por la alta sociedad, actores y actrices, además de las personas que fondean allí sus yates. Hay cafetines junto al mar y reina la alegría, la exuberancia y la laxitud. Todo el mundo se pasea en traje de baño, todo el mundo confraterniza: los de los yates con los artistas, éstos con el joven cartero, con el joven policía, con los jóvenes pescadores, hombres meridionales de tez oscura.

Había baile en un patio al aire libre. La banda de jazz, procedente de la Martinica, despedía más calor que la noche de verano. Una noche, Marcel y yo estábamos sentados en un rincón cuando anunciaron que se apagarían todas las luces durante cinco minutos, luego diez, y luego quince en medio de cada baile.

El hombre gritó:

¡Busquen a sus parejas cuidadosamente para el quart d'heure de passion! ¡Busquen a sus parejas cuidadosamente!

Por un momento, reinó gran barullo y alboroto. Luego empezó la danza y las luces se apagaron. Algunas mujeres chillaron histéricamente. Una voz de hombre dijo:

¡Esto es un ultraje! ¡No puedo tolerarlo!

¡Enciendan las luces! –gritó otra voz.

El baile continuó a oscuras. Se notaba que los cuerpos estaban enardecidos.

Marcel estaba en éxtasis, sosteniéndome como si fuera a romperme, inclinándose sobre mí, con las rodillas entre las mías y el pene erecto. En cinco minutos la gente sólo tuvo tiempo de

darse una ligera fricción. Cuando las luces volvieron, todo el mundo tenía aspecto turbado. Algunos rostros parecían apopléticos, mientras que otros estaban pálidos. Marcel tenía el cabello en desorden. Los shorts de lino de una mujer estaban arrugados. Los pantalones de un hombre también lo estaban. La atmósfera era sofocante, animal, eléctrica. Al mismo tiempo, había una superficie de refinamiento que debía mantenerse; unas formas, una elegancia. Algunas personas, disgustadas por el espectáculo, se marcharon. Otros parecían esperar una tormenta. Los más esperaban con los ojos iluminados.

¿Crees que va a haber alguien que chille, que se convierta en una bestia y que pierda el control? –pregunté.

Yo mismo podría ser esa persona –contestó Marcel.

Comenzó el segundo baile. Las luces se apagaron. La voz del director de la banda anunció: Este es el quart d’heure de passion. Messieurs, Mesdames, ahora disponen de diez minutos, y luego tendrán quince.

Hubo grititos ahogados entre la concurrencia, y algunas mujeres protestaron. Marcel y yo nos agarramos como si bailáramos un tango; a cada momento de la danza pensé que iba a tener un orgasmo. Las luces volvieron, y aumentaron el desorden y los deseos.

Esto acabará en una orgía –profetizó Marcel.

El público se sentó con los ojos como deslumbrados. Ojos vidriosos por el torbellino de la sangre y de los nervios.

Ya no podría establecerse diferencia entre las prostitutas, las damas de sociedad, las bohemias y las chicas del pueblo. Estas últimas eran hermosas, de cálida belleza meridional. Todas estaban tostadas por el sol, y las tahitianas iban cubiertas de conchas y flores. En medio de las apreturas del baile, algunas conchas se habían roto y estaban tiradas en la pista.

No creo que pueda bailar el próximo baile –dijo Marcel–. Te violaré.

Su mano se deslizaba dentro de mis shorts y me palpaba. Sus ojos ardían.

Cuerpos, piernas, muchísimas piernas, todas morenas y tersas, y algunas velludas como patas de zorro. Un hombre tenía tanto vello en el pecho, que llevaba una camisa de rejilla para mostrarlo. Parecía un mono. Sus brazos eran largos y rodeaban a su pareja como si fuera a devorarla.

El último baile. Se apagaron las luces. Una mujer dejó escapar un grito semejante a un gorjeo. Otra comenzó a defenderse.

La cabeza de Marcel cayó sobre mi hombro y empezó a morderlo con fuerza. Nos apretamos el uno contra el otro y empezamos a movernos. Cerré los ojos. Me tambaleaba de placer. Fui

arrastrada por una ola de deseo que me llegó de los otros bailarines, de la noche y de la música. Pensé que iba a tener un orgasmo. Marcel continuó mordiéndome, y tuve miedo de caerme al suelo. Pero la embriaguez nos salvó, manteniéndonos suspendidos al borde del acto, disfrutando de lo que hay tras de ese acto.

Cuando las luces volvieron, todo el mundo estaba borracho, vacilando de excitación nerviosa. Les gusta más esto que hacer la cosa –dijo Marcel–. A muchos les gusta más, porque así dura mucho. Pero yo ya no puedo permanecer más tiempo de pie. Sentémonos y divirtámonos como hacen ellos. Les gusta que les hagan cosquillas y sentarse, los hombres con sus erecciones, las mujeres abiertas y húmedas. Pero yo quiero acabar con esto; no puedo esperar. Vamonos a la playa.

En la playa, el fresco nos aplacó. Nos echamos en la arena, oyendo aún el ritmo del jazz desde lejos, como un corazón latiendo, como un miembro palpitando dentro de una mujer, y mientras las olas rompían a nuestros pies, las que corrían en nuestro interior nos impulsaban el uno contra el otro, hasta que llegamos al orgasmo, revoleándonos en la arena, siguiendo el ritmo del jazz.

Marcel también recordaba aquello.

¡Qué maravilloso verano! –dijo–. Creo que todo el mundo sabía que era la última gota de placer.

Contraportada

¿Erotismo? ¿O directamente y sin paños tibios, pornografía? En todo caso, pornografía o erotismo femeninos en los relatos de DELTA DE VENUS, la sensualidad que se excita y estalla es la de la mujer, fuera de su tradicional rol pasivo. Anaïs Nin, cuyos Diarios han dado cruel, aguda y humorísticamente testimonio de una etapa decisiva de nuestra época, ensaya aquí un camino totalmente diferente: el Eros hembra, con toda su formidable potencia y sus elusivas formas, sale a luz en este libro directo y crudo, inocente y perverso, luminoso y sombrío. Escrito en 1940, por encargo de un millonario que pagaba a dólar la página, DELTA DE VENUS no ha podido publicarse en inglés hasta hace pocos años, y desde entonces viene despertando vivas polémicas.